

CIÓN

LA VIRGEN
MARIA

2

BT601

N5

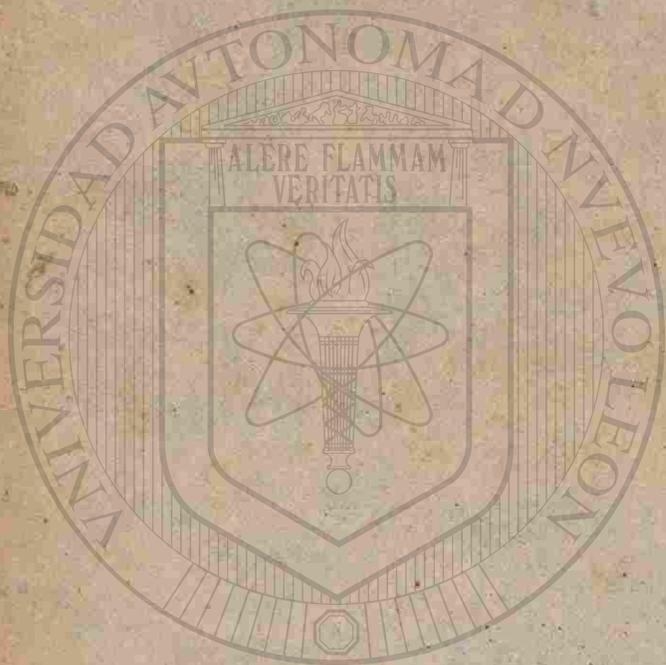
v.2

c.1



1080046536

232



LA VIRGEN MARIA

VIVIENDO EN LA IGLESIA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



E#2-6841

LA
VIRGEN MARIA

VIVIENDO EN LA IGLESIA.

NUEVOS

ESTUDIOS FILOSOFICOS SOBRE EL CRISTIANISMO,

POR

AUGUSTO NICOLAS.

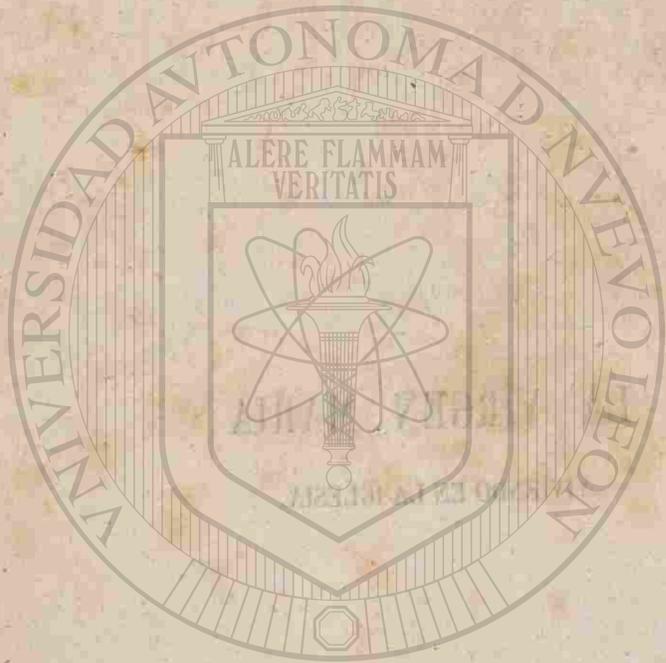
TRADUCCION AL CASTELLANO

DE D. JOSE VICENTE Y CARAVANTES,

Doctor en Leyes y Cánones;

REVISADA PARA LA CENSURA ECLESIASTICA

por un Doctor en Sagrada Teologia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.

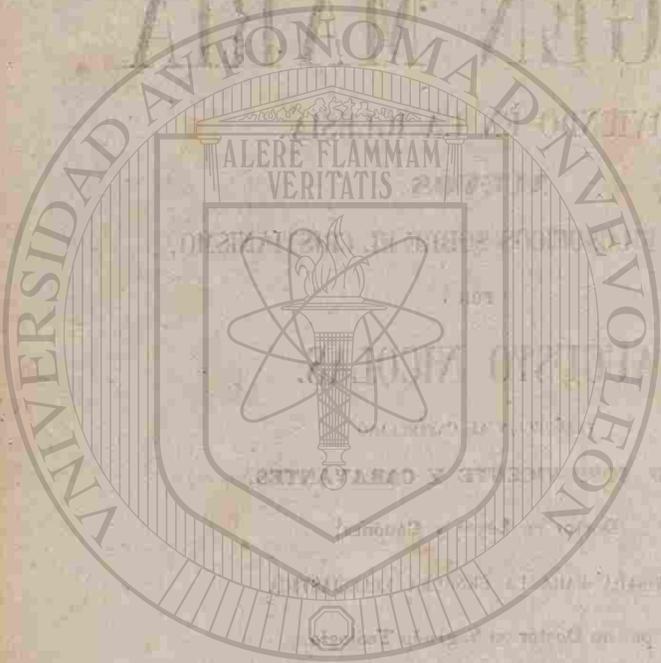
Imprenta de Manuel Mintesa,
calle de Valverde, núm. 5.

1861.



Capilla de Monsina
Biblioteca Universitaria
55270

BT601
N5



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Universitaria

LA

VIRGEN MARIA

VIVIENDO EN LA IGLESIA.

LIBRO TERCERO.

EXPOSICION HISTÓRICA DEL CULTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

SUS ORIGENES, SU DESARROLLO, SUS TRIUNFOS, SUS INSTITUCIONES
Y SUS OBRAS EN EL MUNDO.

(Continuación.)

CAPITULO IV.

Triunfos de María sobre las heregias.—Testimonios gloriosos que le
han suministrado los tres primeros siglos cristianos.

*Gaude, Maria Virgo; cunctas haereses sola interemisti in
universo mundo!*

Este antiguo versículo de nuestras liturgias, suprimido
por el Jansenismo en el Breviario Parisiense, habrá parecido
tal vez excesivo a algunos de nuestros lectores. ¿En qué, ha-
brán dicho, ha destruido la Virgen María las heregias, y to-
das las heregias, y por todo el universo y sola? ¿No es esto una
de aquellas piadosas imaginaciones que solo se sostienen sino
por su exageracion, pero que nó resisten al contacto de una

sería dogmática, y sobre todo de la esperiencia y de la historia?

Una dogmática seria y un conocimiento profundo de la historia justifican precisamente este rasgo de alabanza; y aquí se debe aplicar el dicho de Bacon, que la poca ciencia aparta de la religion, y que la mucha ciencia vuelve á conducir á ella.

Este versículo católico responde, como cumplimiento, al versículo bíblico que predijo la lucha entre la serpiente y la mujer, y el triunfo de esta sobre aquel antiguo fautor de todas las heregías. No es menos verdad que la *Mujer*, bendita entre todas, ha combatido y hecho pedazos la descendencia de Satanás, que lo era el que ella habia de hacerlo. Los que tienen por verdadera esta profecía fundamental de nuestra Religion, no tienen derecho de admirarse de que se haya cumplido, y deberían aceptarla con confianza. Y si con todo, quieren ponerlo en duda, que se unan por lo menos á nosotros para verlo salir justificado de un estudio concienzudo.

Durand de Mende, en su *Manual de los Oficios Divinos*, tocando ligeramente esta cuestion, la propone y la decide así: «Como aun pululan una infinidad de heregias, se acostumbra preguntar cómo puede ser verdad lo que se dice en el noveno responsorio del Oficio de la Purificacion de Maria, que la Bienaventurada Virgen concluyó con todas las heregias. A esto respondemos, que ella hizo cuanto dependia de ella, porque *hizo visible á Aquel que era invisible*. Pues al principio no se le podia encontrar; unos lo buscaban entre las delicias de la carne, otros en el seno de las riquezas, otros en los libros de la filosofia, y en ninguna parte se encontraba..... Ahora nadie puede perderse en su camino, á no que quiera; por lo que se dice manifestamente de Isaías: *Ved ahí á Aquel que será el camino recto* (1).»

Esta esplicacion es dogmáticamente verdadera é históricamente cierta.

María ha hecho visible á Aquel que era invisible y que es *el Camino y la Verdad*. Gracias, pues, á ella, es imposible sa-

(1) Libro VII, cap. VII de la Purificacion de Santa Maria.

lirse á derecha é izquierda fuera del camino y de la verdad, á menos que no se quiera; y si se quiere así, y si se sale, y se aparta alguno de los *términos* de la verdad por la heregía, es imposible hacerlo, sin ser inmediatamente *esterminado* por aquella misma rectitud del camino de que se ha salido y que María ha hecho visible. De suerte que haciendo María visible la verdad, ha hecho visible el error, y por lo mismo, lo ha esterminado.

Y lo que María ha hecho una vez dando á luz al Invisible, lo continúa y lo realiza en todas sus aplicaciones. Toda la verdad religiosa consiste en la relacion del infinito y lo finito, de lo divino y lo humano por Jesucristo, que es El mismo infinito y finito, Dios y Hombre, todo junto, y que se agrega á sí, como miembro de un cuerpo del que El es la cabeza, todo lo que quiere introducir en el templo universal de la verdad. Todo error, toda heregía, ha consistido por lo tanto, de cerca ó de lejos, en torcer la verdad religiosa, es decir, la relacion de lo finito y de lo infinito, esto es, la nocion de Jesucristo, tipo y fundamento de esta relacion. Así es, que no siendo Jesucristo lo que es, á saber, Hijo de Dios, nacido Hombre de María, sino por Maria, María es, en todo rigor, la demostracion mas exacta de Jesucristo, sea que se niegue su humanidad, sea que se niegue su Divinidad, sea que se niegue la personalidad que soporta en El estas dos naturalezas. Ella es como el *gozne* sobre el cual rueda esta Puerta de los cielos, como el *umbral* de donde se estiende este camino que conduce á la vida, como el *faro* y el fanal de donde esta Verdad hecha visible, hace visible todo naufragio y todo escollo.

Luego es verdad, dogmáticamente hablando, decir que María esterminó todas las heregias.

Históricamente, he dicho, esto es cierto, y aquí es donde entramos en el objeto propio del presente Estudio: aquí es igualmente donde nos encontramos en el lleno de nuestro asunto: *La Virgen María viviendo en la Iglesia*.

Siento como tesis histórica, que la Iglesia es deudora á María de todos los triunfos obtenidos contra las heregias, y que las glorias de que siempre ha rodeado á esta Santísima Virgen, no solamente son el justo premio de estos triunfos,

sino que han sido y serán siempre los instrumentos de los mismos. De manera que al glorificar la Iglesia á María, no ha hecho siempre mas que profesar la fé y confundir el error.

Esto es lo que hay que demostrar primeramente respecto de los tres primeros siglos de la Iglesia, en que los adversarios del culto de María esfuerzan su oposicion, fundándose en el pretendido silencio de aquella edad de oro del Cristianismo, acerca de María.—Solo nos valdremos de testimonios de una autenticidad incontestable; y nos privaremos de todos aquellos que, con razon ó sin ella, han sido controvertidos, y, apoyando así esta esposicion con elementos irrefragables, la reduciremos á una sencilla apreciacion de buena fé.

He aquí la lista de nuestros testigos; son respetables:

San Juan Evangelista.

San Ignacio, mártir.

San Justino.

San Ireneo.

Tertuliano.

Clemente de Alejandria.

Origenes.

San Arquelao.

San Gregorio de Neocesárea.

San Justino y San Cipriano de Antioquia.

San Cipriano de Cartago.

En el capítulo siguiente veremos la continuacion de esa cadena de oro del siglo IV.

I. El primer testimonio que se presenta, y que se encadena estrechamente con el Evangelio, puesto que es de la misma mano, es el Apocalipsis de San Juan.

Se dice en este libro de las revelaciones:

«En esto apareció un gran prodigio en el cielo; una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de doce estrellas.—Y estando en cinta, gritaba con ansias de parir, y sufría dolores de parto. Al mismo tiempo se vió en el cielo otro portentoso, y era un dragon descomunal, bermejo, con siete cabezas y diez cuernos; y en las cabezas tenia siete diademas... Y este dragon se puso delante

de la mujer que estaba para parir, á fin de tragarse al hijo, luego que ella le hubiese dado á luz. En esto parió un hijo varon, el cual habia de regir todas las naciones con cetro de hierro; y este hijo fué arrebatado para Dios y para su sólio... Entretanto se trabó una batalla grande en el cielo: Miguel y los Angeles peleaban contra el dragon... Así fué abatido aquel dragon descomunal, aquella antigua serpiente que se llama diablo, y tambien Satanás fué lanzado y arrojado por tierra, y sus ángeles con él... Viéndose, pues, el dragon precipitado *del cielo* á la tierra, fué persiguiendo á la mujer que habia parido aquel hijo varon... Y el dragon se irritó contra la mujer, y marchóse á guerrear contra los demás de la casta ó linaje de ella (ó mas literalmente, dice, Mr. de Lamennais, al resto de su descendencia) (1).»

Si lo que se acaba de decir en esta vision se refiere á la Virgen María, es necesario convenir que nada falta á este testimonio de su culto y de su gloria. Su antigüedad es apostólica en sumo grado, puesto que es de un Apóstol. Su carácter es mas que apostólico en cierto modo, toda vez que este Apóstol es el Evangelista San Juan, el discípulo amado del Hijo de Dios, sustituido en vez de Jesus para ser Hijo de María, y que, depositario de esta Madre sobreviviente, secreto confidente de los misterios del Verbo obrados en ella, comensal de su vida terrestre, tenia evidentemente gracia de estado para conocerla y hablar de ella sin ninguna ilusion para exagerar. ¡Y con qué brillantez nos la ofrece, tanto mas viva por el contraste de la oscuridad en que la habia conocido sobre la tierra! Es *un gran signo* (asi lo habia indicado Isaías), no ya en la tierra, sino *en el cielo*. El *sol* la viste, la *luna* está bajo sus piés, las *estrellas* ciñen su cabeza. Apenas encuentra él en el mundo bastantes rayos para trazarnos alguna imagen de ella, dice Bossuet, y le ha sido preciso recoger todo cuanto hay de luminoso en la naturaleza. ¡Qué testimonio!—He aquí, despues del Evangelio, á qué antigüedad se remonta el culto de la Santísima Virgen María.

¡Pero es cosa averiguada que en el mencionado pasaje se

(1) Apocalipsis, cap. XII.

trata de la Virgen María? Nosotros así lo creemos con Bossuet, con todos los Padres y con la Iglesia. Sin embargo, se niega que así sea, y se nos dice que San Juan ha querido designar aquí la Iglesia.

Sí, es la Iglesia, es inútil discutir este punto; convenimos en ello. Pero es también á María, á María, tipo y figura de la Iglesia. Vamos á demostrarlo:

Desde luego aparece que es á María á quien quiere designar. Su Hijo, su Hijo la ha dado bastante á conocer. Este Hijo que debía regir todas las naciones con una vara de hierro, es el Mesías, así designado por los Profetas; y este Hijo que ha sido elevado hácia Dios y hácia su trono, es Jesús que subió á los cielos por su Ascension.—María no es menos reconocida en aquel *dragon, la antigua serpiente* que quiere tragarse al Hijo, y que hace la guerra á la Mujer y á sus demás hijos, ó al resto de su descendencia. Es testualmente la primera profecía del Génesis: *El Señor Dios dijo á la serpiente: Yo pondré enemistades entre tú y la mujer, entre tu descendencia y la suya.*

¿Se trata de la Iglesia en esta profecía del Génesis? Nó. Se trata de la Mujer, de quien el Libertador debía nacer, de María. Luego se trata de María en el pasaje del Apocalipsis, que alude visiblemente al del Génesis.—En cuanto á aquellos dolores de parto que parecen no convenir á María, porque físicamente parió sin dolores, le convienen moral y místicamente, es decir, en el sentido del Apocalipsis, porque ella dió á luz al Hijo de Dios para la vida de dolores y de inmolation, cuya espada traspasó también á ella misma, segun la palabra de Simeon.—Luego allí se trata efectivamente de María.

Por lo demás, ved ahí lo que acerca de esto dice San Agustín, no como opinion personal, lo que seria ya bastante, sino á título de informacion, á título de testimonio de la enseñanza transmitida y recibida en su tiempo en la Iglesia. Hablando á su pueblo le dice:

«Habeis recibido como artículo del Credo la creencia en la proteccion de aquella que pare contra los venenos de la serpiente. Está escrito en el Apocalipsis del Apóstol Juan, que

el dragon estaba en acecho delante de la mujer que iba á parir, para tragarse su hijo inmediatamente que hubiese nacido. *Nadie de vosotros ignora* que aquel dragon es el diablo, y que *AQUELLA MUJER SIGNIFICA LA VIRGEN MARÍA* que, inmaculada, dió á luz á nuestra Cabeza inmaculada, y que ha representado igualmente la figura de la Iglesia, en que, así como dando á luz un hijo permanece virgen, así también la Iglesia dá á luz los miembros de esta cabeza, sin perder su virginidad (1).»

Ved ahí en qué sentido se trata de la Iglesia y de María en aquel pasaje del Apocalipsis: de María directamente, de la Iglesia en figura.

El venerable M. Olier ha escrito sobre esto una bella página: «Jesucristo, dice, que ha prometido vivir en las almas santas, no ha comunicado su vida á persona alguna con tanta plenitud como á su Santa Madre. La comunicacion que El ha hecho de ella al cuerpo de la Iglesia, es bien inferior á la de su Madre. María es como un sacramento bajo el cual él distribuye sus bienes y sus gracias; y á este manantial tan abundante es adonde deben ir los Clérigos á beber la vida de Jesucristo. San Juan vió todo esto: él representa á la Santísima Virgen como una mujer vestida del sol, llevando en su cabeza una corona de doce estrellas, figura de los Apóstoles, y teniendo la luna bajo sus piés; enseñándonos á nosotros con

(1) *Accepistis et Symbolum, protectionem Parturientis contra venena Serpentis. In Apocalypsi Joannis Apostoli scriptum est hoc, quod staret draco in conspectu mulieris quæ paritura erat, ut cum peperisset, natum ejus comederet. Draconem Diabolum esse, nullus vestrum ignorat. Mulierem illam Virginem Mariam significasse, quæ caput nostrum integra integrum peperit, quæ etiam ipsa figuram in se sanctæ Ecclesiæ demonstravit: ut quomodo filium pariens virgo permansit, ita et hæc omni tempore membra ejus pariat, virginitatem non amittat.—De Symbolo ad catechumenos, II, cap. I.*

«San Agustín, dice Bossuet, nos asegura que la mujer del Apocalipsis es la Virgen Santísima; y seria fácil demostrarlo con muchas razones convincentes.» (*Sermon sobre la compasion de la Santísima Virgen.*)

esto que, toda llena y penetrada de Jesucristo, figurado por el sol, ella llena á su vez á todos los Apóstoles y la Iglesia, y les dá todo lo que ellos poseen de luz y esplendor. Ella aparece todavía con el dragon bajo sus piés; y esto es para dar á entender que todos los Apóstoles, los discípulos, los sacerdotes y demás ministros de la gerarquía de la Iglesia, hasta los exorcistas, tienen y reciben de Jesucristo, en Ella, el poder de pisar y aplanar la cabeza de la serpiente (*accepistis et Symbolum, protectionem Parturientis contra venena Serpentis*); consiguientemente á este designio, Dios ha querido que, aunque su Santa Madre no estuviese presente en la Cena, no debiendo ser hecha visiblemente sacerdote, segun el orden de Melchisedech, sin embargo, estuviese en el Cenáculo para recibir allí el espíritu y la gracia apostólica; enseñando con esto á la Iglesia que nunca sería ella renovada sino en la sociedad de María y participando de su espíritu (1).»

Así, lejos de negar que se trata de la Iglesia en el Apocalipsis, yo me valgo de esto mismo para hacer ver por este testimonio Apostólico la antigüedad de la doctrina de María, figura y Sacramento de la Iglesia, de *María, viva en la Iglesia*, dándonos, no solamente la Cabeza, sino también los miembros, no solamente el Cristo, sino también los cristianos, *sus otros hijos*, como dice escelerentemente el Apóstol. Hallaremos esta doctrina en los Padres, con especialidad en Clemente de Alejandría y en San Agustín; pero por cierto es honroso y concluyente contra los que contradicen nuestra filiación de María y el culto que en este concepto le debemos, ver atestiguada esta *qualidad de hijos de María* por San Juan, el cual, el primero entre todos, fué revestido de ella por el mismo Jesucristo. Doctrina admirable y que desenvuelve todo el Cristianismo en la forma de su esposición. Porque, ¿qué manera mas espresiva y mas for-

(1) Manuscritos de M. Olier, citados en su vida, pág. 253, t. II. Para hacer sensible esta doctrina, M. Olier hizo ejecutar por Le Brun una magnífica composición que representaba á la Virgen en el Cenáculo recibiendo, con preferencia á los Apóstoles, la plenitud del Espíritu Santo, que se dirige despues á ellos y al resto de la asamblea.

mal de decir que somos hijos de Dios, que el decir que somos hermanos de su Hijo, *Primogénito* de María? ¿Y qué manera mas espresiva y mas formal de decir que somos hermanos de este divino Hijo, que el llamarnos *LOS OTROS hijos* de María, y *el RESTO de su descendencia*?... Por último, ¿qué manera mas sublime de proponer á esta nueva Eva, á esta Madre de los cristianos, como objeto de nuestro culto y de nuestras oraciones, que el mostrárnosla en tal brillo de gloria, que reúne y reconcentra toda la luz de los astros, y en tal oposición con Satanás, que suscita todos sus furores contra ella?

Estos furores que ella suscita, y que hace impotentes por su Maternidad divina, eran los furores de las heregias de los primeros tiempos, especialmente la de los *Docetes*, que negaban la verdadera humanidad del Hijo de Dios, su real nacimiento de María; contraposición de la heregia de los *Ebionitas*, que negaban su divinidad y su generacion eterna del Padre; contra estos ya habia escrito San Juan su *In principio erat Verbum*; contra aquellos su *Caro factum est*, y, en su Epistola, su *Quod audivimus, quod vidimus, oculis nostris, quod perspeximus, et manus nostrae contrectaverunt de Verbo vitae*, atestiguando por la esperiencia del oído, de la vista y del tacto, que era una humanidad *palpable* y una carne real la que el Hijo de Dios habia tomado en las entrañas de María.

Esta heregia, que negaba la humanidad de Cristo, la Encarnación del Verbo, prolongándose bajo las mil formas del Docetismo, del Gnosticismo, del Marcionismo y del Maniqueísmo, hostigó á la Iglesia por espacio de cuatrocientos años, y San Agustín la trataba todavía como heregia contemporánea. Dicen los mas sábios intérpretes, que á esta heregia habia aludido especialmente San Juan, en este dragon de muchas cabezas, que queria devorar por su negación al *Hijo varón* que la mujer habia dado á luz en medio de dolores y de gritos que atestiguaban la *realidad* de esta Maternidad tan dolorosa.

Vemos, pues, aquí, desde el principio, lo que no dejaremos de ver en todo el transcurso de los cuatro primeros siglos cristianos; dos actos, dos espectáculos conexos. La Virgen esterminando la heregia y glorificada por la fé, manifestando á Jesucristo, y manifestada por Jesucristo, manifestando su hu-

manidad, y manifestada por su divinidad, revistiéndole de carne, y siendo revestida por El de luz, *et vestis illum et vestiris ab illo.*

II. El segundo testimonio histórico de este carácter y de esta acción de María en la Iglesia, viene á eslabonarse con el de San Juan, pues es de su discípulo San Ignacio mártir.

Este Padre apostólico, que ha hecho mucho mas que escrito, y cuyas cartas muy veneradas, respiran olor de mártir, nos ha dejado prendas muy preciosas de la misma doctrina. Aplicase principalmente á combatir la heregía de los Docetes, á conservar contra ellos la realidad del ser humano en Jesucristo, la realidad de su nacimiento y de su muerte, de la Encarnacion y de la Redencion. Repite, pues, con solemnidad que Jesucristo, Nuestro Señor y Dios, *es carne y espíritu de la Madre de Dios* (1), que ha sido *llevado en las entrañas de María*, segun la dispensacion de Dios (2), que es de la raza de David, que ha *salido de María*, que es *verdaderamente nacido*, que ha comido y bebido, que ha padecido *verdaderamente*, y ha sido inmolado bajo Poncio-Pilatos (3), que ha *nacido verdaderamente de la Virgen*, que ha sido verdaderamente clavado por nosotros en su carne bajo Poncio-Pilatos y Herodes el Tetrarca, etc. (4); en una palabra, que el *invisible se ha hecho visible*, y el *imposible ha padecido por nuestro amor* (5). Ved aquí lo que se encuentra en cada página de las Epístolas que nos ha

(1) Carnalis et spiritualis et ex Maria et ex Deo. — *Ad Ephesios*, caput vii.

(2) In utero gestatus est a Maria juxta dispensationem Dei. — *Id.*, *ibid.*, cap. xviii.

(3) Qui ex genere Davidis, qui ex Maria, qui vere natus est, edidit et bibit, vere passus est sub Pontio Pilato, vere crucifixus et mortuus est. — *Ad Trallianos*, cap. ix.

(4) Natum vere ex Virgine, vere sub Pontio Pilato et Herode tetrarcha clavis confixum pro nobis in carne. — *Ad Smyrnæos*, cap. i.

(5) Invisibilem propter nos visibilem, Imposibilem propter nos pasibilem. — *Ad Polycarpum*, cap. iii.

dejado este grande mártir, cuya sangre se ha mezclado con la de los Apóstoles.

¡Cosa admirable! Hasta en los términos, esta antigua doctrina es aquella que cantamos todos los dias al pié de los altares de Jesus y de Maria:

Ave Verum corpus natum
De Maria Virgine,
Vere passum, inmolatum
In cruce pro homine.

Esta palabra *verum*, *verdaderamente*, se halla repetida en dos partes con la misma intencion, la de apoyar el conocimiento y la obra de Jesucristo sobre la Maternidad divina de María.

Digo la obra de Jesucristo, porque Jesucristo no ha sufrido y no ha muerto verdaderamente, sino porque ha nacido verdaderamente de Maria. Negando los Docetes la realidad de la Encarnacion del Hijo de Dios en María, niegan por consiguiente implicitamente la Redencion. Estos dos misterios se encuentran, *vere natum—vere passum*, en San Ignacio, como en el himno de Santo Tomás.

Los Docetes negaban tambien por esta misma razon la Eucaristia, que es la reunion sacramental de la Encarnacion y de la Redencion, puesto que es la *Presencia real y sustancial* de esta misma carne de Cristo que padeció en la cruz, y la que no pudo padecer en la cruz, sino porque nació de Maria. San Ignacio, en el primer siglo profesaba esta doctrina eucaristica, haciendo cargo á los Docetes de que la negaban por una consecuencia de la negacion de la Encarnacion. — «Ellos se abstienen, decia, de la Eucaristia, porque no reconocen con nosotros que la Eucaristia es la carne de Nuestro Señor Jesucristo, aquella carne que sufrió por nuestros pecados, y que el Padre resucitó en su misericordia (1).» Carne real-

(1) Ab Eucharistia abinent, eo quod non confiteantur Eucharistiam carnem esse Salvatoris nostri Jesu Christi, quæ pro peccatis nostris passa est, quamque Pater benignitate sua suscitavit. — *Ad Smyrnæos*, cap. vii.

manidad, y manifestada por su divinidad, revistiéndole de carne, y siendo revestida por El de luz, *et vestis illum et vestiris ab illo.*

II. El segundo testimonio histórico de este carácter y de esta acción de María en la Iglesia, viene á eslabonarse con el de San Juan, pues es de su discípulo San Ignacio mártir.

Este Padre apostólico, que ha hecho mucho mas que escrito, y cuyas cartas muy veneradas, respiran olor de mártir, nos ha dejado prendas muy preciosas de la misma doctrina. Aplicase principalmente á combatir la heregía de los Docetes, á conservar contra ellos la realidad del ser humano en Jesucristo, la realidad de su nacimiento y de su muerte, de la Encarnacion y de la Redencion. Repite, pues, con solemnidad que Jesucristo, Nuestro Señor y Dios, *es carne y espíritu de la Madre de Dios* (1), que ha sido *llevado en las entrañas de María*, segun la dispensacion de Dios (2), que es de la raza de David, que ha *salido de María*, que es *verdaderamente nacido*, que ha comido y bebido, que ha padecido *verdaderamente*, y ha sido inmolado bajo Poncio-Pilatos (3), que ha *nacido verdaderamente de la Virgen*, que ha sido verdaderamente clavado por nosotros en su carne bajo Poncio-Pilatos y Herodes el Tetrarca, etc. (4); en una palabra, que el *invisible se ha hecho visible*, y el *imposible ha padecido por nuestro amor* (5). Ved aquí lo que se encuentra en cada página de las Epístolas que nos ha

(1) Carnalis et spiritualis et ex Maria et ex Deo. — *Ad Ephesios*, caput vii.

(2) In utero gestatus est a Maria juxta dispensationem Dei. — *Id.*, *ibid.*, cap. xviii.

(3) Qui ex genere Davidis, qui ex Maria, qui vere natus est, edidit et bibit, vere passus est sub Pontio Pilato, vere crucifixus et mortuus est. — *Ad Trallianos*, cap. ix.

(4) Natum vere ex Virgine, vere sub Pontio Pilato et Herode tetrarcha clavis confixum pro nobis in carne. — *Ad Smyrnæos*, cap. i.

(5) Invisibilem propter nos visibilem, Imposibilem propter nos pasibilem. — *Ad Polycarpum*, cap. iii.

dejado este grande mártir, cuya sangre se ha mezclado con la de los Apóstoles.

¡Cosa admirable! Hasta en los términos, esta antigua doctrina es aquella que cantamos todos los dias al pié de los altares de Jesus y de Maria:

Ave Verum corpus natum
De Maria Virgine,
Vere passum, inmolatum
In cruce pro homine.

Esta palabra *verum*, *verdaderamente*, se halla repetida en dos partes con la misma intencion, la de apoyar el conocimiento y la obra de Jesucristo sobre la Maternidad divina de María.

Digo la obra de Jesucristo, porque Jesucristo no ha sufrido y no ha muerto verdaderamente, sino porque ha nacido verdaderamente de María. Negando los Docetes la realidad de la Encarnacion del Hijo de Dios en María, niegan por consiguiente implicitamente la Redencion. Estos dos misterios se encuentran, *vere natum*—*vere passum*, en San Ignacio, como en el himno de Santo Tomás.

Los Docetes negaban tambien por esta misma razon la Eucaristia, que es la reunion sacramental de la Encarnacion y de la Redencion, puesto que es la *Presencia real y sustancial* de esta misma carne de Cristo que padeció en la cruz, y la que no pudo padecer en la cruz, sino porque nació de María. San Ignacio, en el primer siglo profesaba esta doctrina eucaristica, haciendo cargo á los Docetes de que la negaban por una consecuencia de la negacion de la Encarnacion.—«Ellos se abstienen, decia, de la Eucaristia, porque no reconocen con nosotros que la Eucaristia es la carne de Nuestro Señor Jesucristo, aquella carne que sufrió por nuestros pecados, y que el Padre resucitó en su misericordia (1).» Carne real-

(1) Ab Eucharistia abinent, eo quod non confiteantur Eucharistiam carnem esse Salvatoris nostri Jesu Christi, quæ pro peccatis nostris passa est, quamque Pater benignitate sua suscitavit. — *Ad Smyrnæos*, cap. vii.

mente en la Eucaristía, como en María, según la doctrina apostólica, ya que los Docetes no se privaban de ella, sino porque negaban como principio esta *realidad* de la Maternidad divina de María, fundamento de todas las otras realidades. ¡Qué testimonio contra los protestantes!

Así, pues, en la Maternidad de María descansan el dogma de la Encarnación, el dogma de la Redención, el dogma de la Eucaristía, los tres grados del Amor divino, por los cuales nos ha librado de la muerte y nos ha elevado á la participación de su vida. Todo este edificio de nuestra predestinación en Jesucristo es fantástico, si la Maternidad de María no lo hace real.

Así es como la Bienaventurada Virgen, *haciendo visible* al Invisible, esterminaba desde el origen la heregia de los Docetes; así es como por este glorioso oficio ella continuaba su Maternidad y se recomendaba á nuestro culto.

III. Un tercer monumento de este ministerio de María en la primitiva Iglesia, sigue de cerca á este. Está tomado de San Justino en el segundo siglo, hacia el año 167; de San Justino que, en su amor y su solicitud por lo verdadero, había pasado por todas las escuelas de la filosofía, sin haber podido encontrar lo que buscaba, sino á los pies de Jesucristo, por quien dió su sangre. Mientras que los Docetes, hemos dicho, atacaban la humanidad de Jesucristo, y decían que no había sido sino una apariencia, los Ebionitas negaban su divinidad. Esta heregia judáica se apoyaba precisamente sobre la Maternidad de María y sobre la realidad del ser humano en Jesucristo, que negaban los Docetes, para escluir de él el ser divino. Para ellos era Cristo un hombre como nosotros; pero no era mas que un hombre. María le había parido realmente, y con verdad era su Madre, pero había llegado á serlo, como todas las mujeres, por un hombre, José, su esposo. Aquí está todo el fondo del ataque que San Justino destruye en su célebre diálogo contra el judío Tryphon. «Lo que pretendes, decía este, que Cristo ha preexistido á Dios antes de todos los siglos, y que en seguida ha nacido y ha sido hecho hombre, y que no es *hombre de los hombres*, no solamente repugna al

sentido comun, sino que es insensato (1).»—«Es una cosa increíble é imposible que trates de perder el tiempo y el trabajo en demostrar que Dios haya nacido y que no se haya desdeñado de hacerse hombre (2).»

La cuestion así suscitada, era propuesta entre Tryphon y Justino en los términos siguientes: Jesucristo ¿es hombre de los hombres, ú hombre de Dios?

Para resolverla, se hallaba San Justino, al parecer, mas bien embarazado que servido por María, cuya Maternidad había sido el recurso de San Ignacio contra los Docetes. Y sin embargo, la resuelve por María.—¿Cómo?—Por su *Virginidad*, que revela la divinidad del Verbo, así como su Maternidad manifiesta la humanidad del mismo. Y para establecer esta *Virginidad* angelical y la divina Concepción, de la cual ha sido ella el Tabernáculo, esgrimia San Justino el grande argumento de las profecías, que Tryphon, como judío, recibía, y de las cuales era ciego testigo ante la incredulidad pagana. Las mismas profecías, decía San Justino, que prueban la verdad de la misión de Jesucristo, único en quien ellas tienen su cumplimiento, anuncian que nacerá milagrosamente de una Virgen, y que será Dios, Dios Niño, Dios con nosotros. San Justino, entre otras profecías, acusa á Tryphon con la gran profecía de Isaías: *Ecce virgo concipiet*. Tryphon ensaya glosar la palabra *Virgo*, y pretende que es necesario leer en su lugar *adolescentula*. Pero San Justino le hace callar con la autoridad de los *Setenta*, cuya traducción providencial, anterior en tres siglos al cumplimiento de la profecía, con todas las mas firmes garantías humanas de exactitud, y mirada casi como inspirada por los mismos judíos, dice, la *Virgen*. San Justino acompaña en seguida este sentido con todas las esplicaciones que resultan del conjunto del testo, especialmente de esta razon decisiva, que Dios, por su Profeta, no anunciaria un prodigio hecho para llenar de admiración el cielo y la tierra, si no se tratase de otra cosa que de un parto natural.

Así manifestaba la Virgen María, por medio de su Virgi-

(1) Diálog. cum Tryph., XLVIII.

(2) Ibid., LXVIII.

nidad, la divinidad de Cristo contra los Ebionitas. Y este importante papel de la Virgen, no se presentaba por San Justino como pasivo y puramente instrumental, nó: era comprendido desde luego como activo y cooperador. Aquí, en la misma aurora de la doctrina, aparece este gran paralelismo entre Eva y María, que dá á esta la misma importancia para el bien que ha tenido aquella para el mal. Este paralelismo se halla en San Justino, anterior á San Ireneo, que es hasta quien por lo comun se le hace remontar. «Cristo, dice el Filósofo Mártir, fué hecho hombre tomando carne de la Virgen, para que la via por donde la desobediencia se originó de la serpiente, fuese tambien la misma por donde aquella se conjurase. Eva, en efecto, todavía Virgen é intacta, habiendo acogido la palabra de la serpiente, parió la sublevacion y la muerte. Y María Virgen, habiendo acogido la fé y la alegría, al anunciarle el Angel Gabriel la feliz nueva, á saber: que el Espíritu del Señor vendria sobre ella, y que la virtud del Altísimo la cubriria con su sombra, y que naceria de ella el Hijo de Dios, respondió: *Hágase en mí segun tu palabra*. Y bien pronto nació de ella Aquel que hemos demostrado tal por tantos testimonios de las Escrituras, por quien Dios confunde á la serpiente, y á los ángeles, y á los hombres que se le asemejan (1).»

Así es como se comprendia en la aurora del Cristianismo el ministerio de María en la humanidad; el mundo se ha sal-

(1) Diálog. cum Tryph., cap. C. En su primera apologia, cap. LXVI. San Justino profesa la fé en la Eucaristía y en la realidad de la carne y de la sangre de Cristo, alimento de los fieles, apoyándola como San Ignacio sobre la realidad de la Encarnacion. Recomendamos tambien á los protestantes este decisivo testimonio; he aquí el testo:

Quemadmodum per Verbum Dei caro factus Jesus Christus Sálvator noster et carnem et sanguinem habuit nostræ salutis causa; sic etiam illam, in qua per preces ipsius verba continentem gratiæ actæ sunt, alimoniam, ex qua sanguis et carnes nostræ per mutationem aluntur, incarnati illius Jesu ET CARNEM ET SANGUINEM esse edocti sumus.

¿A dónde recurrirá la heregia en vista de tales testimonios?

vado por su fé y por su aquiescencia á la palabra de Dios, del mismo modo que se habia perdido por la credulidad y desobediencia de Eva. María es el contrapeso de Eva. Es la Eva del mundo rescatado, esto es, la *Madre de los vivientes*. Y así como ella nos ha dado una vez el fruto de vida, del mismo modo no cesa de garantizarlo y de atestiguarlo contra todas las heregias que lo disputan á nuestra fé.

IV. Nada mas constante, mas persistente, mas demostrado que esta doctrina en aquella primera edad. Lo que constituia su verdad y su fuerza, y lo que la recomienda en el mas alto grado á nuestra estimacion, es que esta doctrina no era especulativa y teórica, sino eminentemente práctica y activa; es que ella *funcionaba* contra las heregias, y que justificaba su vida por su accion. Así, he aquí que San Ireneo la toma en mano despues de San Ignacio y San Justino. San Ireneo, aquel *antiguo hombre de Dios*, como lo llamaba San Agustin, discípulo de Policarpo, que lo habia sido de San Juan, que habia mamado, por decirlo así, la leche apostólica en su primera juventud, y que decia: «Lo que he oido en aquel tiempo por la gracia de Dios, no lo he puesto por escrito, sino que lo he depositado en mi corazon y lo he renovado por la misma gracia de Dios todos los dias con sencillez (1).» San Ireneo, que á esta sencillez, órgano fiel de los Apóstoles, juntaba una instruccion de las mas variadas, bebida en la lectura de los filósofos y de los poetas griegos, y que debia á esta doble educacion apostólica y filosófica una extraordinaria exactitud de juicio, una claridad y penetracion de las mas raras, y una dialéctica de las mas hábiles; San Ireneo, en fin, que sostenia y empleaba todas estas ventajas con una rectitud y firmeza de conviccion que coronó el martirio, es aquel grande oráculo de la Iglesia apostólica, testigo á la vez del Oriente y del Occidente, el que vá ahora á hablar.

No hay artículo del Símbolo católico rechazado en el siglo diez y seis por los protestantes, el Episcopado, la supremacía de Roma, la tradicion depositaria é intérprete de

(1) Carta á Florino, citada por Eusebio.

las Escrituras, el culto de la Virgen María, la Presencia real, cuya Apostolicidad no se encuentre atestiguada por San Ireneo.

En lo concerniente á la Virgen María, reuniendo el argumento de San Ignacio contra los Docetes, y el de San Justino contra los Ebionitas, hace del misterio de la Virgen María como un arma de dos filos. Por su *Maternidad*, hiere á los Docetes, estableciendo la real humanidad del Hijo de Dios; y por su virginidad, hiere á los Ebionitas, estableciendo la divinidad del Hijo de María. De esta manera desenreda los mil y mil nudos de aquella doble heregia; los desanuda, los corta, y hace resaltar de ella la union hipostática de las dos naturalezas en Jesucristo, el grande dogma de la Encarnacion, centro vivo del Plan divino, cuya magnífica economia desenvuelve. Representa al Verbo *recapitulando* en si su creacion, por un proceder semejante al que habia usado para verificarla. «Adan no fué *hecho* de otro hombre sino del polvo de la tierra y de Dios. Igualmente no debia ser *rehecho* del hombre, sino de una Virgen y de Dios; esta vez de una Virgen, y no del polvo, por razon de la superioridad de este nuevo Adan sobre el primero, guardando en todo la similitud.» Y tambien además, por otra bellissima razon. Y es que el nuevo Adan pedia una nueva Eva para ser completo,

para que lo que él debia salvar fuese la contraparte de lo que habia sido criado; tanto mas que lo que habia sido criado (el primer Adan) era como el diseño de aquel que debia salvar (el segundo Adan) el *tipo del futuro*, como dice San Pablo, de Jesucristo, preformado en él, y que por consiguiente debia ser conforme á su bosquejo. Por esta magnífica puerta entra San Ireneo en este punto de vista del Plan divino, que llama la *recirculacion*, donde la nueva Eva, María, está presentada á nuestros homenajes y á nuestras súplicas con tan rica importancia. Aqui hay que dejar que hable el grande Doctor, recordando á nuestra memoria, que es la antigüedad apostólica de Oriente y de Occidente quien habla por su boca.

«Consecuentemente á este Plan divino, dice, María Virgen se nos aparece obediente y diciendo: *He aquí la sierva del*

Señor, y hágase en mí segun tu palabra, así como Eva fué desobediente cuando era todavía virgen. De la misma manera que esta, teniendo á Adan por esposo, y sin embargo, virgen todavía (porque ambos andaban desnudos en el Paraiso y no se avergonzaban), fué desobediente, y llegó á ser por esto para sí y para todo el género humano una causa de muerte: así María Virgen, aunque esposa, fué por su obediencia *Causa de la salvacion del género humano* y de la suya propia. Así, de María á Eva, tuvo lugar la recirculacion para que lo que habia atado no fuese desatado de otro modo que volviendo sobre sí mismos los lazos cuyo conjunto constituia el nudo, de manera que las primeras ataduras fuesen desatadas por las segundas, y que las segundas desatasen á su vez á las primeras... Así el nudo de la desobediencia de Eva fué deshecho por la obediencia de María; y lo que la virgen Eva ató por su incredulidad, la Virgen María lo desató por la fé (1).»

Esta idea magnífica es una de las mas completas, siendo al mismo tiempo una de las mas elevadas que se pueden formar del Cristianismo. Su sencillez es sublime. La constituyen tres cosas: el hombre caido, objeto de la divina misericordia, *Thesis* de la Religion;—el hombre redimido, en

(1) IREN., *Contra hæreses*, lib. III, cap. xxii.—Consequenter ergo et Maria Virgo obediens invenitur, dicens: «Eccc ancilla tua, Domine, fiat mihi secundum verbum tuum. Eva vero inobediens: non obedivit enim, adhuc cum esset virgo. Quemadmodum illa virum quidem habens Adam, virgo tamen adhuc existens (erant enim utrique nudi in Paradiso, et non confundebantur) inobediens facta, et sibi et universo generi humano causa facta est mortis: sic et Maria habens prædestinatum virum, et tamen virgo, obediens et sibi et universo generi humano CAUSA facta est salutis.—Sic ea quæ est a Maria in Evam *recirculatio* significatur: quia non aliter quod colligatum est solveretur, nisi ipsæ compagine alligationis reflectantur retrorsus; ut primæ conjunctiones solvantur per secundas, secundæ rursus liberent primas... Sic autem et Evæ inobedientiæ nodus solutionem accepit per obedientiam Mariæ: quod enim alligavit virgo Eva per incredulitatem, hoc virgo Maria solvit per fidem.

contraposicion del hombre caído, *Antítesis*; —el hombre caído y redimido; el mundo Adámico y el mundo Cristiano compenetrándose en el abrazo del Calvario para componer el hombre divino, *Síntesis*. —En tres palabras: la *Naturaleza* adámica, la *Gracia* cristiana, la *Gloria* divina. Es necesario oír todavía á San Ireneo, volviendo en otra parte á ocuparse de esta maravillosa Trilogía:

«La Encarnacion del divino Verbo y su obediencia en la carne, han tenido por efecto quitar en nosotros la falta común. Porque él borra la desobediencia cometida en el principio junto al árbol... Repara por su obediencia sobre el madero la desobediencia cometida junto al madero, manifestando en sí, á la faz del universo, la profundidad, la longitud y latitud de este misterio, y (como ha dicho un antiguo) reduciendo, por la estension de sus brazos, dos pueblos á un solo Dios. Dos manos estendidas, en efecto, porque los pueblos estaban distantes, en las dos estremidades de la tierra; y una sola cabeza en medio, porque un solo Dios sobre todos, por todos y en todos (1).»

Se concibe, en un plan de esta naturaleza, cómo siendo la antítesis la exacta contraparte de la tésis, tiene la Virgen María, con respecto al Adam Salvador, una importancia inmensa y universal, estando graduada esta importancia, en cierto modo, por la de Eva con respecto al Adam culpable. Así San Ireneo, continuando, añade: «Así, pues, Eva produjo una generacion culpable, condenada á muerte hasta tanto que María, Madre de Dios, diera á luz una generacion nueva. Así como aquella, seducida por las palabras del ángel de las tinieblas, huía de Dios habiendo faltado á su palabra, así

(1) IREN., *Contra hæreses*, lib. V. cap. xvii. — Quonian enim per lignum amisimus illud, lignum iterum manifestum omnibus factum est, ostendens altitudinem et longitudinem, et latitudinem in se: et (quemadmodum dixit quidam de senioribus) per extensionem manuum, duos populos ad unum Deum congregans. Duæ quidem manus, quia et duo populi dispersi in fines terræ: unum autem medium caput, quoniam et unus Deus super omnes, et in omnibus nobis.

esta, saludada por un ángel de luz, y obediente á su palabra, mereció concebir á un Dios. Y habiendo aquella sucumbido á la desobediencia, esta fué atraída á la obediencia, á fin de que la Virgen María viniese á ser la *Abogada* de la virgen Eva. Y así, de la misma suerte que el género humano fué encadenado á la muerte por una virgen, fué libertado por otra Virgen, habiendo sido puesta en equilibrio la balanza por la desobediencia de una virgen colocada en uno de sus platos, y la obediencia de otra Virgen en el otro. Porque el primer pecado del primer hombre fué borrado por el castigo del primogénito; el ardid de la serpiente por la inocencia de la Paloma, y fueron desatadas todas las cadenas que nos tenían amarrados á la muerte (1).»

Este lenguaje debe imponer eterno silencio á los que se burlan del culto de la Virgen María; pues, ¡qué autoridad mas imponente que la de tan gran nombre como Ireneo, Santo, Doctor, Confesor, Defensor de la fé, Obispo, Mártir! ¡Qué tradicion mas elevada, siendo inmediatamente Apostólica! ¡Qué alabanza mas fuerte que la de atribuir á la obediencia de María la salvacion del género humano, llamarla la *Causa* de esta salvacion y la *Abogada* del culpable! Finalmente, ¡qué cimientó mas ancho y qué justificacion mas gloriosa que sacar este panegirico del Plan divino, y oponerlo como baluarte contra la heregía! San Agustin, en el siglo cuarto llamaba *antiguo* á San Ireneo, y refiriendo este elogio de María, lo convertia en arma contra el herético Ju-

(1) IREN., *Contra hæreses*, lib. V, cap. xix. — ... Quemadmodum enim illa per Angeli sermonem seducta est ut effugeret Deum, prævaricata verbum ejus; ita et hæc per Angelicum sermonem evangelizata est ut portaret Deum, obediens ejus verbo. Et si ea inobedierat Deo; sed hæc suasa est obedire Deo, ut virginis Evæ virgo Maria fieret advocata. Et quemadmodum adstrictum est morti genus humanum per virginem, salvatur per virginem: æqua lance disposita, virginalis inobediencia, per virginalem obedientiam. Adhuc enim protoplasti peccatum per corruptionem primogeniti emendationem accipiens, et serpentis prudentia devicta in columbæ simplicitate, vinculis autem illis resolutis per quæ alligati cramus morti.

liano. ¡De qué peso no es este argumento contra los Julianos modernos!

V. Así es como escribía San Ireneo hácia el año 205. Esta herencia de doctrina que había recogido, despues de San Justino, de los Padres apostólicos, no quedó sin sucesores, y el primero que se presenta, no es por cierto vulgar, es Tertuliano, escribiendo, en el año 207, su libro de *la Carne de Cristo*, contra aquellas mismas heregias que habían combatido San Ireneo, San Ignacio y el mismo San Juan.

El fin de toda heregia es negar á Jesucristo. Todas ellas lo hacen de muy diferentes maneras, las cuales, por muy contradictorias que sean en teoria, están perfectamente de acuerdo en la práctica. Negar que Dios sea Hombre, ó que el Hombre sea Dios en Jesucristo, todo es negar igualmente el *Hombre-Dios*, la Encarnacion del Verbo; es romper igualmente el vínculo que une el cielo y la tierra. Solamente en los tres primeros siglos, ¡cosa conveniente á favor de nuestra fé! la Divinidad de Cristo era tan brillante por los prodigios de su accion en el mundo, que la heregia creyó sacar mejor partido de negar su humanidad, como indigna de esta divinidad tan gloriosa. Pero bien haya negado su humanidad, bien haya negado su Divinidad, nunca lo ha hecho francamente, tan patente estaba la una como la otra, hasta tal punto estaba manifiesto enteramente Cristo. De aquí una multitud de sectas *oblicuas* en estos dos grandes órdenes de negacion. Asimismo el Ebionismo que negaba su Divinidad, no se atrevia á decir que Cristo era un hombre ordinario, y se dividia sobre esto en muchas sectas. Unos decian que era un Hombre nacido de Maria y de José, pero que había recibido dones excelentes de sabiduría; otros, que el Espíritu Santo había descendido sobre El en su Bautismo; otros, que había nacido de Maria y del Espíritu Santo, pero que no había preexistido á esta concepcion; otros, que había preexistido como una creacion del Padre, superior á todas las otras, pero inferior á la Divinidad; otros, en fin, que era una irradiacion de la Divinidad, mas no una persona divina; tales son las sectas que pululaban sobre la negacion de la Divinidad de Cristo, y

que, como se vé, tuvieron que transigir con la verdad que no transigia con ellas.—En cuanto á la otra negacion, que combatia la humanidad de Cristo, no era menos discordante; unos pretendian que la carne de Cristo había sido fantástica; otros que era una carne espiritual; otros que era una verdadera carne tomada de las sustancias del aire, no salida del seno de una mujer; otros que había caído del cielo; otros que era un cuerpo tomado de los astros, que había pasado por el seno de Maria, pero que no se había formado de su sustancia. Todas estas sectas de la negacion de la humanidad de Cristo giraban así alrededor de la fé, y la combatian insidiosamente.

La Iglesia combatia estas heregias, las unas por las otras. Pero sobre todo las tenia siempre en jaque con su argumento heroico: el parto virginal de Maria.

Esto es lo que hemos visto, y es lo que vamos á volver á ver en Tertuliano, y lo que volveremos á ver todavia en adelante. ¡Admirable uniformidad, que hacia resaltar mas y mas el dogma de la divina Maternidad, y la recomendaba á nuestro culto, por esta continuidad de servicios, cual el Palladium de la fé!

Tertuliano opone á Marcion, que negaba la carne de Cristo, todos los misterios del nacimiento y de la infancia del Salvador, en los cuales fué la verdadera Encarnacion manifestada en Maria y por Maria: la Anunciacion, la Natividad, la Epifania, la Circuncision, la Purificacion. Marcion queria borrar todos estos misterios evangélicos, como la heregia moderna ha querido borrar su conmemoracion. «No son estos, ¡oh Marcion! le dice Tertuliano, los bellos planes por los que has tenido el atrevimiento de querer borrar tantas pruebas originales de la humanidad de Jesucristo, para privarnos de otros tantos testimonios de la verdad de su carne (1)?» Tertuliano hace ver en seguida, de conformidad con San Ignacio, cómo la Redencion y la Encarnacion son solidarias, y se apoyan ambas á dos sobre el Nacimiento del Cristo, que él llama *la predeterminacion de la verdad de su carne*.

(1) De car. Christ., cap. II.

«Jesucristo, habiendo sido enviado para morir, ha debido necesariamente nacer, á fin de que pudiese morir; nada sino lo que nace suele terminar por la muerte; el nacimiento y la muerte forman una deuda recíproca.»—La carne de Cristo, siendo la materia de su sacrificio y de la participacion eucarística por la cual somos regenerados, es como el *polo de la salvacion*. «La generacion virginal de María es, pues, el fundamento de nuestra regeneracion.»—Además de esto, por la carne es por lo que participamos de la caída de nuestros primeros padres, y por la carne es por donde debemos ser levantados de ella. También el Apóstol llama á Cristo el *nuevo Adán*. Tertuliano penetra, bajo este punto de vista, en la doctrina de la antítesis de la Resurreccion y de la caída, ya profetizada por San Ireneo y por San Justino, y la espone á su vez con todas las consecuencias gloriosas para María. «Dios, dice, por una operacion contraria á la del demonio, ha querido volver á tomar su imágen, de que el demonio se habia hecho dueño. Permaneciendo todavía Eva virgen, entró en su alma una palabra que levantó en ella el edificio de la muerte; era, pues, necesario que el Verbo de Dios entrase en una Virgen para reedificar en ella el edificio de la vida, á fin de que lo que habia sido perdido por el sexo femenino fuese recuperado por el mismo sexo. Eva habia creído á la serpiente: María ha dado crédito á lo que Gabriel le ha anunciado; el crimen que la una ha cometido creyendo, la otra lo ha borrado creyendo también (1).»

Oponiendo de esta manera Tertuliano la Maternidad de María á los que negaban la humanidad del Hijo de Dios, no se descuida de hacer valer su virginidad contra los que negaban la Divinidad del Hijo de María. «No era conveniente, dice, que el Hijo de Dios naciese de obra de hombre, por miedo que si era todo hijo del hombre, no fuese de ninguna manera Hijo de Dios, sino tal que tuviésemos que creer á Ebion, que pretende que no haya sido sino un puro hombre (2).» Así, ¡cosa admirable! de la misma manera que la

(1) De car. Christ., cap. XVII.

(2) De car. Christ., cap. XVIII.

Madre atestigua al hombre en Jesucristo, la Virgen atestigua al Dios, y *la Madre-Virgen al Hombre-Dios*.

Tertuliano concluye haciendo ver, que el parto virginal de María es, de esta manera, la desesperacion y la confusion de todas las heregias y el argumento invencible de la Religion. «Así vemos, dice, el cumplimiento de aquella palabra profética que Simeon pronuncia sobre este Niño recién nacido; Nuestro Señor Jesucristo. «El será para muchos, dice, un motivo ó de resurreccion y de salvacion, ó de pérdida y de condenacion, y una señal de contradicciones.» Es la señal del Nacimiento de Jesucristo anunciado por Isaías. «Por esto, dice, el mismo Señor os dará una señal: *una Virgen concebirá y parirá un Hijo*.» Reconocemos, pues, esta señal de contradicciones; *La concepcion y el parto de la Virgen María*; señal acerca de la que dicen aquellos hereges: Ella ha parido, y ella no ha parido; ella es Virgen, y ella no es Virgen..... Por nuestra parte, nosotros no dudamos, como ellos, y lo que creemos no se halla encubierto con una suspension ambigua; entre nosotros la luz es luz, y las tinieblas tinieblas; lo que es, es; lo que no es, no es. Aquella que ha parido, ha parido; y si ella ha concebido siendo virgen, ella ha sido mujer en el parto, de tal manera, sin embargo, que ha sido conservada su integridad (1).

VI. A este gran testimonio de la doctrina, que hace descansar la fé sobre la Maternidad divina de María, testimonio tan unánime y tan fuertemente encadenado desde San Ignacio á Tertuliano, sucede inmediatamente el de Clemente de Alejandria, que escribia por los años de 217. Clemente de Alejandria, á quien basta nombrar para nombrar la ciencia mas vasta de su tiempo, el depósito de todos los conocimientos humanos, la literatura, la filosofia, la elocuencia, y una sed de verdad que, despues de haber llevado su ardor por toda la tierra, no se sació sino en el Cristianismo; Clemente de Alejandria que, segun nos lo refiere él mismo, «estudió bajo los maestros y obispos mas distinguidos, algunos de los

(1) De car. Christi., XXIII.

cuales hasta habian sido discipulos de los Apóstoles, para instruirse en la verdadera tradicion apostólica (1), espone en su *Pedagogo* una doctrina, en que la Virgen María es preconizada con tanto mas honor, cuanto lo es, en los precedentes testimonios, por la parte activa de su ministerio en la economía de la salvacion humana, por la vida incesante que en ella nos comunica de tal manera, que su culto no es gratuito, sino que es como parte de la obra de Dios.

Segun Clemente, lo mismo que segun San Ignacio, la comunión de Dios con su obra ha comenzado solamente, pero no está consumada por la Encarnacion; ella se continúa por la Eucaristia, y se consume por la formacion de los fieles y de la Iglesia, cuerpo místico de Jesucristo. La Encarnacion, la Eucaristia, la Iglesia: he aquí, pues, las tres transformaciones de la vida, que eleva á la union de Dios los seres decaidos: he aquí la *Educacion pedagógica* de la humanidad. Ahora bien; que María ha cooperado á la Encarnacion, y que de ella le resulta una gloria incomparable, es lo que hemos visto cien veces, y esto solo seria bastante para honrarla; pero la Encarnacion se continúa en la Eucaristia, y el ministerio de María se continúa con la Encarnacion. De esto se deduce que, Madre de la cabeza, ella es, por esta, Madre de los miembros; que ella los cria y alimenta en la Iglesia, como siendo ella misma la Iglesia, en su relacion mas elevada con Dios. Y para ser propia á este eminente misterio de *union*, ha recibido ella misma un privilegio de *unidad*, que es el mas grande despues del de la Trinidad, á la cual la asocia este privilegio. «Misteriosa maravilla! esclama Clemente de Alejandria en su admirable estilo. El Padre de todas las cosas, es *uno*; el Verbo de todas las cosas, es *uno*; el Espiritu Santo, es *uno*, y el mismo en todas partes. La Madre, la Virgen, son *una*. Yo le doy con alegría el nombre de *Iglesia*. Esta Madre única no tuvo leche en sus pechos, porque no habia conocido varon (2);

(1) Stromat., I, I.

(2) Esta opinion, ¿no podria tener á su favor la autoridad de la tradicion apostólica, en la cual dice San Clemente haber tomado su doctrina? ¿No encontrará su sancion en la profecía de

pero ella es al mismo tiempo Virgen y Madre; inmaculada como una Virgen; pero tierna como una Madre, la cual llama junto á sí á sus hijos y los alimenta con una leche sagrada, con el Verbo hecho niño. Por esto es por lo que ella no tuvo leche, ó mas bien que tuvo por leche á este bello hijo de su corazon; el cuerpo de Jesucristo, que, por el Verbo que le está unido, cria la joven generacion que el mismo Señor ha parido en el dolor, y de la cual es preceptor, nodriza yayo. *Comed*, ha dicho, *mi carne, y bebed mi sangre*; he aquí el alimento enteramente singular que ofrece el Señor; nos presenta su carne, vierte su sangre, y nada falta ya al crecimiento del niño (1).

Isaias: «Una Virgen concebirá y parirá un Hijo, cuyo nombre será Manuel? *El comerá manteca y miel, BUTYRUM ET MEL MANDUCABIT?*» En fin, la doctrina católica y apostólica de San Clemente, segun la cual María no era Madre de Jesus por él, sino por nosotros, sus otros hijos, á quienes ella debia alimentar de Jesus como de su leche, ¿no dá á esta circunstancia un carácter augusto, que hace pensar al corazon y que conmueve al espíritu? Es verdad que se puede oponer el *Beata ubera quæ succisti*, del Evangelio; pero esto consiste en que se creia á Jesus *Hijo del Carpintero*, y la virginidad de María estaba encubierta bajo la condicion de esposa.

(1) O miraculum mysticum! Unus quidem est universorum Pater. Unum est etiam Verbum universorum, et Spiritus Sanctus unus, et ipse est ubique. Una autem sola est mater Virgo: mihi autem placet eam vocare *Ecclesiam*. Lac non habuit Mater hæc sola, quoniam sola non fuit mulier. Virgo est autem simul, et Mater: integra quidem et inviolata ut Virgo: amans autem, ut Mater: quæ suos accersens infantulos, sancto lacte, nempe Verbo infantili, enutrit. Ideo autem lac non habuit, quod lac esset hic infantulus pulcher et conjunctus, scilicet corpus Christi, novum cæctum Verbo nutriens: quem ipse Dominus carnali dolore peperit: quem ipse fasciis alligavit Dominus, pretioso sanguine. O sanctum partum! o sanctas fascias! Verbum est omnia infanti, et pater, et mater, et pædagogus, et altor: «Comedite, inquit, meam carnem et bibite meum sanguinem.» Hæc convenientia alimenta nobis suppeditat Dominus, et carnem præbet, et effundit sanguinem: et ad incrementum nihil deest infantulis.—*Pædagogus*, lib. I, cap. VI.

Este niño es cada uno de nosotros, y colectivamente lo es la Iglesia, engendrada y nutrida con la sangre de Jesucristo, y que ella misma engendra y alimenta con esta divina sangre á los hijos espirituales que nacen en ella. «Es, pues, la Iglesia, como María, dice San Clemente Alejandrino: ella es Virgen, porque es pura de toda heregia, que mancilla el cuerpo de Jesucristo, suponiéndole nacido de generacion humana: ella es madre, porque solo con su intervencion y en ella nacen y son alimentados los cristianos.» Mas si la Iglesia es como María, es porque María es la forma viva de la Iglesia, y porque por medio de María infunde Dios en su Iglesia la vida y la fecundidad; fecundidad divina que, despues de haber producido el *Primogénito de María*, segun la carne, produce á sus otros hijos, miembros de este *Primogénito*, segun el espiritu. La asimilacion de María con la Iglesia está en la misma relacion que la de los miembros con la cabeza. Ellas son una misma Madre, como nosotros somos un mismo cuerpo con Jesucristo; y en esta única Maternidad tiene María la superioridad de haber dado á luz la Cabeza por quien y en quien se verifica el nacimiento de los miembros. Así, la Iglesia es como la expansion de la Maternidad de María; ella es el seno místico de María, dando á luz el cuerpo místico de Jesucristo.

¡Qué admirable doctrina! ¡Cuán gloriosa para María y para la Iglesia! ¡Qué venerable es su antigüedad, y cuánto la recomienda á nuestro respeto y á nuestro amor! Esta doctrina no es solo de San Clemente de Alejandría; porque, además de que este último discípulo de los Apóstoles la habia tomado de ellos, la hemos visto personificada en la mujer del Apocalipsis, á la vez á María y la Iglesia, segun la enseñanza católica, atestiguada por San Agustin, y volvemos á hallarla en todos los escritos de aquella primera edad. En las actas de los mártires de Lyon y de Viena, en el año 177, hablando de los que en un principio habian apostatado de la fé, pero que, vueltos al buen camino por el ejemplo de los que la habian confesado generosamente, habian vuelto á su gremio, se lee: «Nada sabia igualar la alegría de LA VIRGEN MADRE cuando pudo abrazar de nuevo como vivos á los que acababa de desechar de sí como muertos. Porque, por los mártires, la mayor parte de aque-

llos que habian renegado fueron recibidos nuevamente en su seno, sostenidos y reanimados con una nueva vida (1).» Háblase allí de la Iglesia, pero de la Iglesia identificada, así por la alusion como por la espresion, con la Virgen Madre.—Se le dá allí evidentemente el nombre de *Virgen Madre*, como Clemente de Alejandría dá á la Virgen Madre el nombre de *Iglesia*.

Así María, *viviendo en la Iglesia*, es la creencia de la Iglesia desde los primeros tiempos.

VII. Mas prosigamos nuestra esposicion. A Clemente de Alejandría sucede Orígenes, su discípulo, el asombro y la admiracion del mundo por la estension de sus conocimientos, el brillo de su enseñanza, la energia de su carácter, la dulzura y humildad de su alma en todo el movimiento de su accion. Hubiera sido demasiado largo recoger todos los pasajes de sus obras, inspirados por su veneracion á la Madre de pureza, de esta pureza á la cual se sacrificó él mismo. Citemos únicamente estas palabras de su comentario sobre San Mateo: «Esta Virgen María es llamada Madre del Hijo único de Dios, digna Madre de un Hijo digno, Madre inmaculada de un Hijo Santo é inmaculado, Madre única de un Hijo único (2). Mirad á María como un tesoro celestial que se os dá á guardar, hace decir por el Angel á San José, como todas las riquezas de la divinidad, como la plenitud de su santidad, como una justicia perfecta. Tomadla y conservadla como la residencia del Hijo único de Dios, como su templo honorifico, como el don de Dios, como Aquella que es propia del Criador de todas las cosas, como la vivienda inmaculada del real y celestial Esposo (3).» San Bernardo, en las piadosas aspiraciones de su devocion para con María, ¿ha dicho cosa mas espresiva? El lenguaje humano, ¿puede explicar cosa mas sublime que esta relacion de dignidad, de pureza, de santidad y de gloria entre

(1) Epístola sobre los mártires de Lyon, atribuida á San Ireneo, cap. XII.

(2) Homilía I in Matth., cap. I.

(3) Id. ibid.

una criatura y el Hijo de Dios? Tal era la devocion á María en el tercer siglo, por una sucesion de doctrina que comienza en el primero.

VIII. Esta sucesion se vé, despues de Orígenes, en San Arquelao, su discípulo, como él lo era de San Clemente de Alejandria, que lo habia sido de San Ireneo: porque no es otro el encadenamiento histórico de esta esposicion, pues no son testimonios individuales y aislados los que alegamos, sino un solo gran testimonio continuo y solidario en sus órganos sucesivos.

Lo que vamos á referir de San Arquelao es no menos importante que interesante y poco conocido.

Arquelao, hombre de una profunda inteligencia, lleno de fuego y de genio, como se echa de ver en los escritos que nos ha dejado, se hizo célebre, principalmente hacia el año 277, por sus discusiones con Manés, que ha dado nombre á la grande heregia del *Maniqueismo*. Manés, cuyo nombre propio era Cubrico, hijo de un liberto de Persia, educado por la caridad de una señora benéfica, habia recibido de Terebintho, discípulo de Sethian, un escrito en cuatro libros, que contenia el sistema de religion filosófica tomado de Zoroastro y convertido en heregia cristiana bajo el nombre de Maniqueismo. Formó el proyecto de propagarla muy lejos. Fugado de la prision á que le llevó el no haber acertado en la curacion de un príncipe persa, comenzó á difundir su doctrina en la Mesopotamia. Habiendo oido hablar de un cristiano de Caschar, llamado Marcelo, como de un hombre generalmente respetado por su piedad, juzgó que su empresa adquiriria grande autoridad si lograba atraerle á su partido. Trató de introducirse con él por medio de una carta que le escribió de antemano. Por de pronto, parecia que el éxito iba correspondiendo á sus deseos. Marcelo convidó á Manés á que bajase á su casa. Pero Manés no habia tenido en cuenta la vigilancia del pastor, del obispo de Caschar, de Arquelao. Arquelao, informado por Marcelo de lo que pasaba y queriendo favorecer la manifestacion de la verdad, previniendo al mismo tiempo toda seducccion posible, organizó una discusion públi-

ca, en que debian presidir hombres versados en todos los ramos del saber y escogidos entre los paganos. Todavía se conservan las actas de esta discusion, de la cual han citado algunos fragmentos San Epifanio, San Cirilo de Jerusalem y Sócrates; y su autenticidad, dice el sábio autor de *la Simbólica*, es incontestable (1).

Omitiremos en obsequio de nuestros lectores la esposicion del Maniqueismo. Bástenos decir que era un ingerto en el Gnosticismo, como este lo era en el Docetismo, en el punto particular en que se negaba la Encarnacion, pretendiendo que el Hijo de Dios no habia nacido de María, sino que habia venido y habia *aparecido* solamente por su mediacion. Salva esta negacion, en la que únicamente estaban de acuerdo esas heregias, nada hay mas múltiple y divergente, lo hemos visto, como los sistemas que sustituian á la Encarnacion. Era una hydra de mil cabezas que, solo en este punto, formaba un cuerpo. La primera conferencia se pasó en preludios, en los que Manés debió naturalmente esponer su sistema. Sin tocar aun á la grande negacion que lo vinculaba á todas las heregias anteriores, declaró que él era el Paráclito prometido por Jesucristo, teniendo la mision de purificar al Cristianismo; en seguida pasó á su doctrina maniquea de los dos principios. Costó poco trabajo á Arquelao mostrar lo absurdo de todo aquel tegido de contradicciones. Manés se escapó para no verse confundido. Fué á Diodoris, en las inmediaciones de Caschar, y allí trató de vengarse con un sacerdote llamado Diodoro, piadoso, pero que no tenia instruccion bastante para luchar contra un adversario tan capcioso como Manés. Este sacerdote, en sus dudas, recurrió á Arquelao, quien le envió un pequeño tratado sobre la conexion interior del Antiguo y del Nuevo Testamento, contra la unidad de los cuales se declaraba Manés, principalmente en los discursos que pronunciaba al pueblo. Diodoro se sirvió con bastante maestria de esta instruccion en una discusion con Manés; mas de

(1) *La Patrologia de los primeros siglos*, obra póstuma de Mœhler, traducida por Juan Cohen, t. II, pág. 262.

improvisó volvió á presentarse el mismo Arquelao, y empezó de nuevo la lucha con este.

La controversia esta vez, teniendo por testigo y por juez á un público mezclado de fieles y de paganos, cuya curiosidad y emocion eran sobreescitadas por aquellas peripecias de la lucha, recayó sobre el dogma de la Encarnacion. He aquí cómo: traducimos compendiando:

Habiendo Manés apelado á una sesion solemne, en la que prometia aturdir á Diodoro, tuvo lugar esta sesion, y ya comenzaba á presentar á Diodoro las primeras dificultades, cuando apareció Arquelao, como hemos dicho, en la asamblea, y abrazando á Diodoro, lo saludó con un beso santo. Diodoro y los asistentes admiraron en este auxilio inesperado el dedo de la Providencia divina. Manés bajó el tono y las cejas, y dejó entrever el deseo de tocar á retirada. Arquelao, calmando con un gesto la sensible emocion de la asamblea, empezó á esponer el estado anterior de la controversia, y de qué manera Manés se habia evadido de ella; despues dijo á este que escogiese él mismo el punto porque debia volverse á principiar la discusion, quedando para jueces los mismos precedentemente nombrados.—Manés entonces se presentó como victima, diciendo que veia muy bien que se le queria jugar una mala partida; mas que él estaba pronto á sufrir la persecucion, los suplicios y la muerte, siguiendo en esto la conducta de los Apóstoles y los preceptos de Jesucristo.—No se trata de esto, contestó Arquelao; esta asamblea no se dejará sorprender por ese vano subterfugio: se trata de saber quién de nosotros dos sigue la verdad. ¿Eres tú, Manés, que has venido á traer la muerte á las almas? danos, pues, á conocer en qué haces consistir su salvacion; y, te lo repito, elige tú mismo el terreno de la controversia. Manés, apremiado, trataba aun de evitar la discusion con Arquelao, con pretesto de que debia concluir la con Diodoro, vanagloriándose de que, vencido Diodoro, traeria al mismo Arquelao al aprisco, fuera del cual, dijo, se hallaba, errante, segun la palabra de Jesus, que apareció bajo figura de hombre, es verdad, pero que sin embargo no fué hombre.

«¿Luego tú no piensas que haya nacido de la Virgen Maria? replicó Arquelao.»

«Lejos de mí, dijo Manés poniéndose en pié con la doblez de la serpiente; lejos de mí admitir que Nuestro Señor Jesucristo haya venido por los órganos vergonzosos de una mujer. El mismo, efectivamente, declaró que fué del seno de su Padre de donde bajó, cuando dijo: «El que me recibe, recibe á Aquel que me ha enviado;» y «Yo no he venido á hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió,» y «Yo no he sido enviado sino á las ovejas descarriadas de Israel;» y otros muchos testimonios de esta clase, que indican que ha venido y que no ha nacido. Y si tú, Arquelao, te vanaglorias de tener mayor autoridad que El, de conocer la verdad mejor que El, no es á El, sino á tí, á quien debemos creer. Hablaba lo mismo que tú aquel que un dia vino á decirle: *Maria, tu madre y tus hermanos te aguardan fuera.* Mas El le reprendió esta expresion, y dijo: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» y manifestó que su madre y sus hermanos no eran otros que los que cumplan su voluntad. Que si á pesar de todo tú persistes en sostener que Maria es su Madre, ciertamente puedes hacerlo; no cabe duda, en efecto, y resulta de este testo, que tuvo hermanos de esa misma madre; pero dinos pues, ¿estos hermanos, han nacido de José ó del Espíritu Santo? Si dices que han nacido del Espíritu Santo, tendríamos muchos Cristos. Y si no han nacido de él, ¿cómo, con todo, son sus hermanos? inevitablemente hay que admitir, que despues de la operacion del Espíritu Santo, despues de la embajada de Gabriel, esta Virgen tan casta, esta Iglesia immaculada (1) se ha unido á José. Y si esto te parece absurdo é indigno, ¿de dónde harás salir estos hermanos? Si no puedes dar á conocer su origen y que no sean hermanos suyos, ¿cómo es Maria su madre?.. A mas de eso, el Apóstol Pedro, el mas eminente de todos, habiendo hecho entre todas las opiniones que circulaban acerca de Jesus, aquella profe-

(1) Esta denominacion irónica de Iglesia, dada á la Santísima Virgen, demuestra que este lenguaje estaba admitido, conforme á la doctrina de Clemente de Alejandria, arriba espuesta.

sion de fé: «Vos sois Cristo el Hijo de Dios vivo,» Jesus inmediatamente lo beatificó, porque «mi Padre celestial, dijo, te lo ha revelado.» Véase ahora de qué diferente manera Jesus acoge lo que dicen de él. A aquel que habia dicho: «Vé ahí tu madre que está fuera,» responde: «¿Quién es mi madre?» A aquel que le dice: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo,» le concede la beatitud. Y si, despues de esto, quieres que haya nacido de María, mentirá El y su Apóstol Pedro. Y si Pedro dice verdad, es falsa la primera proposicion, y mi causa está ganada (1).»

Prendida la asamblea, en esta sutil red de aparente verdad, y toda conmovida, no creia que Arquelao pudiese responder (2). Mas habiendo calmado el bullicio, Arquelao tomó la palabra, y empezando por desenredar la trama de Manés, le costó poco trabajo hacer ver que todo su artificio habia consistido en presentar en un sentido general y absoluto unos testos que solo tenian un sentido de circunstancia y relativo. Y para quitar la máscara á este artificio con analogías, citó aquella respuesta de Jesus á Pedro, que declinaba por un movimiento de amor, el preságio de su pasion y de su muerte: «Retirate, Satánás, porque tú no sabes lo que es de Dios.» Recordó que cuando los demonios, confesando la divinidad de Cristo, gritaban: «Te conocemos, tú eres el ungido de Dios,» Jesus los reprendió y les mandó callar. Hubiera debido beatificarlos como á Pedro, añadió, si es que este fué beatificado por la verdad de su respuesta. Y si esto, sin embargo, os

(1) *Acta disputationis Archelai Episcopi Mesopotamice et Manetis haeresiarchoe.*—Lo sofisticado de este lenguaje de Manés se hallaba muy bien figurado por la incoherencia extravagante de su traje. Llevaba unos borceguies muy altos, una capa de diversos colores, y que figuraba algo de aéreo, y un grueso baston de ébano en la mano, un libro babilónico bajo el brazo, una pierna fajada con una tela encarnada, y la otra con una tela verde; traje propio de un titiritero y de un mágico.

(2) *His auditis, turbæ permotæ sunt, veluti rationem veritatis continentibus, et Archelao nihil habente quod his posset opponere.*

parece absurdo, es porque hay que reconocer que las palabras del Evangelio deben tomarse segun el lugar, el tiempo, las personas, las cosas y las circunstancias á que se refieren. Partiendo Arquelao de esta regla de sentido comun, hizo ver en seguida que la respuesta de Jesus: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?» se referia á la situacion de su Apostolado, y que no debia torcerse dicho sentido. Jesus, dijo muy perfectamente Arquelao, era en esta circunstancia como un rey, que habiendo presentado la batalla á sus enemigos, y formado sus planes, y dado sus disposiciones para apresarlo y dominarlo, rodeado de enemigos, y absorto en su real empresa, se vé interrumpido por un importuno que viene á distraerle con sus asuntos domésticos. Contra ese importuno, y no contra su Madre, es con quien se hace el desentendido Jesus.

Despues de haber hecho así justicia por el buen sentido contra las sofisticas sutilezas de Manés, Arquelao hizo desaparecer el laberinto de testos, en que la heregía ha querido siempre descaminar y embrollar las cuestiones, y se colocó en el terreno ancho y descubierto de la doctrina. Allí estuvo concluyente en lógica. Hizo retroceder al heresiarca de abismo en abismo, hasta anonadarlo, demostrando que todas las verdades religiosas y aun morales, se hallan pendientes de la Maternidad divina de María. Citemos este discurso, cuyo laconismo iguala á su fuerza. Es un simbolo de fé que debería estar grabado en todos los altares de María:

«Pero demostremos abiertamente á todos, cuánta impiedad encubre su asercion. Si, como tú dices, Cristo no nació, ciertamente tampoco padeció; porque es imposible que padezca quien no ha nacido; y si no ha padecido, hay que hacer desaparecer hasta el nombre de Cruz (1). Suprimida la Cruz, Jesus no ha resucitado de entre los muertos. Y si Jesus no ha resucitado de entre los muertos, nadie resucitará tampoco. Y si nadie debe resucitar, no habrá juicio. Porque, no cabe duda, que si yo no resucito, yo no seré juzga-

(1) Hallaremos este racionio en boca de San Cirilo contra Nestorio, en el Concilio de Efeso.

do (1). Y si no debe de tener lugar el juicio, se observarían gratuitamente los mandamientos de Dios; no hay por qué contenernos; comamos y bebamos, pues mañana moriremos. Todas esas cosas se encadenan para quien niega que Jesus haya nacido de María. Si al contrario, confiesas este nacimiento de María, la pasión le sigue necesariamente; y la resurrección á la pasión; y el juicio á la resurrección; y quedan en salvo todos los preceptos de la Escritura. No es pues esta una cuestión vana; al contrario, comprende muchas cosas en una palabra. DE LA MISMA MANERA PUES QUE SE CONTIENEN TODA LA LEY Y LOS PROFETAS EN EL DOBLE PRECEPTO, ASÍ TODA NUESTRA ESPERANZA ESTÁ FIJA EN EL PARTO DE LA BIENAVENTURADA MARÍA (2).

¿Es este un testimonio de la doctrina que hace descansar en María toda la fé del género humano, y que nos la manifiesta esterminando todas las heregias? Testimonio antiguo por

(1) Esta proposición se deduce del Evangelio, que no habla del juicio general, en vista del cual tiene lugar el juicio particular, puesto que la individualidad humana reclama la integridad del sér humano, y por consiguiente la resurrección del cuerpo, sin el cual el hombre no existe.

(2) Sed et amplius adhuc omnibus ostendere cupio, ut agnoscant universi, assertio tua quantum impietatis obtineat. Si enim, secundum tu dicis, non est natus, sine dubio nec passus est; pati enim qui natus non est impossibile est. Quod si non est passus, Crucis nomen aufertur. Cruce autem non suscepta, nec Jesus ex mortuis resurrexit. Quod si Jesus ex mortuis non resurrexit, nec aliquis alius resurget. Quod si nullus resurget, nec iudicium erit. Certum est enim quia si non resurgam, nec iudicem. Quod si non iudicium erit, frustra erit observatio mandatorum Dei: nullus abstinentiæ locus est; manducemus et bibamus, cras enim moriemur. Hæc autem omnia connectis negans quod de Maria natus est; si enim confessus fueris eum de Maria natum, et passio subsequatur necesse est, et passionem resurrectio, et resurrectionem iudicium; et salva nobis erunt Scripturæ preceptæ. Non ergo jam vana est quæstio, sed plurima in hoc verbo: SICUT ENIM OMNIS LEX ET PROFHETÆ IN DUODUS SERMONIBUS CONSTANT, ITA ETIAM NOSTRA OMNIS SPES IN BEATÆ MARIE PARTU SUSPENSÆ EST.

cierto, puesto que es anterior cerca de doscientos años al Concilio de Efeso, y cuya fuerza se reparte por toda la cadena de los demás testimonios, á los cuales viene á aligarse (1).

IX. En el mismo tiempo, y aun mas antiguamente, pues era en el año 240, se reproducía en la Iglesia un testimonio todavía mas vivo de la vida y de la acción de María.

Una de las figuras mas grandes de la Iglesia y de las mas extraordinarias que hayan parecido en esta sucesion de hombres divinos que son sus Padres, es ciertamente San Gregorio de Neocesárea, á quien los griegos dieron el sobrenombre de Grande, y que es conocido bajo el nombre de *Thaumaturgo*, á causa de los prodigios que obraba, y que hicieron que apareciese con la poderosa magestad de otro *Moisés*, como se le llama aun. Nacido en el Paganismo con el nombre de Theodoro, de una noble familia antigua, en la provincia del Ponto, jóven aun se entregó al estudio con su hermano Athenodoro, en la escuela de Orígenes, que le hizo estudiar sucesivamente la lógica, la física, las matemáticas, la geometría, la astronomía, la filosofía moral, y finalmente, la teología. Convertido á la fé, por convicción, fué nombrado obispo de Neocesárea, provincia antiguamente pagana, y á la que convirtió al Cristianismo á fuerza de milagros, cuya fama se divulgó en el Norte y en todo el Oriente. Entre las producciones que nos ha dejado, algunas de las cuales, como el *Panegrico de Orígenes*, son obras maestras de literatura, se encuentra un escrito muy corto, puesto que solo tiene veinte líneas, pero cuyo origen y objeto son muy grandes.

He ahí lo que de él refieren San Gregorio de Niza y San Basilio, que lo supieron por su abuela, á quien San Gre-

(1) Para acabar la historia de Manés, se escondió á su tremendo adversario, y fué á caer en las manos de aquel rey de Persia, cuyo empirismo se acusaba de haber hecho morir al hijo, y que lo hizo desollar vivo. Su piel, rellena de paja, fué espuesta en las puertas de la ciudad, donde se la veía aun en tiempo de San Epifanio y de San Gregorio.

gorio de Neocésarea contó el hecho: lo trascribimos de San Gregorio de Niza.

Consagrado obispo San Gregorio, y próximo á ir á tomar posesion de su obispado, habia ido á prepararse en el retiro para la esposicion que debia hacer á su pueblo de los misterios de la fé. El misterio de la Trinidad lo tenia en grande perplejidad, habiendo recibido de su maestro Orígenes, á quien él veneraba mucho, una doctrina que no era conforme con el comun sentir de los católicos. Indeciso por la divergencia de doctrina, se esforzaba en vano en conciliarla, y no sabia qué opinion abrazar, cuando una noche se le aparece claramente un personaje que tenia el aspecto de un anciano respetable, de belleza sagrada y casi divina, respirando en todo su sér, y difundiendo en torno suyo la gracia y la santidad. Atemorizado por la vision, Gregorio se incorpora en su lecho, y pregunta á aquel personaje quién es y cuál el objeto de su venida. Habiéndole este sosegado con voz dulce, diciéndole que era enviado de órden de Dios para sacarlo de las dudas en que se encontraba tocante á la doctrina verdadera, Gregorio recobraba sus sentidos y empezaba á considerar al misterioso anciano con una alegría mezclada de asombro, cuando este estendió la mano, como para manifestarle en la direccion de este ademán una cosa que habia en la parte opuesta á sus miradas. Siguiendo Gregorio aquella indicacion, se vuelve, y vé otra aparicion que tenia el aspecto de una mujer superior á la condicion humana por la escelencia y magestad de su carácter. Sobrecogido de un nuevo terror á vista de esto, volvió los ojos, no sabiendo de nuevo qué creer de aquella vision, cuyo esplendor no podia sufrir (porque lo que la hacia mas prodigiosa, es que en plena noche difundia una brillantez igual á la de una hacha encendida), cuando oyó á estas dos personas conferenciar entre sí sobre la doctrina que era el objeto de sus perplejidades, y dársele á conocer, instruyéndole en esta doctrina. En efecto, oyó á aquella que se le aparecia bajo el aspecto de una mujer, invitar al Evangelista Juan á que descubriese y espusiera á este jóven el misterio de la verdadera piedad, y contestar Juan que estaba pronto á complacer en esto á la Madre del Señor. Despues, efectuada la esposicion de la doctrina de la manera

mas fija y categórica, los dos personajes desaparecieron.

Tal es la relacion de San Gregorio de Niza. Añade que Gregorio escribió inmediatamente aquella celestial declaracion de fé, la cual hizo despues testo de su enseñanza á su Iglesia de Neocésarea, y que el original quedó en aquella Iglesia, donde se veia aun, como un patrimonio y legado divino, con el cual la fé de aquel pueblo se mantuvo libre de toda heregía.

Baronio, refiriendo este acontecimiento, añade á su vez, tocante al objeto de este escrito, que esta regla de fé concedida de una manera divina á Gregorio, ha sido conocida en toda la Iglesia, tanto de Oriente como de Occidente, y ha sido conservada religiosamente como un depósito sagrado venido del mismo cielo, y que á los trescientos años despues, en el quinto Concilio ecuménico de Constantinopla, fué leida como un oráculo de la fé verdadera (1).

(1) He ahí esta esposicion de fé, cuyo objeto son principalmente las dificultades que preocupaban á San Gregorio, y cuya luminosa precision respira una grandeza divina y como un dictado del cielo:

Unus Deus, Pater Verbi viventis, sapientiæ subsistentis, et potentiae ac characteris sempiterni: perfectus perfecti genitor, Pater Filii unigeniti.—Unus Dominus, solus ex solo, Deus ex Deo. Character et imago Deitatis, Verbum efficax. Sapientia, constitutionis rerum universarum comprehensiva, et virtus atque potentia universae creaturae effectiva. Filius verus, veri Patris, invisibilis, ejus qui est invisibilis; et incorruptibilis, corruptioni non obnoxii; ac immortalis, mortis prorsus nescii; et sempiternus, sempiterni.—Unusque Spiritus Sanctus, ex Deo existentiam habens, et qui

Un Dios Padre del Verbo vivo, de la sabiduría subsistente, y del poder y carácter sempiterno: perfecto autor del Perfecto, Padre del Hijo unigénito.—Un Señor, solo del solo, Dios de Dios. Carácter é imagen de la Divinidad, Verbo eficaz. Sabiduría comprensiva de la constitucion de todas las cosas, y virtud y poder efectivo de toda criatura. Hijo verdadero, de verdadero Padre, invisible del invisible; é incorruptible del que no está espuesto á la corrupcion; é inmortal del que no puede morir; y sempiterno del sempiterno.—Y un Espiritu Santo, tomando su existencia de Dios, y

Seguramente, de cualquiera manera que se mire este acontecimiento, no es posible dejar de reconocer en él un gran testimonio de la vida doctrinal de María en la Iglesia, y del culto que á ella se tributaba en el siglo tercero. Este hecho es creible, verosímil y moralmente cierto.—Creible, porque para no creer en las apariciones, seria menester no creer en el Evangelio y los Apóstoles, que refieren apariciones tales como las de los Angeles, las de Moisés y Elias, las de Nuestro Señor á sus discípulos despues de su Resurreccion, y á San Esteban y á San Pablo despues de su Ascension.—Verosímil, porque no hay nada en esta aparicion que no sea conveniente y conforme á la razon cristiana. La de la Virgen y de San Juan es muy natural, habiendo sido este discípulo instruido muy particularmente en los misterios del Verbo por Aquella en quien estos misterios se habian cumplido; y todavía no es la Virgen misma la que instruye directamente á San

per Filium apparuit, scilicet hominibus: imago Filii, perfecti perfecta; vita, viventium causa; fons sanctus, sanctitas, sanctificationis suppetitor; in quo manifestatur Deus Pater, qui super omnia est, et in omnibus; et Deus Filius, qui per omnia est.—Trinitas perfecta, quæ gloria et æternitate, ac regno atque imperio non dividitur, neque abalienatur. Non igitur creatum quid, aut servum in Trinitate: neque super inductitium aliquid et adventitium, quasi prius non existens, posterius vero adveniens. Non ergo defuit unquam Filius Patri, neque Filio Spiritus; sed immutabilis, et invariabilis eadem semper manet Trinitas.

que por el Hijo apareció, esto es, á los hombres; imagen del Hijo, perfecta del perfecto; vida, causa de los vivientes; fuente santa, santidad, dador de la santificación; en el cual es manifestado el Dios Padre, que es sobre todas las cosas, y en todas las cosas; y el Dios Hijo, que está por todas las cosas.—Trinidad perfecta, que en gloria y en eternidad, en reino y en imperio ni se divide, ni se separa. Nada pues, criado, nada dependiente en la Trinidad: ni sobreañadido y adventicio, como si no existiese antes, y hubiese sido añadido posteriormente. Nunca, pues, faltó el Hijo al Padre, ni al Hijo el Espíritu: sino que inmutable é invariable, permanece siempre la misma; la Trinidad.

Gregorio, sino quien lo hace instruir por San Juan con la conveniencia de su sexo y la doble autoridad de su carácter de *Reina de los Apóstoles* y de *Madre del Discípulo amado*. Por lo demás, nada singular ni novelesco en esta aparicion, ella tiene verdaderamente el carácter apostólico: la sencillez y la grandeza.—Finalmente, es moralmente cierta, porque la profunda y universal impresion que ha hecho en la Iglesia, el culto particular con que se ha perpetuado su memoria en Neocesárea, el testimonio tan puro de San Gregorio de Niza y de San Basilio, garantizando la verdad de esta relacion con la autorizada boca de San Gregorio de Neocesárea; y finalmente, el carácter tan santo y tan venerable de aquel grande hombre, todo concurre á que sea admitida.

Pero dado que no se creyera esta aparicion, á pesar de razones tan convincentes, la creencia universal de que ha sido objeto en el tercer siglo, atestiguaría por lo menos la alta idea que se tenia en aquellos primeros tiempos de la Santísima Virgen, de su Soberanía apostólica, de su accion espiritual en la Iglesia, de su ministerio continuo de Madre y de Mediadora de la verdad. Por otra parte, esto no es mas que la realizacion visible del carácter atribuido á la Virgen María por la doctrina apostólica. Esta aparicion sale de toda la doctrina anterior, y vuelve á ella como una consecuencia y un efecto. Es la misma Virgen dando fé de sí misma, como la daban los Doctores y los oráculos de la fé desde San Juan.

X. Otro testimonio del mismo poder, de la misma mediacion de María, no ya en el orden de la Doctrina, sino en el orden de las costumbres,—y del uso recibido en el siglo tercero de invocarla, se refiere por San Gregorio de Nacianzo en su panegirico de San Cipriano de Antioquia. Su historia es patética.

Cipriano, dice, extraño aun á la fé de Cristo, y dado á las prácticas de la mágia, ardió en amor por una doncella cristiana llamada Justina. En el delirio y obcecacion de su ardor, no temió (como el Fausto de nuestro siglo) invocar al demonio para vencer el pudor de la virgen que era el objeto de su sollicitacion. Esta, si bien abominando este amor ver-

gonzoso (pues se habia consagrado enteramente á Cristo para ser su esposa), no pudo menos de experimentar los ataques de Satanás y las saetas encendidas de su pasion. En esta tormenta recurrió, como debia, á Dios, tutor y guardador de su inocencia. Mas ella invocó al mismo tiempo á la Virgen María, para que tendiese una mano protectora á su virginidad vacilante: *Et Mariam Virginem rogans ut periclitanti virgini opem ferret*; acompañando esta invocacion con ayunos y penitencias, que son como las armas de la continencia. Esta invocacion de María no fué en vano. Dios, hecho propicio por Ella, no solamente libertó á la virgen que le rogaba, sino que sanó al mismo Cipriano de su loca pasion, é hizo de él su discípulo y su Apóstol.

Este ejemplo de la invocacion de María y esta esperiencia de su proteccion son comunes y diarias en la vida cristiana. ¿Quién ha oido decir nunca, como decimos con San Bernardo, que ninguno de aquellos que se han puesto bajo su proteccion y reclamado su auxilio haya sido abandonado? Sin embargo, se ha querido sostener que este culto de invocacion de María era desconocido en los primeros siglos. Los Evangelios Apócrifos, las pinturas de las Catacumbas, las antiguas liturgias han demostrado ya lo contrario. Tenemos además aqui un testimonio histórico formal. ¿Qué respuesta se le puede dar? Melanchton se ha valido de esta evasiva, que los errores de la piedad no pueden ser opuestos á la palabra de Dios, y que en todas las edades, las almas, aun las santas, han tenido sus debilidades (1). Y M. Bordas-Dumoulin no encuentra tampoco que oponer sino esto: «Se cita á Justina, que de pronto pide á Dios, y en seguida á la Virgen, que la socorran. Sin embargo, Santa Pelagia, á quien San Crisóstomo representa en un peligro inminente de perder la virtud, no se dirige á María. Una jóven, cuya historia refiere San Ambrosio, hallándose en peligro igual, invoca á Dios, y nada dice de María (2).» He

(1) Philip. MELANCHTHON, *lib. de Eccles.*

(2) *Marianismo, sustituido al Cristianismo*, cap. VIII, pág. 81 del libro titulado *Los Poderes constitutivos de la Iglesia*, por Bordas-Dumoulin.

aquí las ocasiones, sin embargo, en que se la deberia haber implorado, si hubiera estado en uso recurrir á ella.

Mas desde luego, ¿quién ha dicho á M. Bordas-Dumoulin que Santa Pelagia y la jóven de quien habla San Ambrosio no invocaron á la Virgen? De que San Crisóstomo y San Ambrosio no lo hayan referido, ó no lo hayan sabido, ¿se sigue de ahí que no haya sucedido? Y aun cuando estas dos piadosas vírgenes no hayan recurrido á María, ¿destruye esto el hecho de la invocacion de Justina referido por San Gregorio de Nacianzo? Nótese bien una cosa, y es, que en la época de los dos ejemplos negativos que opone M. Bordas-Dumoulin, el culto de María se hallaba estendido en la Iglesia, y que San Juan Crisóstomo y San Ambrosio, panegiristas de estas dos vírgenes, «hacian sus delicias de la devocion á María,» como lo dice el mismo M. Dumoulin (1). De donde se deduce, que lo que haria falta en el testimonio de estas dos vírgenes seria sobradamente compensado por el testimonio mucho mas brillante de sus historiadores. Si una virgen cristiana de nuestros dias omitiese invocar á María, ¿probaria esto que no se invoca á María en nuestros tiempos? Pues bien, se puede decir que lo mismo sucedia en tiempo de San Crisóstomo y San Ambrosio, pues que en nuestros tiempos la devocion á María se inflama en la de estos dos grandes Santos.—En cuanto á la evasiva de Melanchton, sobre que, en todas las edades, las almas, aun piadosas, han tenido sus debilidades, de las que no se puede sacar argumento contra la palabra de Dios, es fácil responder que la Palabra de Dios, el Evangelio, se declara precisamente contra los que desprecian el culto de María, y que la debilidad de Santa Justina ha sido la de Simeon, de Isabel, del Angel Gabriel, del Espíritu Santo, del mismo Dios; ya lo hemos visto. En segundo lugar, no está aquí la cuestion, sino en el hecho de saber si la invocacion de María, la creencia en su asistencia estuvo en práctica en los tres primeros siglos; y bajo este aspecto, el ejemplo de Santa Justina, ó si se quiere su debilidad, es, ya lo hemos visto tambien, la de todos los grandes oráculos de aquella edad.

(1) V. el mismo pasaje

empezando por lo menos por San Ireneo, que llama á María la *Abogada* de Eva y la *Causa* de nuestra salvacion; sabianla hasta San Juan y los Apóstoles, quienes, conforme atestigua San Agustin, han enseñado á la Iglesia «la saludable creencia en la proteccion de María contra los venenos de la serpiente.»
 ACCEPISTI ET SYBOLUM PROTECTIONEM PARTURIENTIS CONTRA VENA-
 NA SERPENTIS.

Esta creencia antigua es la que Santa Justina puso en práctica, y de la que experimentaron los maravillosos efectos ella y San Cipriano de Antioquía. Pues para dar fin á la patética historia de ambos, libertados el uno y el otro de una passion criminal que los hubiera dividido en lo malo, fueron unidos en el bien, hasta mezclar su sangre por el martirio que sufrieron juntos por Cristo, y para gloria de su Santísima Madre, que venció en ellos á la serpiente.

XI. No es que todavía en aquella época de sangrienta lucha la devocion á María se hubiese desplegado como lo ha sido despues. Nó, y de aquí deduciremos bien pronto las razones que todo el mundo puede ya presentir. Frente al Paganismo, el Cristianismo todo se concertaba, por decirlo así, en la sola confesion de Jesucristo. *Yo soy cristiano*: he aquí todo el Símbolo de los Mártires. Mas lo que nos atrevemos á decir, y el ejemplo de Santa Justina, lo mismo que las Catacumbas nos autorizan ya para ello, es que en el interior del corazon, y si me atrevo á decirlo, en las catacumbas del alma, así como en la del suelo, la dulce figura de María, la invocacion de su proteccion debia tener un culto estrechamente ligado al de Jesucristo.

Esta verdad resalta de un escrito importante: es la carta de San Cipriano, obispo de Cartago, sobre el martirio de San Mappalico, en 250, carta en que se encuentra espuesto lo que podría llamarse la doctrina del martirio, que este grande obispo debia tan generosamente practicar. Bastará una breve cita:

«Cipriano á los mártires y á los confesores de Jesucristo.
 Salud en Dios Padre.

»La fé es un combate, cuyos héroes son los mártires y

Cristo la Cabeza gloriosa. El ha vencido una vez por nosotros, y ahora es siempre El quien triunfa con nosotros. El mismo lo dice: Cuando seais prendidos por la justicia, no os inquieteis sobre lo que tendreis que responder; porque no sereis vosotros quienes hablareis, sino el Espiritu de vuestro Padre quien hablará en vosotros. Es lo que hemos visto hace poco; es la misma voz del Espiritu Santo que ha hablado por boca de un mártir cuando en medio de los tormentos ha dicho al Procónsul: «Mañana verás un combate.» Ha tenido lugar ese combate celestial, y el siervo de Dios ha salido vencedor. De este combate es ciertamente del que hablaba el profeta Isaías, cuando decia: Un combate violento se traba entre los hombres; pues Dios mismo toma parte en él; y para esplicarse mejor añade: «Ved ahí que una Virgen concebirá y parirá un Hijo, á quien se dará por nombre Emmanuel. Este es el combate de nuestra fé.»

Aquí está, en efecto, el combate cristiano, sea cual fuere la forma en que se reproduzca, combate contra las heregias, combate contra la fuerza en lo exterior, combate contra las pasiones en lo interior, porque es siempre el mismo enemigo el que tenemos delante: el Infierno. Este combate,—se dice en el panegirico general de los Mártires, compuesto al final de la era de las Persecuciones por el diácono y archivero de Constantinopla, Constantino,—remonta al Paraiso terrenal; es el *Inimicitias ponam inter te et mulierem, inter semen tuum et semen illius*; es el combate que vió San Juan entre la *Mujer* cuyo Hijo habia sido elevado al cielo, y la serpiente, que se fué á hacer la guerra á sus demás hijos; es todavía, como decia Tertuliano, este combate, estas contradicciones que el anciano Simeon profetizó acerca del divino Hijo, y cuya *señal* es la concepcion y parto de la Virgen; es, finalmente, este combate, cuya victoria cantaba la misma Virgen cuando decia: *Fecit potentiam in brachio suo, Dispersit superbos, Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*. Así es que la Virgen se nos aparece por todas partes en el Circo, donde no es posible dejarla de reconocer.

Teniendo este combate por gefe al Hijo de Dios, es evidente que El ha sido empeñado por el parto de la Virgen,

pues por este parto este Gefe divino ha bajado á la arena, ha tomado parte en el combate, se ha hecho Dios con nosotros, se ha revestido con la flaqueza y mortalidad de nuestra naturaleza, ha podido padecer y morir, y por este medio, como han hecho despues de El y por El los otros mártires, clavar al enemigo en el instrumento de su suplicio y destruir la muerte muriendo. Y en esta arena, abierta así á María y cuyo triunfo es la Cruz, el primero y el mayor mártir despues del Gefe, es esta misma Virgen, que lo ha introducido allí: pues ella lo ha introducido por una Maternidad, cuya incomparable ternura le ha hecho propios todos los dolores de su Hijo divino, con una plenitud que ha sido como el Océano de todos los martirios, y que nos la hace aparecer la mas próxima á la Cruz despues del gran Mártir que está clavado en ella: *Juxta Crucem*. Desde el pié de esta Cruz, donde ella nos ha dado á luz por su compasion, nueva madre de los Macabeos, sostenia los mártires, sus demás hijos; ella triunfaba del Dragon.

Es, pues, con justo titulo, como la Iglesia, triunfante despues de las persecuciones, saliendo de las Catacumbas, y tomando posesion de este *Panteon* donde el arrojado de sus Confesores habia desafiado todos los dioses y todos los crímenes, á quienes en el mismo ofrecia incienso la idolatría, consagró este templo de la mentira y de la violencia á todos los mártires, cuya venerable osamenta fué trasportada á él, y superiormente á ellos, á la *Madre de Dios, Reina de los mártires, SANCTA MARIA AD MARTIRES*.

Así es como se nos representan los tres primeros siglos de la Iglesia, con este respetable encadenamiento de testimonios que nos hacen ver en María el mayor instrumento de Jesucristo contra el enemigo, del que ha venido á librarnos, y al que sujeta bajo sus piés por medio de María.

CAPITULO V.

Desenvolvimiento del culto de María, despues de la sumision del mundo á Jesucristo.

Al advenimiento de Jesucristo al trono de los Césares, vencidos y vencedores por su Cruz, el culto de María entró, como todo el Cristianismo, en una nueva fase. Se pretende que este culto no haya tomado su desarrollo, ó si se quiere su nacimiento, sino á partir del siglo quinto ó del Concilio de Efeso. He ahí una equivocacion histórica. El Concilio de Efeso, sin duda, como veremos, proclamó mas solemnemente de lo que se habia hecho hasta entonces el titulo de *Madre de Dios* en María. ¿Mas por qué? Porque Nestorio habia emprendido negar este dogma como conteniendo el de la divinidad de Jesucristo. Esta negacion de Nestorio era con toda evidencia una *novedad*, á menos que no se pretenda que la creencia en la divinidad de Jesucristo no data tampoco sino del siglo quinto. La Iglesia protestó contra esa novedad. ¿Por qué medios? Por la *antigüedad* de la creencia que atacaba. El Concilio de Efeso es por lo tanto brillante testimonio de esta antigüedad del culto de María, lejos de serlo de su novedad. Además, allí están los hechos para el que los sabe; pero vamos á recordarlos para quien los ignore. Diremos únicamente desde ahora, que desempeñando la heregía en el Concilio de Efeso el papel á que Dios la habia condenado para siempre, de provocar el triunfo de la verdad, el culto de María, en el ataque de Nestorio ganó un nuevo desenvolvimiento, pero que era el término de un desenvolvimiento precedente, el cual databa del cuarto siglo, consecuencia él mismo de la doctrina

pues por este parto este Gefe divino ha bajado á la arena, ha tomado parte en el combate, se ha hecho Dios con nosotros, se ha revestido con la flaqueza y mortalidad de nuestra naturaleza, ha podido padecer y morir, y por este medio, como han hecho despues de El y por El los otros mártires, clavar al enemigo en el instrumento de su suplicio y destruir la muerte muriendo. Y en esta arena, abierta así á María y cuyo triunfo es la Cruz, el primero y el mayor mártir despues del Gefe, es esta misma Virgen, que lo ha introducido allí: pues ella lo ha introducido por una Maternidad, cuya incomparable ternura le ha hecho propios todos los dolores de su Hijo divino, con una plenitud que ha sido como el Océano de todos los martirios, y que nos la hace aparecer la mas próxima á la Cruz despues del gran Mártir que está clavado en ella: *Juxta Crucem*. Desde el pié de esta Cruz, donde ella nos ha dado á luz por su compasion, nueva madre de los Macabeos, sostenia los mártires, sus demás hijos; ella triunfaba del Dragon.

Es, pues, con justo titulo, como la Iglesia, triunfante despues de las persecuciones, saliendo de las Catacumbas, y tomando posesion de este *Panteon* donde el arrojado de sus Confesores habia desafiado todos los dioses y todos los crímenes, á quienes en el mismo ofrecia incienso la idolatría, consagró este templo de la mentira y de la violencia á todos los mártires, cuya venerable osamenta fué trasportada á él, y superiormente á ellos, á la *Madre de Dios, Reina de los mártires, SANCTA MARIA AD MARTIRES*.

Así es como se nos representan los tres primeros siglos de la Iglesia, con este respetable encadenamiento de testimonios que nos hacen ver en María el mayor instrumento de Jesucristo contra el enemigo, del que ha venido á librarnos, y al que sujeta bajo sus piés por medio de María.

CAPITULO V.

Desenvolvimiento del culto de María, despues de la sumision del mundo á Jesucristo.

Al advenimiento de Jesucristo al trono de los Césares, vencidos y vencedores por su Cruz, el culto de María entró, como todo el Cristianismo, en una nueva fase. Se pretende que este culto no haya tomado su desarrollo, ó si se quiere su nacimiento, sino á partir del siglo quinto ó del Concilio de Efeso. He ahí una equivocacion histórica. El Concilio de Efeso, sin duda, como veremos, proclamó mas solemnemente de lo que se habia hecho hasta entonces el titulo de *Madre de Dios* en María. ¿Mas por qué? Porque Nestorio habia emprendido negar este dogma como conteniendo el de la divinidad de Jesucristo. Esta negacion de Nestorio era con toda evidencia una *novedad*, á menos que no se pretenda que la creencia en la divinidad de Jesucristo no data tampoco sino del siglo quinto. La Iglesia protestó contra esa novedad. ¿Por qué medios? Por la *antigüedad* de la creencia que atacaba. El Concilio de Efeso es por lo tanto brillante testimonio de esta antigüedad del culto de María, lejos de serlo de su novedad. Además, allí están los hechos para el que los sabe; pero vamos á recordarlos para quien los ignore. Diremos únicamente desde ahora, que desempeñando la heregía en el Concilio de Efeso el papel á que Dios la habia condenado para siempre, de provocar el triunfo de la verdad, el culto de María, en el ataque de Nestorio ganó un nuevo desenvolvimiento, pero que era el término de un desenvolvimiento precedente, el cual databa del cuarto siglo, consecuencia él mismo de la doctrina

de los tres primeros siglos, remontando hasta Jesucristo. El Concilio de Efeso fué como el pico mas elevado de una cordillera de montañas, que parte desde los Apóstoles, y cuyas ondulaciones solidarias acusan un mismo movimiento.

Este mismo movimiento es el que tenemos que designar para el cuarto siglo, en su doble anexion con los tres primeros siglos y con el quinto, que les sirve de punto de union.

A partir del cuarto siglo, el culto de la Santísima Virgen toma un carácter nuevo: es el carácter laudatorio y deprecativo, viniendo á unirse al carácter doctrinal que principalmente habia tenido hasta entonces. Digo principalmente, porque si este carácter doctrinal ha dominado en los tres siglos primeros, no ha excluido los otros dos, como tampoco estos han excluido á aquel cuando han llevado la ventaja. En todo tiempo se ha alabado é invocado á María; en todo tiempo este culto se ha fundado sobre la doctrina razonada de su divina Maternidad.

En los tres primeros siglos, únicamente, este culto laudatorio y deprecativo estaba contenido y reservado. No hay cosa mas fácil de concebir.

En aquellos tres siglos de gigantesca lucha entre la doctrina de la unidad de Dios y el tropel de divinidades de la fábula, entre la locura de la Cruz y la sabiduría que sacrificaba á los ídolos, entre la fuerza moral que desafiaba á la muerte y la fuerza brutal que consumia todas sus fuerzas en darla, el Cristianismo debió reducirse en la boca y en la vida exterior de sus confesores, á lo que estos no podian callar sin que se les hiciera un crimen, á lo que debian pregonar sobre los tejados. Debió presentarse, si me atrevo á decirlo así, con la menor faz posible, sin extinguirse enteramente, para entrar en el corazon del Paganismo, á la manera de una cuña, cuyo corte, por delgado que sea, resume todas las partes por una mancomunidad que se estiende hasta su base, á la que abre el camino.

Esta cuña es el Cristianismo, el Catolicismo, con todo el desenvolvimiento de sus mártires, de su doctrina y de su culto, con el culto, por consiguiente, de la Virgen María, tal cual se hizo recibir mas tarde. Presentar este culto desde un

principio, hubiera sido querer hacer entrar la cuña por la base. Mientras que ocultarlo, de ninguna manera era negarlo. Era profesarlo y hacerlo entrar, ya implícitamente, por medio del culto de Dios y de Jesucristo.

Y obsérvese en esto el noble desinterés y el valor santo de la Iglesia. Cuando decimos que presentar desde luego el culto de la Virgen María hubiera sido comprometer la introduccion del Cristianismo en el mundo pagano, no es que por esto hubiese tenido mas dificultad para ser recibido. Al contrario, hubiera tenido demasiada facilidad. Una madre y un hijo, una Isis y su Horus, una mujer madre de un Dios hubiera ido naturalmente á agregarse á todas aquellas madres de aventura que habian dado la vida á los dioses. Pero el error y la corrupcion paganos hubieran desnaturalizado este culto angelical, y con él el de Jesucristo. Seducido el Paganismo con un atractivo idólatra, hubiera mordido en él, pero lo hubiera absorbido, y hubiera pasado sin trasformacion del culto de la madre de los dioses al culto de la Madre de Dios, y este acontecimiento habria sido funesto por su misma facilidad; tambien hemos visto en Tertuliano, que el Cristianismo se evadia cuanto podia de este lado, evitando todo contacto con el Paganismo. No porque el misterio de la Virgen María no sea lo que hay mas digno de la piedad de los hombres, despues de Dios y Jesucristo, sino porque el Paganismo no se hallaba bastante ilustrado ni bastante puro para comprenderlo.

Era necesario, por lo tanto, presentar el Cristianismo del lado que menos comprometiera por su santidad, aunque fuera el que comprometiese mas por su popularidad y por su triunfo, si el mismo Dios que le daba la santidad, no le hubiese dado la fuerza, por la Cruz de Jesucristo, *estándalo para los judios, locura para los gentiles*. Era necesario que Jesucristo pasase el primero, si me atrevo á hablar así, y fuese recibido solo con el gran dogma de la unidad de Dios, del cual dogma era el restaurador. Era necesario que sola la Cruz tuviese el divino honor de la conversion del mundo. Despues de esto, ablandados ya los corazones, purgados, rehechos, espulsada la idolatría, el culto virginal de María podia venir sin peligro

de ser desnaturalizado, y con todos los dones y todas las gracias que dimanaban de él.

Esta verdad quedará evidenciada si se observa que el SECRETO DE LOS MISTERIOS delante de los infieles y los catecúmenos, abrazaba todo el interior del Cristianismo, y se extendía hasta la esplicacion de la divinidad de Jesucristo, que no se daba por completo hasta el bautismo, aun en tiempo de Orígenes (1). «El que es iniciado, dice, conoce la carne y la sangre del Verbo de Dios. No nos detengamos, pues, en las cosas que conocen aquellos que saben, y que no pueden ser manifestadas á aquellos que ignoran (2).» El motivo de semejante reserva aparece en esta objecion de Celso: «Ellos podrian tener alguna razon de abstenerse de adorar los dioses, si no adorasen á un solo Dios; pero adoran á un hombre nacido hace poco (3).» Orígenes respondia, sin duda, á esto, que el Padre y el Hijo no son sino uno, y que Jesus es antes que Abraham fuese, siendo la verdad, el Verbo y la Sabiduria de Dios. Pero no descendia á la esplicacion interior de la encarnacion del Verbo, y se limitaba á defender sus relaciones, sabiendo muy bien con qué preocupacion é ignorancia de las cosas divinas tenia que luchar; ignorancia tal, que Celso añadia: «Si vosotros adorais al Hijo de Dios con su Padre, de aquí se sigue, por lo tanto, que debeis tambien adorar á sus Ministros (4).»

Júzguese despues de esto, ¿qué efecto hubiera producido en el mundo pagano el culto público de la Santísima Virgen! Hubiera sido, para los paganos, un motivo de volver contra los cristianos la misma acusacion de idolatría; para los cristianos apenas salidos de la idolatría, hubiese sido un peligro de volver á caer en ella.

Por esta razon, no menos que por causa de las persecuciones, la Iglesia cristiana, durante los tres primeros siglos, se abstuvo del culto público; ella no tuvo, salvo muy pocas escepciones, ni templos, ni altares, ni estatuas; la misma imá-

(1) Homil. IX, in Levit.

(2) Homil. III, in Genes.

(3) ORÍGENES, contra Celso, lib. VIII, n.º 42.

(4) Id., ibid., n.º 15.

gen de Jesus crucificado no fué espuesta al público sino mas tarde; y Celso, que reprendia á los cristianos como una idolatría adorar á Jesucristo, les reprendia al propio tiempo porque no tenian ninguna forma de culto (1).

Lo dicho es bastante para reducir á lo que vale la objecion contra la antigüedad del culto de la Santísima Virgen, fundada en que este culto no tenia carácter alguno público en los tres primeros siglos. He aquí, además de esto, la respuesta que á ello dá, por cierto sin saberlo, un hábil y celoso protestante de nuestros dias, á propósito de la estética cristiana: «No olvidemos, dice, que en aquella época, el elemento humano se hallaba profundamente manchado por el Paganismo. No era posible desde el primer dia reconquistarlo todo enteramente al Cristianismo. Ciertas esferas, en las cuales la Religion de Cristo tiene, no solamente el derecho, sino tambien la mision de ejercer su accion, le estuvieron necesariamente cerradas por largo tiempo en que la civilizacion descansaba sobre bases paganas (2).»

Esto es una verdad, y no deja de serlo aplicándose al culto de la Santísima Virgen. «La Iglesia de los primeros siglos, dice Thomasino, temia que la idolatría, que ella con tanto trabajo derribaba, no se volviese á levantar. Por cuyo motivo, á la verdad, tuvo un culto para la Madre de Dios, *Deiparam coluit quidem*, pero de tal manera, que no fuese una piedra de choque para nadie. Habiendo los paganos adorado á las madres de los falsos dioses, hubiera sido de temer que muchos recayesen en el mismo error con motivo del culto de María, Madre del verdadero Dios... Mas despues que Nestorio se hubo desencadenado contra la Maternidad divina de Maria, y que el Concilio de Efeso hubo fulminado sus rayos contra él, cada uno sintió el deber de rendir á María los mayores homenajes. La Religion cristiana, habiendo entonces echado mas profundas raices, y habiendo sido estirpada la heregía, se pudo dar publicidad á la dignidad y gloria de esta incomparable Vir-

(1) ORÍGENES, contra Celso, lib. VIII, números 19 y 20.

(2) M. de PRESSENSÉ, *Historia de los tres primeros siglos de la Iglesia cristiana*, t. II, p. 265.

gen, y debió hacerse así para cerrar la boca á la impiedad de la heregía, que se atrevia á deprimirla de nuevo (1).»

Sobre esto, midase ahora la fuerza de los testimonios que hemos aducido para los tres primeros siglos. Si á pesar de tantas razones de abstenerse de toda manifestacion, de toda profesion gloriosa para María, se la oponia incesantemente contra todas las formas de la heregía como Madre y como Virgen, manifestando la humanidad y la divinidad de Jesucristo; si no se temia dar á su accion tan grande alcance cual era la de primera Madre del género humano sobre su posteridad, de llamarla la *Causa* de nuestra salvacion, nuestra *Abogada*, y la nueva *Eva*; si tambien se la llamaba *Iglesia*, que daba á luz á los cristianos, nutriéndoles de Jesucristo, como de su leche; si se hacia depender toda doctrina y toda moral religiosa de su divina Maternidad; finalmente, si ella se atestiguaba á sí misma por *apariciones*, de las que resaltaba la luz de la doctrina, y por auxilios morales, que trocaban, en los corazones de los que la invocaban, los ardores mas criminales en celestial amor que volaba al martirio, ¡qué profundidad y qué fuerza de verdad no revelan todos estos testimonios?

Que mas tarde se hagan todos lenguas en panegíricos y en invocaciones de María, cuyo fervor apure toda la riqueza del lenguaje humano; que se le levanten altares, estatuas, santuarios, catedrales; que se ostenten las pompas mas espléndidas del culto, de la veneracion, de la confianza y del amor; por lo que á mí hace, todo esto no igualará, respecto de la gloria de María, al culto doctrinal que le han tributado constantemente los tres primeros siglos. Pues no es de una manera oratoria y jaculatoria, siempre sospechosa de exageracion, como se hablaba entonces de María; es dogmáticamente, es al pié de la estricta verdad, donde se media toda la estension de su grandeza, y se la juzgaba tan inmensa como despues acá se la ha juzgado siempre.

No olvidemos, en fin, que en aquel mismo tiempo, los templos, los altares, las imágenes, las invocaciones litúrgicas,

(1) THOMASINUS, De Dierum festorum celebratione, libro II, capítulo XX, núm. 10.

nada faltaba al culto de María, solamente que todo esto estaba bajo de tierra, en las Catacumbas, donde lo encontramos hoy dia, y donde se practicaba entonces con una intensidad de creencia y de fervor que era en razon del peligro y el misterio. De este culto subterráneo es, cual de unos surcos abiertos por el cortante arado de la persecucion, y regados con la sangre de los mártires, de donde han surgido nuestras catedrales, nuestros santuarios, nuestras tierras, nuestras pompas en honor de María; y el tipo de la Virgen que el dulce pincel de Rafael ha ofrecido á nuestra piadosa admiracion, no es mas que una inspiracion, lo hemos visto ya, del sentimiento cristiano del *primer siglo*.

El siglo cuarto, del cual debemos tratar en este capítulo, presenta como el primer albor de este culto enterrado en cierta manera durante los tres primeros, abriéndose paso por entre el terreno, apenas descombrado, de la idolatría, y lanzándose ya de ciertas bocas, tan ricamente, que las nuestras, despues de ellas, no pueden hacer mas que tartamudear.

Vamos á limitarnos á siete testimonios, por otra parte bastante eminentes y dignos de suceder á los que preceden. Son estos:

San Efrem.
San Epifanio.
San Atanasio.
San Gregorio de Nazianzo.
San Ambrosio.
San Juan Crisóstomo.
San Agustin.

¡Qué hombres! ¡Qué santos! ¡qué continuacion de la cadena que hemos reconocido ya desde San Ignacio á San Cipriano!

I. El mas antiguo de todos, San Efrem, es el mas rico en alabanzas y plegarias á María. Se vé en él el mas hermoso surtidor de la antigüedad cristiana honrando á la Madre de Dios. Hijo de un sacerdote del dios Abnil, en Nubia, se declaró muy pronto por la fé cristiana, y vino á ser uno de sus mayores confesores contra la idolatría y la heregía. Los sirios, despues de

quince siglos, lo tienen aun en grande veneracion, y le llaman el Doctor Profeta de su nacion. Este gran santo se entregó á glorificar á María por la doctrina de su divina Maternidad, fundamento y argumento de la fé cristiana contra la heregia. Continuando la argumentacion de los tres primeros siglos en sesenta y tres tratados contra las mil formas de aquel Proteo, tuvo que responder á los Maniqueos, que atacaban el matrimonio como proviniendo del principio malo, á causa de la carne que es su elemento. He aquí cómo lo hizo y con qué fuerza de imaginacion confunde por María á los discípulos de Manés:

«¿Cómo se efectuará la propagacion del género humano? Yo sé que llevan el delirio hasta pretender que la mujer puede ser madre por la influencia de puros espíritus. María es la única é incomparable que hecha madre sin concurso de hombre, haya permanecido virgen; porque en Dios no se puede concebir nada difícil. Admirariamos en vano esta maravilla, si estuviera en poder de los Angeles el efectuarla. El demonio tendria mucho ganado entonces, haciendo madres á las doncellas para oponerlas á la Madre de Dios. Su malicia puede remedar todos los misterios de nuestra fé: por lo que toca á la Virgen, su malicia decae; no tiene igual que oponernos. El ha podido proporcionarse algunos viejos socarrones, á quienes llama sus santos, seducidos ó seductores, haciendo el papel de profetas, como en otro tiempo el mistagogo Baál, y sustituirlos á los venerables pontífices de la Iglesia, creyendo de esta manera sorprender á los sencillos. Ha fabricado emisarios á la manera de los Apóstoles de Cristo, y entre los infieles, ha podido levantar altares en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El ha podido contrahacer la continencia, la pobreza, la abstinencia, el celo por la plegaria. Este maestro engañador ha podido encubrir sus empresas con semejantes artimañas. Pero le es imposible representar á la Virgen Madre: nuestra Virgen le ha remachado el clavo: *Ejus astum revicit Virgo nostra* (1).»

Combatiendo en otro lugar la heregia que negaba la en-

(1) S. EPHREM, Syri Operum classis III, Sermo CX, *advors. Hæreses*, XIX.

carnacion *real* del Hijo de Dios, y valiéndose para ello del ejemplo, muchas veces empleado, de la perla: «Considera, dice, el ministerio de una carne tan imperfecta cual la de la concha en la formacion de la perla; y cree en la formacion real de Cristo en la mujer... ¡Oh misterios grandiosos! ¡Oh celestiales creencias! ¡Que la naturaleza dé á luz lo que no le es propio, y que de ella nazca un fruto sin concurso del hombre! La Virgen es hecha Madre, la naturaleza produce, unos pechos dan de mamar, una doncella jóven ayuda y coopera... ¿Cómo no habia de haber tomado mas que la semejanza del nacimiento, Aquel que ha querido participar de la naturaleza, de la esencia y del período del mismo nacimiento? Cristo ha crecido en un seno, en el momento mismo en que, como Dios, no necesitaba de nadie, y ha nacido hijo de una mujer, cuando era Hijo de Dios; ha reconocido á María por Madre, y por ella la Divinidad se ha revestido de la humanidad... Y que no se oponga la indignidad de la naturaleza, que ha tomado en el seno virginal: así como el rayo recorre todas las dependencias del sitio que visita, del mismo modo hace Dios. Y así como aquel ilumina hasta las mas escondidas, asimismo tambien Cristo purifica lo que hay de mas secreto en la naturaleza que él se apropia. Así ha purificado á la Virgen, y ha salido de ella de tal manera, que manifestara que toda pureza es consumada allí donde está Cristo...—Al salir el sol, todo reluce en la naturaleza, y este astro ilumina el universo cuando se presenta en el horizonte: ¿qué no haria en la habitacion donde se encerrara todo entero?.. Si Cristo, iluminando á Pablo de lo alto del cielo con las luces de su gracia, lo ha sublimado á la piedad, ha hecho de un lobo una oveja, de un perseguidor un Apóstol, un horno de caridad de una alma sanguinaria, y de una naturaleza indómita é intratable un instrumento dócil y manejable para sus designios, ¿cuánto mas el Verbo Divino, cuanto se ha encerrado en el seno de María, ha debido purificarla y santificarla?»

Aquí se vé lo que se ha visto ya, y lo que volveremos todavía á ver mas estensamente, á saber: cómo toda la doctrina cristiana está interesada en el culto de la Santísima Virgen. No es creíble, decian todas las heregias, que Dios haya nacido de una

mujer; y esto no es creible, porque es indigno de su Magestad. A esto respondia la Iglesia: esto seria indigno de su Magestad si se hubiese bajado de esta manera sin elevar á sí la naturaleza que ha tomado en el seno de María. Mas él se ha empobrecido menos, en este seno virginal, de lo que ha enriquecido á este. El se ha anonadado en él, es verdad, pero como Dios, colmando de sus grandezas y su santidad la morada mortal que se ha escogido, haciendo de ella un cielo. ¡Y cuál ha debido ser la gloria de este cielo, pues que ha contenido la Magestad que los mismos cielos no pueden contener; pues que ha sido el Oriente de donde el sol de la gracia y de la vida se ha levantado sobre el universo! De esta manera las grandezas de la Madre recompensan las humillaciones del Hijo, de quien son obra: ellas lo manifiestan elevando á sí todo aquello á que él se humilla, y lo glorifican hasta en razon de su anonadamiento. Es lo que María ha publicado la primera: Mi alma glorifica al Señor, porque ha obrado en mí *grandes cosas*, y se ha manifestado Todopoderoso.»

De aquí todas las alabanzas otorgadas á María, *ex hoc Beatam me dicent omnes generationes*. Ellas vuelven contra la heregia y la incredulidad de todas las edades el grande escándalo del Verbo hecho carne.

San Efrem, respondiendo á las mismas preocupaciones de la indignidad del nacimiento del Hijo de Dios de una mujer, decia tambien: «Es verdad; pero ¿acaso la Virgen le ha parido por una semilla recibida de fuera? Nada de eso, sino prestándole su única sustancia sin movimiento carnal; y no es de piedras cortadas y cinceladas con alguna herramienta con lo que la Sabiduría ha edificado para sí esta morada. En su edificación no se ha oido el ruido del hierro: porque el hombre no ha obrado en María, sino sola la Virgen. Las piedras de este edificio estaban todas pulimentadas y cinceladas por sí mismas: quiero decir, que Dios ha tomado nuestra naturaleza en María sin el concurso del hombre, pero purificada por la esquisita castidad de esta virgen, y la Divinidad ha permanecido inmaculada en tan grande pureza (1).»

(1) Sermo CXLVIII, *De supernaturali B. Virginis partu*, XX.

¡Qué ideal de pureza no revela en María esta doctrina, y quién no comprende que el culto de esta pureza, el culto de la Virgen, es en cierta manera como la cubierta del culto de Jesucristo, y preserva la fé cristiana del contacto grosero de la idolatría!

Lo capital de esta doctrina de los Padres es que el Verbo, haciéndose niño en el seno de María, no ha perdido nada, no ha suspendido nada aun de la grandeza y glorias de su Divinidad, y no ha hecho sino cubrirla con un velo, por consideracion á nuestra debilidad. De donde se sigue, que es de Dios, en la plenitud de su magestad, de quien es María Madre: lo que vale para esta incomparable Virgen un honor tanto mayor, un culto tanto mas importante, cuanto se halla comprometido en él el de la Divinidad de Jesucristo, como en su mas bello templo y su mas hermosa obra.

Así San Efrem, en su sermón sobre la *Natividad de Nuestro Señor*, queriendo glorificar al Divino Niño, glorifica necesariamente á la Madre, de tal manera, que no se sabe cuál de una ó de otra alabanza de las dos se ha propuesto, tanto se parecen entre sí, compenetrándose reciprocamente.

«María, dice, llevaba á este pequeño Niño, que en su silencio disimulaba la sabiduría que inspiraba en todo idioma. El Altísimo era alimentado con la leche de María, cuando El con su pródiga liberalidad amamantaba al universo; y cuando descansaba en el seno de su Madre, el mundo descansaba en su seno. Cuando su cuerpo se formaba en el seno de la Virgen, su omnipotencia juntaba los miembros de todos los cuerpos; cuando se obraba su concepcion, ponía El mismo los fundamentos de todo lo que tiene vida. Por la efusion de su propia virtud María ha podido llevarlo, sustentando El mismo á todas las cosas (1).»

Esta oposicion sublime, que ha recibido despues tan bellos desenvolvimientos, se manifiesta aquí mas que precedentemente. Esta manera de hacer resaltar el misterio cristiano debió producirse mas particularmente á partir del siglo cuarto, porque es en esta época, poco mas ó menos, cuando

(1) Sermo CXLVIII, *De supernaturali B. Virginis partu*, XX.

fué instituida distintamente la festividad de la Natividad de nuestro Señor. Hasta entonces se habia envuelto esta festividad en la de la *Epifanía*, sin duda para no esponer demasiado á la indiscrecion pagana el casto y gran misterio del alumbramiento virginal del Hijo de Dios. Mas al fin hubo que celebrar este misterio para protestar contra las heregias que lo atacaban, y lo celebraron con tal solemnidad, como vemos por primera vez en San Efrem, que fué una profesion brillante de este fundamento de nuestra fé.

Esta celebracion de la Natividad de Nuestro Señor, no solamente comprendia la de la Maternidad Divina de María, segun acabamos de ver, sino que dió lugar á un culto de esta mas distinto.

Esto es lo que se nos descubre en los admirables *Panegíricos de la Madre de Dios*, que siguen, en San Efrem, á los *Sermones de la Natividad de Nuestro Señor*. Estos dos cultos de la Madre y del Hijo salen el uno del otro, y se encierran el uno en el otro. Sus genealogías se confunden; se prestan reciproco testimonio. Yo no conozco confirmacion mas decisiva de la tesis sostenida en esta obra como aquel *hecho histórico* cuyos datos nos ofrece San Efrem, un siglo antes del Concilio de Efeso.

Y lo que es admirable es, que el culto de la Santísima Virgen, no solamente como culto de honor, sino como culto de invocacion, sale aquí *todo armado*, en cierta manera, con el culto de Jesucristo; quiero decir, con todo el esplendor que ha tenido despues. Encontramos aquí, como sobre el árbol del cual han sido cogidas y trasplantadas, las mas bellas alabanzas y las mas bellas plegarias que repetimos en el dia: el *Inviolata*, el *Sub tuum*, el *Dignare me laudare te*.

San Efrem ha compuesto tres sermones *en alabanza de María Madre de Dios*, y doce *plegarias á la Madre de Dios*. Vamos á analizarlas como los primeros grandes testimonios del culto laudatorio y deprecativo de María, establecido en el Cristianismo.

El primer sermón, *De Laudibus Dei Genitricis Mariæ*, empieza por la misericordiosa condescendencia que ha inclinado á Dios en el misterio de la Encarnacion á acomodar su gran-

deza inmensa á nuestra debilidad. En seguida, *para no defraudar en nada*, dice, á la *Virgen María de la gloria que le es debida*, vuelve á tomar la cuestion de mas arriba, haciendo ver, por el sencillo relato evangélico de la Encarnacion, cómo se ha obrado este misterio.

De estas promesas sale naturalmente la alabanza de María:

«María, pues, ha venido á ser hoy dia para nosotros un cielo que trae en sí la Divinidad que la ha escogido entre la universalidad de las Virgenes para ser el instrumento de nuestra salvacion. A ella han venido á parar las predicciones de todos los justos y profetas; de ella ha salido este astro cuyo esplendor Divino ha venido á ser la luz de aquellos que andaban en las tinieblas.» San Efrem enumera á continuacion todas las figuras bíblicas bajo las cuales María ha sido preconizada, como debiendo traer la salvacion del mundo, y concluye despues por la antítesis antigua de la falta y reparacion en que María ha tenido tan gran parte. «Al principio, la culpa de nuestros primeros padres ha hecho entrar la muerte en la humanidad, mas hoy dia somos promovidos por María de la muerte á la vida; al principio, la serpiente, tomando posesion en los oidos de Eva, ha inyectado por ahí el veneno que ha gangrenado todo el cuerpo; hoy María, prestando el oido de la fé á la palabra de Dios, ha introducido con esto al Autor de la eterna felicidad del mundo.»

Tal es el primer sermón de San Efrem en alabanza de María. Se vuelve á encontrar en él la doctrina de los tres primeros siglos, y como el tema tradicional del culto de la Madre de Dios en el desprendimiento de su formacion.

El segundo sermón, *De sanctissimæ Dei Genitricis Virgini Mariæ laudibus*, no es otra cosa: solamente tenemos de él el arranque y como la esplosion armónica de la doctrina.

«*Inviolata, integra, planeque pura ac casta Virgo Dei Genitrix Mariæ.*» Oh inmaculada, intacta, toda pura y toda casta, Virgen Madre de Dios, María, Reina de todos, esperanza de los desesperados, nuestra gloriosísima Señora, toda buena y toda escelente; mas elevada que las celestes Inteligencias; mas resplandeciente que la luz del sol, y mas brillante

que los resplandores del rayo; mas en honor que los Querubines; mas penetrante que todos los Espiritus; mas santa que los Serafines, y sin comparacion, mas elevada en gloria que todas las celestes falanjes. Unica esperanza de nuestros padres, gloria de los Profetas, predicacion de los Apóstoles, honor de los Mártires, alegría de los Santos, concierto de todas las Gerarquías, corona de todas las Vírgenes y de todos los Santos, y, en la brillantez y esplendor del rango que ocupais, inaccesible...»

Al oír estas alabanzas que violentan y despedazan toda clase de espresiones, muchos de mis lectores se verán tentados á murmurar la palabra de exageracion y de exaltacion. Exaltacion, sí; pero exageracion, ninguna. Exaltacion legítima: ¿y quién es aquel á quien Dios no exaltaria sino es Dios mismo? Delante de El, los Serafines trémulos se cubren el rostro con sus alas: ¿y un ojo mortal habia de poder resistir su Magestad! Y si esto es así respecto de Dios, ¿cómo no será tambien, despues de Dios, respecto de su trono, de su santuario, de su tabernáculo, del hogar y del Oriente del cual se ha elevado á las alturas del cielo: para decirlo todo en una palabra, que hace callar todas las demás, de su MADRE? Sin duda, en el estado que se manifestó no era mas que un niño, y esta madre no era mas que una mujer, lo mas humilde y débil que hay. Pero la fé que yo supongo y á la cual solamente hablo, vé en este niño el mismo Dios que reina en el cielo, y todavia mas, un Dios mas grande, si es lícito hablar así, por el prodigio de su anonadamiento, que confunde mas el entendimiento que todo el brillo natural de su Magestad; brillo que, con estar oculto, interior, concentrado, consagra mucho mas la humanidad que le contiene y el seno virginal que le ha recibido inmediatamente del cielo para darle á luz de este modo en la tierra. Poned á un lado todas las espresiones de San Efrem, que habeis estado propensos á tachar de exageracion, y al otro lado colocad solo la espresion de MADRE DE DIOS; y si os encontráis con fuerzas para levantar la balanza, me direis cuál es el platillo que pesa mas.

Esta grandeza inconmensurable de Madre de Dios es la que inspira y agota toda alabanza, porque ella se mide sobre

Dios mismo y le profesa y glorifica en el prodigio de su humildad. *Todo esto*, como dice Bayle, *dimana del título de Madre de Dios.*

San Efrem, continuando este bello panegirico, vuelve, despues de todas estas alabanzas, á esta divina Maternidad que las justifica, y la hace brillar bajo imágenes bíblicas, que dividen sus rayos:

«Incensario de oro, Lámpara ardiente, Urna admirable, que contiene el maná del cielo, Tabla en que se dá la ley escrita á los mortales, Arca verdadera, Carta divina... Oh Zarza incombustible en su llama, Vara florida de Aaron: vos sois efectivamente esta vara verdadera, de la cual es la flor vuestro Hijo, esta estirpe por la cual la raiz de David y de Salomon ha germinado á Cristo, nuestro Criador, el Dios y Señor Todopoderoso y el solo Altísimo. Vos sois quien ha engendrado el Dios-Hombre, virgen antes, virgen despues del parto... Por vos somos reconciliados con Cristo nuestro Dios, vuestro Hijo dulcísimo.»

Este último pensamiento que presenta á la Virgen como siendo para nosotros cerca de Jesucristo, lo que Jesucristo es para nosotros cerca de Dios, *Mediadora cerca del Mediador*, conduce á San Efrem al segundo carácter del culto de la Santa Virgen, despues de la alabanza, la *Invocacion*: doctrina tan antigua como el Cristianismo, segun hemos visto, pero cuya práctica, encerrada hasta allí en las Catacumbas, brilla aquí por primera vez con todo su esplendor:

«Vos sois la única y segura Abogada de los pecadores y de los extraviados; vos sois el puerto asegurado de los náufragos; vos sois la redencion y la libertad de los cautivos; vos sois el sustento de los solitarios, y la esperanza de los que viven en el siglo. Nos acogemos bajo vuestra proteccion, oh santa Madre de Dios, *Sub tuum præsidium confugimus, oh Sancta Dei Genitrix*. Nos refugiamos bajo las alas de vuestra piedad y de vuestra misericordia; protegednos, guardadnos, no sea que el enemigo encarnizado de nuestras almas, Satanás, triunfe insolentemente de nosotros. No tenemos confianza sino en vos, oh Virgen sincera. Al amparo de vuestras entrañas maternas, oh Patrona, colocamos nues-

tras miserias, y queremos ser llamados vuestros clientes.»

Estas bellas invocaciones tal vez parecerán escesivas, aun despues de lo que hemos dicho, para justificar las alabanzas que les preceden. En efecto, se dirá, se concibe muy bien cómo estas alabanzas, por grandes que sean, no hacen sombra á Jesucristo y aun le realzan; puesto que, refiriéndose todas ellas á la dignidad de Madre de Dios en María, profesan, exaltan la divinidad de Jesucristo. Pero no sucede lo mismo con estas invocaciones; pues eclipsan á Cristo mediador, atribuyendo su oficio á María; y aun eclipsan al mismo Dios, en cierto modo, pidiendo á sola María la salud y la curacion.

Nada mas fundado que esta objecion, si fuera *omisso medio* como se ejerciera el poder que invocamos en María, si este poder, de la misma naturaleza que el de Cristo, le traspasase para obrar cerca de Dios, y todavía mas, en el lugar de Dios. Pero sucede todo lo contrario. María es invocada como Patrona: por consiguiente ella realza á Dios, ante el cual nos asiste con su *intercesion*. En segundo lugar, María es invocada como *Madre*: realza pues á Cristo, su Hijo, de quien le viene todo su poder y ante el cual lo ejerce. Cuando nosotros le decimos: «No tenemos *confianza sino en vos*, etc.,» esto debe entenderse á causa de vuestra *Maternidad*, y por consiguiente, cerca de vuestro *Hijo*. No es posible *el equívoco*, porque el mismo fundamento de la invocacion previene todo el abuso que pueda hacerse de ella.

Esto es lo que ya hace comprender San Efrem, comenzando sus invocaciones con la espresion de esta verdad, que es su fundamento: *Por vos somos reconciliados con Cristo nuestro Dios, vuestro dulcísimo Hijo*; y esto es lo que manifiesta inmediatamente despues en las palabras siguientes:

«Postrados á vuestros piés, os suplicamos con nuestros gritos y oraciones, por temor que vuestro dulce Hijo, nuestro Salvador, que dá la vida á todo lo que respira, justamente irritado por la multitud de los crímenes de que nos encontramos cargados, no nos deseche, y de que nuestras almas miserables no lleguen á ser presas del leon, ó de que El no nos arranque, como á la higuera infructuosa. Por esto os imploramos

ramos para poder *abordar con seguridad al Cristo*, y ser recibidos en la real mansion de los bienaventurados, etc., etc.»

Y cuidado con que este terror del Cristo, que nos hace recurrir al patrocinio de María para abordarle, nos parezca ofensivo á su cualidad de Salvador; porque El mismo, en su Evangelio, limita, si me atrevo á decirlo así, á cada instante esta cualidad de Salvador por la de Juez, siendo infinitamente lo uno y lo otro, porque es Dios tanto como hombre, y esto mismo es lo que dá tanto valor á su carácter de Salvador. Y además, abordarle bajo el patrocinio de María, es tomarle por el buen lado, el lado por el cual es hombre, por el cual es Salvador, por el cual El mismo ha querido darse á nosotros: es corresponder á toda la economía de nuestra salvacion.

Y admírese, ruego, la armoniosa oposicion que presentan, bajo este punto de vista, las *alabanzas* y las *invocaciones* que dirigimos á María. En efecto, ¿qué hacemos por medio de las alabanzas que atribuimos á la *Madre de Dios*? Profesamos, glorificamos la *Divinidad* de su Hijo Jesus, nos penetramos de su grandeza, de su magestad, de su santidad formidables, hasta ver en una humilde hija de nuestra decaida raza, por ser ella su Madre, la Reina de la tierra y de los cielos. Pero dándonos este profundo sentimiento de la divinidad de Jesucristo y alimentándolo, el culto de alabanza que tributamos á María tendria, por efecto cierto, el anonadarnos de terror, si el culto de invocacion no viniera á hacerle contrapeso; si esta misma grandeza de Madre de Dios, que eleva á María á tan alto grado, no la pusiese á disposicion de servirnos cerca de su Hijo por su intercesion, y no la colocase entre El y nosotros como la peana de un trono, que, realizándola, facilita su acceso. Por la alabanza, la exaltamos hasta el manantial de las gracias; por la invocacion, la inclinamos hasta el mas profundo abismo de nuestra desesperacion; y tal es la misericordiosa condescendencia, si me atrevo á decirlo así, de este instrumento maternal de nuestra salvacion, que nuestra confianza en ella nace de nuestra veneracion, y nuestra veneracion de nuestra confianza.—Tal es la relacion admirable que une el culto de invocacion al culto de alabanza, respecto

de María, y que se nos presenta á la vista en el antiguo monumento que estudiamos.

Así, despues de haber pasado de la alabanza á la invocacion, San Efrem vuelve de la invocacion á la alabanza, y termina con la asociacion de estos dos sentimientos. Sentimos tener que abreviar:

«Llenad mi boca de la gracia de vuestra dulzura, oh Soberana, é iluminad mi entendimiento, oh llena de gracia; poned en movimiento mi lengua y mis lábios para cantar con gozoso corazon vuestras alabanzas, y principalmente para repetir la melodiosa salutacion con la cual Gabriel os aclamó Virgen, Madre integérrima de mi Dios. Séaos agradable que yo publique vuestras alabanzas, Virgen sagrada, *Dignare me laudare te, Virgo sacrata*, y que yo vuelva á decir con placer: *Ave*, yo os saludo... Yo os saludo, María soberana, llena de gracia... Yo os saludo, paz, alegría, consuelo y salud del mundo... Os saludo, refugio de los pecadores, fuente de gracia y de toda consolacion... Os saludo, dulcísima Mediadora entre Dios y los hombres... Os saludo, casta Madre de Cristo, Hijo de Dios vivo... Os saludo, oh vos que habeis criado á Cristo, Autor de la vida; Cristo, digo, misericordiosísimo Criador de todas las cosas, nuestro dulcísimo Señor Jesus, educador y director del mundo, á quien corresponde todo honor, toda gloria, grandeza, poder, alabanza y magnificencia, en union con el Padre y el Espíritu Santo, ahora, siempre y para siempre en lo infinito.—Por las oraciones y méritos de la Santísima Madre de Dios, María siempre Virgen, por la intercesion de todo el Ejército celestial, de los Profetas y Apóstoles, de los Confesores y de todos los Santos, tened piedad de vuestra criatura, oh Dios Todopoderoso; y en la hora formidable de vuestra justicia, colocad á vuestra derecha á vuestros humildes servidores, y no os acordeis mas de nuestras ofensas.»

Estas grandes alabanzas é invocaciones, tan generalizadas despues, brotan allí en su primitiva abundancia; por esto hemos creído deber citar algunas de ellas, para probar que, siempre antiguas y siempre nuevas, son la espresion de la mas pura doctrina católica en la primer edad. Encerradas ó desenvueltas, segun los tiempos, ya bajo una forma doctrinal,

ya bajo forma oratoria ó litúrgica, en el fondo, se reasumen en estos dos grandes títulos que San Ireneo, uno de los Apóstoles, daba á la Madre de Dios en el siglo II: *CAUSA de nuestra salvacion* y *ABOGADA nuestra*.

San Efrem, en su tercer panegírico de la Madre de Dios, alaba é invoca á María al pié de la Cruz; lo que es tambien digno de notarse, como prueba de la antigüedad de la doctrina, que atribuye á *la Compasion* de María una fecundidad de gracias y de salud para el género humano; porque es precisamente al pié de la Cruz y en razon de la parte inmensa que ha tenido María en el sacrificio de su divino Hijo, cómo San Efrem, despues de haber mostrado á María adherida á *esta muerte que ha causado la vida al mundo*, invoca todavía su ayuda y su socorro para que sea nuestra conciliadora y nuestra abogada, principalmente en la hora de nuestra propia muerte, y para que nos haga entrar á participar de la gloria de su Hijo, así como ella ha participado de sus sufrimientos, siendo nuestra única esperanza *para con el Dios de los cristianos* (1).

Hemos dicho que San Efrem ha compuesto, además de estos tres sermones, doce oraciones á la Madre de Dios, *Preces ad Deiparam*. Ya hemos dado á conocer en nuestra Esposicion litúrgica lo que se halla en el oficio Parisiense para la conmemoracion del voto de Luis XIII. Su magnificencia es incomparable. La súplica allí campea en cierto modo, y se dilata como las olas de la mar; de la mar, que por inmensa que sea, se doblega y se somete ante el continente. Del mismo modo, la confianza católica en María parece que debe absorberlo todo; pero advertid cómo siempre se replega dulcemente á los piés de Dios, que le ha escavado el lecho y en el seno del cual ella nos lleva. Obsérvese bien cómo la medida inmensa de esta confianza en María es la de nuestra humildad y nuestra indignidad, que nos hace recurrir á ella para con Dios; es decir, del mas perfecto de todos los sentimientos de la criatura culpable para con este Dios, que es seguramente su

(1) Threní, id est lamentationes gloriosissimæ Virginis Matris Mariæ, super passione Domini.

Salvador, pero que tambien es su Juez. Nunca el sentimiento de la grandeza de Dios, de su santidad y de su justicia, en oposicion á la mancha y culpabilidad humana, ha empleado una espresion tan solemne y tan penetrante como en este recurso á María, por quien le exhortamos. Esto es lo que principalmente se descubre en las otras oraciones de San Efrem, de las que solo insertaremos uno que otro rasgo.

«No os desdeñeis de socorrerme, dice á María, no sea que vuestro indigno siervo perezca por último; sino usad de vuestras súplicas maternales y sanad mi alma pecadora. Cubierto de confusion, no sabré dirigir á mi Dios una mirada con confianza, por mas benigno que sea, para implorar el perdón de mis crímenes y la curacion de mis llagas incurables. No me atrevo á levantar mis manos hácia Aquel á quien he ofendido con tantas maldades. *Por esto*, mi purísima Soberana, me prosterno miserable y avergonzado á los piés de vuestras inesplicables misericordias.—Vuestro Hijo único se recrea en vuestras oraciones, ¡y cuán bien El principalmente, que ha querido ponerse en el número de los servidores, será fiel para con vos á la gracia y al decreto especial que os ha hecho el ministro de su generacion inenarrable para nuestra redencion!—Que vuestras oraciones nos preserven hasta el fin de la condenacion, para que, siendo salvos por vuestro patrocinio y vuestro auxilio, demos gloria, alabanza, accion de gracias y adoracion á Dios solo, en su Trinidad, Criador de todos los séres.—Mi soberana, Santísima Madre de Dios y llena de gracia, trono inflamado de la gloria, soberana de todo cuanto existe fuera de la Trinidad, consoladora despues del Espíritu Santo, y Mediadora despues del Mediador del mundo, carro del sol inteligible, puente del mundo entero que conduce á la playa inaccesible, complemento de las gracias de la Trinidad, que teneis como el segundo grado despues de la Divinidad; mi salud, mi consuelo, mi vida, mi luz, mi esperanza y mi refugio, ved mi confianza y mi deseo, ya que sois la que teneis la compasion y el poder, como Madre de El que solo es bueno y misericordioso. Vos teneis la voluntad y el poder de hacerlo como la que por un prodigio inesplicable ha engendrado á un Sér de la Trinidad; vos teneis con

qué persuadirle, con qué moverle; teneis esas manos en que le habeis llevado de un modo memorable, esos pechos en que le habeis amamantado con vuestra leche; recordadle esos pañales en que le habeis envuelto, y todo aquello con que le habeis criado desde su infancia; agregad á todas esas prendas las que le son propias, su Cruz, su sangre, esas llagas por las que hemos sido rescatados. No aparteis de mí, os lo suplico, vuestra proteccion; vos que teneis por deudor á Aquel que ha dicho: «Honra á tu padre y á tu madre.»

Estas magníficas invocaciones tienen no sé qué de apostólico y de profético; conmueven todos los sentimientos de la naturaleza; duplican todas las riquezas de la gracia; dilatan en cierto modo el alma humana por un sentimiento mas vasto de Dios. Ellas justifican en particular la doctrina católica, mostrando, como lo hemos dicho, que nuestra confianza en María no es tan grande sino porque ella nos pone en relacion con el único Mediador, Jesus, lejos de destruirlo; sino porque ella nos lo hace abordar bajo el concepto que ha querido El dejarse aproximar de nosotros, bajo el concepto de hijo de María, de hombre y de Salvador.—He aquí aun uno ó dos rasgos en apoyo de esto mismo:

«En vos, Patrona, en vos, Mediadora cerca del Mediador que salió de vos, coloca la familia humana su confianza; ella está siempre pendiente de vuestro Patrocinio; ella os tiene á vos por único refugio y defensa, asi como vos sois la única que tiene crédito para con El. Y yo tambien pongo en vos toda mi confianza, en vos que, segun la carne, habeis con toda verdad engendrado al verdadero Dios. Conmuévanse, pues, vuestras entrañas para mí, oh soberana de toda pureza, y usando de la libertad maternal para con vuestro Hijo y Dios nuestro, pedidle la remision de todas mis pasadas iniquidades. Vos teneis, lo sé, el poder igual á la voluntad, como Madre del Altísimo; así es que confio hasta el atrevimiento...»

Tal era el culto cristiano para con María en el siglo cuarto, cien años antes del Concilio de Efeso: culto tan correcto como completo, elevándose con la doctrina de los tres primeros siglos á una altura que supera á cuanto se ha dicho despues;

culto público desde aquella época, pues que su manifestacion sale de boca de un hombre público, y bajo la fuerza pública de sermones y oraciones; y es muy de notar que una de las oraciones, la que todavía repite la Iglesia de París para la conmemoracion del voto de Luis XIII, es una oracion evidentemente nacional, y la que ha debido inspirar la fé de los pueblos por quien fué hecha. Basta volverla á leer para convencerse de esta verdad.

San Efrem, con motivo de su antigüedad y de la plenitud de su testimonio, tenia un valor que ha debido detenernos un poco tiempo. Las conclusiones que hemos deducido ya de aquí, nos permitirán ser mas ligeros en el examen de los testimonios que vamos á dar á continuacion.

II. El que se presenta en seguida es de San Epifanio, que ha conocido todo el cuarto siglo, desde 310 hasta 403. Obispo de Salamina, en Chipre, fué célebre, no menos por su celo que por su caridad; su virtud le hizo respetar hasta de los mismos hereges. Los Doctores mas ilustres de la Iglesia alaban á cual mas su doctrina, su erudicion y su santidad. Habiendo tomado parte en todas las luchas de la Iglesia de su tiempo contra el error, emprendió como una *Historia de las Variaciones* universales de la heregia, desde el origen del mundo hasta la época en que escribia. Las heregias que él describe y que refuta así, llegan al número de ochenta. El celo por la verdad es el único que le ha inspirado y dirigido en este vasto trabajo. Ofrece un sensible ejemplo de este alto desprendimiento de toda clase de miras interesadas, atacando con igual rigor dos heregias opuestas ó contrarias acerca de la Santísima Virgen; una que la abatia negando su perpétua virginidad, y es la heregia de los *Antidicomarianistas*; la otra, que la exaltaba hasta sacrificarle como á una divinidad, es la heregia de los *Collyridianos*.

Esta última heregia, nacida de un resto de propension á la idolatría entre los pueblos ignorantes de la Arabia, no tuvo estension alguna. Es notable, sin embargo, como justificacion de la reserva con que se habia conducido la Iglesia con respecto al culto público de la Santísima Virgen, mien-

tras que la idolatría, reinando en las costumbres, podia desnaturalizarlo.

San Epifanio se condujo contra los idólatras de María con el mismo espíritu que habia inspirado esta sábia reserva. Reprimia lo que esta habia querido prevenir, y lo hacia sin consideraciones contra el error, pero al mismo tiempo con tal delicadeza é ingeniosa precaucion para con el culto de la Santísima Virgen, que este no pudiese recibir de sus argumentos detrimento alguno.

«Es necesario ver cierta empresa diabólica en una práctica tan contaminada de idolatría. El cuerpo de María ha sido, lo confieso, el templo de la santidad; sin embargo, Ella no ha sido Dios. Por mas que haya sido tan escogida y tan aventajada, con todo es una mujer de la misma naturaleza que otra, por mas que sean grandes los honores que la han consagrado en su alma y en su cuerpo. Siendo esto así, ¿cómo ha podido la insidiosa serpiente hacer caer las almas en semejante error? ¿Por qué oblicuas y capciosas insinuaciones ha podido sorprenderlas? Sea María honrada en hora buena; pero que solo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sean adorados. El mandamiento que Dios intimó al primer pecador de *no comer del fruto del árbol*, no hizo que el mal estuviese en el árbol mismo, sino solamente que fuese ocasionado por el árbol del crimen de la desobediencia. Que nadie, pues, guste de este mismo fruto de error formado con ocasion de María. Por admirable que fuese el árbol, no habia sido hecho para que se comiese de él. Lo mismo por excelente, por santa, por eminentemente digna de honores que sea María, no por esto se le debe tributar adoracion (1).»

Compárese esta manera de combatir el abuso sobre el culto de María con el proceder de los protestantes y de los jansenistas de estos tiempos. San Epifanio se oponia á que se comiese del fruto producido *con ocasion* del árbol, *qui Mariæ occasione conflatus est*: nuestros sectarios cortan el árbol por el pié.

Esto es lo que hacian los *Antidicomarianistas* queriendo

(1) Sancti Epiph., adv. Hæres, lib. III, t. II, p. VII.

despojar á María del honor de su virginidad. Pero San Epifanio no los combatía con menos ardor del que había empleado para combatir á aquellos que querían tributar á la Virgen el honor de la divinidad. «¡Oh delirio inaudito! esclama. ¡Oh monstruosa novedad, bien digna de figurar entre tantas otras que han sido desconocidas de nuestros antepasados, y que estaban reservadas para este siglo de destruccion! ¡Bajo qué concepto se osará atacar la incorruptibilidad de esta Virgen, que ha merecido llegar á ser la mansión del Hijo de Dios, y escogida y consagrada entre todas para este único parto? ¿Por qué audacia se puede abrir la boca, desencadenar la lengua y articular tan sacrilega impiedad; y en vez de alabanzas y bendiciones, inventar ultrajes, insultar á esta Virgen incomparable, y para decirlo todo, reducir á la privacion de todo honor á este vaso digno de todo honor (1)?»

Se vé por este pasaje cuál era el culto de veneracion de que estaba en posesion María en el siglo cuarto, como tradicion no interrumpida de los siglos anteriores. El horror que escitó la *novedad* que se lo niega, prueba altamente la antigüedad de este culto, y lo profesa espresamente: *O inauditam insaniam! O præposteram novitatem!* Hay seguramente aquí un testimonio notable de esta antigüedad.—¿Y quién no se envanecerá de esto, cuando se vé á San Efrem venir á reanudarse con San Ireneo y San Justino para celebrar en María el misterio de Madre del género humano, rescatado de la nueva Eva? «Por la Virgen Maria, dice, la vida ha sido introducida en el mundo, porque por el parto del viviente, Ella se hizo *Madre de los vivientes*, titulo que no se dió á la primera mujer sino en figura de esta. La comparacion entre una y otra, entre Eva y María, ¿no es, en efecto, digna de admiracion? Si Eva ha sido para el género humano una causa de muerte, y si por ella ha sido introducida la muerte en el universo, María ha sido *una causa de vida*, y por ella se ha dado la vida al mundo, etc. (2)» Se vé que el fundamento del culto de María es siempre el mismo en la Iglesia, aun cuando

(1) Sancti Epiph., adv. Hæres, lib. III, t. II, p. VII.

(2) Adv. Hæres, XVIII.

varían los acrecimientos de este culto. En el cuarto, lo mismo que en el primer siglo, siempre es María Madre de Dios y Madre de los hombres, *Madre del viviente y de los vivientes*, á quien reverenciamos é invocamos.

En consecuencia de este antiguo fundamento, y segregada toda supersticion, pero tambien vindicado de toda profanacion, el mismo San Epifanio nos dá en un discurso en alabanza de la Virgen María la medida del culto de veneracion y de alabanza que en su época se le tributaba. Esta medida no es menor en San Epifanio que en San Efrem, es decir, que es sin medida.

«¡Qué miserable soy, dice, en atreverme á intentar espresar con palabras los deslumbrantes resplandores con que brilla la Madre de Dios, las incomprensibles y formidables prerogativas de este gran propiciatorio, en donde se ha consumado el misterio de la reconciliacion del cielo y de la tierra!... ¿Qué boca humana podrá proferir una alabanza digna de Aquella que ha aterrado á las virtudes del mismo cielo, á los Angeles, á los Arcángeles, á los Principados, á las Potestades, á los Tronos, á las Dominaciones, á los Querubines, á los Serafines y á todo el Ejército de los Angeles, embargados de temor y temblor al ver al mismo Dios, que tiene su asiento en lo mas alto de los cielos, inclinarse por ella á la tierra, lo que les llenó de un glacial estupor? Ellos miraban á esta Virgen, cielo y trono, y quedaban absortos, considerando á Aquel que no tiene principio descender de las alturas seráficas donde tiene su reino para morar en este seno virginal... ¡Oh Bienaventurada raiz que ha producido en la tierra esta vida de los cielos!... ¿Cuál no deberá ser la santidad de esta Virgen que ha sido juzgada digna de llegar á ser Esposa de la Trinidad, y lecho nupcial de donde se ha levantado Cristo Esposo para la naturaleza humana, tesoro profundo de la Divina dispensacion?... Oh Bienaventurada Virgen, Mediadora del cielo y de la tierra, paloma pura, cielo, templo y trono de la Divinidad, nube brillante, que habeis atraído y conducido el rayo resplandeciente del cielo, Cristo, que vino á iluminar al mundo; nube celestial, que habeis guardado en vos la tempestad tronadora del Espíritu Santo, de donde la llu-

via de este divino espíritu ha caído sobre toda la tierra para producir en ella el fruto de la fé. Santa Maria, Virgen, *Madre de Dios*, que habeis engendrado á Aquel que formó en otro tiempo á Adán del barro en el Paraiso; *Madre de Dios*, que habeis dado á luz el Verbo Encarnado en vos; *Madre de Dios*, que habeis concebido en forma de esclavo al Verbo Dios; *Madre de Dios*, única que habeis engendrado al Hijo único de Dios, no un Dios temporal que solo hubiese tenido principio en vos, sino eterno, que es antes que vos y antes que todos los seres..... Oh Virgen, tesoro sagrado de la Iglesia, Virgen á quien yo llamaria á la vez Sacerdotisa y altar, pues que ella ha puesto para nosotros la mesa y nos ha dado allí ese Pan celestial, Cristo, para la remision de los pecados..... ¿Qué mas diré, impulsado por el deseo de alabar á la Madre de Dios y contenido por mi insuficiencia? diré todavía que ella es el cielo y el trono, y al mismo tiempo la Cruz cuyos brazos sagrados han llevado al Señor..... los Angeles acusaban á Eva, ahora glorifican á Maria, que ha levantado á Eva caída y ha hecho subir á los cielos á Adán lanzado del Paraiso..... *Por vos*, en efecto, oh Virgen Santa, el muro de separacion ha sido destruido; por vos, la paz del cielo se ha hecho participe al mundo; por vos, han llegado los hombres á ser Angeles; por vos, ha resplandecido la Cruz en toda la tierra; por vos, la muerte es destruida y despojados los infiernos; por vos, han caído los ídolos y se ha propagado la celestial doctrina; finalmente, por vos hemos conocido al Hijo único de Dios, que habeis dado á luz, Virgen Santa, Nuestro Señor Jesucristo, á quien adoran todos los Angeles y los hombres; nosotros profesamos al Padre sin principio, al Hijo sin principio, al Espíritu Santo sin principio, y glorificamos la Trinidad indivisible y consustancial por los siglos de los siglos (1).»

He aquí algunos rasgos cortados del discurso, ó mas bien del arrobamiento de San Epifanio para con la Madre de Dios.

(1) Volveremos á encontrar esta fórmula de alabanza (por vos, etc.) en boca de San Cirilo, en el Concilio de Efeso, y la justificaremos contra el error moderno que la desconoce.

Tal era el culto de Maria en el siglo cuarto; culto nada sospechoso de exageracion en boca de este grande Doctor, que habia combatido enérgicamente á la *Mariolatria*; culto no obstante sin medida, como debe serlo en el orden de culto de honor y de caridad, que tiene por objeto la inconmensurable é inefable grandeza de la Madre de Dios.

Seria, sin embargo, no tener mas que una idea completa de la razon y del objeto de este culto, no considerar estas grandes alabanzas y estas sublimes invocaciones, sino como justo tributo de honor y de confianza debidos á la Maternidad divina de Maria, y como la efusion de una ardiente piedad igual á la de San Bernardo en la edad media. En el siglo cuarto, era además una profesion de fé contra todas las heregias. Todos estos rasgos de alabanza, por líricos que sean, tienen toda la rigidez de la doctrina teológica, mas reflexiva; son aquí, como mas tarde en el Concilio de Efeso, otras tantas protestaciones y otros tantos decretos contra los Arrianos, los Sabelianos, los Apolinarios, los Maniqueos, contra todas las heregias que habian precedido, y hasta contra aquellas que iban á nacer, tales como las de Nestorio y Eutiques, confundidas de antemano por la virtud doctrinal de esta Virgen, *por quien hemos conocido al Hijo de Dios*. Esto es lo que no hemos cesado de demostrar desde el origen del Cristianismo, y de este modo, atestiguándose á si misma por su necesidad y, si me atrevo á decirlo así, por sus gloriosos servicios, es como la Maternidad divina ha conquistado el culto de que es objeto.

III. Esto se nos presenta mas claro en los dos ilustres Doctores que se nos ofrecen despues de San Epifanio, en San Atanasio y San Gregorio de Nazianzo, célebres ambos por los grandes golpes que dieron al Arrianismo en favor de la fé de Nicea: el primero para hacerla triunfar, el segundo para defenderla.

En los numerosos escritos que San Atanasio consagró á esta nueva lucha, en la que estaba empeñado todo el Cristianismo, se representa á cada instante á la Virgen como la *lanzadera*, que en cierto modo sirve para tejer la trama de la fé, para entrelazar y anudar la divinidad con la humanidad de

Jesucristo, y unir por Jesucristo el cielo con la tierra. San Atanasio se esfuerza sobre todo en demostrar, que negando que Jesucristo sea tan verdaderamente *consustancial* al Padre celestial, como es *consustancial* á la Madre terrenal, toda esta trama del destino del Cristianismo queda rota, y que por lo tanto se reanuda por María y en María. No citaremos sino un solo y breve pasaje que reasume toda esta bella teología, y que justifica la relacion litúrgica que ha conservado siempre la Iglesia entre el *Padre nuestro* y el *Ave María*, entre el Theísmo cristiano mas elevado y la humilde devocion á María.

«El Hijo de Dios, dice el mismo Doctor, se ha hecho hijo del hombre, para que el Hijo del hombre, es decir, de Adán, fuese hecho Hijo de Dios. En efecto, de una manera inefable, inexplicable é incomprensible, el Padre engendra en la eternidad, él mismo es engendrado de una manera inferior en el tiempo por la Virgen María, Madre de Dios, para que aquellos que habian sido engendrados desde luego con esta generacion inferior, fuesen engendrados con la generacion superior, esto es, con la de Dios. El mismo Verbo de Dios, pues, tiene tan realmente una Madre sobre la tierra como nosotros tenemos un Padre en el cielo. Por esto El se llama á sí mismo Hijo del hombre, para que los hombres pudiesen llamar á Dios su Padre en los cielos, enseñándose con esta oracion: *Padre nuestro, que estás en los cielos* (1).»

La consecuencia de esta doctrina es tan considerable como

(1) Idcirco enim Filius Dei, filius hominis factus est, ut filius hominis, hoc est Adæ, filii Dei efficiatur. Quod enim desuper ex Patre Verbum modo ineffabili, inexplicabili, incomprehensibili, et æternæ genitum est, ipsum in tempore inferius generatur ex Virgini Deipara Maria, ut qui inferius antea geniti fuerant, desuper secundo gignerentur, id est, ex Deo. Ipse igitur Matrem duntaxat habet in terra: et nos Patrem duntaxat habemus in cælo. Quocirca Filium hominis se ipsum appellat, ut homines Deum vocarent Patrem in cælis. *Pater noster*, inquit, *qui es in cælis* (*De Incarnatione contra Arianos*, t. II de l'édition de Migne, p. 700).

fácil de deducir. Si nosotros no conocemos, si no tenemos á Dios por Padre mas que por su Hijo, *en cuanto El tiene á María por Madre*, es evidente que el que no profesa á María Madre de Dios, tampoco tiene á Dios por Padre; está sin Dios: es ateo. Conoce bien á Dios de cierto modo, de un modo natural; pero ó el Cristianismo no es mas que una superfetacion, ó el modo natural de conocer á Dios es insuficiente é impotente; y la esperiencia del mundo antiguo lo ha demostrado sobradamente, justificando aquel dicho de San Pablo á los Efesios: «Acordaos que siendo gentiles por nuestro origen, no tenais entonces participacion con Jesucristo, viviendo sin esperanza y sin Dios en este mundo; porque es por el Hijo por quien tenemos acceso unos y otros al Padre (1).»

Dedúcese, pues, de la doctrina de San Atanasio, identificada con la de San Pablo, esta consecuencia, que el que no profesa al Hijo de Dios, *Hijo de María*, y por consiguiente, á María, *Madre de Dios*, está *sin Dios en este mundo*, y no tiene Padre en los cielos.

IV. Por lógica que sea esta consecuencia, ¿se verá exageracion en imputarla tan espresamente á la Iglesia del cuarto siglo?—He aqui á San Gregorio Nacianceno, y en él á toda la Iglesia, que nos libertan de semejante tacha, profesando claramente esta misma doctrina.

Entre todos los escritos de este gran Doctor, llamado por sobrenombre el Teólogo, sus dos *cartas á Celedonio contra Apolinario*, son celebradas sobre todo por el honor que tuvieron de ser invocadas como autoridad en el Concilio de Efeso, y mas tarde tambien en el Concilio de Calcedonia, muy á despecho de todos los hereges, á quienes confundian, no solo para el presente, sino tambien para el pasado y el porvenir.

En efecto, todas las heregias que habian salido á luz en la

(1) A los Efesios, II, 11-18.—Agréguese á este pasaje el que hemos citado en otra parte de la *Epístola á los Gálatas*, IV, 4. «Dios ha enviado á su Hijo, *hecho de la mujer*, PARA QUE nosotros recibiésemos la adopcion de hijos, y siendo hijos, Dios ha enviado á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡PADRE!

Iglesia contra el dogma de la Encarnacion, desde el Docetismo, todas las que se levantaban entonces contra este fundamento del Cristianismo, especialmente la de Arrio, y aun aquellas que todavia no se habian manifestado, pero que ya las presentia San Gregorio, tales como las de Nestorio y la de Eutiques, hallaron en aquel escrito su condenacion y su confusion. ¿Y con qué argumento? Con el argumento de la Maternidad divina de Maria. Nos limitaremos á esta sentencia, que llegó á ser la de toda la Iglesia en los dos Concilios, que se sirvieron de ella como de una arma contra el error:

«Si alguno no reconoce á Santa Maria, Madre de Dios, este se halla fuera de la Divinidad. Si alguno no confiesa que Cristo ha sido formado en el seno de la Virgen de una manera divina y humana, este es igualmente ateo.» *SI QUIS SANCTAM MARIAM DEIPARAM NON CONFITETUR EXTRA DIVINITATEM EST. Si quis Christum per Virginem tanquam per canalem fluxisse non autem in ea divino simul et humano modo formatum esse dixerit, æQUE ATHEUS EST.*

Este sentimiento fué saludado como el sentimiento de la antigüedad en el Concilio de Efeso, sea porque, aunque no se conociese mas que del tiempo de San Gregorio, ya era antiguo en la época de este Concilio, sea porque, y tal era el principal motivo, se derivaba, como ya lo hemos visto, de una antigüedad mas remota todavia, y que se confundia con la de la Iglesia.

No es, pues, una vana cuestion reconocer á Maria Madre de Dios, como decia San Arquelao en el tercer siglo, *non ergo jam vana est quæstio*, y toda la Religion se interesa en ello. Asi la proclama la antigüedad. Ahora bien: ¿qué es reconocer á Maria Madre de Dios, mas que honrar é invocar á Maria Madre de Dios, lo mismo que confesar á Dios es adorarle y rogarle? El culto es la forma y la medida de la fé en todos los grados. Todo el honor, pues, y piedad que reclama esta grande y auxiliadora dignidad de MADRE DE DIOS, es la forma y la profesion de su creencia, y por lo tanto, de toda la Religion que depende de esta creencia. La doctrina implica el culto; y mostrando la antigüedad de aquella, queda desmostrada la antigüedad de esta.

Tambien hemos visto, desde que la Iglesia pudo permi-

tirlo, brillar esta profesion doctrinal de la Maternidad divina de Maria en alabanzas é invocaciones sublimes, que volvian á caer convertidas en otros tantos anatemas sobre las heregias que la negaban, y que no eran, como lo fueron mas tarde en el Concilio de Efeso, sino la esposicion práctica y animada de la doctrina.

V. San Juan Crisóstomo, cuyo nombre es por sí solo un panegirico, este *Homero de los oradores* debia pagar con su boca de oro un tributo elocuente á esta bella virtud. Lo hizo con acentos, que tienen derecho á hacerse oír, aun despues de los de San Epifanio y San Efrem.

«Es en verdad, decia, una grandisima maravilla la Bienaventurada y siempre Virgen Maria. ¿Quién ha sido jamás, quien podrá ser mas grande y mas ilustre que la que sola aventaja por la amplitud de su Magestad al cielo y la tierra? ¿Qué hay que sea mas santo? Ni los Profetas, ni los Apóstoles, ni los Mártires, ni los Patriarcas, ni los Angeles, ni los Tronos, ni las Dominaciones, ni los Serafines, ni los Querubines, ni alguna, en fin, de todas las criaturas, visibles ó invisibles, puede llegar á tal grandeza, á tal excelencia. Sierva y Madre de Dios, Virgen y Madre de todo justo, Madre de Aquel que ha sido engendrado por el Padre, antes de todo principio, á quien los Angeles y los hombres reverencian como al soberano Señor del universo, ¿quereis saber cuánto aventaja en poder esta Virgen á los Espiritus celestiales? Estos asisten con temblor y temor, y con el rostro cubierto ante el trono de Dios. Aquella presenta al género humano á Aquel que de ella ha sido engendrado, y obtenemos por ella el perdon de nuestros crímenes. Salud, pues, Madre y cielo, Hija, Virgen, Trono de Dios, honor, gloria y firmamento de nuestra Iglesia: no ceséis de rogar por nosotros á Jesus, vuestro Hijo y nuestro Señor, para que por vos obtengamos misericordia en el dia del juicio, y que nos alcancen todos los bienes reservados á los que aman á Dios, por la benignidad y la gracia de Nuestro Señor Jesucristo (1).»

(1) Extracto del oficio *in festis B. Mariæ Virginis*.

Así es como la *profesion*, es decir, el culto de la Maternidad divina de María salía de boca del genio y de la santidad de oro de la Iglesia; y contra esta gloriosa y sagrada antigüedad debía dirigirse la acusacion de exageracion y de supersticion que no se teme dirigir en nuestros dias contra este santo culto.

VI. A este catálogo de Doctores tan ilustres y tan respetables, que sería necesario recusar, debemos añadir dos genios, dos Santos que son demasiado eminentes para ser omitidos, aunque su testimonio sea supérfluo: estos son San Ambrosio y San Agustin.

Aquí y en lo que vá á seguir, nos vemos obligados á responder á las paradojas históricas y dogmáticas con que la heregia pretende menoscabar la grande importancia de la antigüedad cristiana á favor del culto de la Madre de Dios. Un filósofo á quien hemos ya tenido ocasion de impugnar, y cuya memoria protegida por una muerte fiel, tiene derecho á nuestros respetos, M. Bordas-Dumoulin, se ha hecho el órgano del error sobre este punto en su *Marianismo sustituido al Cristianismo*. Desgraciadamente, su impugnacion sobrevive demasiado á sus últimos sentimientos para que podamos dejarla pasar. Es bajo este punto de vista, y como estando bajo su nombre el error de la heregia viviente y operando alrededor de nosotros, como vamos á contestarle. Esto será por otra parte un ensayo que hará resaltar y apreciar mejor la verdad.

El autor de los *Poderes constitutivos de la Iglesia*, en sus capítulos sobre el *Marianismo*, sostiene que: «El primer gran Santo de quien se hace mencion, como hallando sus delicias en la devocion á María, es San Ambrosio.» Y despues dice, en la página siguiente, que: «Para encontrar alguno que se deleitara en la devocion de la Virgen, sería necesario retroceder tres ó cuatro siglos despues de San Ambrosio (1).» Si no hay aquí una contradiccion, quiere decir esto que hasta el sétimo siglo solo ha habido San Ambrosio que haya profesado un

(1) P. 80-82.

culto piadoso á María. Contra esta asercion se levantan, lo hemos visto ya, San Juan Crisóstomo, San Gregorio de Nazianzo, San Epifanio, San Efrem, San Arquelao, San Gregorio el Taumaturgo, Origenes, Clemente de Alejandria, San Ireneo, San Justino, todos los cuales rivalizan con San Ambrosio en alabanzas y piedad hácia la Madre de Dios. El autor de los *Poderes constitutivos de la Iglesia* habla de escritos apócrifos, en que el Marianismo funda su locura é impiedad, y los pone descaradamente bajo la autoridad de la antigüedad sana y sábia. «Mas si, en efecto, hay escritos apócrifos atribuidos á algunos Padres, hemos tenido gran cuidado de ponerlos aparte, hasta privarnos de aquellos que son únicamente dudosos, y de los cuales, sin embargo, se hace generalmente uso. Desafiamos á la crítica mas severa á argüir cosa alguna contra la autenticidad de nuestras citas. Esta autenticidad es notoria entre aquellos que conocen tales cosas, y no pueden dejar de confesarla.—¿Que queda, por lo tanto, para sostener la estraña tesis de que hasta el siglo sétimo no ha habido sino San Ambrosio particular devoto de la Santisima Virgen?—Falta que decir que los testimonios que hemos aducido no tienen la estension que se reconoce en el de San Ambrosio. Luego, pues, aquellos mismos que no han leído á este ilustre Padre, podrán difícilmente comprender que haya tenido para María una devocion mas encendida que la que resplandece en los que le han antecedido. Nos contentaremos con esto por lo que á nosotros toca, y renunciaremos voluntariamente á la de San Ambrosio, si es que se quiere convenir en ello: nos contentaremos con aquella sentencia de San Gregorio de Nazianzo, que: «Aquel que no confiesa (y por consiguiente que no honra) á María, Madre de Dios, es ATEO,» y con aquella de San Arquelao, que: «Así como toda la Ley y los Profetas consisten en amar á Dios, DE LA MISMA MANERA toda nuestra esperanza está pendiente del parto de la Bienaventurada María, ITA NOSTRA OMNIS SPE IN BEATÆ MARIE PARTU SUSPENSÆ EST.»—Nos contentaremos con las sublimes alabanzas y ardientes invocaciones que dirigian á la Madre de Dios San Epifanio y San Efrem; con la fé de Santa Justina en su virginal proteccion, y la de San Gregorio el Taumaturgo en su aparicion

luminosa, celebradas por San Gregorio de Nazianzo y San Gregorio de Niza. — No iremos mas lejos que San Clemente de Alejandria, cuando «dá con gozo á Maria el nombre de IGLESIA, nutriendo á los cristianos de Jesucristo como con su leche;» y que San Ireneo y San Justino, cuando la llaman la ABOGADA DE EVA, y LA NUEVA EVA, teniendo en la reparacion la misma parte que la antigua ha tenido en la caída, la CAUSA DE LA SALVACION HUMANA. — Ved ahí lo que ha profesado la sana y sabia antigüedad: ved ahí la doctrina y el culto del cuarto, del tercero, del segundo y hasta del primer siglo, conforme lo atestiguan las pinturas recientemente descubiertas en las Catacumbas de Calista. Ni el odio, ni el amor, toman parte en esto; así como este no lo ha fingido, tampoco aquel puede destruirlo: es un hecho; es la verdad.

Volviendo á San Ambrosio, la declaracion que discutimos tiene, por lo mismo, una doble fase: la primera es que este gran Doctor se deleitaba con la devocion á la Virgen; la segunda es, que esta devocion de San Ambrosio, no ofreciendo ni pudiendo ofrecer nada de mas formal ni mas convincente que lo que hemos citado de los que le han precedido, se debe estender á estos, y en ellos, á la sana y sabia antigüedad, lo que se reconoce en San Ambrosio. Este gran Santo no ha hecho mas que continuarlos, sin aventajarles, y puede decirse hasta sin igualarlos. Por cuya razon creemos supérfluo reproducir aquí las espresiones de su piedad para María, tanto mas, cuanto lo hemos hecho ya en nuestra Esposicion litúrgica.

VII. Por lo que toca á San Agustin, los adversarios del culto de María no se dan tan voluntariamente por vencidos; se levantan contra «la mala fé ó la imbecilidad de aquellos que reconocen como de este Padre una declamacion miserable, en que se dice que María es nuestra esperanza, la fuente de la gracia, la mediadora de la salvacion y restauradora de los siglos (1).»

Verdad es que generalmente se citan estas palabras como de San Agustin, sin que sean suyas. Bossuet, Bourdaloue,

(1) De los poderes constitutivos de la Iglesia, p. 82.

San Bernardo, no obstante, se las han atribuido. Pero una crítica mas rigurosa ha venido á poner en duda la autenticidad de los sermones atribuidos á San Agustin, de donde se sacan estas palabras; y nosotros mismos, fieles á la regla que nos hemos propuesto, no hubiéramos hecho uso de ellas. He ahí la verdad. Mas ahora nosotros negamos todas las consecuencias que de ellas se pretende deducir.

En primer lugar, lo que llaman *miserable declamacion*, ha sido reputado digno de ser atribuido á San Agustin por el mismo Bossuet, y no ha podido ser admitido como perteneciente á este bello genio sino por la analogía con sus demás producciones. En segundo lugar, en la duda, es muy permitido citar sin mala fé ó imbecilidad, sobre todo cuando lo hace un San Bernardo, un Bossuet y Bourdaloue, esos bellisimos sentimientos como propios de San Agustin, cuando no se trata de hacer una crítica bibliográfica, y que únicamente se pretende edificar. En tercer lugar, nada se prueba contra la antigüedad del culto de la Santísima Virgen con rechazar estos sentimientos como no auténticos de San Agustin, en el siglo quinto, cuando no se puede menos de convenir en que son de San Epifanio y de San Efrem, en el cuarto, de San Arquelao y de Clemente de Alejandria, en el tercero, de San Ireneo y de San Justino, en el segundo, y de la Iglesia Apostólica en el primero. En cuarto lugar, estos sentimientos son de San Agustin.

Son de San Agustin en la parte de sus escritos, cuya autenticidad es incontestable. Vamos á limitarnos á una sola cita, porque ella encierra y deja muy atrás todo lo que hasta él se habia dicho de mas formal, tocante al culto filial del género humano en honra de María. En efecto, todo cuanto hasta aquí hemos dado á conocer de la doctrina de los antiguos Padres, por magnífico que sea, se halla única y esclusivamente encerrado en el ministerio de Madre de Dios en Maria. Por este solo parto divino, mediata é indirectamente desde entonces, es como ella ha cooperado á nuestra salvacion y como es la causa de ella. No es sino cual Madre del Viviente, como ella es Madre de los vivientes. San Agustin vá todavía mas lejos, y saca de esta doctrina lo que segura-

mente se contenia en ella, pero lo que aun no se habia es-
presado tan formalmente.

Ademas de la maternidad divina, reconoce en María una
maternidad directa con respecto á nosotros. María tiene dos
maternidades: la una segun la carne, la otra segun el espiri-
tu. Segun la carne, es Madre de la Cabeza; segun el espíritu,
es Madre de los miembros. Esta segunda maternidad no podria
confundirse con la primera; porque muy lejos de que, segun
el espíritu, ella haya dado á luz la Cabeza, ha nacido ella como
todos nosotros. Esta maternidad, segun el espíritu, es, pues,
una maternidad propia, distinta y directa con respecto á nos-
otros. Ella es nuestra Madre inmediatamente. ¿Cómo es esto?
Cooperando por su caridad á nuestro nacimiento espiritual en
la Iglesia. He aqui el testo de San Agustin; está sacado de su
Tratado de la Virginitad, capítulo VI:

«Esta mujer única es, segun el espíritu, lo mismo que
segun la carne, Madre y Virgen. Ella es efectivamente Madre,
segun el espíritu, no de nuestra Cabeza, quiero decir, del
Salvador, de quien tambien ha nacido mas bien Ella misma,
porque todos aquellos que han creido en El, y al número de
los cuales Ella pertenece, son llamados hijos del Esposo, sino
que Ella es así *plenamente* Madre de los miembros, es decir,
de nosotros, porque coopera, por su caridad, al nacimiento
de los fieles en la Iglesia. Por el cuerpo, Ella es por otra parte
Madre de la misma Cabeza..... Solo María es, pues, Madre y
Virgen segun el espíritu y segun la carne.»

Ved ahí los sentimientos de San Agustin. Aventajan,
como se deja ver, á aquellos que los rechazaban como una
miserable declamacion, indigna de este ilustre Padre. María
no es solamente *Mediadora de la salvacion*, Ella es su *Madre*,
Madre Nuestra, y Ella lo es *plenamente*, PLANE MATER. Los tí-
tulos que Ella tiene á nuestro culto no se limitan á habernos
dado á luz á todos en uno solo, que es Cristo; Ella nos pro-
veia á cada uno en particular á Cristo. Así como Ella ha
cooperado por su fé á darle nuestra vida humana, así tambien
coopera por su caridad á darnos su vida divina. Es lo que
San Juan vió en el Apocalipsis cuando se le apareció la *Mujer*
con el *Niño Varón* y sus otros hijos, á quienes el dragon hace

la guerra. Pues el mismo San Agustin nos enseña que, segun
la fé llegada hasta él, *aquella Mujer significa la Virgen María*,
y que su proteccion es muy escelente contra los venenos de la
serpiente: *Accepistis et symbolum protectionem parturientis con-*
tra venena serpentis (1).

Estos sentimientos de San Agustin son decisivos y termi-
nan dignamente la informacion que acabamos de dar á cono-
cer sobre la antigüedad del culto de la Santísima Virgen. En
efecto, obran otra vez sobre la doctrina Apostólica, de la cual
dimanan, y nos hacen ver en qué sentido directo y for-
mal la Virgen se hallaba considerada en ella como la *Eva* de
la nueva alianza y la *Causa* de nuestra salud; en el sentido
efectivo de verdadera Madre de todos los vivientes, dándolos
á luz para la vida de la gracia por el concurso de su caridad,
nutriéndolos del Verbo Encarnado como con su leche, y
preservándolos ó curándolos de los venenos de la serpiente por
su caritativa proteccion.

«En este sólido fundamento, dice Bossuet, despues de
haber citado estos sentimientos de San Agustin, están apo-
yados todos los elogios que la Iglesia ha consagrado á la
Santísima Virgen, y de los que se puede ver un modelo en el
Concilio de Efeso, que es el tercero general (2).»

Prestemos ahora una atencion particular á este gran Con-
cilio.

(1) *De Symbolo ad catechumenos.*

(2) Advertencia sobre la Letanía de la Santísima Virgen.

CAPITULO VI.

El Concilio de Efeso.

Entre tantos errores de convencion que han logrado hacerse recibir, está convenido que el culto de la Santísima Virgen trae su origen del Concilio de Efeso. Lo que precede demuestra sobradamente que con mayor verdad se puede decir que á este célebre Concilio es á donde él afluye. O mas bien, y he aquí lo que causa ilusion, con igual verdad se puede decir que es á él á donde afluye, y que de él es tambien donde se derrama. Afluye á él á la manera de un rio, destilado en su nacimiento de los vapores del cielo sobre las elevadas cumbres apostólicas, alimentado por los derrames mas puros de la doctrina cristiana, exprimida sucesivamente por los Padres de los tres primeros siglos; rebosando despues con ímpetu de las Catacumbas, en donde la corrupcion, tanto como el furor del Paganismo, le habian hecho esconder su misteriosa corriente, y borboteando en San Epifanio y en San Efrein con una espumosa abundancia, donde todos los siglos sucesivos han ido á tomarla, arrollando despues con sus embravecidas olas los restos de cien heregias barridas en su corriente, y llegando de esta manera en la plenitud creciente de su curso al quinto siglo, en que la heregía Nestoriana emprende contenerlo, y lo hace desbordar por el mundo.

Esta empresa era nueva. Jamás heregía alguna hasta entonces habia atacado directamente á la Maternidad divina de María. Solamente una habia querido negar su virginidad perpétua, y ya hemos visto qué horror habia causado. No es que se hubiera respetado el misterio del Verbo Encarnado.

Hemos visto, al contrario, que todas las heregias, desde el Docetismo hasta el Arrianismo, se habian conciliado contra este fundamento de la fé del mundo. Mas aunque el dogma de la Maternidad divina estuviese evidentemente comprendido en todos estos ataques, no los habia sentido sino de rechazo. Hasta habia sido el instrumento que habia servido para destruirlos, y que destrozándolos, habia tomado mayores dimensiones, haciéndolos pedazos. El dogma de la Maternidad divina se hallaba en el fuerte de su reinado cuando el enemigo vino á atacarlo; y no lo atacó á causa de este victorioso poder, que habia triunfado de todas las heregias antiguas, y que lo designaba objeto de su furor. La serpiente se volvió contra el talon que la aplanaba. Quiso emprender su grande pelea contra el Niño, dirigiéndose esta vez contra la Mujer que se lo manifestaba, y cuya importancia él habia aprendido á espensas suyas.

Todo justifica la exactitud histórica de esta apreciacion. La espresion de *Madre de Dios*, *Deipara* ó *Theotocos*, se hallaba estendida en la Iglesia desde largo tiempo. «Vosotros, cristianos, no cesais de llamar á María Madre de Dios.» *Vos Marian Deiparam vocare non cessatis*, decia el Emperador Juliano, y todos los escritos de los Padres del siglo cuarto están esmaltados con esta espresion. Con todo, no es apenas, sino unos cien años antes del Concilio de Efeso, cuando empezó á tomar un carácter doctrinal y á ser la fórmula abreviada de la fé. Mas lo que Ella espresaba era profesado con el mayor séquito y esplendor desde los Apóstoles, lo hemos visto ya; y San Cirilo, en su carta á los solitarios de Egipto contra Nestorio, tenia razon de decir: «Es la fé que los discipulos nos han transmitido, aunque no se hayan valido de este término; es tambien la doctrina que hemos recibido de los Santos Padres (1).»

Una prueba sensible de esto, es que todas las objeciones hechas por Nestorio contra el título de *Madre de Dios*, eran renovadas desde las antiguas heregias cristianas contra la Encarnacion del Verbo. Es lo que dedujo con toda claridad Casiano de Marsella, en el *Tratado de la Encarnacion*, que este

(1) LABBE, *Concil. Ephes.*

sábido sacerdote compuso contra el heresiarca á invitacion del Papa San Celestino.—Por el contrario, todos los argumentos y todos los anatemas que se hicieron valer contra Nestorio, habian servido ya contra aquellas viejas heregias. No fueron solamente San Cirilo y los Padres de Efeso quienes condenaron á Nestorio, sino que, por su boca, lo fueron San Gregorio de Nazianzo, San Atanasio, San Epifanio, San Arquelao, Tertuliano, San Ireneo, San Justino, San Ignacio y todo el Colegio apostólico; fué el Santo Evangelio colocado sobre un altar en medio del Concilio: prueba solemne de lo Apostólico del culto de la Madre de Dios.

Hemos dicho con todo eso, que la heregia de Nestorio era una *novedad*; he ahí en qué:

La heregia, que Casiano compara muy justamente con la hidra de la fabula, tenia mil cabezas. Sin embargo, como ella formaba cuerpo contra la Encarnacion del Verbo, ella se dividia con estas mil cabezas en dos grandes negaciones correspondientes á las dos naturalezas, cuya union personal compone el misterio de la Encarnacion divina. Se resumia, como hemos visto, en el Ebionismo, secta judaica, que negaba que Jesucristo fuese Dios, y en el Docetismo, que negaba que Jesucristo fuese hombre (1). Luego Nestorio, posterior á todas estas heregias separadas hasta él en dos ramas, vino á juntarlas, negando que Jesucristo fuese Dios y hombre *á la vez*. Por ahí se esponia al fuego cruzado de todos los Padres que

(1) En efecto, en el *Ebionismo*, combatido en su origen por el Apóstol San Juan en el Introito de su Evangelio, despues por San Justino contra el judío Tryphon, entran el Arrianismo y todas aquellas sectas combatidas por los Padres del siglo cuarto; y en el *Docetismo*, combatido igualmente en su origen por el mismo Apóstol San Juan en sus Epistolas y su Apocalipsis, y por San Ignacio, su discípulo, entran el Gnosticismo, el Marcionismo y el Maniqueismo, combatidos sucesivamente por San Ireneo, Tertuliano, San Arquelao, San Epifanio y San Agustin.—Son una prueba muy bella de la unidad permanente de la doctrina católica las eternas repeticiones de la heregia en todas sus variaciones.

precedentemente habian combatido, sea á los Ebionistas, sea á los Docetos ó Maniqueos. Mas él se jactaba de escapárseles y de poder declinar toda mancomunidad con estas heregias, reconociendo (y en esto es en efecto en lo que se diferenciaba de ellas) que en Cristo habia un Dios y un hombre. Mas como pretendia que el Dios y el hombre eran *dos*, perdía todo el beneficio de su concesion, y quedaba bajo del doble golpe que él creia evitar. Por mas que reunió al hombre y al Dios hasta fundirlos, en cierta manera, el uno en el otro, y esto desde el seno de María, no hizo con esto mas que caer en otra heregia, la de la confusion de las dos naturalezas, sin salir de la primera, la de la *dualidad* de personas. Resultaba siempre que Dios y el hombre eran *dos*, en Cristo, y que por consiguiente, no habia unidad de persona. Tampoco habia unidad de naturalezas, la cual no se verifica sino en la unidad de persona: no habia nada de lo que constituye la prenda y fundamento de la salvacion humana. El hombre quedaba separado de Dios.

Esto es lo que se manifestó á todas luces, al principio de la heregia de Nestorio, por San Proclo, obispo de Cysica, en una circunstancia muy particular de esta gran prueba de la fé.

Nestorio se encontraba aun en todo el poder de su dignidad de Patriarca de Constantinopla. Acababa sin embargo de permitir la manifestacion de su heregia, defendiendo á un sacerdote suyo llamado Anastasio, que en el púlpito de su Iglesia se habia declarado contra el título de *Madre de Dios*. Profesando sin embargo un grandísimo respeto por María, y encubriendo por ahí la marcha de su intento, invitó á Proclo, obispo de Cysica, sufragáneo suyo, á que viniese á honrar con la elocuencia de su palabra una solemnidad de la Virgen. El santo obispo, instruido de lo que habia pasado, subió á aquel púlpito, de donde acababa el error de hacer su primera irrupcion, resuelto á aprovecharse *de esta feliz y justa ocasion*, dice él mismo, *de hacer oír útiles verdades*. En efecto, recordando las antiguas decisiones de la fé, y previniendo la que debia herir á Nestorio en Efeso, profesó que: «Decir que Jesucristo es un puro hombre, es ser judío.—Decir que es solamente Dios, y que no tiene la naturaleza humana, es ser Maniqueo.—Y en-

señar que Cristo y el Verbo divino son dos, es estar separado de Dios (1).»

Por estas generosas palabras, San Proclo aplanaba al Nestorianismo, apenas nacido, á presencia de Nestorio en toda la magestad de su sacerdocio. Denunciaba en él las antiguas heregias apareadas por una doctrina que, profesando que Cristo y el Verbo eran dos, acumulaba, en efecto, ya el Ebionismo, segun el cual Cristo no tenía la naturaleza divina, ya el Maniqueismo, segun el cual el Verbo no había tomado la naturaleza humana; y que por la negacion de la *unidad* de persona rompía el nudo de la negacion de las dos naturalezas, es decir, del hombre con Dios.

Nestorio, tanto menos pudo digerir la leccion, cuanto que todo el auditorio, adhiriéndose á las intenciones de Proclo, le había aplaudido mucho. Se levantó, pues, inmediatamente, y añadiendo, segun costumbre y derecho del Metropolitano, algunas palabras á las del orador, se esforzó en insinuar, que no debía decirse absolutamente que Dios ó el Verbo hubiera *nacido de Maria*, ni que hubiese muerto, sino solamente que estaba unido á aquel que nació y murió.

Por ahí se vé cómo tuvo principio la lucha. Fué sobre el terreno de la Maternidad divina profesada por el culto que se le tributaba. El Cristo, nacido de Maria y el Verbo nacido de Dios, ¿eran solamente asociados, ó bien era *el mismo*, nacido de Dios en la eternidad, y de Maria en el tiempo? En una palabra que lo reasumía y cortaba todo, ¿Dios había nacido de Maria? ¿Maria era propiamente *Madre de Dios*? Este nombre prodigioso, MADRE DE DIOS, —THEOTOCOS,—¿debía darse á Maria con todo el honor que él reclama? ¿Debia negarsele?—Ahí estaba toda la cuestion de la Encarnacion, es decir, de vida ó de muerte del Cristianismo en el mundo.

Concebido había, pues, el enemigo un ataque tan hábil como atrevido al reunir todas sus fuerzas sobre este solo punto. Pero tuvo una desgracia, la desgracia de toda heregia; la de llegar demasiado tarde; la de encontrar la plaza tomada por la verdad, y talmente tomada y fortificada, que no pudo

(1) LABBE, *Concil. Ephes.*

menos de estrellarse contra ella. El culto doctrinal de Maria, profesando y honrando en ella la dignidad de Madre de Dios, estaba ya entonces arraigado en la Iglesia, ó mas bien lo había sido de todo tiempo, no habiendo hecho sino desarrollarse juntamente con la Iglesia en el mundo. Constantinopla, patriarcado de Nestorio, era desde su fundacion, que remontaba á un siglo, *la ciudad de Maria*, por la dedicacion solemne que Constantino había hecho de aquella capital de su imperio á la Madre del Salvador, en medio de los Padres de Nicea (1), y bajo el pontificado de San Silvestre, quien al mismo tiempo erigia á Maria, en el *Forum* romano, el templo *Liberanos a penis*, en accion de gracias por la cesacion de una peste, debida á la intercesion de la Virgen (2). Muchos templos erigidos en la misma época al culto de Maria en los Santos Lugares por la emperatriz Elena, y en las Galias por los obispos, que habían plantado en ellas la fé, atestiguan igualmente la devocion secular del mundo para con la Madre de Dios, desde que el culto tuvo la libertad de manifestarse. Pero la solemnidad de la festividad de Maria, en la cual el mismo Nestorio invitó á San Proclo á que pronunciase un discurso en la Iglesia de Constantinopla, atestigua mas directamente aun el público honor, en cuya posesion estaba la Virgen desde entonces. El discurso de Proclo, que conservamos aun, por los magníficos elogios que contiene de Maria, nos dá la medida de este culto. El orador empezó de esta manera:

«La espectacion de esta numerosa y célebre asamblea, hermanos, provoca, en este dia solemne, la palabra y la alabanza; y la presente festividad suministra una feliz y justa ocasion de hacer oír útiles verdades á este auditorio. La materia versa, en efecto, sobre la castidad misma y la santidad, tanto como sobre la justa gloria de la mujer que mereció este inaudito prodigio de ser Virgen-Madre. He aquí que la tierra y el mar honran á esta Virgen escelsa, y, en su conato de servirla, forman su séquito como satélites de grandeza: este humillando sus olas amansadas bajo la barquichuela del navegante, aque-

(1) NICEPHORO, lib. VII, cap. XLIX.

(2) BARONIUS, p. 324.

lla abriendo caminos seguros á los pasos del viajero. La naturaleza se conmueve, las mujeres reciben honor; la naturaleza humana guía los coros y canta himnos, la Virgen es glorificada, la Santísima MADRE DE DIOS, María, nos reúne á todos en un mismo entusiasmo...

Siguen magníficos elogios de la Virgen, fundados en esta dignidad de MADRE DE DIOS, que hace de ella como el *único Puente por donde Dios se ha comunicado con los hombres, y que nos hace adorar al verdadero Emmanuel, Dios hecho hombre* (1).

Tal era el culto de María, á presencia de Nestorio y en su misma Iglesia.

Mas lo que sobre todo hizo brillar la solemnidad de este culto en las almas y en las costumbres, fué lo que pasó en la misma Iglesia, cuando Doroteo, obispo de Marcianople, queriendo, á instigacion de Nestorio, reparar el agravio que este habia recibido de las palabras de San Proclo, se atrevió á preferir estas otras delante del pueblo reunido: «Anatema á aquel que dice que Maria es Madre de Dios!» A esta blasfemia, todo el pueblo dá un gran grito y huye de la Iglesia, á donde no vuelve mas (2).

Este grito del pueblo cristiano, tan unánime y tan espontáneo, era el anatema verdadero; pues era realmente el grito de la antigüedad, el grito del Evangelio, el grito del Espíritu Santo, que, por boca de Isabel, habia proclamado á María Madre de Dios.

¿Qué sucedió, pues, en Efeso, cuando el universo cristiano, indignado contra Nestorio, le hizo comparecer delante de sus ciento noventa y ocho obispos reunidos, para que oyese allí su condenacion? Esta ciudad, designada para la reunion del Concilio por el emperador Teodosio, y con el consentimiento del mismo Nestorio, que se lisonjeaba de prevalecer en él por sus intrigas, parecia predestinada para este grande acontecimiento. La Idolatria habia tenido en Efeso su mas famoso templo, el templo de la gran Diana de muchos pechos, mag-

(1) LABBE, *Concil. Ephes.*, p. 10-18.

(2) Dom Ceillier, t. III.

na *Dianæ multimammia*; mito impuro, no sé de qué falsa virginitad y de qué falsa maternidad, á quien debia confundir el celeste misterio de la Virgen-Madre. El terremoto que partió del pié de la Cruz, en donde estaba *en pié* la Madre de Jesus, habia derribado esta ciudad, una de las mas principales entre todas las ciudades de Asia, segun refiere Plinio el Antiguo (1). San Pablo, que estuvo próximo á ser en ella inmolado á Diana, la convirtió á Jesucristo, y la dejó á San Juan, que la gobernó y habitó en ella con la Santísima Virgen (2), de donde le ha venido el nombre moderno Aia-Suluk, que quiere decir *Teólogo Santo*, y que es el nombre que se daba á San Juan (3). Finalmente, á la época del Concilio se conservaban en ella como un tesoro las reliquias del Discipulo amado, y la Santísima Virgen tenia allí una grande Iglesia bajo el nombre de SANTA MARÍA.

En este templo, cuyas piedras publicaban la gloria de María, fué donde se reunió el Concilio. Sabido es qué anatemas contra Nestorio, qué alabanzas á María, qué entusiastas aclamaciones resonaron en él; y cómo toda la ciudad y todo el orbe cristiano que se hallaba representado allí, vinieron á ser un templo mucho mayor, donde María, en medio de la enagenacion entusiasta de los pueblos, fué conservada en la posesion del culto que se le habia querido arrebatar, y que, por medio de este solemne triunfo, recibió su última consagracion.

He ahí cómo trata el error moderno de reducir la importancia de este acontecimiento.

Despues de haber dicho, que para encontrar alguno que se declarase á favor de la devocion de la Virgen, era nece-

(1) Maximus terræ memoria mortalium estitit motus Tiberii Cæsaris principatu, duodecim urbibus Asiæ una nocte prostratis: quarum nomina sunt Ephesus...—El terremoto mas grande desde que el mundo es mundo, sucedió bajo el reinado de Tiberio, y en una noche volvió de arriba abajo doce ciudades de Asia, á saber: Efeso... (PLIN. NATUR. lib. II., cap. LXXXIV.)

(2) IRENEUS, lib. III, cap. II.—LABBE, *Epistola Synodica Concilio Ephes.*

(3) BOUILLET, Diccionario, en la palabra *Eptiese*.

sario retroceder tres ó cuatro siglos despues de San Ambrosio, el autor de los *Poderes constitutivos de la Iglesia* añade: «Eso no impide que los Padres hayan hablado muy fuertemente de la gran parte que ella ha tenido en la salvacion del mundo, pero con la maestria cristiana que les caracteriza. Si les acontece, como á San Cirilo de Alejandria, en su Concilio de Efeso, en una especie de himno, referir á Maria lo que Jesus ha hecho, evidentemente es una figura de estilo muy comun, en que se toma el instrumento por el artifice, y no una doctrina teológica. Además, San Cirilo habla delante de los Padres del Concilio de Efeso, que acaban de condenar á Nestorio, porque negaba á la Virgen el titulo de Madre de Dios, es decir, porque negaba la divinidad de Jesucristo. Así, celebrar á Maria como Madre de Dios, es proclamar la divinidad de Jesucristo; decir que *por ella los fieles alcanzan el bautismo*, que *por ella las Iglesias han sido fundadas*, que *por ella la idolatría ha sido destruida*, que *por ella las naciones son atraídas á la penitencia*, y lo demás, es decir únicamente que Jesucristo es Dios. A El, Hijo de Dios, es á quien el orador glorifica bajo el nombre de Maria; y ensalzando lo que llama obras de Maria, no hace sino proclamar las obras de Jesucristo.»

Luego es una verdad que San Cirilo en el Concilio de Efeso, y todos los Padres que le habian precedido, pensaban lo mismo de la Virgen Maria, y que era la *sabiduría cristiana* la que hablaba por sus bocas, cuando exclamaban: «Os saludamos, oh Maria, Madre de Dios, tesoro venerable de todo el universo, antorcha que no se puede apagar, corona de la virginidad, cetro de la fé ortodoxa, templo incorruptible, lugar de Aquel que no ocupa lugar, por quien nos ha sido dado Aquel que es llamado bendito por excelencia, y que ha venido en nombre del Señor. Por vos es glorificada la Trinidad, la Cruz es ensalzada y adorada en toda la tierra; por vos se alegran los cielos, los Angeles se regocijan, son ahuyentados los demonios, el demonio tentador ha caido del cielo, la criatura caída ha ocupado su puesto;» y lo demás que acaba con estas palabras: «Adoremos á la Santísima Trinidad, celebrando con nuestros himnos á Maria, siempre

Virgen, y á su Hijo Jesucristo, Señor Nuestro, á quien pertenece todo honor y toda gloria en los siglos de los siglos (1).»

—Esta es en efecto la doctrina de la sana y sábia antigüedad.

Resta saber ahora si *no hay mas que una figura de estilo muy comun, donde se toma el instrumento por el artifice, y no una doctrina teológica*. Esta es por lo tanto la cuestion entre la Iglesia y aquellos que, no atreviéndose á romper abiertamente con la antigüedad, echan mano de este expediente, y toman este sesgo para eludir la doctrina.

Examinemos el valor de sus sentimientos.

Que Maria sea ó no sea *Madre de Dios*, ¿no era esto una cuestion de *doctrina teológica* entre Nestorio y la Iglesia, en el Concilio de Efeso? Muy evidentemente; y este era en realidad el único objeto del Concilio.—Esta calidad, este titulo de *Madre de Dios*, ¿no era mas que una *figura de estilo* en la mente de aquellos que la atribuian á Maria?—Esto es cabalmente lo que en efecto pretendia Nestorio; mas he aquí lo que le respondia el Concilio por boca de San Cirilo: «Si la Encarnacion del Verbo no es sino una *figura*; si la Virgen no ha *parido realmente á Dios*, el Verbo salido de Dios Padre no ha tomado la descendencia de Abraham, no se ha asemejado á sus hermanos, y de esta manera, todo lo que mas constituye la causa de nuestra salvacion, se reduce á la nada desde el momento en que se desecha la Maternidad divina. Concedido este punto, nuestra fé se desvanece enteramente. La Cruz, salud y vida del mundo, cae, y cae con ella la confianza del género humano (2).»

Si la Maternidad divina no es una figura, si es *alguna cosa en sí el ser MADRE DE DIOS*, si es una dignidad, y una dignidad que supera á todo entendimiento, ¿cómo habria estado sin honor en la mente del Concilio, ó lo que es lo mismo, sin un honor proporcionado á su estension? ¿Qué otra manera mas hay de reconocer una dignidad sino honrarla? Profesar, pues, la doctrina, es en esta ocasion rendirle honor; y rendir

(1) Discurso de San Cirilo en el Concilio de Efeso, traduccion de Bossuet, LABBE, *Concil. Ephes.*

(2) LABBE, *Concil. Ephes.*, p. 55.

honor, es profesar la doctrina. Luego cuando San Cirilo, *en una especie de himno*, como dicen, celebra tan fuertemente á María, cuando apura el lenguaje de la alabanza y de la veneracion para glorificarla, no hace sino profesar la doctrina por el culto, y por un culto que por ferviente que sea, es aun inferior á la doctrina, inferior á la dignidad de *Madre de Dios* que ella reconoce. Todas estas alabanzas del Concilio eran otras tantas decisiones. Eran otras tantas maneras de espresar la fé y de fulminar anatemas contra el error.

Es mucha verdad que en el título de Madre de Dios, confirmado y celebrado en María, era el dogma de la divinidad de Jesucristo lo que se habia puesto en cuestion, y el que triunfaba. Esto es una verdad. Mas por esto mismo, la dignidad de Madre de Dios debia ser ensalzada. Añado, y aquí es sobre todo donde rompo con el error que combato, que ella debia ser exaltada *en sí*, aunque á causa de Jesucristo; y no solamente como una pura manera de profesar á Jesucristo.

El error en este punto pertenece á todo un sistema que hemos combatido ya en nuestra *Exposicion teórica del culto de la Santísima Virgen*. Consiste en creer, que la divinidad que hay en Jesucristo, siendo evidentemente superior á toda dignidad, hasta á la de la Madre de Dios, debe absorber toda gloria y todo honor, ó no permitirlo sino *en figura*.

Esta doctrina es radicalmente anti-cristiana, y, autorizándose con el hermoso celo de poner la gloria de Jesucristo á cubierto de toda usurpacion idolátrica, se dirige aun en sus mas celosos partidarios á la negacion del Cristianismo, á hacer desaparecer á Jesucristo, á la verdadera idolatría.

En efecto:

Decir que Jesucristo, fuente única seguramente de todas las glorias que reverenciamos en la Virgen y los Santos, reserva para sí todas estas glorias, sin que de ellas reciban estos emanacion alguna, es negar el mismo Cristianismo, que no es otra cosa que un derramamiento de la gracia y de la gloria, cuya fuente es Jesucristo para todos los Angeles y todos los Santos, empezando por su Madre, que es la primera que recibió la plenitud de ellas. El Hijo de Dios ha venido á ejecutar una obra en el mundo; y es de esta obra de donde ha

querido sacar su gloria y la de su Padre. ¿Qué gloria es esta, sino es elevarnos á la dignidad de hijos de Dios y coherederos de Jesucristo, es decir, á la participacion de su gloria? El ha puesto, pues, su gloria en comunicárnosla. Por lo tanto, el negárnosla los unos á los otros, es negársela á El; es anadar la obra de donde la saca. Pues bien: ¿en quién se hallaria reconocida y reverenciada esta gloria, si no se reconocia en María?

Jesucristo no es Cabeza, sino porque tiene miembros á quienes glorifica, y el mas eminente de ellos es María. Suprimir el honor de los miembros ó reducirlo á ser solo una figura, es reducir el honor de la CABEZA á una mera figura.

Sin que quepa duda, María ha sido el instrumento de Jesucristo para el cumplimiento de esta obra, de la cual El recibe su gloria; pero instrumento, que por eso mismo, ha sido desde su origen su obra maestra; de tal manera, que El mismo, el artifice, ha querido ser hecho de ella. Por manera que á menos de privar á Jesucristo, de privar á Dios de toda la gloria que se ha propuesto en su obra, es indispensable honrar primeramente á esta *obra maestra*; honrarla en realidad, es decir distintamente en sí, á causa de su mismo autor.

Pensar de otro modo, es ponerse en pugna con la razon. No es menos romper con el Evangelio.

En efecto, cuando el Arcángel enviado por Dios á María la saluda *llena de gracia y bendita entre todas las mujeres*, no hay ahí mas que una figura de estito, bajo la cual solo Jesucristo es honrado; y María, á causa del mismo Jesucristo, ¿no se halla tambien allí honrada real y distintamente? Cuando Isabel, ó mas bien el Espíritu Santo por su boca, añade á la bendicion del Angel, *y bendito es el fruto de tu vientre*, ¿no hay ahí muy evidentemente dos objetos distintos de bendicion, *María bendita, y su Fruto bendito*? Cuando María, ella misma proclama que *el Todopoderoso ha hecho en ella grandes cosas*, y que *todas las generaciones venideras la saludarán*, como el Angel é Isabel acaban de saludarla *bendita*, ¿no son estas grandezas reales, hechas directamente á María, *fecit mihi*? ¿No es este un culto personal, cuyo objeto es ella

me dicent? ¿Y no es á causa hasta de este culto, quia ex hoc, como Maria glorifica al Señor? He ahí la sabiduría cristiana tomada en su origen. —Pues bien, con esta misma sabiduría y en este mismo espíritu, es cómo San Cirilo y todos los Padres que le han precedido, cómo el Concilio y la Iglesia han preconizado á la Virgen Maria, honrando con esto tanto mas á Jesucristo, cuanto no encerraban su gloria en él mismo, como si hubiere sido todo el cuerpo cuya Cabeza ha querido ser, sino que comunicaban esta gloria á sus miembros, de donde vuelve á él con mayor magnificencia.

Esto es lo que significan claramente aquellas grandiosas alabanzas dadas por San Cirilo á Maria, y por las cuales publicaba tanto mas altamente la divinidad de Jesucristo, cuanto que ensalzaba á Maria á causa de ser ella su *Madre*, saludándola como tal, *tesoro venerable de todo el universo, autorcha que no puede apagarse jamás, corona de la virginidad, cetro de la fé ortodoxa, templo incorruptible, lugar de Aquel que no ocupa lugar, por quien nos ha sido dado Aquel que ha venido en nombre del Señor...* Elogios que evidentemente son propios de Maria y distintos de los de Jesucristo, así como el templo es otra cosa distinta del Dios que lo consagra, el lugar de Aquel que no ocupa lugar, y Aquel que ha venido de Aquella por quien El ha venido á nosotros.

Este último rasgo empieza la série de aquellos que, mas puntualmente, segun la falsa interpretacion que combato, no serian sino una figura donde se hubiera tomado el instrumento por el artifice. «*Por vos* es por quien la Trinidad ha sido glorificada, *por vos* por quien la Cruz ha sido adorada, *por vos* por quien la idolatría ha sido destruida, *por vos* por quien han sido fundadas las iglesias y las naciones atraídas á la penitencia, etc., etc... Pues bien; ahí mismo, no es verdad que el instrumento sea tomado por el obrero, é importa sobremasera no dejar pasar este equívoco, con cuyo favor volveria á levantarse todo el sistema.

«Remontando al principio, dice el buen sentido teológico del Padre Peteau, es cierto que todos los bienes que han sido dispensados al género humano lo han sido *por Maria*, tanto como lo es que ella es verdaderamente la Madre de Dios y de

Cristo, y que por El se nos han adquirido todos los bienes, y porque ordinariamente se atribuye, y con razon, el fruto al árbol como á su origen, y todo cuanto el fruto proporciona de utilidad, se refiere comunmente al árbol. De ahí el axioma tan frecuentemente empleado en las escuelas de los filósofos, que aquello que es causa de alguna cosa, es mirado como causa tambien del efecto producido por esta. Por cuya razon, así como Cristo es el origen de todos nuestros bienes, igualmente la Virgen su Madre puede ser considerada con justa razon como la raiz y principio, á su manera, de estos mismos bienes. De ahí proviene, que los mas antiguos y mas graves Doctores, despues de haber atribuido muy escelerentemente la salvacion á Nuestro Señor Jesucristo como al primer Mediador, la refieren á Maria como á la causa secundaria de esta grande obra, Mediadora y Patrona de los cristianos... (1).»

Es, por consiguiente verdad, y al pié de la letra, que por Maria ha sido hecho cuanto Jesucristo ha obrado, y esto es doblemente verdad. En efecto, en primer lugar, el mismo Jesucristo, Autor de todas las maravillas de la gracia en el mundo, es el *Fruto* de Maria, de su seno, mas que todo eso, de su *voluntad*, de su *fé*, á la cual el mismo Espíritu Santo atribuye el cumplimiento de todo el Plan cristiano por estas formales palabras: «Dichosa vos que habeis creído, porque cuanto os ha sido anunciado de parte del Señor, será cumplido (2).» —DICHOSA, en efecto, repite el mismo Calvino, tanto mas, cuanto que, recibiendo por la fé la bendicion que le estaba ofrecida, ELLA HA ABIERTO Á DIOS EL CAMINO PARA HACER SU OBRA (3). —Sobre lo cual dice Bossuet: «Yo siento por primer principio, que Dios, habiendo resuelto desde toda eternidad darnos á Jesucristo por mediacion de Maria, no se contenta con valerse de ella como de UN SIMPLE INSTRUMENTO para este glorioso ministerio; no quiere que ella sirva de SIMPLE CONDUCTO de tal gracia, sino que sea un instrumento VOLUNTARIO que CONTRIBUYA á esta grande obra, no sola-

(1) Theolog. dogmat. de Icarнат., lib. XIV, cap. IX--XI.

(2) Luc., 1, 45.

(3) Coment. sob. la armonia evangel., p. 21.

mente por sus excelentes disposiciones, sino tambien por un MOVIMIENTO DE SU VOLUNTAD (1).»

¿Es esto formal?

En segundo lugar, María no ha tenido por una sola vez esta parte activa en la produccion de Jesucristo, ella ha tenido, y tiene esta misma parte constantemente en la produccion del Cristianismo, en la formacion de la Iglesia, en la conversion del mundo, en el nacimiento de los fieles que se suceden y en la dispensacion de todas las gracias que han de ser dispensadas al mundo.—¿Cómo es esto?—Porque, dice Bossuet: «Dios, habiendo querido una vez que la voluntad de la Santísima Virgen cooperase eficazmente á dar Jesucristo á los hombres, este primer decreto no sufre ya mutacion, y SIEMPRE recibiremos á Jesucristo por mediacion de su caridad (2).» Doctrina que Bossuet, segun hemos visto, no ha hecho mas que aprender en los Padres, todos los cuales profesan con San Agustin, que María no es solamente Madre de la cabeza segun la carne por la cooperacion de la fé, sino que es tambien *plenamente* Madre de los miembros, segun el espíritu, *porque ella coopera por su caridad al nacimiento de los fieles en la Iglesia.*

«Sobre este sólido fundamento, dice Bossuet (y no sobre una simple figura de estilo, como pretenden los detractores del culto de María), se hallan apoyados todos los elogios que la Iglesia ha tributado siempre á la Virgen, y de los cuales se puede ver un modelo en el Concilio de Efeso (3).»

La cuestion nos parece ahora ya ventilada. Lo es en cuanto al honor de María y de todos los cristianos cuya causa está identificada con la suya, segun lo hemos visto en nuestra *Exposicion teórica*. No lo es menos en cuanto á la gloria de Dios y estirpacion, no solamente de la impiedad, sino tambien de la idolatría.

Si, de la idolatría; porque, cosa notable, todos esos sistemas que se disfrazan con el bello pretexto de vengar la gloria

(1) Primer sermón para el día de Navidad.

(2) Cuarto sermón para la fiesta de la Anunciación.

(3) Advertencia sobre la Letanía de la Santísima Virgen.

de Dios y de Jesucristo, y que nos acusan de *Marianismo* y de *Mariolatría*, conducen derechamente á la idolatría. Propio es, en efecto, de la idolatría el *tomar el instrumento por el obrero*, como quisieran lo hubiese hecho el Concilio de Efeso; porque es tomar la criatura por el Criador. La doctrina jansenista, del mismo modo que la heregia principal, de la cual es una filiacion, se dirige á la deificacion del individuo, por su absorcion en Dios, al Panteísmo, á todas las doctrinas *humanitarias*, que salen de ella como de *pozos del abismo*. Nosotros evitamos precisamente este abismo, distinguiendo á María de Jesucristo, y con María á todos los Santos y á todas las criaturas, por el mismo honor que les tributamos; honor que, por grande que sea, no oscurece en nada á la divinidad, sino que la glorifica tanto mas, cuanto mayor es, pues nosotros honramos en ellos á los siervos de Dios, obras de su gracia y heraldos de su gloria. Nosotros no publicamos á María *dichosa*, sino porque Dios ha mirado la *humildad de su esclava*, sino porque ha hecho en ella *grandes cosas*, sino porque ella *glorifica al Señor*.

«Adoremus, pues, á la Santísima Trinidad,» concluye la gran voz del Concilio de Efeso.—¿Con qué obras?—«Celebrando, con himnos, á María siempre Virgen y á Jesucristo Señor Nuestro.» No únicamente á Jesucristo, sino tambien (ET) á María: en primer lugar á María, despues á Jesucristo.—¿Y por qué? ¿no hay, en efecto, una inversion repugnante y que hace traicion al *Marianismo*? Guardémonos de creerlo así, y admiremos, al contrario, la exactitud y sabiduria de la doctrina, aun en los mismos arrebatos de entusiasmo que ella inspira. Hay aquí una grande enseñanza que el Espíritu Santo habia dado ya en el Evangelio por boca de Isabel, diciendo á María: «Sois bendita entre todas las mujeres, y EL FRUTO de vuestro vientre es bendito,» y que el mismo espíritu de verdad inspira al Concilio como conclusion doctrinal de la grande verdad que acaba de salir triunfante, á saber: que María es quien ha introducido á Jesucristo entre nosotros, que María es quien lo manifiesta y quien lo refleja por la misma gloria que ella recibe de él; que María es MADRE DE DIOS, que demuestra á Jesucristo DIOS.

M. Bordas-Dumoulin conviene en ello. «San Cirilo, dice, habla á presencia de los Padres del Concilio de Efeso, que acaban de condenar á Nestorio, que negaba que la Virgen fuese Madre de Dios, es decir, que negaba la divinidad de Jesucristo. *Por lo tanto, celebrar á María como Madre de Dios, es proclamar la Divinidad de Jesucristo* (1).»

Estamos de acuerdo. Solo resta deducir de aquí la conclusión. Luego *no celebrar á María*, ofenderse con su culto, desacreditarlo y disminuirlo, es... *no profesar la divinidad de Jesucristo*; es perderse en las sendas de Nestorio y hacerse sospechoso de su heregía.

El error, rompiendo abiertamente aquí con la razón, deduce todo lo contrario; hasta se presenta como el guardia del Cristianismo contra el Marianismo, que nos acusan queremos sustituirle.

Mas, ¡oh lógica vengadora de la verdad! ¡oh ejemplar confirmacion de la doctrinal escuchad:

«Llábase á María Madre de Dios. *Esto debe ser*, puesto que Jesucristo es Dios. Mas ¿se sigue de aquí que ella sea su madre en cuanto Dios? No por cierto. Ella no es su madre sino en cuanto hombre. Ella sola, en lo que puede como mujer, contribuye á formarlo por generacion. El Padre ó el Espíritu Santo, que es la virtud del Padre, no intervienen sino por creacion, como no intervienen sino por creacion para producirlo cuantas veces el Pontífice consagra; como no intervinieron sino por creacion para producir el primer hombre. Por el mismo acto con que concurrieron á formar la humanidad criándola, *funden, identifican LA PERSONA HUMANA CON LA PERSONA DIVINA*, que queda en una sola, y une las dos naturalezas divina y humana (2).»

¿Es Nestorio, ó es M. Bordas-Dumoulin quien ha escrito estas líneas? Lo que está fuera de cuestion es, que espresan el Nestorianismo: *la dualidad de persona* en Jesucristo; la negacion de *Dios Hijo de María*.

He ahí la última palabra de los ataques dirigidos contra

(1) De los Poderes constitutivos de la Iglesia, p. 83.

(2) De los Poderes constitutivos de la Iglesia, p. 69.

la pretendida exageracion del culto de María, hasta cuando estos se cubren con el celo del honor de Jesucristo, cuando este celo es sincero, cuando no está sumiso, cuando quiere ser mas sábio y mas fervoroso que la Iglesia.

Leccion grande y bien triste que, por este deplorable extravío de un filósofo, en otro tiempo cristiano, debe probar á todos que el culto de la Madre de Dios interesa en todo tiempo al culto de su divino Hijo, y que en todo tiempo se verifica aquella alabanza compuesta por el Concilio de Efeso, que reasume la historia del Cristianismo que triunfó en él: *Gaude, Maria Virgo, cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo!*

CAPITULO VII.

El culto de María desde el Concilio de Efeso.—Institucion de las festividades de la Santísima Virgen.

Nestorio fué el gran promovedor del culto de María. Queriendo deprimirlo, lo consagró; queriéndolo rechazar, lo provocó. Puso en toda evidencia, y reunió como en un centro luminoso esta verdad, que se hallaba difundida por toda la doctrina de la Iglesia desde los Apóstoles; que la Maternidad divina de María es el argumento heróico de la Divinidad de Jesucristo, y como el *Paladion* del Cristianismo. Dió á esta verdad y al culto que la profesa su forma mas acabada, y su justificacion mas brillante. Dió á los pueblos cristianos toda la conciencia de su piedad para con la Madre de Dios. En este sentido, es en el que se puede con verdad decir, que el culto de María data del Concilio de Efeso en el siglo quinto, asi como en otro sentido ha sido una verdad decir, que afluye á él. El rio se convierte en una catarata, por el solo hecho de ponerle un obstáculo que, reuniendo la potencia, hasta allí sucesiva y plena, de su corriente, hace subir su nivel á cierta altura de esperiencia y de verdad, desde la cual se estien- de sobre todo el mundo.

Esta nueva fase del culto de María es lo que deberíamos describir. Pero tiene unas proporciones tan vastas, que es preciso renunciar á ello; serian volúmenes, en lugar de capítulos, lo que habria que consagrar á este objeto. Esta es la razon por qué lo creemos innecesario. Lejos de poner en cuestion la plenitud de la devoción del mundo á la Virgen despues del Concilio de Efeso, hácese de ella un argu-

mento, presentándola como una innovacion sin fundamento y sin raices en los siglos primitivos. Lo que importaba, era por lo tanto demostrar estos fundamentos, estas raices de la devoción á la Virgen que se desarrolló en el siglo quinto, en el siglo cuarto, en el tercero, en el segundo, y hasta en el primero. Así lo hemos hecho, y es lo que habia que hacer: porque estos primeros siglos no habian sido examinados lo bastante, ni eran bien conocidos, mientras que los siglos posteriores tienen sus numerosos historiadores y apologistas. Y precisamente esta clara luz difundida sobre esta última fase histórica de la devoción á María, es lo que ha perjudicado á la primera, sumiéndola en la oscuridad, ó lo que aun es peor, en la falsa luz de documentos apócrifos, que dejaban entrever y sospechar, tanto mas, que carecia de fundamento. Hemos tenido que seguir una marcha inversa. Hemos evocado estos primeros siglos, poco conocidos ó embozados con la capa de una falsa ciencia, y los hemos hecho aparecer con la autoridad natural de la doctrina Apostólica. Los testimonios que hemos aducido, desde San Juan hasta San Cirilo, no reconocen otros que los aventajen, hasta me atreveria á decir, que los igualen, en todos los prodigios de devoción á María, que han llenado la edad media.

Las catedrales de Chartres, de Reims y de Paris son, sin el menor género de duda, unos maravillosos testimonios de esta devoción; pero lo que es mas grandioso y con mas vida aun, es la doctrina, es la piedad que ha inspirado su ereccion; son las alabanzas y las invocaciones á María que resuenan en ellas; es el alma y el aliento de estos grandes cuerpos. Esto es, por lo mismo, lo que hemos tenido que demostrar en la Esposicion que precede.

En una palabra, hemos escrito para *probar*; no nos queda ahora que escribir sino para *referir*. Bastantes otros lo han hecho, para que nosotros no tengamos que repetirlo, y el mundo todo publica la gloria de la Madre de su Salvador.

No delinearemos aquí sino algunos de los principales rasgos del cuadro de la vida y del culto de María en la sucesion de los siglos cristianos, desde el Concilio de Efeso.

Como hemos visto, Nestorio encontró el culto de la Ma-

dre de Dios en posesion de monumentos seculares, que el Cristianismo le habia levantado desde que pudo levantar algo sobre el suelo pagano. Consagrando Constantino la capital de su imperio á la Virgen, en medio de todos los obispos que acababan de confesar la fé en Nicea (1), Santa Elena, su madre, levantando tres santuarios á María en los Santos Lugares, el uno que abrazaba la humilde morada de Nazaret, donde María con la salutacion del Angel habia recibido de una manera divina el Hijo de Dios; el otro en la gruta de Belen, donde ella lo habia parido; y el tercero en el camino del Calvario, donde, segun su tradicion, lo habia encontrado (2); estas dedicaciones y monumentos, digo, habian sido como la primera toma de posesion del mundo por María.

A esta primera época remonta la ereccion en Roma, por el Papa Liberio, de *Santa Maria la Mayor*, llamada así porque ha sido la Iglesia *Patriarcal* erigida á María por el Cristianismo, como la de Letran á Nuestro Señor, llamada tambien precedentemente *Santa Marta del pesebre*, y primitivamente *Santa Maria de las Nieves*, á causa de un milagro que motivó su primera construccion, y cuya conmemoracion es objeto de una fiesta que se celebra el 5 de Agosto (3). Igualmente, la Iglesia consagrada á María por el Papa San Silvestre, bajo el nombre de *Libera nos a panis*, en medio del *Forum*, y la de *Santa Maria, al otro lado del Tiber*, cuya construccion hace remontar Baronio al Papa San Calixto, en el siglo tercero, debida á la tolerancia que Alejandro Severo dispensaba á la fé de María, su madre, nos manifiestan con toda claridad la antigüedad de este culto virginal, cuya subterránea presencia acaba de darnos á conocer el cementerio de Calixta.

Lo que hay de cierto, es que desde que la Iglesia ha podido, sin ninguno de los inconvenientes que hemos señala-

(1) ZONARAS, *Annalium*, lib. III. — NICEPHORUS, *Ecclesiast. histor.*, cap. XXVI.

(2) Ibid., BEDA, *ADRICOMIUS* et alii.

(3) BENEDICTO XIV, *de Festis*, lib. II, cap. VII.

do, ha practicado por medio de un culto público y solemne la doctrina de la alabanza y recurso á la Madre de Dios, que no ha cesado de confesar por sus Concilios, sus Doctores y sus Padres. La devocion á la Virgen ha nacido con todos los pueblos cristianos. Lo que acabamos de manifestar en Constantinopla y en todo el Oriente, y despues en Roma, sucedia en España y en las Galias. Los santuarios de *Nuestra Señora del Pilar* en Zaragoza, de *Nuestra Señora de Atocha* ó de *Theotoca* en Madrid, de *Nuestra Señora del Puerto* en Clermon, de *Nuestra Señora de los Dones* en Aviñon, de *Nuestra Señora de las Gracias* en Arlés, de *Nuestra Señora de la Daurada* en Tolosa, de *Nuestra Señora de Roc-Ama-dour* en la diócesis de Cahors, de *Nuestra Señora de Amiens*, de *Nuestra Señora de Chartres*, de *Nuestra Señora de Paris*, pueden ejercitar mas ó menos la crítica en cuanto pretende referirlos al quinto, cuarto, tercero, segundo y aun al primer siglo del Cristianismo; mas lo que parece incontestable es, que se remontan á la misma introduccion del Cristianismo en estos diferentes paises, por los primeros Apóstoles y Evangelistas que les llevaron la fé.

Los Papas y los obispos han sido los primeros introductores y siempre los mas fervorosos celadores del culto de la Madre de Dios.

Es necesario reconocer tambien, que por una consecuencia del mismo designio que ha querido que el mundo fuese deudor de su regeneracion á la mujer, las mujeres han tenido una justa parte de influencia en el establecimiento del Cristianismo, y lo han consagrado con mucha razon por el culto de Aquella que las honra, y cuyo seno virginal ha sido el primero y mas puro templo cristiano. Callista, Mamea, Elena, Clotilde, esplican bajo este punto de vista la capilla de la Virgen en las Catacumbas de San Nereo y San Aquileo, Santa Maria, al otro lado del Tiber, la dedicacion de Constantinopla á María y Nuestra Señora de Paris.

La emperatriz Pulqueria que, por la eminente pureza de su carácter, tuvo un grande ascendiente sobre Teodorico II, su hermano, despues sobre Marciano, su esposo, con quien vivió virgen, es tambien un ejemplo brillante de esta misma

influencia. Mientras que ella concurría á la convocacion de los Concilios de Efeso y de Calcedonia, hacia levantar á la Virgen en Constantinopla tres basílicas magníficas, y por mucho tiempo célebres, las iglesias de las Bluquernas, la de Calcopratea y la de los Gidas. En la primera eran veneradas las fajas con que habia sido envuelto el sagrado cuerpo de María en el sepulcro; en la segunda el cingulo virginal que habia ceñido durante su vida, y en la tercera la imagen tan célebre de su rostro angelical, atribuida al pincel de San Lucas (1).

En este mismo siglo quinto y en el siguiente, fueron levantados nuevos templos suntuosos á María en Constantinopla por los emperadores que se sucedieron, particularmente por Leon I y por Justiniano; y no solamente en Constantinopla, sino en Jerusalem, en Alejandria y en Cartago. El agradecimiento vino á juntarse á la fé y á la piedad en estos grandes testimonios de religion; porque Maria, por los beneficios que su intercesion alcanzaba del cielo sobre la Iglesia á favor de los emperadores y de los pueblos, les pagaba el culto de alabanza y de invocacion que de ellos recibia. Esta es la bella reflexion que hace el venerable Baronio, respecto de Justiniano: «La Madre de Dios y Justiniano, dice, parecieron luchar entre beneficios y deberes de agradecimiento. En efecto, así como este defendia contra Nestorio el eminente titulo de la Virgen, su dignidad de Madre de Dios, ella le hizo llegar al supremo poder; y así como él levantaba numerosos santuarios á la Iglesia de su bienhechora, en particular la magnífica basílica de Jerusalem, así le fué concedido subyugar toda el Africa; por lo cual se mostró nuevamente agradecido, erigiendo otros muchos templos en Cartago. De esta manera el hombre y Dios parecen competir en mútuos servicios; de tal manera, sin embargo, que Dios supera siempre, y que no queda al hombre sino un medio de vencer, que es confesar con acciones de gracia que Dios le aventaja en favores (2).»

Este combate de lo que la Iglesia ha hecho para María y de lo que María ha hecho para la Iglesia, y de la gloria que de

(1) BARONIUS, an. 450.—Nicephoro.

(2) BARONIUS, an. 534.

aquí ha resultado para Dios y de la grandeza para el mundo, es uno de los espectáculos mas bellos de la historia. Cada monumento levantado es honra y gloria de María, desde la basílica imperial hasta el sencillo altar de césped; cada festividad, cada alabanza fundada ó introducida en honor suyo, es un testimonio de sus beneficios, no menos que de la confianza que los invoca. Constantinopla, librada cien veces de los desastres de la naturaleza ó de los bárbaros, y otras tantas agradecida por nuevos honores tributados á la Madre de Dios; el imperio de Oriente, así sostenido por la proteccion de María, hasta que los imperios de Occidente hayan acabado de levantarse bajo la misma proteccion; he aquí lo que resulta de mil rasgos de la historia de la Iglesia, que se pueden leer en todas partes, y que no tenemos tiempo de referir.

Los templos suponian las fiestas y todo el culto. Se debe creer, pues, que la Virgen María ha tenido festividades consagradas en honor suyo desde que ha tenido templos, es decir, á lo menos desde el siglo cuarto. Sin embargo, no se deberia de ningun modo juzgar de estas fiestas por solos los sermones que se encuentran en las obras de algunos Padres del cuarto y hasta del tercer siglo. Estos sermones les han sido atribuidos contra toda regla, si no es por el fondo que se encuentra, mas ó menos, en sus demás escritos, por lo menos en su forma de sermón ó de homilia para tal ó cual festividad de la Santísima Virgen.

Las fiestas de la Purificacion, de la Anunciacion y de la Asuncion son las mas antiguas de la Virgen. Sin embargo, su institucion regular parece posterior al Concilio de Efeso. ¿Habria que deducir de aquí que la Virgen no ha tenido culto público sino á partir del Concilio de Efeso y hácia el siglo sétimo, como se pretende con mas parcialidad que crítica? Todo cuanto hemos visto declara en contra de esta opinion. La devocion de la Iglesia á favor de María ha precedido siempre, y algunas veces de siglos, á la institucion litúrgica de sus fiestas. Las primeras y mas gloriosas festividades de María han sido las de su Hijo Divino; en particular las festividades de la Epifania y Navidad. Esto es lo que se descubre evidentemente en las alabanzas y oraciones compuestas en honor de María

por San Epifanio y San Efrem, con motivo de estos misterios. En fin, ¿qué solemnidad mas grande que la dedicacion de Constantinopla á María por el primer emperador cristiano? ¿Qué fiesta tan permanente como un templo cual el de Santa Maria en Efeso? ¿Qué solemnidad de culto no supone la invitacion hecha por el mismo Nestorio á San Proclo para que viniese á celebrar á María, en la Iglesia de Constantinopla, que el panegirico que este santo obispo pronunció allí, y el grito de todo el pueblo al huir de aquel templo profanado por la primera aparicion de la heregia? He aqui el culto de Maria *antes* del Concilio de Efeso y del siglo cuarto.

Tomasino, cuya severa crítica nada perdona en esta materia, despues de haber establecido que la fiesta de la Purificacion fué instituida por Justiniano en el siglo sexto, contrariando á Baronio, que la hace remontar á San Gelasio, en el siglo quinto, remonta á mayor antigüedad el culto público de Maria.

«Sin embargo, dice, no se vaya á creer por esto que antes de Justiniano no habia habido en Oriente fiesta de Maria que fuese observada; porque Nestorio y Cedreno refieren que Pulqueria erigió en Constantinopla un templo llamado á los *Bluquernes*, sin hablar de la basilica, mucho mas antigua, de Santa Maria en Efeso, en donde el concilio fulminó sus anatemas contra Nestorio. Estos templos suponen evidentemente solemnidades en relacion con su consagracion, aun cuando no fuese mas que su dedicacion. Por último, en la historia de San Theodosio se hace frecuente mencion de las fiestas de la Santísima Virgen en estos términos: *Este día era día de fiesta, fiesta de la Santa Virgen Madre de Dios, y á causa de la grande pompa y solemnidad de su celebracion, se hallaba allí una gran concurrencia.* ¿Cuál era el objeto propio de esta fiesta? Lo ignoramos. Pero no cabe duda en que ella era muy anterior al tiempo de Justiniano (1).»

Igualmente, respecto de la fiesta de la Anunciacion: despues de haber manifestado que el vestigio mas antiguo de ella aparecia en el Concilio de Toledo y en el Concilio de Constan-

(1) TOMASINO, de *Dier. fest. celebrat*, lib. II, cap. XI.

tinopla, en el siglo sétimo, Tomasino descubre muy juiciosamente este motivo de tal institucion en el primero de estos Concilios, que *la Madre no podria tener mayor fiesta que la de la Encarnacion del Verbo en sus entrañas, y por consiguiente que esta fiesta de la Madre debe ser solemnizada como la de la Natividad del mismo Hijo*: despues deduce de aquí, que el mismo motivo ha debido hacer celebrar mucho mas pronto la festividad de la Maternidad divina de Maria. «Estoy inclinado á creer, dice, que aunque no se halle en San Agustin y en San Epifanio, despues de haberlos examinado cuidadosamente, vestigio alguno de la fiesta llamada propiamente de la Anunciacion, esta fiesta era sin embargo observada piadosamente por gran número de fieles, y que la costumbre introducida así poco á poco en la Iglesia, llegó á ser regularmente instituida por el Concilio, el que funda su propia decision en que *en un gran número de Iglesias apartadas y diseminadas, se hallaba ya en uso esta fiesta.* No temo ir demasiado lejos, añade Tomasino, refiriendo á doscientos ó trescientos años antes el origen de esta devocion piadosa y privada, la cual ha sido el primer manantial de donde, estendiéndose y propagándose, han llegado á su formal institucion las mas augustas solemnidades de la república cristiana (1).»

Por último, despues de haber consignado que la fiesta de la Asuncion no podria tenerse por establecida antes de los siglos sexto ó quinto, añade Tomasino: «Muchos se estrañarán de que no asignemos origen mas antiguo á esta gran solemnidad. Pero los antiguos monumentos, en que nos fundamos, están á la vista; todo el mundo puede apreciarlos. Esto no es decir que el culto de la Madre de Dios no sea mucho mas antiguo. Así, Sozomeno refiere, que en el oratorio llamado *Anastasia*, cedido á Constantinopla por San Gregorio de Nazianzo, se obraban muchos milagros, y que la Madre de Dios se aparecia frecuentemente en él. De hecho, se encuentra en las liturgias mas antiguas la conmemoracion de Maria, como igualmente la de los Angeles, de los Patriarcas y Profetas, antes que se hubiese establecido fiesta alguna en su honor.

(1) TOMASINO, de *Dier. fest. celebrat*, lib. II, cap. XIII.

El culto de María se hallaba tan arraigado, que los Coliridianos incurrieron en la idolatría con motivo de él, segun vemos por San Epifanio. Finalmente, no debemos perder de vista que muchas fiestas del Salvador eran comunes á su Madre, á saber: la festividad de la Encarnacion, de Navidad, de la Epifanía y de la Presentacion en el templo (1).

Teníamos el deber de citar este lenguaje de un crítico no sospechoso de ligereza ó parcialidad, porque, sin sacrificar nada del rigor histórico de los hechos, no permite á la herejía ni á la indevoción sacar partido de ellos, á espensas de aquella recta apreciación que debe penetrarlos para juzgarlos cual se debe, y que constituye la filosofía de la crítica. De ello resulta lo que nosotros tenemos interés en establecer, que la posterioridad de la institucion de las fiestas de la Virgen, no debilita en nada la anterioridad y la antigüedad de su culto, tal cual lo hemos espuesto anteriormente.

La última observacion de Tomassino nos parece, sobre todo, decisiva. No se puede hacer abstraccion de la Madre, si me atrevo á hablar así, en la celebracion de los misterios del Hijo, que por sí mismo la realzaba. Así es que, desde el primer siglo, el misterio de la Epifanía se hallaba representado en la capilla del cementerio de Calista por una pintura de la Virgen, que ofrecia su Hijo divino á la adoracion de los Magos, recibiendo ella misma el homenaje debido á tan augusta Maternidad. ¿Qué no sucederia con el misterio de la Encarnacion, en el cual esta virginal Maternidad era el templo mismo y como el foco del misterio? ¿Podia festejarse la Encarnacion sin festejar á María, en quien y por quien se habria obrado, sin festejar la Anunciacion? ¿Y qué fiesta mas grandiosa, puesto que ella se encontraba elevada con esto á la altura misma de la fiesta de la Encarnacion? Por esta razon, cuando mas tarde fué separada de ella la fiesta de la Anunciacion, el Concilio de Toledo creyó deber celebrarla con tanta solemnidad como la de la Natividad misma del Verbo, *cujus utique ita debet esse Festum solemne, sicut est ejusdem Nativitas Verbi*, á causa de esta comunidad de la Madre y del Hijo, que

(1) THOMASSINUS, de *Dier. fest. celebrat.*, cap. XX.

hacia decir al mismo Concilio: *Nam quod Festum est Matris, nisi Incarnatio Verbi?* Así se puede decir que, por una penetracion patética, la Madre era festejada en primer lugar, en la festividad del Hijo, como el Hijo lo fué en seguida en la festividad de la Madre. Esta festividad de la Anunciacion, nacida así de la Encarnacion, vino á ser despues como el origen de donde emanaron las demás festividades de la Virgen, particularmente la Natividad, la Purificacion y la Asuncion. Tal es la genealogía de las festividades de la Santísima Virgen.

Por otra parte, este culto hacia referencia desde entonces, como hoy, á circunstancias muy diversas, independientemente de la celebracion de estos grandes misterios. De modo que era el culto de los estados mas privados de la vida de la Santísima Virgen, como sus Desposorios, la Espectacion de su parto, sus gozos y sus dolores maternos, era el culto de sus reliquias ó las de su Maternidad divina, tales como su morada en Nazaret, su ceñidor, su sudario, su Imágen, el pesebre donde ella habia reclinado al Niño-Dios, la túnica, obra de sus manos, con que le habia envuelto; era el culto conmemorativo de sus comunicaciones y apariciones, de sus beneficios y de sus milagros, origen y sosten de tantos santuarios; era, en fin, bajo títulos sin número, el culto de sus privilegios y de sus virtudes. El culto de la Madre de Dios se ha dirigido desde su origen á ese carácter filial y cariñoso que se nutre de todo lo que interesa á su objeto, y que se reparte en mil maneras de honrarlo, de imitarlo, de invocarlo, para llegar, como por otros tantos caminos acomodados á nuestras necesidades y nuestras debilidades, á la union con Jesucristo y con Dios, segun la economía divina del Cristianismo. Este carácter privado y espontáneo del culto de María, ha precedido al culto mas solemne de sus misterios y lo ha producido. Esto atestiguan las dedicaciones de los primeros templos que le han sido consagrados, antes de la institucion litúrgica de sus festividades.

En la época de que hablamos, es decir, en el siglo sexto, la sabiduría inspirada del gran San Benito daba á las órdenes religiosas del Occidente aquellas reglas inmortales, que han quedado por base general, sobre la cual todas se han levan-

tado, y donde se halla resuelto ya por la esperiencia de doce siglos de vida y de virtudes sobrehumanas, el problema que la antigua sabiduría habia tan vanamente agitado en las monstruosas fábulas de su *República*. El culto de la Santísima Virgen que, en la liturgia de San Basilio, legislador de las órdenes monacales del Oriente, habia tenido una parte tan rica de invocacion y de alabanza, no debia tenerla menos importante á los ojos puros y perspicaces de San Benito. Por un estatuto espreso de sus constituciones monacales, se prescribe, de una manera absoluta y general, que en cada monasterio haya un oratorio erigido á la gloria de la Madre de Dios, y que su altar tenga el honor de ser visitado el primero en la procesion que debe tener lugar todos los domingos. Lo que sigue vá á darnos á conocer cuán bien, tanto sobre este punto como tocante á los otros, habia adivinado San Benito las condiciones morales de la vida monástica y sus virginales afinidades.

Sin embargo, la misma Virgen justificaba su culto correspondiendo á él con muy marcadas pruebas de su maternal poder. En Constantinopla y en Roma, habia hecho cesar repentinamente una peste, cuya larga devastacion amenazaba consumir la flor de la humanidad. En Roma, sobre todo, la dignidad Papal, en uno de sus mas augustos representantes, San Gregorio el Grande, experimentaba á la faz del universo la celestial proteccion de María, y gustando de sus beneficios, le consagraba nuevos honores. En lo mas fuerte del contagio, el Vicario de Jesucristo, seguido de toda la poblacion, daba procesionalmente vuelta á la ciudad, cantando el cántico invocatorio, las Letanias instituidas por primera vez con este objeto, y llevando en sus manos la imágen de la Virgen atribuida al pincel de San Lucas. El prodigio solicitado con una confianza tan humilde, no se hizo esperar mucho tiempo y no brilló á medias; la infeccion del aire se disipaba segun iba pasando San Gregorio, como si huyera de la vista de la imágen de Aquella que ha desinfectado el mundo del pecado. Al propio tiempo un Angel entonaba desde el alto cielo el *Regina cæli letare*, y la Iglesia de la tierra añadia á él, por boca de su Pontífice, la invocacion que termina esta An-

tífona, la cual despues no ha cesado de cantar. En seguida, sobre la mola de Adriano, llamado despues *Castillo de Sant-Angelo*, el Angel ejecutor de la cólera del cielo aparecia enviando la espada devastadora, con la cual ha sido despues representado. Este acontecimiento, demasiado notable y demasiado público para haber podido ser supuesto, nos es referido por mas graves y mas sábios historiadores, particularmente por el *Mabillon* de Italia, Carlos Sigonio (1).

De otra parte, San Gregorio era muy adecuado para ser el intercesor cerca de María, y por María cerca de Dios, para este grande acto de clemencia, él cuya piedad para con la Madre de Dios rebotaba en este bello panegirico: «Es seguramente de la Bienaventurada Virgen de quien habló Isaías cuando dijo, que habria una montaña de la casa del Señor, cuyos cimientos estarian sentados sobre la cima de las montañas mas santas. Ella, que por la dignidad de su eleccion ha aventajado á todas las criaturas mas amadas y mas favorecidas de Dios. ¿María no es, en efecto, una Montaña muy elevada, pues que para tener el honor de concebir al Verbo eterno ha debido impulsar la grandeza de sus méritos mas allá de todos los coros de los Angeles, hasta el trono de la Divinidad (2)?»

Pero María no solamente se manifestaba Madre por los efectos, sino que intervenia atestiguando su vida y su presencia en la Iglesia por apariciones figurativas ó personales que, rasgando el velo invisible, detrás del cual no cesaba de obrar, recompensaba la fidelidad de sus siervos, inflamando su confianza. Esto es lo que hemos visto ya en el tercer siglo, en la aparicion de la Virgen á San Gregorio el Taumaturgo. Es lo que tuvo lugar en el sétimo siglo, en otra igual aparicion á San Ildefonso, arzobispo de Toledo. Los historiadores de la vida de este grande Santo, y la tradicion de toda España refieren, que en agradecimiento por el celo elocuente con que Ildefonso habia defendido, en los escritos que nos ha dejado, la virginidad de María contra una heregía renovada de Helvidio, un dia, 18 de Diciembre, en que la España

(1) De *Regno Italiae*, lib. I.

(2) In. libros, *Regum* I, cap. I.

toda celebraba la *Embajada* del Angel Gabriel á Maria, esta Virgen Santisima se apareció rodeada de Espíritus á su panegirista, llevando en sus manos el mismo libro que le habia consagrado, y en pago le dió una casulla resplandeciente por su blancura. Un Concilio de Toledo, en el siglo cuarto, instituyó una fiesta en memoria de este prodigio; la facultad de Teología de París, en el siglo diez y seis, fundaba en este acontecimiento la doctrina, que las almas pueden con permission divina venir á visitar á los vivientes; y la Sorbona lo hizo representar en las vidrieras de su Iglesia.

Mas aqui nuestro papel de historiador corre grande peligro de descrédito acerca de ciertos espíritus, no digo deistas ó ateos, sino cristianos, protestantes y hasta católicos. Y como tendremos que referir varios hechos maravillosos en esta rápida Esposicion de la vida de Maria en la Iglesia, sentimos la necesidad de esplicarnos sobre un sistema de denegacion, de creencia á estos hechos, cuyo menor resultado seria hacernos perder á los ojos de sus partidarios la dignidad de hombre sensato, y aun mas, de filósofo cristiano; dignidad que nos es necesaria para honra de nuestro asunto, y la cual queremos conservar para nuestro honor propio.

Este asunto merece suspendamos nuestra Esposicion histórica por una breve disertacion, y que á este efecto le abramos un capítulo.

CAPITULO VIII.

Estudio sobre la credibilidad en los milagros fuera del Evangelio.

§. 1.

I. Es preciso convenir en el embarazo legitimo en que se encuentran las almas mejor intencionadas, á vista de hechos maravillosos de que están tegidas las relaciones históricas de la Virgen y de los Santos, en los casos en que muchos de estos hechos parecen inadmisibles, y que su mezcla con otros mas creibles, sin *criterium* cierto para desenvolver la parte histórica de la leyenda, tiene el espíritu en suspenso sobre el conjunto de estas manifestaciones del mundo sobrenatural.

Dos disposiciones se disputan entonces el espíritu: la sencillez que lo cree todo, la presuncion que lo rechaza todo.

Entre estas dos disposiciones, hay el derecho y hasta el deber de la critica.

Este derecho se estiende á todo, hasta, en un sentido, á los milagros evangélicos, como igualmente á todos los otros fundamentos históricos de la Religion, debiendo ser nuestra sumision siempre *racional*. De ahí todas las apologías y demostraciones, por las cuales la misma Religion provoca la critica. Hay, únicamente, esta diferencia entre los milagros consignados en la Escritura y los que han sobrevenido despues: que los primeros tienen en su favor la doble garantía de la historia y de la inspiracion, y que al propio tiempo se presentan á nuestra razon y á nuestra fé como los títulos primordiales de la Revelacion divina cerrados bajo el sello del Espíritu Santo; mientras que los segundos no tienen sino un ca-

toda celebraba la *Embajada* del Angel Gabriel á Maria, esta Virgen Santisima se apareció rodeada de Espíritus á su panegirista, llevando en sus manos el mismo libro que le habia consagrado, y en pago le dió una casulla resplandeciente por su blancura. Un Concilio de Toledo, en el siglo cuarto, instituyó una fiesta en memoria de este prodigio; la facultad de Teología de París, en el siglo diez y seis, fundaba en este acontecimiento la doctrina, que las almas pueden con permission divina venir á visitar á los vivientes; y la Sorbona lo hizo representar en las vidrieras de su Iglesia.

Mas aqui nuestro papel de historiador corre grande peligro de descrédito acerca de ciertos espíritus, no digo deistas ó ateos, sino cristianos, protestantes y hasta católicos. Y como tendremos que referir varios hechos maravillosos en esta rápida Exposicion de la vida de Maria en la Iglesia, sentimos la necesidad de esplicarnos sobre un sistema de denegacion, de creencia á estos hechos, cuyo menor resultado seria hacernos perder á los ojos de sus partidarios la dignidad de hombre sensato, y aun mas, de filósofo cristiano; dignidad que nos es necesaria para honra de nuestro asunto, y la cual queremos conservar para nuestro honor propio.

Este asunto merece suspendamos nuestra Exposicion histórica por una breve disertacion, y que á este efecto le abramos un capítulo.

CAPITULO VIII.

Estudio sobre la credibilidad en los milagros fuera del Evangelio.

§. 1.

I. Es preciso convenir en el embarazo legitimo en que se encuentran las almas mejor intencionadas, á vista de hechos maravillosos de que están tegidas las relaciones históricas de la Virgen y de los Santos, en los casos en que muchos de estos hechos parecen inadmisibles, y que su mezcla con otros mas creibles, sin *criterium* cierto para desenvolver la parte histórica de la leyenda, tiene el espíritu en suspenso sobre el conjunto de estas manifestaciones del mundo sobrenatural.

Dos disposiciones se disputan entonces el espíritu: la sencillez que lo cree todo, la presuncion que lo rechaza todo.

Entre estas dos disposiciones, hay el derecho y hasta el deber de la critica.

Este derecho se estiende á todo, hasta, en un sentido, á los milagros evangélicos, como igualmente á todos los otros fundamentos históricos de la Religion, debiendo ser nuestra sumision siempre *racional*. De ahí todas las apologías y demostraciones, por las cuales la misma Religion provoca la critica. Hay, únicamente, esta diferencia entre los milagros consignados en la Escritura y los que han sobrevenido despues: que los primeros tienen en su favor la doble garantía de la historia y de la inspiracion, y que al propio tiempo se presentan á nuestra razon y á nuestra fé como los títulos primordiales de la Revelacion divina cerrados bajo el sello del Espíritu Santo; mientras que los segundos no tienen sino un ca-

rácter puramente histórico, que permite la negacion, la duda ó la confianza, segun el grado de credibilidad que la crítica individual reconoce en ellos.

Mas la crítica tiene sus obligaciones como sus derechos, y la primera de todas es asegurarse del principio, y, para decirlo así, de la filosofía de que debe inspirarse. Una crítica sin filosofía y sin principio, ó que procediese de un principio falso, no podria menos de entregarse á la ventura ó á golpe seguro.

La disposicion que domina hoy dia en la mayor parte de las gentes, no digo racionalistas, sino cristianas, es creer casi esclusivamente los misterios del Evangelio, y profesar el mayor rigorismo, para no decir un partido resuelto de negacion, acerca de todos los otros milagros que pertenecen á la simple historia de la Iglesia y de la Religion. Es tener por increíble en materia de milagros, todo lo que no es artículo de fé.

No vacilo en decir que esta es una debilidad contraria á la esencia de la fé y reprobada por la razon.

En efecto, es contraria á la esencia de la fé esta disposicion, cuyo yugo lleva con tanta pena, que se dá prisa en arrojarlo en cuanto se encuentra libre de ella, y que, vengándose en alguna manera de la necesidad de creer lo que es de obligacion contra lo que no lo es, abraza la incredulidad gustosa y con tranquilidad de conciencia. Es una fé de violencia, y no de amor, una fé de mercenario, y no de fiel; y se cree mal lo que debe creerse absolutamente, cuando no se quiere creer nada mas. Porque en fin, para creer bien en los prodigios del amor divino, hay que creer en este mismo amor. Si creéis en este amor, ¿por qué dudar tan fuertemente de lo que atestigua? ¿Por qué encarcelarlo en un círculo oficial, fuera del cual no lo reconocéis? ¿Por qué tenerlo á lo lejos y no permitirle un comercio de comunicacion y de prodigios con el hombre?... Esta disposicion impide estos prodigios, y haceis bien en no creer en ellos en la parte que os toca. Mas donde vuestro error llega á ser temerario, es cuando generalizais lo que solo es personal, y que reducís sistemáticamente el poder de Dios á vuestra capacidad y su amor á vuestra reserva. A esta cuenta, jamás hubieran tenido lugar los milagros que estais obligados á creer, pues que estos milagros, que han determinado la fé

del mundo, han sido ellos mismos determinados por la *fé voluntaria* de aquellos que fueron su objeto, y para quienes no eran aun un *artículo de fé*. Esto es lo que manifestaban aquellas palabras del Salvador, que eran como el considerando de cada uno de sus milagros: *Ya estais sano; vuestra fé, ó bien vuestra confianza, FIDUCIA, os ha salvado*. El primero y mayor milagro de la Religion, la Encarnacion del Verbo, se ha obrado así por la fé voluntaria de Maria en una aparicion, la del Angel y su increíble mensaje. Mas tarde, cuando este Verbo encarnado dió principio al curso de sus prodigios con el milagro de Caná, cedió tambien á la fé heroica de su Santísima Madre, fé voluntaria y espontánea hasta la importunidad. Los prodigios cuya creencia es obligatoria, son pues ellos mismos el fruto de una creencia facultativa, igual á aquella que les rehusais. De donde se deduce que, por esta negacion sistemática, vais virtualmente contra el principio autor de lo que creéis.

Este principio es el amor, el amor de Dios, capaz de hacerlo todo por el hombre; el amor del hombre, capaz de crearlo todo de Dios.

El amor no duda de nada, porque es capaz de todo. «Desea mas de lo que puede, dice muy bien el autor de la Imitacion: no se queja de que le manden lo imposible, porque cree que todo lo puede y le conviene. El amor muchas veces no sabe modo; mas hierve sobre todo modo.» Todo amante obraria milagros, si pudiese. ¿Qué no hará, pues, el supremo Amor idéntico á la Omnipotencia? El milagro, considerado en sí, es, pues, probable en el orden del Amor divino. Para creer en él, es necesario creer en este Amor, y para esto es necesario amar. *Quien no ama no conoce á Dios*, dice el Discipulo amado, *porque Dios es amor* (1). Y el que ama cree en el amor que siente y en sus milagros.

Esto es lo que deduce, con su discernimiento y gracia particular, San Francisco de Sales, en uno de los capítulos de su *TRATADO DEL AMOR DE DIOS*, titulado: *Historia maravillosa de la*

(1) Juan, *epist.* I, cap. IV, 8.

muerte de un caballero, que murió de amor en el monte de las Olivas.

«He encontrado una historia, dice este grande Santo, que por lo muy maravillosa que es, es mucho mas creible para los amantes sagrados, pues que, segun dice el Santo Apóstol, *la caridad cree muy voluntariamente todas las cosas* (1)... sobre todo cuando son cosas que ensalzan y engrandecen el amor de Dios para con los hombres, ó el amor de los hombres para con Dios; tanto mas, cuanto que la caridad, que es la reina de las virtudes, se complace, como suelen los principes, en cosas que sirven para la gloria de su imperio y dominio. Pues bien, aunque la relacion que quiero hacer no sea tan pública ni tan atestiguada como requeriria la grandeza de la maravilla que contiene, por eso nada pierde de su verdad; porque, como dice escelentemente San Agustin, los milagros, por magníficos que sean, apenas son conocidos en el mismo lugar donde se obran; y aunque los refieran aquellos que los han presenciado, se tiene dificultad en creerlos; mas no por eso dejan de ser verídicos; y en materia de Religion, las personas bien intencionadas son mas dóciles para creer las cosas en que se encuentra mayor dificultad y admiracion.»

Tal es el principio y como la filosofia de la crítica en materia de milagros: tal es la disposicion que para ellos se requiere. Esto no obliga á creer, sin crítica, sino que hace creer segun la crítica que conviene al asunto, y sin la cual no se evita la credulidad, sino para caer en aquella falsa delicadeza del aldeano, que para no ser engañado, se forma un principio de incredulidad obstinada contra las maravillas de la ciencia, hasta negarse á verlas, para no tenerlas que admitir, y dá toda su confianza á las brujerías.

II. Esta incredulidad se ha consignado con escandaloso ruido en nuestros dias por la pluma de un escritor que se atribuye el privilegio de dar á su autoridad la fuerza de la razon. «El primer principio de la crítica, ha dicho M. Renan, es

(1) 1 ad Cor., XIII, 7.

que el milagro no tiene mas cabida en el tegido de las cosas humanas, que en los hechos de la naturaleza.»

¡Es necesario estar muy prevenido contra la fé para permitirse tales libertades! Emitir una proposicion sin otro fundamento que su aserto (como aquella que *el milagro no tiene cabida en el tegido de cosas humanas*), es lo que hasta nuestros días se ha llamado una preocupacion. No admitir el exámen de los hechos que pueden ilustrar la razon acerca del valor de esta preocupacion, sustraerlo á la crítica, es cerrar de antemano los ojos; es permitirse con lujo la debilidad que se deplora en los otros.—Mas el colmo de la licencia es sentar así la *preocupacion* como primer principio, ¿de qué? de la *crítica* misma; es decir, de esta licencia, cuyo oficio particular, como indica la etimologia de la palabra, es *juzgar*.

Un exceso tal es una confesion de la verdad que se pretende negar. Revela el miedo del milagro por las precauciones que se toman contra él. En efecto; ¿qué homenaje rendido á una verdad, el no poder negarla sin ocultar la luz bajo un celemin! ¿Qué verdad, qué ciencia hay en el mundo que pueda subsistir con este método que decreta como primer principio de la crítica, que aquella verdad ó aquella ciencia no existe? Y la crítica misma, ¿no es la primera que cae bajo el golpe de este método, sin que le quede medio de reclamar, puesto que es en su propio nombre como se la sacrifica (1)?

M. Renan cree no tenérselas que haber sino con almas apocadas, y no les escasea su compasion. He aquí una leccion que recibe de una parte muy contraria: «Es una presuncion necia, dice Montaigne, ir desdeñando y condenando como falso lo que no nos parece verosímil, lo que es un vacío ordinario en aquellos que creen tener alguna suficien-

(1) El método incisivo bajo formas suaves, condescendientes de M. Renan y de su escuela, es en dialéctica lo que la revolucion es en política. Es la revolucion pasada por los procedimientos del entendimiento. La crítica es el tribunal revolucionario: la Religion está puesta fuera de la ley, y la ley de los súbditos se aplica á la Razon, como estando de inteligencia con la Fé.

cia superior á la comun. Condenar así resueltamente una cosa como falsa, es imposible; es vanagloriarse de tener en su mente los límites y términos de la voluntad de Dios y del poder de la naturaleza; y no hay locura mas notable en el mundo como reducirlos á nuestra capacidad y suficiencia. Cuando leemos en Bouchet los milagros de las reliquias de San Hilario, pase; su crédito no es bastante grande para quitarnos la libertad de contradecirlos; mas condenar de un golpe semejantes historias, me parece notable impudencia..... Es un atrevimiento peligroso y de consecuencia, á mas de la absurda temeridad que lleva consigo, el despreciar lo que no comprendemos. Por qué despues que, segun vuestro bello entendimiento, habeis establecido los límites de la verdad y de la mentira, y se vé que teneis necesidad de creer cosas mucho mas estrañas todavía que las que negais, os habeis obligado ya á abandonar aquellos (1).

Este lenguaje del buen sentido habla á todos los que niegan el milagro, bien sea dentro, bien fuera del Evangelio; y aun mas particularmente á esta segunda clase de incredulidad se dirige Montaigne.

El axioma de M. Rene escita la repulsion de todos los que no han abjurado la fé al Evangelio y al orden sobrenatural; y sin embargo ellos mismos lo autorizan, si limitan sistemáticamente su fé á los milagros del Evangelio, porque se dejan arrastrar como él por la preocupacion de que *el milagro no tiene lugar en el curso de las cosas humanas*. Se diferencian en que ellos aplican esta preocupacion solamente fuera del Evangelio, en vez de que M. Rene, mas lógico, la sigue tanto dentro como fuera: ellos encogen el brazo de Dios, y M. Rene lo ata.

Montaigne les ha hablado ahora mismo en nombre de la razon: escuchen ahora á Bourdaloue hablando en nombre de la conciencia:

«Yo sé que hay espíritus mundanos y que pretenden ser tenidos por fuertes, que por la mas estravagante conducta quieren milagros para determinarse á creer, y no quieren

(1) *Ensayos*, lib. III, cap. XI, de los cojos.

creer ningun milagro; que para evitar un exceso, caen en otro mas peligroso; es decir, que por no dejarse arrastrar á los errores populares por una credulidad demasiado fácil, se obstinan contra los hechos mas averiguados con terca incredulidad; los cuales no reconocen ni los milagros de los primeros siglos, porque son de época muy lejana, ni los de los últimos, porque son de época muy reciente; como si el brazo de Dios se hubiese encogido en nuestros dias; los cuales quisieran, no obstante, por otra parte reducirlo todo al testimonio de sus propios ojos, cual si nada hubiese creible en el mundo sino lo que ellos han visto ó ven; como si Dios debiese hacer cada dia para convencerlos á ellos nuevos prodigios; como si á una inteligencia recta y prudente hicieran falta otras pruebas que una tradicion comun y apoyada en la palabra de tantos testigos. Nó, mis amados oyentes, no nos jactemos de esta prudencia profana tan contraria á la docilidad cristiana; no demos crédito inmediatamente á todo entendimiento; así nos lo enseña el Apóstol, y lo mismo os digo yo á vosotros; pero guardemos tambien, al mismo tiempo, de sentar por máxima general, no creer nada de lo que no sea conforme á nuestras miras y que nos parezca fuera de los caminos ordinarios. Cuando se nos hable, pues, de esas maravillas que no pudieron tener otro principio que la omnipotencia de Dios, adoremos la virtud divina que hace tales obras, y tributemos á la verdad reconocida y tan sólidamente probada el justo homenaje de nuestra sumision (1).»

III. ¿Qué debe deducirse de lo que precede? una cosa bien sencilla; esta es, que nos hallamos colocados, respecto de los milagros posteriores al Evangelio, en la misma situacion que respecto de todos los hechos históricos, y que debemos examinarlos de la misma manera; de suerte que cuando los hallamos suficientemente probados, debemos admitirlos sin dificultad alguna, ó aun con una inclinacion mas declarada para con estos testimonios de la bondad y poderío del Dios

(1) Sermon para la festividad de Nuestra Señora de los Angeles.

á quien adoramos; debemos temer mas no admitir los milagros verdaderos, que el dar nuestra creencia á los que sean dudosos y aun falsos; porque aun en estos creemos en principio alguna cosa que es indudable y gran verdad, la omnipotencia y el amor de Dios; verdad que niegan inaplicadamente los que no creen los milagros.

Además de las reglas generales de la crítica histórica, tiene la Iglesia para su uso, en los procesos de la canonización de los Santos y la consignación de los milagros, que son los títulos para esta canonización, una crítica tan rigurosa, que si se aplicase á la historia, desearia muchos hechos que creemos sin dificultad, y sobre los cuales fundamos nuestras opiniones mas fijas y mas admitidas (1). Fuera de este examen, hay otra multitud de milagros á los cuales no hay ocasion de aplicarlo, y que quedan entregados á nuestra apreciación, bajo la responsabilidad de nuestra razon y nuestra fé. Un solo criterio se indica por los Doctores para conocer los falsos milagros; consiste en estos tres caractéres: *la frecuencia*, siendo el carácter propio de todo milagro el ser raro y arduo, segun la espresion de Santo Tomás; *la inutilidad*, cuando el milagro no tiene mas razon de ser que la manifestación de la santidad ó de la verdad; por último, *la falta de autoridad* en los historiadores y testigos.

Tal es la crítica en materia de milagros. Por este último

(1) Un caballero inglés, protestante, hallándose en Roma, recibió para leerla una informacion que le dejó cierto Prelado, la cual contenia la prueba de muchos milagros. Despues de haberla leído con gran atencion, la devolvió diciendo: «Si todos los milagros que se reciben en la Iglesia romana se hallasen consignados en pruebas tan evidentes como estos, no tendríamos dificultad alguna en admitirlos.»—«Pues bien, respondió el Prelado; de todos estos milagros que os parecen tan bien averiguados, ni uno ha sido admitido por la congregacion de Ritos, por no haberlos hallado probados suficientemente.» Admirado de esta respuesta el protestante, confesó que solo una ciega prevención podia impugnar la canonización de los Santos, y que él jamás hubiera pensado que la Iglesia romana fuese tan lejos en su rigor al examinar los milagros.

carácter vuelve á entrar en la crítica general y ordinaria, salvo el principio del cual debe recibir su inspiracion, segun hemos establecido mas arriba, á saber: *la presuncion*, no de tal milagro, sino *de milagro*, tomado en sí como *cosa que exalta y magnifica el amor de Dios para con los hombres, ó el amor de los hombres para con Dios*, segun el bello sentimiento de San Francisco de Sales.

¿Hemos acertado á convencer al lector de esta bella y sólida verdad? No nos atrevemos á lisonjarnos de haberlo conseguido; y tememos en él dificultades, que debemos esponer y discutir con toda sinceridad, para completa satisfaccion de su espíritu y en descargo de nuestro deber.

§. II.

¿Cómo quereis, se dirá, que la presuncion sea el principio de la crítica en materia de milagro, cuando no lo es en los simples hechos de órden natural y humano? Para estos hechos, en medio de los cuales vivimos como enclavados, y que tienen ya á su favor el curso general de las cosas, sirve de principio la simple *posibilidad*; y para los milagros que tienen contra sí el órden de la naturaleza que ellos invierten, será la presuncion, la probabilidad!!! El que dice milagro, dice, segun la espresion de Santo Tomás que habeis citado, *cosa árdua*, y por consiguiente improbable; y ¿es menester menos que la palabra de Dios y la inspiracion de sus historiadores para darle crédito?

Por lo menps, se añade, el milagro es cosa *extraordinaria*, pues su *frecuencia* es una de las señales de su falsedad. Luego cuando se le vé por todas partes como en los siglos de fé, es tanto mas sospechoso de falsedad y de ilusion.

Por último, si tomamos, segun debemos hacerlo, los milagros del Evangelio como tipo de los milagros verdaderos, nos causarán grande estrañeza la mayor parte de los milagros que se nos proponen para creer; y su natural analogía con las ideas y las costumbres de los tiempos en que debieron tener lugar, acaba de demostrar que no son sino leyendas y pura poesía.

Tales son las mayores dificultades que se pueden oponer. He aquí las respuestas; merecen bien que se fije en ellas la atención:

I. En primer lugar, no concedo que tengan contra sí los milagros el orden natural y humano. El milagro está *sobre* y fuera del orden natural, como el poder divino de donde él dimana, pero no *contra* el orden natural. El orden natural no se limita, y hasta se puede decir que aspira á él como á un estado superior. Solamente es *incapaz* de él; y en este sentido convendré en que el milagro es, no solamente improbable, sino *imposible*, segun el orden natural.

Pero segun el orden *sobrenatural*, el milagro es posible, y hasta probable, tanto como lo es este mismo orden. Bajo este aspecto el milagro está evidentemente *en el orden*. Está en el orden sobrenatural, está tambien en el orden natural en cuanto este orden está *preordenado* por el orden sobrenatural, y á él se refiere. Tenemos un vislumbre de esta bella verdad en el Evangelio. El Salvador, estando á punto de obrar el gran milagro de la curacion del ciego de nacimiento, respondió á sus Discípulos, que le preguntaban por qué habia nacido ciego aquel hombre: «No es porque él haya pecado, ni sus padres, sino PARA QUE LAS OBRAS DEL PODER DE DIOS SE MANIFIESTEN EN ÉL (1).» Así, he aquí un hecho natural, la ceguera, de este hombre, cuya razon de ser, cuya causa final era el *milagro* de su curacion. No era, pues, este milagro contra el orden natural, sino segun este mismo orden en cuanto fin superior y sobrenatural. Lo mismo sucede con todos los milagros, y si nos fuera permitido ver todo el orden natural, le hallariamos gravitando así hácia el orden sobrenatural del milagro. Lo que vemos en este ciego, ¿no es la historia de todo el género humano? El género humano se hallaba como un solo hombre ciego cuando vino á visitarle el Hijo de Dios. ¿Por qué habia llegado á este grado espantoso de ceguera y de corrupcion que nos ofrece el mundo pagano, sino PARA QUE LAS OBRAS DEL PODER DIVINO SE MANIFESTASEN EN ÉL? Esto es

(1) S. Juan, IX, 3.

como la ley de la historia gravitando alrededor de la Cruz y del gran milagro de su triunfo: del triunfo del sufrimiento, de la ignominia y de la debilidad sobre el deleite, sobre el orgullo y sobre la fuerza, por la sola virtud del Crucificado. Milagro el mayor de todos, y milagro *continuo*, en cuya esfera respiramos nosotros; milagro *múltiple*, en cuanto hay en el mundo corazones cristianos que experimentan sus efectos, y prodigios de la fé y de la caridad que son sus frutos.

El orden sobrenatural ha emitido siempre en el mundo y ha producido siempre milagros en vista de este centro que rige toda su economia. Antes de la caída, el estado del hombre inocente era un estado general de milagro. Despues de la caída, la vida profética de todo un pueblo en el mundo no ha sido mas que una sucesion de milagros, hasta el milagro por excelencia: DIOS HECHO HOMBRE, sus obras, su muerte, su triunfo. Este triunfo es la dilatacion del orden sobrenatural, del solo pueblo judío á todo el universo y su perpetuidad victoriosa en la Iglesia. Y ahora, ¿cómo pudiera haber cesado el milagro que siempre habia existido, ahora cuando su manantial se ha desbordado en el mundo, y se ha establecido en la Iglesia con el fin de estar en ella abierto para siempre? El Cristianismo se dirige por todos sus misterios y por todos sus sacramentos á elevar al hombre á un estado sobrenatural de gracia, á efectuar en los miembros lo que se ha realizado en la cabeza: una vida de milagro. Esta divina Cabeza lo ha desterrado solemnemente. «En verdad, en verdad os digo, el que cree en mí hará las mismas obras que yo hago, y aun las hará mayores.» Y añade esta bella esplicacion: «Y todo cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo (1).» En esta divina palabra tenemos el medio y el objeto del milagro. El medio es el mismo Jesucristo movido por la fé del fiel: YO LO HARÉ. El objeto es que sea glorificado el Padre en el Hijo y el Hijo en sus hermanos. Así el mismo Autor de los milagros del Evangelio nos anuncia que El debe obrar por la fé de sus Discípulos todos los otros milagros que han de tener lugar en la sucesion de los

(1) JEAN, XIV, 12.

tiempos; y esto con el mismo objeto que los misterios del Evangelio. El mismo Evangelio, pues, reprueba la distincion que se pretende hacer entre unos y otros milagros. Todos ellos son del mismo orden. Proceden de la misma autoridad y tienen el mismo fin. No son mas que una continuacion de ellos, ó aun mejor, el desenvolvimiento de este curso de milagros que ha existido siempre en el mundo, y cuyo único Autor es Jesucristo, que es la virtud de Dios. El efecto ha seguido á la palabra. La historia del establecimiento del Cristianismo, ha dicho el Deita, no es mas que una *historia de prodigios* (1). Estos prodigios han sido mas grandes que los que leemos en el Evangelio, con la diferencia que hay entre un solo hombre y todo el género humano resucitado. El manantial no podria agotarse, porque se deriva de la virtud siempre presente y siempre activa de Jesucristo en la Iglesia, y el cumplimiento indefinido de esta promesa: *El que cree en mí hará las mismas obras que yo hago; y aun las hará todavía mayores*. Tambien, aun en nuestros tiempos degenerados, ¡cuántos milagros morales se obran en la conciencia cristiana! ¡qué de milagros sensibles, aun en la accion exterior de la oracion y en el poder de las obras! ¡Qué irradiacion de milagro alrededor de las almas santas! El mundo no piensa en esto. Y sin embargo, él mismo si subsiste es por la virtud de estos milagros que él niega. En cuanto á los milagros de mas bulto, pero no menos maravillosos, de la curacion de enfermedades naturalmente incurables, de la dominacion de la naturaleza por la fé, y de la intervencion de lo sobrenatural en la trama de las cosas humanas, los ejemplos, aun en nuestros dias, son menos raros de lo que se piensa. Nadie hay, de cuantos viven en el mundo religioso, á quien no haya hecho Dios la gracia de poder asegurarse de la verdad de alguno de estos milagros. Solamente la humildad y la discrecion los preservan de una gran publicidad. En suma, son mas los verdaderos milagros que permanecen ocultos, que los falsos que se publican.

Tienen, pues, los milagros su probabilidad, como lo tie-

(1) J. J. ROUSSEAU.

nen los hechos simplemente humanos. Todavía son mas probables, en cuanto proceden de una ley mas independiente, y en cuanto tienen á su favor una prenda mas suprema: el amor de un Dios, que no solamente ha venido, ha muerto y ha triunfado por milagro, sino que vive, se renueva y se multiplica en medio de nosotros y dentro de nosotros, en un estado permanente de *milagro*. San Luis obró con toda verdad cuando, instado á que fuese prontamente á ver una aparicion de Nuestro Señor en una Iglesia vecina, hallándose á la sazón prostrado á los piés del Santísimo Sacramento, respondió: «No tengo necesidad de ir allí para creer en ella.»

II. ¿Es esto decir que no sea el milagro cosa extraordinaria? Nó, seguramente. El milagro es á la vez probable y extraordinario: probable en sí, extraordinario segun la dispensacion de Dios, que no le concede sino á la fé y la santidad, segun convenga á nuestra salvacion y á su gloria.

De aquí proviene, —y esto responde á la segunda dificultad, —que en los siglos de fé fuese el milagro mas frecuente. Esto se explica por la misma fé que los obtenia. Este gran número de milagros, lejos de hacerlos sospechosos, confirma la ley de su produccion por la proporcion del efecto con su causa, *montañas trasportadas con el grano de fé* mas abundante. Esto no destruye lo que desde luego hemos sentido, que *la frecuencia* es un signo de falsos milagros; porque esto debe entenderse siempre en un sentido relativo, y que relativamente á la fé y á la santidad que los obraban, no eran los verdaderos milagros frecuentes en los siglos de fé, aunque lo hayan sido con relacion á la incredulidad é impiedad de los siglos modernos. Así como hay Santos en quienes la gracia del milagro ha sido mas abundante, tales como San Gregorio el Taumaturgo, San Martin, y en las edades posteriores, San Francisco de Paula, del mismo modo hay tiempos *mas fértiles en milagros*, tiempos en cierto modo *Taumaturgos*. En nuestros dias el milagro es raro, porque es rara la fé. El Hijo del hombre no hizo ya milagros desde que cayó en manos de los escribas y fariseos, y compareció delante de Pilatos y de Herodes. Tampoco los hizo durante su Pasion, cuando tan-

tos habia obrado en el seno de las muchedumbres creyentes de la Judea. Así, apenas los hace en nuestros dias, despues de haber obrado tantos en la edad media. Su Divinidad se abstiene de hacerlos para consumir nuestra prueba ó nuestro castigo. Pero que resucite, que reaparezca la santidad, y tendrán lugar los mas grandes milagros. — Por lo demás, es notable que la incredulidad que seca el manantial de los milagros, abre el de los prestigios, como se vé con demasiada frecuencia en estos tiempos. Tambien está profetizado que en tiempo del reino del Antecristo, que deberá preceder al triunfo final del Hijo del hombre, cuando ya no haya casi fé en la tierra, prestigios de todas clases se disputarán la credulidad.

III. Resta la tercera dificultad: el carácter de los milagros diferentes de los del Evangelio, y tan cándidamente impregnados de las ideas y de las costumbres de los tiempos á que se refieren, hace sospechar que no sean sino una leyenda.

Si no se abultase esta dificultad, nos sería fácil reducirla notablemente, citando tal ó tal milagro del Evangelio, que tiene un colorido de la edad media, y tal y tal milagro de la edad media, que tienen un carácter evangélico. Sin embargo, en suma, es una verdad que los milagros se resienten de la época en que han pasado.

Pero en primer lugar, por poco que se reflexione, se verá que no es posible otra cosa, y que esto es hasta un carácter de verdad en los milagros. Un milagro es un hecho de la Omnipotencia de Dios, que se manifiesta á los hombres por signos sobrenaturales que les afectan en la situacion en que se encuentran. Es, pues, muy natural que se resienta el milagro de la situacion por la cual se ha obrado. Un forjador de milagros, preocupado únicamente del aspecto divino de este arte, no se cuidaria del aspecto humano que la bondad de Dios contempla siempre en sus relaciones con los hombres, y que imprime á los verdaderos milagros un sello inimitable de naturalidad.

Por lo demás, este es el carácter propio y constante del Cristianismo y la consecuencia del principio que lo dirige en todo el curso de su historia. Es conforme á la grande idea que

nos ha dado el Cristianismo de la condescendencia de Dios para con los hombres, que los acontecimientos milagrosos tomen, por decirlo así, su color del carácter general de la relacion que existirá entre Dios y el hombre en la época de su realizacion. Si la humanidad en diversas épocas de su historia ha sido colocada en diferentes situaciones respecto de Dios, Dios ha debido acomodar cada una de sus dispensaciones á cada uno de estos estados, no solamente en el órden espiritual é invisible, sino por consecuencia, en el órden sensible y fenomenal. Así es como Dios se ha acomodado á la humanidad en general, haciéndose hombre, *in similitudinem hominum factus et habitu inventus ut homo* (1), ha debido tambien acomodarse á cada edad particular de la humanidad, adoptando sus diversas manifestaciones. La historia de la Religion confirma enteramente esta ley de misericordiosa conveniencia. Así como ella atestigua efectivamente que la humanidad jamás ha estado sin relacion sobrenatural con su Salvador, del mismo modo nos descubre cada una de estas relaciones bajo un aspecto correspondiente á estas diversas fases. ¡Cuán diferente era el carácter de las relaciones sobrenaturales del hombre con Dios antes y despues de la caída! ¡Cuán diverso tambien antes y despues de la Redencion! Seguramente que los milagros del antiguo Testamento tienen un carácter bien marcado de diferencia con los del Nuevo. Examinándolos con atencion, se descubrirá una gran variedad de intervenciones milagrosas en cada una de estas dos grandes edades, y se distinguirá las de las épocas Patriarcal, Mosáica, Profética, Teocrática y Política del pueblo de Dios. Aun en el mismo Evangelio, cada milagro de Nuestro Señor Jesucristo ¿no está acomodado al carácter y la situacion de los que son su objeto? En el monte Thabor, El se transfiguró gloriosamente á vista del Principe de los Apóstoles. A los Discípulos que viajan hácia Emaus, se les aparece en forma de viajero. Para Magdalena tiene la apariencia de jardinero. La diversidad tan notable de formas que El toma en sus numerosas parábolas, efecto es tambien de la misma ley. Ya es un Amo, es un Padre,

(1) Ad Philipenses, II, 7.

es un Rey, es un Pastor, es un Viñador, es un Sembrador, es un Esposo, es ¿qué sabemos? Todas nuestras situaciones afectan á la sabiduría inmutable y al eterno amor.

Por consecuencia de la misma economía, debemos esperar ver el resto de la historia de la Religión venir á reflejarse en todo el curso de las maravillosas relaciones del Redentor con los redimidos hasta el fin de los tiempos. Esto será poesía, si se quiere; mas no habrá ficción: carácter inimitable de la verdadera Religión.

Este punto de vista esplica muchas singularidades chocantes en gran número de milagros, cuya patética conveniencia no alcanzamos, porque no los referimos á sus objetos y no los vemos de algun modo en su cuadro.

Otra deberá ser la aparición de la Virgen á un doctor ó á un obispo, tales como San Gregorio de Neocesárea y San Ildefonso, otra á unos pobres pastorcillos; y esta nos parecerá ridícula y absurda por circunstancias que precisamente la hacen verosímil. Un poco mas de filosofía, mientras lleguemos á creer, y veremos esto mas claro.

IV. Creemos haber sentado los verdaderos principios y respondido á las principales dificultades que se pueden hacer en esta materia, si no con todo el detenimiento que permite un asunto tan rico y tan poco examinado, á lo menos á satisfaccion de un entendimiento bien intencionado y de una alma sincera.

No se sigue de esto, que tocante á milagros, haya que admitirlo todo á ciegas; lejos de eso, es necesario hacer prueba de todo. Pero es necesario experimentarlo todo con grande propension á creer en el amor de Dios y sus prodigios. Hay aquí, si se quiere, una presuncion y hasta una prevencion, pero una prevencion legítima, que no dispensa de la crítica, sino que hace sea mas conforme á su objeto, mas filosófica en el buen sentido de la palabra. Estar bien prevenido, no es otra cosa que ser justo con respecto á un amor que ya nos ha dado tantas seguridades.

Esta regla es tanto mas juiciosa y saludable, cuanto que en muchos casos la crítica no podrá llegar á una convicción

entera sobre el hecho del milagro, y dejará el alma vacilante á merced de sus disposiciones, espuesta igualmente al peligro de creer lo falso y al de desechar la verdad. Lo que, en este caso, es tan conveniente como racional, es reservar una gran parte á la posibilidad, ó aun á la probabilidad del milagro, y ver en él á lo menos una significacion patética y respetable del amor y de la fé.

Así es como opinaba un hombre cuya pérdida lamentamos con frecuencia, y que nunca lo será bastante. Nos tenemos por dichosos en compartir sus mismos sentimientos sobre este asunto: «Para nosotros, escribia Ozanam, que presumimos bastante de la bondad de Dios y de la dignidad del hombre, para no creer imposibles las comunicaciones frecuentes entre el mundo invisible y el mundo visible; para nosotros, que confiamos en el buen sentido del pueblo cristiano, y que respetamos sus convicciones, la leyenda no es una mera fábula. Sabemos que la Iglesia no exige nuestro asenso á relaciones milagrosas que no se hallan consignadas en las Sagradas Escrituras, y muchas de las cuales tal vez no saldrian airosas de la prueba de una crítica rigurosa; mas si ellas no subyugan nuestro espíritu, lo arroban y lo cautivan. *Nosotros las admitimos como verdaderas, hasta que haya pruebas en contrario*; y si su verdad histórica y positiva viene á desvanecerse, encontramos siempre en ellas alguna verdad moral que dá un valor efectivo al símbolo de que se habia revestido (1).»

En lo que toca á la Santísima Virgen, por quien se ha obrado el milagro por excelencia de la Encarnacion del Verbo, y el principio de los otros milagros que han determinado la fé del mundo, los milagros son tanto mas presumibles, cuanto que es propio de su ministerio continuar obteniéndolos. Mas para ello es necesario fé y devocion: es la condicion de este comercio sobrenatural. No vemos en el Evangelio que se hayan obrado milagros en obsequio de los físicos y peritos. Los milagros no son por eso menos ciertos, y no hay santuario de la Virgen que no ofrezca elocuentes testimonios de ellos.

La historia de su culto en el mundo es una historia de

(1) Dos Cancilleres de Inglaterra, p. 233, nota IV.

milagros interiores ó exteriores, morales ó sensibles: este es el origen y sostenimiento de sus innumerables santuarios. Con la fecundidad moral de este culto, la enmienda de costumbres, la conversion de las almas, la curacion de las enfermedades espirituales, las victorias ganadas sobre las pasiones, el reino de las virtudes mas delicadas y mas fuertes, todos estos milagros morales son los que atestiguan los milagros sensibles que frecuentemente se efectúan por su mediacion. Pascal decia, yo creo á testigos que se dejan degollar; y yo digo, que creo á testigos que se convierten (1).

(1) Este importante asunto ha sido trazado bajo otros puntos de vista, pero de una manera notable, en inglés, por J. M. Caspe Caballero, en una introduccion á la *Vida de Santa Francisca Romana*, por Lady Georgina Fullerton, cuya traduccion, debida á una pluma capaz del original, debe aparecer dentro de poco.

CAPITULO IX.

Cuadro histórico del culto de la Santísima Virgen desde el sétimo siglo hasta nuestros dias.—Conclusion.

Acabamos de encender, con la doble antorcha de la razon y de la fé, como un fanal, con ayuda del cual podrá cada uno dirigirse en la historia de las maravillas del culto de la Santísima Virgen.

Referirlas nosotros mismos, seria una tarea imposible é inútil á nuestro objeto, como hemos explicado mas arriba. Vamos á limitarnos á mostrarla únicamente como en un panorama.

Si nos colocamos sobre una altura para descubrir el curso general de este culto, quedaremos admirados al ver su desenvolvimiento continuo al través de las edades. Sin perder nada, sin cambiar nada de las riquezas de que lo han dotado los siglos primitivos, adquiere incesantemente otras nuevas. El tiempo, que siempre se lleva lo que trae, pierde para él este carácter universal de sucesion. No puede ni disminuirlo ni aun limitarlo; no puede hacer sino darle mayor crecimiento. Es un hecho, no solamente siempre permanente, sino siempre creciente en el mundo, y por consiguiente siempre *vivo*. Solo lo que vive es lo que subsiste, solo lo que tiene vida recibe crecimiento, y vivir de esta manera en un mundo donde todo sucumbe, no puede provenir sino de Dios.

Se puede decir, sin temor de engañarse, que todo cuanto ha habido de grande, de santo, de fuerte, de fecundo, de creador y de civilizador en el mundo cristiano, ha sido inspirado por la devocion á María, rindiéndole homenaje de su accion

milagros interiores ó exteriores, morales ó sensibles: este es el origen y sostenimiento de sus innumerables santuarios. Con la fecundidad moral de este culto, la enmienda de costumbres, la conversion de las almas, la curacion de las enfermedades espirituales, las victorias ganadas sobre las pasiones, el reino de las virtudes mas delicadas y mas fuertes, todos estos milagros morales son los que atestiguan los milagros sensibles que frecuentemente se efectúan por su mediacion. Pascal decia, yo creo á testigos que se dejan degollar; y yo digo, que creo á testigos que se convierten (1).

(1) Este importante asunto ha sido trazado bajo otros puntos de vista, pero de una manera notable, en inglés, por J. M. Caspe Caballero, en una introduccion á la *Vida de Santa Francisca Romana*, por Lady Georgina Fullerton, cuya traduccion, debida á una pluma capaz del original, debe aparecer dentro de poco.

CAPITULO IX.

Cuadro histórico del culto de la Santísima Virgen desde el sétimo siglo hasta nuestros dias.—Conclusion.

Acabamos de encender, con la doble antorcha de la razon y de la fé, como un fanal, con ayuda del cual podrá cada uno dirigirse en la historia de las maravillas del culto de la Santísima Virgen.

Referirlas nosotros mismos, seria una tarea imposible é inútil á nuestro objeto, como hemos explicado mas arriba. Vamos á limitarnos á mostrarla únicamente como en un panorama.

Si nos colocamos sobre una altura para descubrir el curso general de este culto, quedaremos admirados al ver su desenvolvimiento continuo al través de las edades. Sin perder nada, sin cambiar nada de las riquezas de que lo han dotado los siglos primitivos, adquiere incesantemente otras nuevas. El tiempo, que siempre se lleva lo que trae, pierde para él este carácter universal de sucesion. No puede ni disminuirlo ni aun limitarlo; no puede hacer sino darle mayor crecimiento. Es un hecho, no solamente siempre permanente, sino siempre creciente en el mundo, y por consiguiente siempre *vivo*. Solo lo que vive es lo que subsiste, solo lo que tiene vida recibe crecimiento, y vivir de esta manera en un mundo donde todo sucumbe, no puede provenir sino de Dios.

Se puede decir, sin temor de engañarse, que todo cuanto ha habido de grande, de santo, de fuerte, de fecundo, de creador y de civilizador en el mundo cristiano, ha sido inspirado por la devocion á María, rindiéndole homenaje de su accion

y esplendor. Tan fácil es indicar la historia del culto de María, como es difícil tratarla: es la historia completa de la Iglesia y de la humanidad.

Los dos grandes focos que en el siglo sétimo irradiaban en el mundo, Roma y Constantinopla, eran unos focos de devoción á María.

Cada Papa, al pasar al trono de Roma, consagraba alguno de sus monumentos dedicándolo á María, y ponía la ciudad eterna y los destinos de la Iglesia bajo su poderoso patrocinio, con nuevas formas de plegarias y nuevos honores. Así Bonifacio IV consagraba á la Madre de Dios y á la memoria de los Mártires aquel Panteon que habia resumido todas las monstruosidades de la idolatría universal, y tributaba á María el honor de aquel grande triunfo de su Hijo sobre los dioses falsos. Juan VII hacia reedificar con la mas grande magnificencia la Basílica de Santa María la Mayor, incendiada bajo Honorio III, y esponía á la veneracion universal la imagen de la Santísima Virgen, que la tradicion atribuía á San Lucas; y para perpetuar este testimonio de su devoción á la Madre de Dios, se hacia representar él mismo en la Basílica de San Pedro, al pié de un suntuoso altar de María, en todo el esplendor del supremo Pontificado, y ofreciéndole este oratorio reedificado con esta inscripcion:

*Joannes indignus Episcopus fecit
Beatæ Dei Genitricis Servus.*

Sergio erigia tambien á María el templo de *Santa Maria inviolata*, en el sitio mismo de la posada en que habian vivido San Pablo y sus discípulos, é instituía procesiones públicas con el canto de la Letanía de la Virgen, para las festividades de la Purificacion, de la Anunciacion y de Navidad.

Constantinopla competía con Roma en recurrir y profesar devoción á María. Colocada por su fundador bajo la protección especial de la Madre de Dios, dotada por la piedad de Elena, despues de Justiniano, de suntuosos templos consagrados á este culto, no cesaba de confiarle sus destinos. Atacada por los pueblos bárbaros que la rodeaban, los rechazaba siempre

con victorias en que la Providencia tenia visiblemente una grande parte, y que la devoción pública atribuía tanto mas justamente á María, cuanto que María misma parecia reclamarlas con señales celestiales de protección. Tales eran las demostraciones de la confianza y público agradecimiento hácia María en todos estos grandes acontecimientos, que se puede decir que la historia de Constantinopla es la historia del culto nacional del Imperio á favor de la Madre de Dios. Este culto se manifestaba sobre todo por una pública veneracion á una célebre imagen de María, llamada *Nicopeia* ó dispensadora de la victoria, que los emperadores tenían costumbre de llevar consigo cuando marchaban á los combates, y que, en tiempo de paz, era venerada en la soberbia basílica del Pharo como la guardadora de la ciudad.

Aquellos mismos bárbaros que la sitiaban, y que por fin debían subyugarla á la hora marcada por la Providencia, los Sarracenos, tenían en su seno un hombre de los mas grandes por su inteligencia, saber é influencia de que hace mérito la historia de la humanidad, y que fué uno de los mas grandes servidores y mas brillantes panegiristas de María. He nombrado á San Juan Damasceno, hijo de un visir, y que llegó él mismo, á fuerza de conocimientos y de méritos, á ser gran visir en la corte de los Califas, á pesar de la fé cristiana que profesaba, y que le hizo abrazar mas tarde la vida religiosa. Juan Damasceno inició á los Arabes en la filosofía griega, y aplicó á la escolástica el método de Aristóteles. La erudicion, la exactitud, la fuerza y la precision caracterizan los escritos dogmáticos que nos ha dejado, tanto, cuanto el fuego y la elocuencia del alma animan sus composiciones oratorias. A juicio de Berlarmino, aventaja á los teólogos que le han precedido, y ha abierto nuevas sendas á los que le han seguido. Arnaud y el mismo Claudio le llaman el Santo Tomás de Oriente. Esta grande inteligencia, sostenida por el carácter mas noble y las costumbres mas santas, se consagró de una manera especial al culto de la Madre de Dios, y le legó las mas ricas inspiraciones de su genio. Tal era su devoción para con ella, que habiéndole sido cortada la mano por orden del Califa, por haber defendido el culto de las imágenes, proscrito entonces, el

Santo obtuvo de la Santísima Virgen que aquella mano le fuese milagrosamente restituida para continuar empleándola en defensa de la verdad.

Es sumamente notable que la civilizacion cristiana, amenazada desde su cuna tanto tiempo y sobre todos los puntos por los infieles, haya sido constantemente salvada por acontecimientos estremos, que siempre y en todas partes han sido atribuidos á la proteccion de la Santísima Virgen. La victoria definitiva de Lepanto, en el siglo diez y seis, se presenta bajo este aspecto como el último acto de un gran drama, cuyas numerosas peripecias se prolongan y se renuevan en todos los siglos anteriores, y presentan siempre el mismo carácter.

Así, lo que sucedía de una manera tan repetida y brillante en Constantinopla en los siglos sétimo y octavo, se reproducía igualmente, si bien en el seno de costumbres muy distintas, en España y en las Galias. Invadida España por los moros, se hallaba próxima á ver apagarse en ella hasta la última chispa de fé cristiana, y solo contaba para volverse á levantar con un puñado de valientes reconcentrados en una miserable cueva de la Cantabria, bajo el mando de Don Pelayo. Convertida esta gruta por estos generosos cristianos en Santuario de la Virgen, les inspira tal confianza y tal valor, que caen sobre los enemigos y libertan de ellos á la España. España agradecida, consagró para siempre la cueva de Covadonga á la Madre de Dios. En Francia, la espada de Rolando vá á templarse en cierto modo en el voto que de ella hace á Nuestra Señora de Roc-Amadour, y el último suspiro de este héroe es para la fundacion de un Santuario de la Virgen en aquel valle de Roncesvalles, que debía resonar por siempre con su cántico de guerra contra los enemigos de la cristiandad.

El hombre mas extraordinario de aquel tiempo por su inteligencia y saber, y que era en la córte de Carlomagno lo que San Juan Damasceno era en la de los Califas, el célebre Alcuin, dedicaba igualmente su pluma en obsequio de la misma causa y del mismo culto. Al título de *Restaurador de los Estudios*, agregó el de *Defensor de la fé*, y lo justificaba perfectamente defendiendo, con tanta fuerza como dulzura, la Maternidad divina de María contra la invasion del Nestoria-

nismo, apoyado por Félix de Urgel y por Elipando, cuya condenacion fué objeto de muchos Concilios en Narbona, en Frioul, en Ratisbona, en Francfort, en Aquisgran, y finalmente en Roma (1).

Todos los acontecimientos favorecian el culto de María, como que eran por escelencia el culto cristiano y la profesion mas natural de esta fé, que daba á luz el nuevo mundo sosteniendo al antiguo. París, sitiado por los Normandos, ofrecía el mismo espectáculo que Constantinopla sitiada por los Saracenos. Desde el principio del sitio, se había puesto la ciudad bajo la proteccion de Nuestra Señora, cuyo templo, ya antiguo, remontaba á Childeberto. Durante la batalla era paseada la estatua de la Virgen procesionalmente alrededor de las murallas. Los arqueros la invocaban al disparar sus flechas, y el enemigo asestaba contra ella sus tiros, sin poder tocarla nunca; y de cada ventaja de los sitiados, se daba gracias á María por medio de una iluminacion general de hachas de cera blanca que se hacia en su honor.

(1) Esta heregía, que amenazó toda la cristiandad en aquella época, como se vé por la multiplicidad y diversidad de sus represiones, se diferenciaba, en cuanto á la forma, de la de Nestorio, en que en ella se profesaba que Jesucristo en efecto era Dios y hombre juntamente, Dios hecho hombre, mas por *adopcion*, de la misma manera que nosotros hemos sido hechos hijos de Dios. Trastornaba, pues, todo el Cristianismo. Porque precisamente, para que se nos pudiera hacer hijos de Dios por adopcion, era necesario que viniese esta adopcion á ingertarse en la *naturaleza*, en nuestra fraternidad *natural* con Jesucristo. Segun esta disposicion, debía, pues, el Hijo de Dios hacerse hijo natural del hombre, y para esto *hacerse hijo de María*. Esto es lo que se desprende de aquellas luminosas palabras de San Pablo: «Dios envió su Hijo *hecho de la mujer*, para que nosotros recibiésemos la adopcion de hijos; y siendo hijos, Dios envió á nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama, Padre.»—Estas tres líneas de San Pablo lo resumen todo. Es la historia y la doctrina de la Religion entera en la triple operacion sucesiva de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, empleándose en la salvacion del hombre, y haciendo rodar toda la economía de este plan divino sobre la *Mujer-María*.

Aquellos feroces Normandos acabaron por establecerse en Francia; mas el cielo los recibió en ella solamente con el tributo de homenaje feudal que debían rendir á su Reina, de la que llegaron á ser en todas partes donde se establecieron los mas generosos y devotos servidores. El primer acto de fé de Rollon, que se bautizó en Nuestra Señora de Rouen, fué reedificar aquel templo con la mayor suntuosidad, hacer vastas concesiones de terrenos á Nuestra Señora de Bayeux, dotar no menos ricamente á Nuestra Señora de Evreux, no cesando hasta su muerte de manifestar de este modo su devoción á la *Santa María*. Sus aventureros sucesores fundaban por todas partes Santuarios á la Santísima Virgen. Tancredo y Roberto Guiscard, desde el interior de la Pouilla, donde hacían retroceder á quinientos mil Sarracenos ante quinientas lanzas normandas, enviaban al obispo de Coutances tesoros destinados á la construcción de aquella encantadora catedral de Santa María, que arrancó á Vauban aquel grito de admiración: «¿Qué sublime loco ha lanzado en los aires esta maravilla?»

El gran trabajo de formación que fermentaba en todos los puntos de Europa, y al que servía la fé cristiana como de levadura, se verificaba universalmente por la devoción á la Santísima Virgen. Este culto de pureza y de dulzura, interpuesto entre la justicia del cielo y los crímenes de la tierra, obraba en sentido inverso sobre la licencia y la violencia de aquellos tiempos bárbaros, amansaba los instintos desordenados y sacaba de ellos aquel carácter caballeresco, que consagrando la fuerza á la protección obsequiosa de la debilidad y de la inocencia, preludiaba la dulcificación de las costumbres y la justicia de las leyes. Suecia, Dinamarca, Noruega, Prusia, Polonia y Hungría, salieron igualmente de las tinieblas de la barbarie, bajo la influencia de un culto que se hacia nacional en todas partes, y que por do quiera avivaba las mas puras inspiraciones de la conciencia.

Instituyéronse entonces órdenes caballerescas para honrar este culto con el que ellas se honraban, y para practicar sus devociones y sus virtudes. Así es como se fundaron la orden de Santa María de la Estrella, por el piadoso rey Roberto; la orden de Santa María del Lirio, por Don García de Navarra; la

orden de los hermanos hospitalarios de la Santísima Virgen, mas conocida bajo el nombre de caballeros teutónicos, que contribuyeron tan poderosamente á la civilización de la Alemania.

Pero sobre todo, las órdenes religiosas fueron las que manifestaron la fecundidad civilizadora del culto de María. No tardaron en brotar del tronco patriarcal de San Benito vigorosos retoños, que fueron en sus diversas direcciones á inclinarse á los pies de María, y tomar de ella la gracia de su misión. Ni uno de ellos solo dejó de vanagloriarse de pertenecer á ella por algun título y consagración particular. Para no citar ahora mas que tres órdenes, las mas antiguas relativamente, la orden de Cistercienses, la de los Cartujos y la de Fontevault, vemos la primera de estas órdenes fundada por el bienaventurado Alberico, bajo el patrocinio de la Virgen Madre de Dios. Ella misma, segun la tradición en que funda esta orden su nobleza, entregó al fundador las constituciones que debían regirla, le trajo la cogulla ó hábito blanco que debía ser su vestuario virginal, y le prometió para siempre su misericordiosa protección. Sabido es los trabajos y virtudes con que honró esta orden y con que honra aun, despues de ocho siglos, la virginidad de María, fecundizando y santificando la tierra con sus sudores.—Igualmente puso San Bruno su fundación heroica bajo la protección especial de María, y el centro á cuyo alrededor floreció la Cartuja, fué un Santuario de la Santísima Virgen, la capilla de *Casalibus*. Asimismo se refiere, que habiendo estado próxima á comprometer el éxito de su primer establecimiento en Francia la marcha prematura de su santo fundador, obedeciendo á la voz de Urbano II que le llamaba á Calabria, fué reforzado aquel establecimiento, y recibió nueva vida por el voto que, por un aviso del cielo, hicieron los santos religiosos de rezar todos los dias el oficio de la Santísima Virgen. En cuanto á la orden de Fontevault, tan célebre por el poder y riqueza de los grandes sacrificios que inspiró para arrancar de la corrupción y santificar con la penitencia las desgraciadas víctimas de la inmoralidad pública, debióse su fundación al afectuoso pensamiento de realizar en una orden de hombres y de mujeres la relación filial que el

Redentor estableció al morir entre su discípulo amadísimo y su Santísima Madre, por este supremo testamento: *Madre, he aquí á tu Hijo; Hijo, he aquí á tu Madre* (1). De esta manera honraban las célebres madres-abadesas de Fontevrault, que fueron muchas veces de régia estirpe, con el carácter de su institucion, la divina institucion de Maria, *Madre del género humano*.

Sin embargo, la Europa, que hasta entonces habia estado á la defensiva, en aquella gigantesca lucha de la civilizacion cristiana contra la barbárie musulmana, de la Cruz contra la media luna, que se disputaban la suerte del mundo, no se contentó con haber reprimido el desbordamiento en su corriente; ella misma salió de la suya, para ir á libertar el Oriente de aquel poder infiel que amenazaba al Occidente de continuo. Un pensamiento religioso, la liberacion del Santo Sepulcro en donde habia amanecido la Luz al mundo, fué el gran móvil de un interés eminentemente social y político. Los organizadores de este movimiento europeo, fueron principalmente Urbano II y Pedro el Ermitaño. Así es que, obedeciendo ambos al sentimiento público, tanto como á la devocion que les animaba, asociaron solemnemente la intercesion celestial de Maria á la virtud de la Cruz de su divino Hijo en esta grandiosa empresa. Tal fué la significacion del color blanco dado á la Cruz que llevaban los Cruzados. Con la misma intencion, Urbano II instituyó en el Concilio de Clermon el rezo del oficio de la Santísima Virgen para todos los clérigos, cuya devocion abrazaron muchos seglares de ambos sexos que imploraban en todas partes la proteccion de la Virgen á favor de las armas de los cristianos. Pedro el Ermitaño instituyó para el ejército á que guiaba la práctica mas abreviada del rezo del rosario, la cual atrajo la del *Angelus*; porque para rezar el rosario en comunidad, se convocaban los ejércitos al

(1) Esta órden, que contaba cerca de sesenta casas ó prioratos en Francia, y que fué gobernada por muchas princesas de la casa de Borbon, no existe ya. La abadía-madre ha recibido un destino que no iguala al de la antigua; una casa de correccion ha reemplazado á una casa de penitencia.

toque de la campana á medio dia, y este fué el primer *toque de oraciones* que se estendió mas adelante al despuntar el dia y á la caída de la tarde. Refiérese, que mientras que los Cruzados permanecieron fieles á estas piadosas invocaciones de la Virgen, les fué fiel la victoria, y que dejó de serlo cuando se entibieron en esta santa disciplina de la fé, seguridad de la de las costumbres.

En esta época vivia San Anselmo, si grande por su entendimiento, mas grande aun por su santidad, alimentando el uno y la otra en el foco de la devocion á la Madre del Verbo Encarnado, cuyos privilegios defendió y preconizó con el celo y grandeza que muchas veces hemos tenido ocasion de admirar. A él es á quien remonta la primera introduccion en el Occidente de la festividad de la *Inmaculada Concepcion* de Maria, ya practicada en Oriente, y cuya decision dogmática encuentran *prematura* algunos entendimientos en el siglo diez y nueve.

Inglaterra, donde ocupaba San Anselmo la silla de Cantorbery, era entonces el blanco de la tiranía de la conquista normanda. Sabido es cuán profundo era el odio que dividia á las dos razas de opresores y oprimidos. Pues bien, tal era el imperio de la devocion á Maria, que triunfaba de esta division, viéndose marchar fraternalmente á los dos pueblos reunidos, bordon en mano, en peregrinaje á Nuestra Señora de Raedecliff y á Nuestra Señora de Worcester, donde lady Warwick, esposa del factor de Reyes, ofrecia ricas telas para adornar los altares de la Santísima Virgen.

España, rica ya con numerosos santuarios á la Virgen, y combatiendo bajo el estandarte de Nuestra Señora de los Dolores, ganaba á los moros la grande batalla de las Navas de Tolosa, y levantaba con sus manos agradecidas el templo de Nuestra Señora de la Victoria en Toledo. Su Santo Rey Fernando atribuía igualmente á la proteccion de la Santísima Virgen sus conquistas de Córdoba, de Jaen y de Murcia; y Alfonso el Sábio componia cánticos á la gloria de la Madre de Dios, y fundaba una órden de caballería en honor suyo.

Portugal, que atribuía tambien á la proteccion de Maria la derrota de cinco Principes moros en los llanos de Alen-

tejo, fundaba en honor suyo el soberbio monasterio de la Alcobaza, y se consagraba nacionalmente á Nuestra Señora de Clairvaux. —A la otra estremidad de Europa, emprendia Dinamarca dos cruzadas contra los paganos del Norte en honor de la Santísima Virgen, y Polonia derrotaba á los de Prusia y de la Pomerania al canto del famoso Boga Rodziza, himno belicoso dedicado á la Reina del cielo.

El culto de María no conocia ni fronteras, ni nacionalidades, ni razas; todo lo que era cristiano dependia de su imperio, y lo hacia servir para propagar y estender el de Jesucristo.

En Francia, y mas particularmente en Chartres, tenia tambien su foco este gran culto, de donde radiaba á lo lejos. No podria este esplicarse por solo la fé cristiana, si no se hubiese esta inflamado por prodigios verdaderos, por milagros que atestiguan la celestial correspondencia de María á los homenajes que se le tributaban; milagros, no solamente de orden providencial, como el feliz éxito de las empresas confiadas á su patrocinio, sino tambien de orden sensible y realmente sobrenatural.

Asi nos lo atestiguan narraciones contemporáneas que reúnen todos los caracteres de autenticidad, de veracidad, de notoriedad, en una palabra, de credibilidad, que puede desear la critica histórica, ratificadas además con este sello, que es el sello de todos los otros: la santidad de los narradores y la conversión de los testigos.

Aunque no nos permite descender á citas y pormenores la rapidez de nuestra marcha, vamos, no obstante, á permitirnos algunas de estas, citando un documento del año 1145, que nos pinta al vivo la fé de nuestros padres y los prodigios que obtenia en correspondencia de los que verificaba:

«Al reverendo Padre Theodorico, obispo de Amiens, Hugo, Pontifice de la diócesis de Rouen, prosperidad eterna en Jesucristo. —; Las obras del Señor son grandes y siempre proporcionadas á sus designios! En Chartres comenzaron varios hombres á tirar humildemente de las carretas y carruajes para levantar una iglesia, y su humildad ha hecho brotar milagros. La noticia de estas maravillas se ha divulgado á todas partes,

y por último, ha despertado á nuestra Normandía de su letargo. Nuestros fieles, despues de haber pedido nuestra bendición, han deseado pasar á aquellos lugares (á Chartres) y cumplir sus deseos. Despues han regresado atravesando nuestra diócesis, á visitar otra vez la iglesia de nuestro obispado, su madre, sumamente resueltos á no admitir en su sociedad á nadie que no hubiese confesado antes sus pecados y hecho penitencia, que no hubiese dejado todo rencor y todo mal querer, y que no se hubiese reconciliado sinceramente y puesto en paz con sus enemigos. Con estas resoluciones han nombrado gefe á uno de ellos, y bajo su mando, todos, humildemente y en silencio, se unen á carretas, ofrecen limosnas, se imponen privaciones y lloran sus culpas. Con estas disposiciones pueden ser testigos en todos lugares, mas sobre todo en nuestras iglesias, de numerosos milagros obrados en enfermos que llevan consigo y que vuelven á traer curados y sanos (1).

Estas maravillas se hallan consignadas aun con mayor precision y mas por estenso en una especie de diario redactado por un testigo ocular, cuya veracidad respira en cada palabra de su narracion, y representa á nuestra vista en cierta manera lo que espone. Es la historia de los milagros obrados por mediacion de la Santísima Virgen en la Iglesia de la abadía de San Pedro de Dives, en su primera restauracion en 1140, dirigida por Fray Haymon, abad de esta abadía, á

(1) Dom. BOUQUET, *Coleccion de los Historiadores de las Gálias*. —Lo mismo atestigua Roberto del Monte: «Chartres fué, dice, donde se vió por primera vez á varios hombres tirar á fuerza de brazos de carretas cargadas de piedras, de leña, de viveres y de todas las provisiones necesarias para las obras de la Iglesia, cuyas torres se levantaban entonces. Quien no ha visto aquellas maravillas, no verá jamás otras semejantes, no solamente aquí, sino en Normandía, en toda Francia y en nuestros otros países; por do quiera se vé humildad y dolor, por do quiera arrepentimiento de las faltas y olvido de las injurias, por do quiera gemidos y lágrimas. Vése á hombres y aun á mujeres arrastrarse de rodillas por los pantanos cenagosos, golpearse cruelmente el cuerpo, á vista de infinitos milagros en medio de los cánticos y gritos de alegría.»

sus hermanos de Toresbery. Mabillon dió ya en el tomo VI de los Anales de San Benito, un extracto de esta preciosa relacion, que despues se citó con frecuencia (1), y prometió dar la relacion entera en el apéndice; pero este apéndice, publicado por Martenne, no contiene este documento, y probablemente lo hubiéramos perdido é ignorado para siempre, si Planchette no le hubiese salvado, traduciéndolo. Este sábio religioso ha puesto por epígrafe á esta traduccion aquellas bellas palabras de Tertuliano, que espresan su firme creencia en la narracion que reproduce: *Mea est possessio, olim possideo, prior possideo, habeo origenes firmas ab ipsis Authoribus quorum fuit res.* «Estoy en posesion, en posesion anterior, en posesion original, y la tengo firmemente de los mismos autores en quienes se verificó el suceso.»

De esta opinion del traductor participará todo el que lo lea de buena fé. No podrá dudar de los milagros que vé en alguna manera; tan presentes se los pone el relato en su viva actualidad, en plena publicidad, con tales circunstancias y por me-

(1) He aquí sus principales pasajes: «¿Quién ha visto jamás á Principes, á señores poderosos en el siglo, á guerreros y á mujeres delicadas doblar su cerviz bajo el yugo, á que se dejaban atar como bestias de carga para arrastrar pesados fardos? Se les vé por miles, unas veces arrastrando una sola máquina, tal es su peso, y trasportando á larga distancia trigo, vino, aceite, cal, piedras y otros materiales para los obreros. Nada les detiene, ni las montañas, ni los valles, ni aun los rios que atraviesan, como antiguamente el pueblo de Dios. Pero la maravilla está en que estas cuadrillas sin cuento marchan sin desórden y sin ruido.... Sus voces no se dejan oír sino cuando se dá la señal; entonces cantan cánticos, ó piden perdon de sus pecados.... No bien llegan á su destino, los hermanos circundan la iglesia, y permanecen alrededor de sus carros como soldados en sus campamentos; al anochecer encienden cirios, se reza la oracion, y se lleva la ofrenda sobre las sagradas reliquias; despues los sacerdotes, los clérigos y el pueblo fiel se vuelven con grande edificacion cada uno á su hogar, marchando en órden, salmodiando y rogando por los enfermos y por los afligidos.» ¡Qué milagro que semejante fé no produjese milagros!

nores y con tal acento histórico, que es preciso no tener conocimiento de lo que es verdad para no penetrarse de la que hay aquí. Los milagros referidos son sesenta, cuyos testigos oculares vivian aun. El número de ellos era mayor, como lo hace creer la parte del manuscrito que habia llegado á manos del traductor. Solamente citaremos uno que podrá dar una idea de los otros, dejando al lector el cuidado de admirar todas las fases de la fisonomia de este vivo relato:

«Habia entre los duros y tardios de corazon á creer cosas tan sensibles, un tal Roberto, vecino nuestro, del pueblo de Courcy, que, por una estraña terquedad y por un endurecimiento casi invencible, no queria creer nada de lo que se decia. Al contrario, insultaba á los que se lo contaban, y les echaba en cara su crédula sencillez, jurando que no creeria nada, como no viese algo grande que fuera superior á las fuerzas de la naturaleza. Pero la Madre de Jesucristo y de todos los fieles volvió pronto los ojos de su clemencia hácia este obstinado, y halló en su misma casa el medio que voy á decir, para triunfar de su incredulidad.—Habia en su casa una jóven de doce años á lo mas, llamada Matilde, á quien mantenía con otros pobres, la cual estaba tan enferma y tullida de todos sus miembros, que, lejos de poder levantarse del suelo, ni aun podia ayudarse con sus manos y rodillas para andar arrastrando por tierra; mas ¡espectáculo digno de compasion! revolcábase á veces en el fango de las plazas públicas y en los cenagales, y su infelicidad llegaba hasta tal punto, que nadie podia mirarla sin derramar lágrimas. Sin embargo, la mujer de este Roberto, compadecida de la miseria de aquella jóven, instaba sin cesar á su marido para que hiciese disponer un carro donde llevarla á Chartres. Nó, nó (replicaba él en tono de burla); que la lleven á San Pedro, donde dicen que se hacen milagros. En el acto la suben á un carro, que por casualidad arrastraban entonces unas mujeres, sosteniéndola en él para que no se cayese uno de nuestros criados llamado Roger, porque no podia sostenerse ella sola. Mas Jesucristo, siempre bondadoso y siempre pronto á hacer bien á los hombres, la miró al punto con el mismo aspecto con que acostumbra á mirar á los afligidos, y

no la desprecio. La miró, repito, y la sanó; pues sus miembros, que se hallaban frios y como muertos, empezaron de repente á recobrar calor, y como á resucitar por la virtud del fuego invisible y divino que los reanimaba. Los nervios que se habian retirado y separado de sus coyunturas, volvieron á ocupar su puesto natural, y formaron un cuerpo enteramente nuevo con todo el vigor y con todo el cabal uso de todos sus miembros. ¡Estoy sana! exclamó entonces en voz alta. El criado que la sostenia con sus manos, admirado á vista de este milagro, mandó á las que tiraban del carro que parasen (segun era costumbre cuando se verificaba en el camino algun milagro); obedecieron ellas, y oyeron con admiracion lo que habia sucedido. Al ver de pié á la jóven, á quien siempre habian visto echada, no podian resolverse á dar crédito á sus propios ojos, temian hallarse alucinadas; veíanla de pié y enteramente sana, y no lo creian, ni podian saciarse de considerar y admirar este prodigio. Sin embargo, la enferma gritó, ¡bajadme pronto, estoy sana, estoy enteramente curada; bajadme y tiraré del carro con vosotras! Y habiendo bajado, se puso derecha, y aproximándose al carro, hizo conocer la verdad de lo que habia dicho, tirando con ellas, con alegría inesplicable. Entonces fué cuando todas aquellas mujeres, enagenadas de gozo, alzando sus ojos y sus voces al cielo, y con el semblante bañado en lágrimas, dieron gloria á Dios y á su Santísima Madre. Acuden los pueblos en tropel de todas partes al ruido de este gran milagro; agrúpanse alrededor de la jóven, y fijan en ella sus miradas con tanta curiosidad como si nunca la hubieran visto. Y en efecto, era ella, aunque no lo parecia; porque estaba mucho mas hermosa que antes y resplandecia en su semblante no sé qué de celestial. Y para no tener mas en suspenso vuestra atencion, habiéndole ofrecido estas mujeres á porfia con que vestirse mas decentemente, fué conducida como en triunfo por los religiosos acompañados de todo el pueblo, que cantaba himnos y cánticos, y luego la ofrecieron ante el altar de su querida Libertadora. Tocáronse las campanas, y toda la Iglesia llena de alegría resonó con la gloria del Señor.

»Este prodigio se hizo público inmediatamente, y Roberto

no lo ignoraba, pero no podia vencer aun la dureza de su corazon. Envió un mensajero para que inquirese con toda exactitud cuanto habia sucedido, y saber así lo que resultaba. El mensajero refirió que el suceso acaeció como se le habia dicho. Volvió á enviar otro mensajero, el cual al volver confirmó el relato del primero; pero todo fué inútil, porque no pudo resolverse á creerlo. Por último, Roberto, inspirado por el cielo, vá en persona al monasterio; entra en la Iglesia, vé á la jóven que volvia sana del altar, la admira, queda sorprendido; saludale ella, y él la corresponde tambien cortésmente; y prorumpiendo en llanto de alegría, póstrase en tierra y dá gracias á Dios, no solamente por haber curado á la enferma, sino por haber ablandado la dureza de su corazon. Y desde aquel dia no cesa de publicar los milagros con celo igual á la imprudencia con que los habia combatido anteriormente.»

Terminaremos esta digresion con la siguiente reflexion del piadoso y sábio traductor, dirigida á todos los Robertos de nuestra época: «Dios quiera que en nuestros dias veamos desterrada felizmente del corazon de los fieles esta desconfianza respecto á las bondades de Dios, desconfianza que solo proviene de un secreto orgullo, que es el obstáculo mas ordinario á los efectos de su poder; y que veamos resucitar en su lugar aquella confianza animada de una fé y de una sencillez semejante á que mereció ser recompensada por Dios aun en este mundo, por las intercesiones de la Santísima Virgen, con gran número de milagros.»

Continuemos ahora el curso de nuestra Esposicion.

Nosotros tenemos tambien en medio de nosotros testigos de estos milagros que todavia viven, y que nos los refieren con elocuencia. Estos son esas basilicas erigidas por una fé que no podia producir tales milagros sin ser ella tambien movida por milagros. Esta es la palanca, esta es la fuerza que ha levantado, que ha lanzado á los aires esos prodigios de piedra: las catedrales de Chartres, de Amiens, de Strasbourg, de Paris, de Reims, de Coutances, de Bayeux, de Rouen, de Secz, de Clermont, de Puy, de Mende, de Bayona, para nombrar solo las principales; catedrales *todas* consagra-

das á la Virgen, y que, proporcionadas al sentimiento de sus grandezas, parecen decir como ella: *Fecit mihi Magna qui Potens est* (1).

La época de su primera construccion vió nacer á un hombre que, reasumiendo todas las inspiraciones de los siglos primitivos, renovándolas en el foco de su poderosa individualidad, debia enriquecer con ella su época y los tiempos venideros. He nombrado á San Bernardo, el hombre mas providencial, y si me atrevo á decirlo así, el mas necesario en la economia de los destinos de la fé y de la verdad, puesto que sostuvo él solo el peso de su tiempo á una distancia igual del pasado y del porvenir que él reanudaba. Este hombre prodigio, que reunia en su persona, si es lícito hablar así, toda la cristiandad entera en una de sus mas grandes fases, fué por excelencia el devoto servidor y panegirista de María. De tal modo, que no ha quedado nada por decir despues de él, y que tiene parte en todo el culto de honor y de invocacion que se le puede tributar.

Entretanto Dios, que siempre quiere dejar hacer á los hombres la prueba de su debilidad, para que sintamos á la vez nuestra libertad y la necesidad que tenemos de su ayuda, habia permitido á la licencia y al error que prevaleciesen hasta un punto amenazador para la Iglesia y para la civilizacion. La relajacion de las costumbres habia abierto las puertas á la heregia, que se habia presentado con su disfraz de siempre, la reforma. El mundo estaba lleno de falsos pobres y de falsos predicadores, y la espada de Monfort no podia ya impedir la caida del edificio social minado por la mentira. En este extremo peligro, Dios hizo salir dos hombres de su diestra para conjurarlo, un verdadero predicador, para oponerlo á la heregia, un verdadero pobre, para oponerlo á la licen-

(1) Treinta de nuestras catedrales están consagradas á la Santísima Virgen. Con las que acabamos de nombrar, son: Auch, Avignon, Cambray, Digne, Evreux, Frejus, Gap, Grenoble, Luzon, Marseille, Montauban, Moulin, Nancy, Nimes, Rodez, Tarbes y Verdun. En cuanto á las otras Iglesias ó Santuarios dedicados á María, son innumerables.

cia: Santo Domingo y San Francisco. Pero como si no pudiera hacerse nada en el orden cristiano sin la cooperacion de aquella Virgen que lo ha dado á luz, por María fué, principalmente, por donde aquellos dos grandes Santos salvaron á la sociedad; Santo Domingo con el *Rosario* y San Francisco con la *Porciúncula*.

El racionalista se sonríe al oír estas dos palabras: ¿qué se necesita, sin embargo, para que este desprecio de su parte se cambie en admiracion? Menos orgullo y mas luz; unas cuantas palabras bastarán para iluminar al que quiera serlo.

Ya se sabe que la heregia de los Albigenses, en la multitud de sus sectas, no era en el fondo sino el *Maniqueismo*; es decir, en religion, la negacion de la Maternidad divina de María, la de la Encarnacion real del Hijo de Dios; en moral, la negacion del matrimonio y de la familia; en politica, la negacion de la justicia y de la propiedad: la disolucion total del orden religioso, moral y social (1).

¡Maravillosa justificacion de la doctrina católica en la sucesion de los tiempos! lo que el Maniqueismo producía de este modo en el siglo décimotercio, es lo mismo que San Arquelao en su discusion con Manés en el siglo tercero, le acusaba de llevar en sí, demostrando por medio de una sorité admirable, que toda la cadena de las virtudes religiosas, morales y sociales, está pendiente de la Maternidad divina de María, *in Beate Mariæ partu suspensa est*. Esto es lo que el mismo sentido católico hizo comprender perfectamente á Santo Domingo. Por esto estableció por primera base de su accion la profesion de fé en la Maternidad divina de María y la repeticion multiplicada del *Ave María*, que era á lo que mas horror tenían los hereges. A este fin instituyó el Rosario, que es esa profesion de fé repartida en quince dieces, cortados por un *Padre Nuestro*, señalados por otras tantas cuentas, que son el medio mnemónico, y cuyo encadenamiento forma, como dice con mucha oportunidad Mezerai, *una corona de rosas para colocarla en la cabeza de la Reina de los Angeles*,

(1) Véase la justificacion de esto en nuestra obra sobre el Protestantismo y las heregias, t. II, pág. 476.

de donde viene la palabra *Rosario*. El rosario ú otra devoción parecida, existía ya mucho antes, pero Domingo le dió un sentido doctrinal que no había tenido hasta entonces. Hizo del rosario un arma, y aun hizo mas. Sobre aquella repetición multiplicada de la profesión de fé en el misterio de la Encarnación que la uniformidad podía hacer monótona, distribuyó, como una especie de *tema* capital de la fé, toda la enseñanza católica, de quince meditaciones sobre los misterios mas principales y mas tiernos de la Religión. Con esto compuso, por decirlo así, un compendio teológico, una especie de catecismo para el uso del pueblo, que tenía el doble carácter de doctrina y de oración, para mantener al mismo tiempo la fé en los espíritus y el amor práctico en los corazones. Los efectos del Rosario respondieron á su concepción; los religiosos del orden de predicadores hicieron de él como el testo y el instrumento de sus sermones. Despues de haber espuesto la verdad de cada misterio, rezaban con todo el pueblo el diez del Rosario que á aquel correspondía, y con esta alternativa de enseñanza y de oración, ilustrándose y vivificándose reciprocamente en una acción santamente dramática, atraían á la fé á las masas estraviadas. El genio no bastaría para explicar esta maravillosa invención que ha conquistado la universalidad y la perpetuidad, signos seguros de las cosas grandes; preciso es ver en ella la inspiración de la santidad.

No brilla esta menos en la institución del jubileo de la Porciúncula por San Francisco. La misión de este Santo era combatir la licencia y el apego desordenado á los bienes de la tierra que la sostiene. A este efecto, él, que había nacido rico, se hizo pobre y levantó, ó mas bien enarboló en el mundo el estandarte de la pobreza voluntaria desplegado por Jesucristo. Pero esta pobreza evangélica no tiene precio mas que bajo el punto de vista del Reino de los Cielos, que ella nos proporciona. Establecer una vía de cambio y una especie de negocio sagrado entre la pobreza y los bienes celestiales, era pues el verdadero medio de hacerla apreciar. Mas ¿cómo? ¿por conducto de quién? Por la mediación del Soberano Negociador Jesucristo; pero de Jesucristo aplacado por la omnipotente intercesión de María. Esto fué lo que concibió San

Francisco de Asís, y he aquí el modo que tuvo de llevarlo á ejecución:

Cerca de Asís existía una capillita dedicada á Santa María de los Angeles y edificada sobre una *porción* de terreno perteneciente á los Benedictinos, de donde le viene el nombre de Porciúncula. En este humilde santuario fué en donde Francisco tuvo la primera inspiración de su evangélico designio. Abandonada y destruida aquella capilla, hasta el punto de no servir mas que para que se guarecieran en ella los pastores con sus rebaños, cual sucedía en el portal de Belén, era el sitio mas á propósito para que brillara en él la celestial riqueza de la santa pobreza.

San Francisco obtuvo sin dificultad que se le entregasen aquellas ruinas, y se dió prisa á hacerse una cabaña al lado de ellas, siendo esta la cuna de una de las órdenes mas florecientes de la Iglesia; realmente pudo y debió llamarse á aquel sitio *Santa María de los Angeles*, porque de allí han salido muchos Apóstoles, Confesores, Mártires, Obispos, Cardenales, Papas, Doctores, Teólogos y hombres ilustres en todos conceptos, que han vivificado al mundo con su seráfica santidad.

Allí ha sido donde María los ha formado; allí donde les ha dado la leche de esa eminente y santa doctrina de que están llenos; allí donde, por una fecundidad virginal, les ha multiplicado para diseminarlos en seguida por toda la redondez de la tierra. Ahora bien, la palanca de esta acción prodigiosa fué la *Indulgencia plenaria* que por la intercesión de María concedió el mismo Jesucristo á San Francisco en favor de los que visitasen devotamente la Porciúncula. Gracia eminente por su naturaleza, por la manera inmediata y milagrosa con que fué concedida y por los frutos universales de bendición que ha producido; porque ratificada por varios Papas, haciéndose extensiva á todas las capillas del orden en todos los sitios donde las hay, las masas sedientas han acudido para adquirir un nuevo temple en aquel manantial de vida y de salvación.

Así iba creciendo y estendiéndose el culto de la Virgen por la correspondencia recíproca de las gracias que su maternal intercesión derramaba por el mundo y de los homenajes

de filial y agradecida devocion que el mundo la tributaba.

El orden de San Francisco, como uno de los que mas habian probado las poderosas prerogativas de María, fué tambien de los mas generosos en preconizarlas. En efecto, este santo orden fué el primero en hacer una profesion pública de reconocer y de sostener la Inmaculada Concepcion de María en los púlpitos, en las escuelas, en las universidades, en las congregaciones y en los concilios; él, el que la hizo celebrar con rezo propio, y finalmente, el que habiendo obtenido la prohibicion de ponerla en duda, preparó muy de antemano el decreto inmortal que en nuestros dias la ha declarado dogma de fé.

Entretanto, se fundaban ó se reformaban otros institutos religiosos, según las necesidades de la época, que venian á reasumirse en estas dos tendencias del alma humana; la vida activa y la vida contemplativa, fecundándose recíprocamente para santificar al mundo. María, que vivió en la perfeccion de estas dos vidas, fué tambien la Madre de dos nuevas familias que las espresaban, y por ellas recibió nuevo aumento la de su Hijo. La Virgen Santísima inspiró directamente el orden activo por excelencia de la Merced, para la redencion de cautivos, en triple aparicion á San Pedro Nolasco, á Raimundo de Peñafort y al príncipe Juan de Aragon; y ella reanimó el orden escelentemente contemplativo del Carmelo con el don que hizo á San Simon Stok del *Escapulario*, acompañados de unos privilegios de preservacion que han hecho de él como el escudo de la milicia cristiana, justificando diariamente en el mundo la antigua creencia de la Iglesia en la proteccion de *Aquella que pare contra los venenos de la serpiente* (1). Nuevos honores y nuevas fiestas se siguieron de esto para María; la fiesta de Nuestra Señora de la Merced y la del Carmen, que aumentaron el tesoro de la liturgia.

Como María habia dado á luz estos institutos, los sostenia y los vivificaba, y esta ocasion se hacia sentir por inspiraciones individuales en el orden de la ciencia ó de la santidad que, no por no ser siempre milagrosas, dejaban de ser sobrena-

(1) San Agustin.

tales, y que autorizaban las piadosas leyendas con que las simbolizaba la fé de aquellos tiempos. Así es como para espresar la notable relacion que se advertia entre la ciencia de Alberto el Grande y su devocion á la Santísima Virgen, se cuenta que de jóven era tan rudo, que hacia desesperar de que se le pudiera enseñar nada; la Madre del Verbo, movida á compasion al ver la piedad de Alberto, le contuvo en la ocasion en que estuvo á punto de abandonar los estudios, y á peticion suya, le concedió el don de la filosofia, advirtiéndole, sin embargo, que por haber preferido esta ciencia á la de su Hijo, se le retiraria al fin de su carrera y volveria á padecer la misma enfermedad intelectual que en un principio. Añádese, que tres años antes de su muerte, en el momento de hallarse en el púlpito captándose la admiracion de su numeroso auditorio por el brillo de su palabra, sus facultades intelectuales se oscurecieron de repente, y que él, acordándose entonces de la prediccion de María y dando algunas lágrimas á la desaparicion de su gloria, reveló este secreto á sus discípulos, que le acompañaron en su pena y retiro, dándole muestras de su religiosa y simpática emocion.

Cuéntase igualmente de San Pedro de Verona, de aquel gran Doctor que pagó con el martirio su celo por la verdad, que estando discutiendo con unos hereges, y habiéndose turbado un momento por la sutileza de sus argumentos, volvió á encontrar en una invocacion á María (como dice Bossuet en su conferencia con Claudio) luces superiores para confundirlos ó iluminarlos.—Nosotros, en fin, no nos desdeñaremos de referir, aun cuando no sea sino como un emblema de la fé suave con que estaba perfumada entonces la ciencia, lo que se cuenta del bienaventurado dominico Egidio. Viendo venir hacia donde él estaba á un célebre doctor de su orden, y advertido interiormente de que era para preguntarle la solucion de una dificultad en que la ciencia no era suficiente para libertar su fé, tocante á la Virginidad de la Madre de Dios, Egidio le salió al encuentro, y pegando en el suelo con su palo, salió de tierra una hermosa azucena al decir el bienaventurado estas palabras: Padre predicador, Santa María es Virgen *antes* del parto; dando otro golpe en el suelo salió otra azucena al decir

el bienaventurado: Padre predicador, Santa María es Virgen en el parto; y lo mismo repitió á la tercera vez, al decir Egidio: Padre predicador, Santa Maria es Virgen *despues* del parto.

Otro prodigio mas verídico, en cuanto que es un acontecimiento histórico, y mas universal en su significacion providencial, señaló el fin del siglo XIII: hablo de la traslacion de la humilde morada de Maria, por mano de los Angeles, de Nazareth á Loreto. Los que quieren que un milagro sea probado con una demostracion tan irresistible que la fé cristiana no tenga que poner la menor parte para admitirlo, podrán dudar de este prodigio, como deberán dudar de todos los demás, aun cuando hayan sido testigos oculares de ellos. Pero los que, movidos por aquella religiosa confianza, quieran únicamente que sea justificado por pruebas racionales á los ojos de una crítica prudente, deberán dar crédito á un acontecimiento que tiene en su favor para darle autenticidad; 1.º varios escritores de los mas recomendables, como Casinio, Baronio, Rinaldo, Torsellino, etc., etc.; 2.º las sumarias y las relaciones ó informes hechos ó tomados por orden de Clemente VII, y el examen mas severo de la congregacion de Ritos; 3.º las constituciones de Paulo II, de Leon V, de Paulo III, de Paulo IV y de Sixto V; 4.º finalmente, los numerosos milagros que se han obrado y que se obran aun á menudo en la santa capilla de Loreto. Benedicto XIV, despues de haber citado y adoptado estas diferentes autoridades, añade: «No podemos contenernos al ver á ciertas personas que se precian de eruditas y de delicadeza de entendimiento, pronunciar entre dientes palabras de duda sobre la verdad de un acontecimiento que tiene en su favor á los críticos mas grandes y mas sábios;» y opone á estos falsos sábios el dicho de Bolland, de Papebrock, de su continuador el Padre Alejandro, de Teófilo Raynaul, del mismo Baillet, del Padre Honorato de Santa María, de Graveson, de Guido Grando, de Calmet, de Muratori, etc., que todos admiten como incontestable la verdad de aquella historia, que conmovió en su tiempo á todos los pueblos de la cristiandad (1).

(1) Benedicto XIV, *De festis B. V. Mariæ*, cap. XVI.

Prescindiendo de la incredulidad de los que no pueden admitir que un cuerpo sea trasportado de un punto á otro del globo, por el mismo poder que hace se mueva este mismo globo en masa en el espacio, nosotros nos limitaremos aquí á indicar la razon filosófica de este prodigio; esta razon es muy bella. Todos los pueblos de raza pagana, aunque convertidos al Cristianismo, debian desaparecer, á escepcion de uno: el pueblo romano, merced á la silla pontificia que lo conserva, por mas que él desconozca con frecuencia este beneficio. Así, todos aquellos grandes focos de la civilizacion antigua, Alejandria, Cartago, Antioquia, Efeso, Constantinopla, ilustrados por los primeros prodigios de la fé y de la ciencia cristiana, despues de haber comunicado la luz y la vida al Occidente, debian apagarse. Sentíase cierta especie de caducidad en aquellas razas paganas, relativamente á la civilizacion del Evangelio, demasiado generosa para que ellas pudieran contenerla sin romperse, como las odres viejas en que se pone vino nuevo, ó llevarla sin doblarse, como aquel coloso que tenia los piés de barro, y al cual se le quiso poner el pecho de bronce y la cabeza de oro. El Espíritu de Dios necesitaba pueblos nuevos y razas fuertes. Así se vé al imperio de Oriente, durante los doce siglos de sobrevivencia, calculados por la Providencia sobre el tiempo necesario para la formacion de los pueblos de Occidente, vacilar de cada vez mas sobre su base, subsistiendo únicamente por una série de prodigios que él mismo era el primero en confesar. Estos prodigios, segun su propio testimonio, eran todos debidos á la proteccion especial de aquella Virgen que habia dado á luz el mundo nuevo, y que influa visiblemente en sus destinos. Así, era costumbre en Byzancio llevar en un carro triunfal, como á la que realmente habia alcanzado la victoria que se celebraba, aquella célebre *Nicopeia*, aquella imágen de la Virgen *Repartidora de la Victoria*, á la cual parecia estaban unidos los destinos de Oriente.

Cuando estos destinos estuvieron cumplidos, cuando la hora del *Movebo Candelabrum* hubo llegado, la mano que habia sostenido el imperio debió retirarse, ó por mejor decir, llevó su sucesion al Occidente, que era ya mayor de edad para

recogerla. Entonces fué cuando la humilde morada de Nazareth, en donde habia tomado cuerpo, en el seno de la Virgen, *la Luz que debia alumbrar á todas las naciones* (1), fué transportada de Oriente á Occidente, así como el hogar de familia pasa al heredero.

He aquí la grande y hermosa significacion del prodigio de Loreto, del que dá testimonio él mismo, por decirlo así, por su razon providencial, tanto como por la impresion de vida y de fé que se siente en aquel santuario de gracia, en donde todos hemos sido engendrados.

Si se opusiese á esta interpretacion la de haberse dejado el Santo Sepulcro en Oriente, sin que todos los esfuerzos de la cristiandad hayan sido suficientes para rescatarlo, nosotros contestaríamos que esto tiene una significacion no menos admirable, á saber: que Dios, que *ha hecho á las naciones curables*, ha querido dejar en aquella tierra de infidelidad una prenda de *Resurreccion*, y que, en efecto, si, como todo lo anuncia, debe resucitar el Oriente, resucitará en el Santo Sepulcro, en el lugar católico de los Santos Lugares.

El siglo décimotercio, el cual conoció aquel celestial prodigio, se habia hecho digno de él, en cierto modo, por su devocion entusiasta á Maria. El culto de esta Señora lo animaba y lo consagraba todo. La vida religiosa, la vida privada, la vida pública, las instituciones, las costumbres, los monumentos y las artes. Uniendo aquel casto ideal de la mujer cristiana en una misma Maternidad, la familia humana á la Paternidad celestial, por la fraternidad de Jesucristo, fué el punto supremo á donde fueron á abrirse la imaginacion y el corazon de toda la edad media; florecencia maravillosa de piedad y de poesia, que se convertía en frutos de gracia, de virtud y de santidad.

Era aquello una especie de emulacion universal por celebrar á la Virgen y por invocarla, no tan solo en las prosas, secuencias, antifonas y responsorios con que el genio de los Herman, Contract y de los Adan de San Victor habian enriquecido el tesoro antiguo de su liturgia, y que la muche-

(1) Luc., II, 32.

dumbre embelesada hacia resonar bajo las bóvedas de las grandes basílicas erigidas en su honor, sino en esas poesías errantes, como la caballería de aquella época, en que los trovadores de Provenza, los cantores de la Guiena, los bardos bretones, los *chantres de amor* de Alemania, los romanceros españoles y los gondoleros del Adriático iban repitiendo las alegrías, los dolores, las grandezas y las misericordias de Maria; y en aquellos concursos académicos, conocidos bajo el nombre de *Puys ó Palinods* (1) en que la sociedad en masa proponia el mas bello elogio de la *Señora de todo el mundo* al premio de la gloria de una palma de oro.

El siglo décimocuarto recogió y aumentó todavía este tesoro de devocion á Maria que le trasmitian los siglos anteriores. A través de todos los cismas religiosos y de todas las escisiones políticas de aquella funesta época, no hubo unidad, en cierto modo, sino para el culto de Maria. El inglés, ejecutor de la justicia celestial contra las ávidas y sacrilegas disensiones de los partidos franceses, se cruzó para aquella grande empresa en nombre de *la dulce Virgen Maria*, invocándola en los combates bajo los nombres de *¡Santa Maria!* *¡Nuestra Señora de Arundel!* *¡Nuestra Señora de Arleton!* y suspendiendo las marchas y las batallas para celebrar en cualquier sitio en que se hallara el ejército las solemnidades consagradas á su culto. Y cuando el cielo quiso sacar á Francia de debajo de los escombros de su ruina, y purgar su generoso suelo de las insolentes ocupaciones de un enemigo olvidadizo de la dependencia de sus triunfos, en el modesto santuario de Nuestra Señora de Bermont, y al pié de la ermita de Santa Maria, fué en donde la Virgen de Vaucouleur, *terrible como un ejército formado en batalla*, desplegó aquella bandera en que estaban escritos estos dos nombres libertadores: *¡Jesus!* y *¡Maria!* bandera que introdujo el terror en las filas inglesas, poniéndolas en precipitada fuga, y que condujo al rey á los piés de Nuestra Señora de Reims para ser consagrada allí.

Dos grandes figuras de aquella época, colocadas en segun-

(1) Poesía en alabanza de la Inmaculada Concepcion. (Nota del Traductor.)

do término, completan el cuadro de la radiante aparición de Juana de Arco; la una, la de «la mujer quizá mas ilustre del siglo décimoquinto, si Juana de Arco no hubiese existido (1),» Cristina de Pisan; la otra, la del gran Canciller de la Universidad, consejero patriótico de los príncipes, oráculo del Concilio de Constanza, y autor presunto de la *Imitacion*, Juan Gerson. Estas dos grandes almas que tan de acuerdo estuvieron para confundir la inmoralidad de la *Novela de la Rosa*, y para celebrar á Juana de Arco (2), se encontraron tambien en la devocion á María, como en la primera parte de las mas nobles y mas puras inspiraciones. Cristina nos ha dejado un tierno testimonio de esto en una oracion á Nuestra Señora, que consta de diez y ocho estrofas, en las que invoca á la Virgen María bajo todos los títulos que la fé nos enseña á darla, y en donde apela á su salvadora proteccion en favor de todos los intereses de la Religion y de la Pátria, á la sazón tan cruelmente sacrificados (3). Gerson se constituye en campeón de

(1) Espresion de M. Paulino-Paris.

(2) He aquí el extracto de tres estancias del poema de Cristina de Pisan á Juana de Arco, cuyo prodigio habia presenciado, y que podrán dar cierta idea de aquella composicion:

«No es una cosa sobrenatural, que una niña de diez y seis años lleve la armadura como un guerrero, sin que la abrume y con tanto gusto como si fuera su alimento, y que sea tan fuerte y tan dura? Los enemigos huyen solo al verla sin quedar ni uno, y esto lo han visto muchos.»

«Ingleses, esconded las vocinas, porque aquí no cazareis nada; no nos vengais á Francia con sonajas; no os figurábais, el otro dia que estábais tan orgullosos, lo que os habia de suceder; pero Dios abate á los soberbios en los caminos y en las sendas!»

«Ella ha llevado al Rey de la mano, cuando ha ido á consagrarse! Jamás se ha hecho cosa mas grande ante Juana de Arco, y por cierto que tampoco la faltaron contradicciones; pero con gran asombro de todos se ha presentado allí con mucha nobleza, ha estado al lado del Rey durante la consagracion y oido la misa.»

(3) Por ser muy larga, nos hemos decidido á dar aquí solamente unas cuantas estrofas de esta hermosa plegaria, de la que

la Inmaculada Concepcion de la Virgen, que fué á defender en nombre de la Universidad á un torneo dogmático celebrado delante del Papa en Aviñon, y desplegó por amor á María una devocion tan tierna á San José, que le obligó á cantarla

hay un manuscrito en la Biblioteca imperial, no habiéndose impreso mas que una vez en un escelente tratado (de que no se encuentra ni un solo ejemplar), titulado, *Ensayo sobre Cristina de Pisan*, por Raimundo Thomassy. La diversidad de las invocaciones á María y su relacion con los grandes intereses, sobre los cuales reclama su auxilio poderoso, hacen de esta composicion un monumento de la fé y del patriotismo de Cristina de Pisan, y de los apuros en que se hallaba la Francia, que parece habla por su boca.

«Oh Virgen Santa, pura, incomparable, llena de inestimable gracia, Madre gloriosísima de Dios, abogada del que te implora, oye mi ruego; concede paz y alegría á toda la cristiandad, y á todos la bienaventuranza eterna. AVE MARIA.

«Virgen sagrada, tú, que segun dice San Bernardo en su sermón de Adviento, nos conservas en la fé y nos abres las puertas del cielo, como si fueran las de un convento, atiende á mis súplicas; te pido que ilumines y protejas á todos los Sacerdotes de la Santa Iglesia; que estos no se cansen de obrar el bien, y que se lo recompenses en el cielo. AVE MARIA.

«Oh tú, como dice San Agustin, Virgen predestinada mucho antes de tu nacimiento, que nos fuiste dada para nuestra salvacion; tú, pura y perfecta por destino, yo te invoco en favor de nuestra Reina de Francia; concédela paz, salud, alegría y mucha vida, y despues de su muerte, dispon de su alma. AVE MARIA.

«Virgen Madre de Dios, templo y sagrario de la Santísima Trinidad, como dice San Gerónimo, Virgen despues del parto, yo te invoco en favor de todo el devoto sexo femenino: ten en tu santa guarda sus cuerpos y sus almas, tanto las de las doncellas como las de las casadas; guárdalas de ser difamadas, y haz, Señora, que no ardan para siempre en el fuego eterno del infierno. AVE MARIA, etc., etc.»

en un poema, titulado *Josefina*, haciendo que se diera culto en todas partes á este santo.

El culto caballeresco entretanto iba aumentando al par del culto litúrgico de María: el rey Juan fundó en honor de esta Señora la orden de la Estrella; Carlos VI, la de Nuestra Señora de la Esperanza; Luis II, duque de Borbon, la del Sílibo (*Chardon de Notre-Dame*); Felipe de Borgoña, el del Toison de Oro; Fernando de Castilla, el del Jarron; y Cristian I, rey de Dinamarca, el orden del Elefante. Estas órdenes no eran puramente honoríficas; los caballeros de ellas contraian la obligacion de ayunar en ciertos dias, la de rezar y la de hacer limosnas, y se dedicaban especialmente al culto de la Madre de Dios. La creacion de estas órdenes era por lo comun una memoria, y aun el *ex-voto* de la gratitud nacional por algun gran beneficio solicitado y obtenido por la poderosa intercesion de María.

Otro tanto sucedió con las fiestas litúrgicas; así se instituyeron la de la Visitacion, por Urbano V, para obtener que cesase el cisma; el rezo de los Dolores por el Concilio de Colonia, para protestar contra el sacrilego vandalismo de los Husitas, que se burlaban de esta tierna devocion con insultos; la de la Presentacion, por Sisto IV; la del Rosario, por San Pio V; y la del Dulce Nombre de María, por Inocencio XI.

A estas dos fiestas vá unido el recuerdo de dos grandes golpes dados al Islamismo. Los piadosos fieles encargados de la observancia de estas conmemoraciones, tienen el glorioso privilegio de pagar por el mundo entero la deuda de la civilizacion, salvada en Lepanto y en Viena por la celestial proteccion de María. La ignorancia ó el olvido del piadoso heroismo que rompió el poder tenebroso de la Media Luna, é hizo prevalecer definitivamente la vivificante claridad del Evangelio, deberian ser modestos y reconocer en el Catolicismo al archivero de los mas gloriosos triunfos de la cristiandad, despues de haber sido el que los promovió. En Lepanto, el poder naval de los Turcos fué aniquilado por la cruzada de Españoles y Venecianos, mandada por D. Juan de Austria, por inspiracion de San Pio V. Aquel gran Pontifice, nuevo Moisés, promovió en toda la cristiandad la devocion del Santo Rosa-

rio, para implorar el socorro de María en la suprema lucha en que iban á jugarse los destinos de Italia y de Europa; y la vision que tuvo de la victoria en el palacio, en el mismo instante que esta se verificaba en las aguas del Mar Jonio, fué la prenda del socorro de María, á quien se debió aquella. La fiesta del Santo Rosario fué instituida en conmemoracion de aquel gran suceso. Pero el poder del Koran se sostenia aun, apoyado en sus fuerzas de tierra, y un siglo despues marchó sobre Alemania y presentó delante de los muros de Viena un ejército turco compuesto de doscientos mil hombres. Una cruzada de todos los príncipes cristianos, inspirada por Inocencio XI, y mandada por Juan Sobieski, rey de Polonia, reprodujo el drama libertador de Lepanto. El dia en que habia de darse la batalla, Sobieski oyó misa muy de mañana en la capilla de Leopoldo II, con asistencia de todos sus generales. El rey comulgó y estuvo con los brazos en cruz casi todo el tiempo que duró el Santo Oficio. Concluida la misa, se puso en pié y exclamó: *Vamos al encuentro del enemigo con entera confianza, bajo la proteccion del cielo y el amparo de la Virgen.* Esta confianza no fué vana: los infieles quedaron completamente destrozados y puestos en desordenada fuga, dejando en el campo de batalla el gran estandarte otomano, simbolo de la fortuna de su imperio, que desde aquel dia y el del combate de Lepanto ha ido siempre en decadencia.

En recuerdo de este triunfo se instituyó, ó al menos se entendió por toda la cristiandad, la fiesta del Dulce Nombre de María, quedando realmente hollada la *Media Luna*.

Pero desencadenada la heregia en el seno mismo de Europa, debia probar con otra lucha mas íntima y mas prolongada los destinos de la Iglesia y de la verdad; á lo que aquella atacó con mas obstinacion, fué al culto de la Virgen y de los Santos. ¡Testimonio grande de la importancia de este culto en el Cristianismo, y que lo recomienda eminentemente á nuestro fervor y piedad! No desdeñemos, no descuidemos una cosa tan consagrada por el desprecio que de ella hacen el error y las profanaciones de la impiedad. La heregia, por lo demás, mostró en su odio sacrilego contra el culto de la Madre de Dios toda la falsedad de su doble pretension. El

Evangelio y la *Tolerancia*, esas dos grandes palabras de que se valió para estraviar á las masas, recibieron en su conducta con respeto al culto santo el mas completo desaire. En efecto, en el *Evangelio*, en los homenajes que este tributa tan solemnemente á María por boca del Angel, por la de Santa Isabel, por la del Espíritu Santo; en su cooperacion á todos los grandes misterios de nuestra salvacion, que el mismo *Evangelio* se complace en ponernos de manifiesto, es en donde está basado el culto que damos á aquella Augusta Virgen. Del título evangélico de *Madre de Dios* es de donde dimana naturalmente este culto, segun la espresion de Bayle. Luego, atentando á él, atacaba la heregia al *Evangelio*. Y no atentaba menos á la *Tolerancia* con la salvaje destruccion de tantas imágenes, tantos altares, tantos templos consagrados á María, sin guardar respeto á la libertad de las almas fieles á la fé de todas las generaciones precedentes.

Sobre este punto recibió la Reforma una punzante y memorable leccion; y como el hecho es poco conocido, merece referirse. En 1528 los Calvinistas empezaron en París por insultar y ultrajar el culto de la Madre de Dios, mutilando una estatua de la Virgen que estaba en gran veneracion, á la cual la cortaron la cabeza. El pueblo de París se conmovió profundamente por aquel doble atentado contra su fé y su libertad, y he aquí su doble protesta con que vengó ambas cosas. El rey Francisco I mandó hacer otra imagen de plata sobredorada, mucho mas hermosa que la primera, y la llevó él mismo en sus reales manos en una procesion inmensa, á la que quiso asistir toda la sociedad, y mandó fuese colocada la Santa imagen en el mismo sitio en que estaba la antigua. Esta fué recogida en el estado en que la dejaron los reformados y trasladada en seguida con gran pompa á la iglesia de San Gervasio; allí fué venerada en lo sucesivo, bajo el título de *Nuestra Señora de la Tolerancia*. ¡Elocuente y encantadora enseñanza, que sacaba partido del sacrilegio contra sus mismos autores, y que hacia nacer la satisfaccion del mismo ultraje (1)! Así es como la Virgen confundia á la Reforma, y

(1) Jacobus Breuleus, *In Antiq., Paris.*

continuaba justificando la antigua alabanza: *Gaude, Maria Virgo, cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.*

La Reforma movió en el seno de la Iglesia una reaccion de fé, de santidad y de luz, que fué provechosa al culto de la Madre de Dios, haciéndola aparecer todavía mas grande á los ojos de la humanidad. La veneracion y el amor se redoblaron en proporcion de la profanacion y el sacrilegio. Todo se convirtió como por encanto en templo y altar de María; las encrucijadas de las ciudades, las fachadas de las casas, los árboles de las selvas, el interior de las habitaciones, veíase en todas partes la imagen de María, y en todas partes recibia los homenajes de la piedad cristiana y de la devocion mas filial. Un arte, que podia llamarse nuevo por la perfeccion á que habia llegado, la pintura, se inspiró del celestial ideal de la Madre de Dios, y la consagró sus mas dulces creaciones. Rafael fué, por decirlo así, la expansion de aquel arte, que dos siglos antes habia empezado á preludiar lo que seria con obras admirables, pero que en él llegaba á su apogeo. Las obras maestras de su pincel no quedaron estacionadas en Italia, como habia sucedido con la mayor parte de las de sus predecesores, sino que fueron diseminadas por toda Europa, disputándose las los príncipes y las ciudades, aun las que estaban situadas en el mismo centro de la heregia, ejerciendo aquellos lienzos una especie de apostolado universal en favor de la Virgen, y vengándola por medio de un culto de admiracion hacia las maravillas que Ella habia inspirado, de las profanaciones de que tantas imágenes suyas habian sido objeto.

Pero María habia dado el sér á otro apostolado mas directo para la gloria de su Divino Hijo y para la salvacion de los hombres. Un caballero español de noble estirpe, parándose de repente en medio del curso de sus disipaciones por una herida que recibió en el sitio de Pamplona, se despierta á la fé y á la gracia por la impresion que hace en él una lectura santa debida al retiro forzoso en que tenia que vivir por el estado de su herida. Una noche que estaba arrodillado delante de una imagen de la Virgen, se sintió tan profundamente conmovido, que resolvió consagrarse al servicio de la Madre de Dios. En cuanto se vió en disposicion de montar á caballo, se fué á la

abadía de Monserrat, peregrinacion célebre á causa de existir en aquel santuario una imágen milagrosa de María. El soldado peregrino llegó allí el día de la Asuncion, y quiso, á imitacion de los antiguos héroes, *velar las armas* delante del altar de la Virgen. Declárase su caballero, cuelga su espada en un pilar como en señal de renunciar á la milicia de la tierra; luego se retira á una cueva, donde ejercitándose en oraciones y en penitencias, mas propias para mortificarle que para volverle á la vida, concibe y crea el célebre instituto de la Compañía de Jesus, que ha justificado tan escelentemente su título y su mision evangélica, con todo el bien que ha hecho y con todos los ultrajes que ha recibido en el mundo.

Al mismo tiempo nacieron otra porcion de órdenes ó congregaciones para hacer frente al error y á la licencia: todos ellos, lo mismo que los que les habian precedido, tuvieron á gran gloria ensalzar á María y se declararon siervos suyos. La devocion á María, la exaltacion de sus grandezas y de sus privilegios, fué en todas partes como uno de los mas vivos caracteres de la reaccion católica, que dió á luz el siglo décimoséptimo. Una pleiada de doctores ilustres, tanto por su ciencia como por su santidad y por la esperiencia de la vida espiritual, lo mismo que por las deducciones ó iluminaciones del pensamiento, formó una especie de culto de alabanza en honor suyo. De estos, basta con que nombremos á Suarez, á San Francisco de Sales, al cardenal de Berulla, á M. Olier, á San Vicente de Paul y á Bossuet. Hasta la misma doctrina parecia que se ensanchaba para dejar mas sitio á María, y toda la Religion adquirió proporciones mas vastas. Porque es cosa muy notable, que todo lo que eleva á María, ensalza á Dios, y todo lo que ensalza á Dios se convierte en mayor gloria de María. De esta suerte, el plan divino habia sido mirado hasta entonces principalmente bajo el punto de vista de la relacion de la Encarnacion con la caida, y en la antítesis de sus dos estados de la humanidad elevada por la Redencion á la síntesis de la union divina; plan magnífico seguramente, cuya esposicion hemos admirado en San Ireneo; plan que ha sido el tema de las mas profundas consideraciones de todos los Padres y de los Doctores que les han sucedido, y en el cual apa-

rece María como la *nueva Eva*. Un conocimiento mas profundo y mas alto del plan divino distingue á la teologia del siglo décimoséptimo, tal como resalta especialmente de San Francisco de Sales, de Suarez, de M. Olier, del Cardenal de Berulla y de Bossuet; y esto mismo es lo que hemos procurado esponer en la *Virgen María y el plan divino*, á saber: que la Encarnacion, y por consiguiente la Maternidad divina de María, no solamente tiene por razon la reparacion de la caida, sino tambien la gloria de la creacion en su universalidad, no como consecuencia, sino como designio primordial.

Cuando espusimos esta doctrina, no sabíamos que tenia en su abono la mesurada y grave autoridad de Bossuet. Muy afortunados hemos sido al volverla á encontrar literalmente en estas palabras de su sermon sobre la fiesta de Todos los Santos: «Si penetramos aun mas en el designio de Dios, hallaremos cuatro comunicaciones de su naturaleza. La primera en la creacion, la segunda se hace por la gracia, la tercera de su gloria, la cuarta de su persona. Y si lo menos perfecto es para lo mas escelente, la creacion concernia á la justificacion, y la justificacion era para la comunicacion de la gloria, y la comunicacion de la gloria para la personal. Esta es la graduacion de San Pablo: *omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei* (1).» Todo es vuestro, y vosotros sois de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios.—«¡Qué obra debe ser esta, á la cual la creacion del universo no ha servido sino de preparacion!»—Esta obra es la union *personal* del Criador con la criatura en Jesucristo, por María. ¡Qué aumento de gloria no recibe con esto aquella Virgen Santa! «Esta es la razon, añade un sábio teólogo de la misma escuela, por la cual se dice, que *únicamente ella ha dado la vuelta al cielo*, porque Cristo es el círculo que lo encierra todo, y Cristo ha estado encerrado en María, dice Ricardo de Saint-Laurent; ó bien, porque por la Encarnacion, el círculo de la creacion se ha vuelto á cerrar, como dice Santo Tomás, que las criaturas salidas de Dios por el Verbo, vuelven á El por el Verbo, y que

(1) Corinth., III, 22, 23.

de esta suerte, aquella vuelta admirable de Dios á Dios, se hace por Dios en María (1)»

Como se vé por esta última cita, aquella doctrina no era nueva, si se ha de hablar con propiedad, porque en la verdad no hay nada nuevo; pero era espuesta de nuevo, *segun se ha podido ir descubriendo, poniendo mas atencion en la doctrina de la Sagrada Escritura y en la doctrina de los Antiguos*, como dice San Francisco de Sales (2). Y de este modo iba creciendo siempre en la Iglesia la gloria de la Madre de Dios.

Por esta misma época recibió María uno de los mas grandes homenajes que pueden ofrecérsele en la tierra, el *del mas hermoso Reino despues del del cielo*. Varias veces habia experimentado ya Francia la proteccion especial de María, en cambio de los votos particulares que habia hecho esta nacion en circunstancias criticas para sus destinos. Ya le era deudora, especialmente de San Luis, nacido de resultas de un voto hecho por la reina Blanca á la Maternidad divina; las grandes victorias de Bouvines, de Mons-en-Puselle y de Casset, altamente atribuidas á su socorro celestial por Felipe Augusto, Felipe el Hermoso y Felipe de Valois, que la habian invocado en el peligro, y que la glorificaron en el triunfo; en fin, la Virgen de Domremy, barriendo á los ingleses y restableciendo el trono en su escursion heróica de Nuestra Señora de Bermont á Nuestra Señora de Reims, bajo la enseña libertadora de *Jesus y María*. No se creyó Luis XII menos deudor á María de la conservacion de la Francia en medio de los disturbios que habian amenazado disolverla, así como del nacimiento de Luis XIV despues de veinte y dos años de un matrimonio estéril. Para reconocer la proteccion de María, y para fijarla sobre la Francia, aquel piadoso monarca ofreció solemnemente á la Reina del cielo su corona y su reino, poniendo ambas cosas bajo su patronazgo por medio de un acto perpétuo de devocion. El 15 de agosto, fiesta de la gloriosa Asuncion de María, fué el dia conmemorativo de aquel voto nacional, que Francia cumple aun todos los años, despues de tantos trastornos y con-

(1) Vicente Contenson, Theolog., spirit.

(2) Tratado del amor de Dios, lib. II, cap. IV.

mociones, y al cual debe quizá su preservacion y la fortuna de sus armas. De aquel voto, en el tiempo que fué hecho, pareció brotar el gran siglo. La piedad que lo habia inspirado respira en todos los grandes genios que supieron poner entonces á tanta altura la gloria del nombre del ingenio humano, y entre los cuales, los dos mayores, Corneille y Bossuet, fueron los mas humildes siervos de María.

Pero uno de los caracteres mas sensibles de la gloria de María ha sido siempre el seguir las mismas vicisitudes que Jesucristo y su Iglesia, y salir siempre mas triunfante de ellas. Esto es lo que debia demostrarse por centésima vez en la gran prueba del Jansenismo. Este hizo abortar aquel magnifico movimiento de reaccion católica que promovió la Reforma, y cuyo último mantenedor es Bossuet; el Jansenismo ha contribuido poderosamente á arrojar á la sociedad cristiana en la impiedad del siglo diez y ocho. Esta impiedad empezó á manifestarse como siempre por un rigorismo exagerado, que se ensañó al principio con el culto de la Virgen, suponiéndolo atentatorio al de Jesucristo. Ya hemos dado á conocer en otro lugar, por la elocuente refutacion que de él hizo Bourdaloue, el manifiesto de la secta sobre este punto publicado bajo el título de *Consejos de la Bienaventurada Virgen á sus devotos indiscretos*. Tambien son sabidas las mutilaciones litúrgicas que se permitieron hacer aquellos novadores, y cómo por su odio final al culto de la Virgen y de los Santos fueron á confundirse con la Reforma. Pero lo que no se sabe bastante, es hasta dónde llegaba, desde el principio, desde la edad de oro del Jansenismo, el orgullo sacrilego é idolátrico que le llevaba hasta colocarse él mismo en los altares en sustitucion de la Madre de Dios. He aquí á este propósito un documento inédito que hemos hallado en la sala capitular de Nuestra Señora de París, y que tiene todos los caracteres de la mas inmediata autenticidad:

Al pié de una carta autógrafa de San Francisco de Sales al R. P. Binet, sobre la resistencia que opuso á la peticion de la Madre Angélica de entrar en el órden de la Visitacion, se lee la nota siguiente puesta por una mano contemporánea: «Carta escrita por San Francisco de Sales á la Madre María Angélica

Arnault, que trajo á Paris el Port-Royal de los Campos dos años antes, y á la cual se la predijo que perderia la fé, á menos de unirse inviolablemente á la Iglesia Romana. Sin embargo, poco despues oyó la doctrina de Saint-Cyran, que la ganó, y á su hermana la madre Inés y á tres hermanos de ambas. Saint-Cyran decia que no habia conocido sino dos cabezas bastante fuertes para pasar dos Pascuas sin comulgar, que eran las dos hermanas; llamando fuerza de espíritu la resistencia á la Iglesia (1).»

La susodicha Madre llegó á tal estado de ceguedad, que decia que preferia ser canonizada (no poniendo la menor duda en que debia serlo) por el Papa de Port-Royal, á serlo por el de Roma. En efecto, M. de Singlin, que sucedió á M. de Saint-Cyran, la declaró Santa un año despues de su muerte, bajo el nombre de Santa Magna, y aquellos señores cambiaron en honor suyo el *Sub tuum* y otras oraciones del breviario; además abrieron su sepulcro, é hicieron relicarios para colocar reliquias suyas. M. Chamillart asegura en sus escritos haber visto varias, y otras supersticiones no menos estrañas (2).»

De suerte, que he aquí todo aquel hermoso celo por el honor de Jesucristo contra los devotos *indiscretos* de la Santísima Virgen, que concluye por sustituir el culto de la Madre Arnault al de la Madre de Dios, por aplicar á aquella el *SUB TUUM*. Bien se conoce aquí la inspiracion de aquel que dijo: «Yo me elevaré hasta el cielo, colocaré mi trono encima de los astros de Dios, y seré igual al Altísimo (3).»

Semejante orgullo debia despeñarse. Por desgracia, arrastró en pos de sí á la sociedad, haciéndola sacudir el yugo de

(1) ¡Qué visibles son las contradicciones á que está sujeto el error! El Jansenismo, cuyo error consiste en profesar que la gracia lo hace todo en nosotros, sin que haya fuerza en nosotros para cooperar á ello, y que al mismo tiempo aleja á sus adeptos de los sacramentos que la dan, pretende que somos bastante fuertes para pasar sin recibirlos.

(2) Al pié de este escrito se lee: *Pieza salvada en 1797 por Jacobo-Francisco Bellet, diácono de la Iglesia de Paris.*

(3) *Isaiás, XIX, 14.*

la autoridad, y entregándola á todos los arrebatos de la licencia. El mundose hundió. Desapareció toda especie de culto, y todo fundamento moral y social quedó sumergido en la tormenta, y como última consecuencia del principio que habia producido aquel espantoso trastorno, la razon prostituida y entregada á toda clase de escesos, se colocó en los altares en lugar de Dios, en una personificacion digna de ella. ¡Tambien para esto se aplicó el *SUB TUUM* y hasta el *TE-DEUM*!

El culto de la Santísima Virgen entró entonces en las *Catacumbas* á una con el de su divino Hijo, y recibió allí, como en un principio, el homenaje de los Mártires. Tambien salió con frecuencia de boca de estos, en presencia de los tiranos, cuando al ser conducidos al suplicio, hacian sobresalir, apagando con sus voces las imprecaciones y blasfemias de una multitud de canibales, las angélicas estrofas del *Ave Maris Stella* ó del *Magnificat*, empezadas á cantar en la tierra y concluidas en el cielo.

La heroica Vendée sacaba al mismo tiempo de este santo culto, unido inseparablemente al de Jesucristo, sus mas invencibles resoluciones y sus consuelos supremos, cuando en las encrucijadas de sus devastados cuerpos invocaban aquellas poblaciones proscritas á *Nuestra Señora de Gros-Chene*, ó cuando al rezar el rosario habia que interrumpirlo para correr á las armas, y se lo ponian al cuello los combatientes á guisa de armadura, en tanto que las mujeres y los ancianos cooperaban á sus triunfos orando con doble fervor.

Esta fidelidad hereditaria al culto de la Madre de Dios se habia aumentado en aquellas piadosas provincias, cerca de cien años antes, por el apostolado de un Santo misionero, que en medio de los ataques que sufría la fé, habia tenido el profético presentimiento de la vuelta de la sociedad á los sentimientos religiosos que ahora presenciarnos, atribuyéndosela á María. «Por la Santísima Virgen es, escribia hace ciento cincuenta años el venerable Grignon de Monfort, por donde Jesucristo ha venido al mundo, y tambien debe reinar en él por María... Por María ha empezado la salvacion del mundo, y por ella debe consumarse. Por esto quiere Dios que su Santa Madre sea mas conocida, mas amada, mas honrada que nun-

ca; quiere ensalzarla y mostrarla al mundo como la obra maestra de sus manos... Maria debe brillar mas que nunca en misericordia, en fuerza y en gracia en estos últimos tiempos... Luego, si *como es cierto*, el reinado de Jesucristo llega al mundo, esto no será sino una consecuencia necesaria del conocimiento y del reinado de la Santísima Virgen María, que lo ha traído al mundo la primera vez y que le hará brillar la segunda (1).

Entre los títulos que tiene para figurar entre los Santos este gran siervo de Dios, cuyo proceso de canonización se está instruyendo en este momento, sin duda no es uno de los menores esta visión tan anticipada de la renovación del Cristianismo por este culto de María, al cual contribuyó él mismo tan generosamente. La misma Madre de Dios desde aquel alto grado de gloria á que la ha elevado en la tierra la proclamación dogmática de su Inmaculada Concepción, parece que proyecta sobre su Apóstol los rayos de esta gloria que él ha saludado en el porvenir, y que le toca de justicia en el tiempo pretérito.

Entretanto la tempestad que parecía haber echado á pique para siempre los destinos de la Fé y de la Iglesia de Francia, rugió largo tiempo, después de haber sido domada, semejante á esas olas que prolongan en las costas los ruidos de la tormenta apaciguada en el Océano. El culto cristiano, aunque restablecido en la ley, estaba en minoría en la opinión. El mismo poder que había traído la Religión se atrevió á poner una mano sacrílega sobre su Pontífice. Pero este atentado avivó la fé en las almas mas de lo que había hecho el favor, y el culto de la Virgen recibió las primicias de esta fé. Entre los apuros y las angustias de su doble cautiverio, Pio VII puso su confianza en María; y en la época de su restablecimiento definitivo, *en la conciencia íntima de que aquella maravillosa vicisitud de acontecimientos que, con aplauso del universo, le habían restablecido en su silla, debía atribuirse á la intercesión de la Santísima Virgen Madre de Dios, cuyo pode-*

(1) *Tratado de la verdadera devoción á la Madre de Dios.*

roso auxilio había implorado y hecho implorar por los fieles cristianos, decretó aquel Santo Pontífice que se instituyera una fiesta en honor de la Virgen Madre, bajo la denominación de AUXILIADORA DE LOS CRISTIANOS, el día 24 de mayo, aniversario de su dichosa reintegración en Roma, como recuerdo perpétuo y en acción de gracias por tan inmenso beneficio (1).

Pio VII, al instituir esta nueva fiesta, no hacía sino seguir el ejemplo de sus predecesores; así lo dice él mismo en la lección del oficio, recordando la conducta de San Pio V con motivo de la victoria de Lepanto. De este modo se enriquecía el culto de María con los beneficios que dispensaba á los cristianos.

Empezaba entretanto á ceder el invierno de la impiedad bajo un nuevo soplo de vida. El culto de la Virgen fué el primero que sintió los efectos de esta regeneración, y fué reanimándose como por invitación del celestial Esposo que repetía aquellas suaves palabras del cántico sagrado: «Levántate, amadísima mía, paloma mía, hermosa mía, y ven. Porque ha pasado el invierno, la lluvia se ha ido y se ha retirado, han aparecido las flores en nuestra tierra, ha venido el tiempo de la corta, y se han oído los arrullos de la tórtola.» Todas las antiguas devociones de la Virgen volvieron á aparecer, y á aquellas vinieron á unirse otras nuevas. Dos de ellas principalmente vinieron á dar á su culto un nuevo vuelo: el *Mes de María* y la *Archicofradía de su Santísimo Corazón*.

La institución del *Mes de María* quizá sea una costumbre nueva, pero como todo lo que es católico, es muy antigua en su espíritu; y las palabras del cántico segundo que acabamos de referir, y que la Iglesia no ha dejado de aplicar á María, son un testimonio de aquel antiguo espíritu que asocia el despertar de la gracia al de la naturaleza, y que opone el culto de la Pureza á las seducciones de las criaturas y á la fermentación de los sentidos. El *Mes de María* está perfectamente colocado en esa época climatérica del año, como preservativo y antídoto contra los venenos de la serpiente, según la

(1) Lección del oficio de Nuestra Señora Auxiliadora.

antigua doctrina de la Iglesia. Además, esta relacion de la primavera de la naturaleza con la de la gracia en María, es demasiado cierta para que no se haya conocido en todos tiempos, y de ello se encuentra un interesante testimonio en un antiguo capitel de la antigua abadía de Cluny, en el cual, en medio de una aureola, se vé la imágen de la Santa Virgen y en torno de esta el gracioso exámetro siguiente:

Ver primos flores primos adducit honores.

«La primavera trae (para María) con las primeras flores, los primeros honores.»

La Archicofradía del Santísimo é Inmaculado Corazon de María se recomienda por una oportunidad y por unos efectos no menos admirables. Ha sido un pensamiento verdaderamente inspirado por Dios el de fundar, en unos tiempos de indiferencia glacial, y en un santuario al que nadie acudia por estar situado en el centro de los placeres y de los negocios, una devocion cuyo foco habia de ser el virginal y abrasado (en su amor de Dios) corazon de María. ¡Cuánta confianza en el corazon de María indica el haberse atrevido á plantear una empresa semejante! ¡Pero cuán grande no ha sido el éxito que ha venido á justificar esta confianza! El venerable cura de Nuestra Señora de las Victorias ha podido ver su Iglesia convertirse, de la mas desierta, en la mas frecuentada, no tan solo de Francia, sino puede decirse, del mundo entero. Los innumerables sócios de la Archicofradía fundada en aquel templo han hecho de él, por decirlo así, la parroquia universal de la devocion á María. ¡Y cuántas gracias y cuántas maravillas de fé y de religion han sido el fruto de este nuevo homenaje tributado á la Virgen! La multitud de las conversiones obtenidas por esta devocion, que tiene especialmente por objeto solicitarlas por medio de María, ha hecho con la institucion del Mes de María el medio mas activo de la renovacion religiosa á que asistimos.

Finalmente, la proclamacion dogmática de la Inmaculada Concepcion de la Virgen ha venido á poner el colmo á este culto prodigioso, cuya historia hemos bosquejado. Este grande

acontecimiento resume todo el movimiento de fervor y de devocion á la Madre de Dios que conmovió los siglos pasados, remontando hasta el Concilio de Efeso, hasta la antigüedad Apostólica, hasta el arrebató de gozo de Isabel, al saludar Bienaventurada á María, y de la misma María, cantando que la glorificarán todas las generaciones.

El mundo ignorante é irreflexivo se ha sorprendido de este hecho sublime, conceptuándolo de capricho de la Iglesia, y aun como un desafio lanzado al racionalismo contemporáneo. No sabe que ha llegado su hora, como la aparicion de un astro en el horizonte, al través de inmensas rotaciones, siguiendo una ley de exactitud matemática. Doscientos años ha que no podia explicar Bossuet sino por la gran prudencia de la santa Sede que no se hubiera definido aun la Inmaculada Concepcion de María (1). Cuatrocientos cincuenta años ha que esclamaba Gerson, órgano de la Universidad cuyo canceller era: «¡Perezcan los que se vanaglorian de imprimir mancha á la Madre y al cuerpo místico (2)!» Quince años hace que escribió San Agustin: «Cuando se trata de pecado, no quiero oír hablar de la Virgen María.» Seis mil años hace que dijo Dios á la serpiente: «Pondré enemistades entre tí y la mujer, y esta te quebrantará la cabeza, y tú pondrás asechanzas á su carcañal.» Finalmente, María, predestinada desde toda eternidad á ser el Tabernáculo de la Sabiduría Encarnada, pudo decir con esta: «Aun no existian los abismos, y ya era yo concebida (3).» La Inmaculada Concepcion de María ha sido siempre una verdad, y se puede decir tambien que una necesidad, segun el designio de Dios. Solamente que queriendo desplegar la Providencia sucesivamente una gloria tan grande, para hacer notar mejor la gracia que es su fundamento, para asociar la piedad cristiana á su triunfo, y para reservar su manifestacion á estos últimos tiempos, ha empleado diez y nueve siglos en formularla.

(1) Catecismo de Bossuet.

(2) Estudio sobre Gerson, por R. Thomassy, pág. 191.

(3) Prov., lib. VII, 24.

¡Cosa admirable! y cuya consideracion termina felizmente este estudio histórico del culto de la Madre de Dios; este culto no ha cesado, como hemos visto, de crecer y de progresar en gloria por la mútua emulacion de los honores que ha tributado la Iglesia á María, y de las gracias que ha obtenido María para la Iglesia: cada beneficio que ha obtenido María, desde los primeros triunfos contra las heregias, ha sido objeto de un homenaje tributado á su gloriosa Maternidad, y cada nuevo homenaje ha valido á la tierra nuevos beneficios. Así se ha elevado el culto de María en los testimonios de su poder y de su caridad por los hombres, habiéndose verificado de esta suerte, como una Asuncion de María á la Iglesia. Y como María es el nudo de todos los misterios cristianos, aprovecha su triunfo á la Religion entera. Así, elevando su gloria á su colmo, la declaracion dogmática de su Inmaculada Concepcion ha sido la confirmacion mas patente y brillante del fundamento del cristiano, á saber: el *pecado original* que hace resaltar tan singular exencion; la *Divinidad de Jesucristo* que vale á María esta exencion, y la infalible *autoridad de la Iglesia* y de su *Pontífice* que la decreta y la proclama. ¡Espectáculo perfectamente dispuesto para conmover á un espíritu reflexivo, y que ha inspirado hasta á un herético esta reflexion: mientras ha venido la Reforma á poner en duda la necesidad del Bautismo, y á conmover esta piedra del edificio cristiano, pone la Iglesia el remate y como la cúpula que toca á todas las partes de la doctrina; ¡y es en María en quien se coloca esta cúpula!

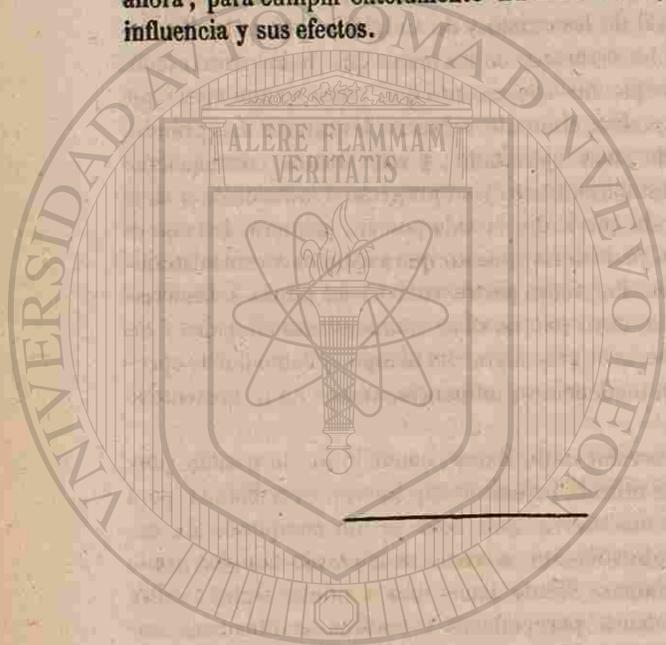
Este honor supremo tributado á María, no será menos fecundo que los que le han precedido: le atraerá nuevas gracias al mundo. Dios no se dejará vencer en beneficios. Glorificado en su Madre, volverá á acordarse, á causa de ella, el Señor Jesus de su misericordia hácia sus hermanos y se mostrará Salvador. ¡Y no es ya un visible desiguio de misericordia y una prenda de reconciliacion y de paz, haber inspirado en nuestro tiempo un homenaje á María tan envidiado en los pasados siglos; haber reservado, al través de todas las edades de fé, la proclamacion dogmática de *María concebida sin pecado*, para un siglo concebido en el pecado,

en la impiedad y en la rebelion? Con esta proclamacion sucederá como con la de la Maternidad divina en Efeso; abrirá una nueva era de fé; hará que dé un paso el mundo en sus celestes destinos, le volverá á conducir de los últimos estravíos de la heregia y del racionalismo, le hará volver á entrar en el camino real de Jesucristo y de su Iglesia, con todo el conocimiento de los errores y de los males que habrá atravesado. A la manera que un adolescente que crece en una crisis que puso fin á sus dias, el mundo volverá á levantarse mas grande, mas ilustrado, mas ejercitado, y este ilustre convaleciente deberá su restablecimiento y su progreso á la mediacion de la Madre querida que le dió la vida por vez primera. Esto no es profecia, es ya historia, puesto que asistimos á esta misteriosa renovacion. Por todas partes vuelven las almas á Jesucristo por María, cuyo solo nombre conmueve las ciudades y los campos. Este es el gran signo del tiempo, y como puede apreciarse por su tendencia su influencia, vemos en lo presente lo porvenir.

Así, lo porvenir es de María, como lo fué lo pasado: porque el Señor miró la bajeza de su sierva, es Soberana para siempre. En una tierra que solo es un compuesto de escombros, subsisten sus altares, se le elevan templos, se le levantan estatuas, desde hace diez y nueve siglos, sobre nuestras ciudades perecederas y nuestros arruinadizos imperios. La roca y el bronce no son bastante duros para expresar la fuerza y la duracion de su reinado. Las Catacumbas de los primeros tiempos nos la hacen aparecer tal como en nuestros dias, siempre antigua y siempre nueva, como la sabiduría eterna de que es la sede en medio de nosotros, que Ella presenta á nuestras adoraciones, como lo hizo á las de los Magos, y que se dá incesantemente á la humanidad por su Maternidad virginal. Otros tomarán despues que nosotros la pluma que habrá dejado caer nuestra mano mortal, y continuarán la esposicion de esta gran maravilla, cuyo acontecimiento desafía ya toda explicacion natural, y que como aumento de prodigio ha marcado anticipadamente Dios con el sello de su Omnipotencia por esta profecia patente que salió de los mismos lábios de la humilde Virgen que es su objeto, á

saber: **TODAS LAS GENERACIONES VENIDERAS ME LLAMARÁN BIEN-AVENTURADA.**

Tal ha sido, tal será el culto de la Virgen María. Hemos espuesto su organismo, su funcion, su historia; réstanos ahora, para cumplir enteramente nuestra tarea, esponer su influencia y sus efectos.



LIBRO CUARTO.

EXPOSICION SOCIAL DEL CULTO DE LA SANTISIMA VIRGEN.

SU INFLUENCIA EN LAS COSTUMBRES, EN LA FAMILIA Y EN LA SOCIEDAD.

CAPITULO PRIMERO.

Influencia del culto de María en el estado de la mujer.

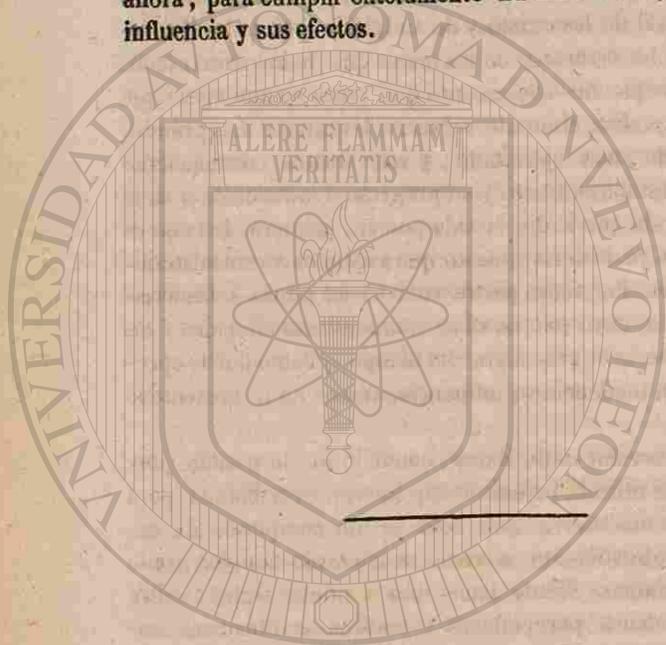
Cuando quiere Dios caracterizar en la Sagrada Escritura el prodigio de la revolucion que vá á obrar, por su Cristo, en el mundo (revolucion que anuncia patentemente, con la anticipacion de dos mil años, para que no pueda dudarse que El será su autor), dice: «*Crearé una nueva tierra y nuevos cielos.*»

Y en efecto, lo que caracteriza al Cristianismo es lo que es propio de Dios, la accion creadora, la que hace que se le llame por escelencia el *Criador*. Y aun mas, porque no solamente ha sacado el Cristianismo un mundo nuevo de la nada, sino de la mas violenta oposicion de principio y de naturaleza; pues las ha vencido, y es Redentor. ®

Esto es lo que aparece en todo el Cristianismo; en la destruccion universal de la idolatría y el establecimiento del culto de Dios único, adorado en espíritu y en verdad; en la libertad de conciencia; la igualdad de razas y de individuos; el derecho de gentes y la fraternidad de los pueblos; la emancipacion

saber: **TODAS LAS GENERACIONES VENIDERAS ME LLAMARÁN BIEN-AVENTURADA.**

Tal ha sido, tal será el culto de la Virgen María. Hemos espuesto su organismo, su funcion, su historia; réstanos ahora, para cumplir enteramente nuestra tarea, esponer su influencia y sus efectos.



LIBRO CUARTO.

EXPOSICION SOCIAL DEL CULTO DE LA SANTISIMA VIRGEN.

SU INFLUENCIA EN LAS COSTUMBRES, EN LA FAMILIA Y EN LA SOCIEDAD.

CAPITULO PRIMERO.

Influencia del culto de María en el estado de la mujer.

Cuando quiere Dios caracterizar en la Sagrada Escritura el prodigio de la revolucion que vá á obrar, por su Cristo, en el mundo (revolucion que anuncia patentemente, con la anticipacion de dos mil años, para que no pueda dudarse que El será su autor), dice: «*Crearé una nueva tierra y nuevos cielos.*»

Y en efecto, lo que caracteriza al Cristianismo es lo que es propio de Dios, la accion creadora, la que hace que se le llame por escelencia el *Criador*. Y aun mas, porque no solamente ha sacado el Cristianismo un mundo nuevo de la nada, sino de la mas violenta oposicion de principio y de naturaleza; pues las ha vencido, y es Redentor. ®

Esto es lo que aparece en todo el Cristianismo; en la destruccion universal de la idolatría y el establecimiento del culto de Dios único, adorado en espíritu y en verdad; en la libertad de conciencia; la igualdad de razas y de individuos; el derecho de gentes y la fraternidad de los pueblos; la emancipacion

del esclavo; la dignidad del pobre; el precio del niño; la rehabilitacion doméstica y el respeto social de la mujer.

Esta última obra lleva, lo mismo que las otras, el sello *divino* de creacion. El Cristianismo ha creado la Mujer, la Virgen, la Esposa, la Madre y la Señora. La servidumbre y la degradacion de la mujer era un hecho universal en la antigüedad; era mas, era un principio. La emancipacion y el culto respetuoso de la mujer es un hecho y un principio en todo el mundo cristiano. Entre estos dos estados media tanta distancia, como entre el sér y la nada, ó mejor dicho, toda la oposicion que existe entre la decadencia y la rehabilitacion. Son estas dos cosas como dos polos negativos y positivos, de los cuales el uno rechaza y el otro atrae.

Tan cierto es que la rehabilitacion de la mujer pertenece exclusivamente al Cristianismo, que su degradacion se prolongó aun en las partes de la humanidad á donde no ha llegado la luz de este, como para dar testimonio del carácter sobrenatural de tal beneficio. Lo mismo se hubiera prolongado en el mundo antiguo, á no ser por el Cristianismo. Sobre este punto, lo mismo que sobre todos los demás, se ha tratado de considerar la accion del Cristianismo como un simple *refuerzo* ó auxiliar, que no ha hecho sino acelerar un trabajo cuya necesidad se hacia ya sentir. Algunos, mas generosos, reconocen que sin el Cristianismo no hubiera llegado jamás aquel trabajo á su debido término, y que jamás hubiera pasado de una predisposicion. Nosotros no admitiremos siquiera esta última opinion; nosotros negamos este trabajo. El trabajo que habia en el mundo no era otro que el de una descomposicion espantosa, y en suma, jamás ha sido el mundo mas capaz de cristianizarse que cuando ha triunfado el Cristianismo: de tal suerte, que si ha habido algo que haya podido responder á aquella operacion misericordiosa, ha sido el gran esceso, y digámoslo así, la madurez del mal.

El Cristianismo ha inoculado en el mundo un *principio* creador y vital, sacado de fuera del mundo y venido del cielo. Y para hacer resaltar mas el carácter enteramente sobrenatural de aquel principio, lo ha aplicado, de intento, por medios antinaturales; por la locura de la Cruz y de su predic-

cion, á fin, como dice San Pablo, de que toda sabiduría humana quedase confundida y de que la virtud de Dios no perdiese nada en ello.

Este principio es el que ha obrado la rehabilitacion de la mujer, lo mismo que todos los demás hechos cristianos, y esto de un modo especial.

En efecto, la mujer es quien ha concebido y producido este principio, que no es sino el Verbo de Dios nacido á este mundo por María. ¿Cómo hubiera podido la mujer dejar de sentir de un modo enteramente especial la redencion que ha proporcionado á toda la humanidad, puesto que su sexo, representando á María, ha sido el agente bendito de esta redencion universal?

Sin duda que en Jesucristo no hay ni hombre ni mujer, y que la mujer no recibe un honor distinto de el del hombre en su comun Salvador; pero en cuanto á que este ha querido ser fruto de la mujer, la mujer halla en María un principio particular de rehabilitacion.

Y así convenia. Porque independientemente de la decadencia comun á todo el género humano, la mujer sufría una decadencia especial, que provenia de haber sido ella agente primitivo de la decadencia comun. La mujer tenia que ponerse al nivel del hombre, en el momento en que este iba á ponerse al nivel de Cristo; sin lo cual, la mujer hubiera guardado en la rehabilitacion comun la proporcion de inferioridad que tenia en la decadencia comun, y el mal no se hubiera remediado completamente. Convenia, pues, que la mujer tuviera una parte especial en la separacion, que estuviese en armonia con la que habia tenido en la falta. ¿Y de qué modo? Siendo el agente primitivo de aquella, así como lo habia sido de esta, cogiendo y gustando la primera el fruto de vida y comunicándoselo á la humanidad, del mismo modo que lo habia hecho con el fruto de muerte. Esto es lo que se ha verificado en María, llamada con justicia por esta razon *la nueva Eva*. Así como todas las mujeres llevan sobre sí la maldicion de la falta de Eva, asimismo recae sobre ella la bendicion de la gracia dada á María. María, recordando aquí lo dicho por San Ireneo, es, no sólo la *Causa de la salvacion de todo,*

el género humano, sino en particular la *Abogada de Eva*, y también es la *Abogada de Eva*, porque ella es la causa de la salvación de todo el género humano.

El culto de María tiene de este modo un alcance tan considerable como legítimo, como rehabilitación de la mujer: este culto inspira aquella rehabilitación á su mantenimiento y á su progreso; este culto la caracteriza admirablemente en su tipo más perfecto y la preserva, no solo de toda pérdida, sino de todo extravío ó esceso. ¿Quién sabe en qué habría venido, en qué vendría á parar la condición de la mujer si el culto de María llegara á debilitarse en el mundo? Con él desaparecería la mujer católica, que por el tono que dá á Europa, contiene á la mujer protestante en la pendiente de una eliminación ya sensible y nos salva á todos de la mujer libre (1).

¿Quién puede calcular las consecuencias que de esto resultarían para las costumbres, para la familia, para la sociedad y para la civilización?

Para apreciarlo mejor, robusteciendo las verdades que acabamos de emitir, mostremos:

- 1.º Lo que era la mujer antes del Cristianismo.
- 2.º En lo que se ha convertido.
- 3.º Cómo ha llegado á ser lo que es.

§. I.

Todos los que han estudiado este importante asunto están acordados en punto á reconocer el sello indeleble de degradación legal, moral y social que lleva impreso la mujer fuera del Cristianismo.

«Todas las legislaciones antiguas, ha dicho M. de Maistre, desprecian á las mujeres, las degradan, las oprimen y las

(1) En lo que concierne á la mujer protestante, diremos una vez por todas, para que nadie pueda creer que tratamos de ofenderla ó despreciarla, que es lo que queremos decir, á saber: Que no hay mujer protestante tan perfecta, que no lo sea menos de lo que lo sería siendo católica.

maltratan más ó menos (1).» «Si hay algo bien averiguado en el mundo, dice M. Troplong, es la inferioridad de sitio en que colocaban á las mujeres la religión y constituciones políticas de todas las naciones antiguas (2).»

I. En todo el Oriente, entre los Asirios, en Persia, en la India, entre los pueblos bárbaros de la Escitia, de la Libia y de la Tracia, la mujer estaba degradada por el divorcio, por la venta y por el comercio que con ella se hacía. Sierva ó esclava del hombre, juguete de sus caprichos, víctima de su dominación tiránica, instrumento de sus placeres, añadía á todas estas degradaciones la desgracia de aceptarlas y ratificarlas por una inferioridad moral, que ni siquiera la permitía sentirlas.

Egipto, que fué como la madre de la civilización antigua, y que se creía estar á mayor altura moral que los demás países, no difería mucho de esto, respecto á semejantes costumbres. El repudio, la poligamia, el incesto y la prostitución estaban consagrados allí por las leyes y por la misma religión, que llevaba la impudicia hasta el colmo en las fiestas de Adónis y de Isis, y en aquellas procesiones cívicas conocidas bajo el nombre de *phallegories*, en las que las mujeres desempeñaban el papel que se sabe. Degradada la mujer en lo que dis-

(1) DE MAISTRE, Aclaraciones sobre los sacrificios, p. 22.

(2) M. TROPLONG, *De la influencia del Cristianismo sobre el derecho civil de los Romanos*, pág. 288. CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*; BALMES, *Del protestantismo comparado con el Catolicismo*; M. LABOULAGE, *Investigaciones sobre la condición civil y política de las mujeres, desde los Romanos hasta nuestros días*; y sobre todo el concienzudo, rico y completo trabajo publicado en la *Universidad Católica sobre la Decadencia de la mujer, y su Rehabilitación por el Cristianismo*; obra escrita por nuestro sábio y digno amigo M. J. Ch. Dabas, decano de la facultad de letras de Burdeos. Este último trabajo nos ha servido mucho, y hemos tenido tanto menos escrúpulo de beber en aquella fuente, cuanto que la completa unanimidad de miras y sentimientos que existe entre el autor y nosotros, nos la hacía en cierto modo más común, salvo el mérito y la modestia que son exclusivamente del autor.

tingue á su sexo, en el pudor, aun podia aspirar menos á la dignidad de esposa, de hija y de madre, no teniendo de estos estados sino los cargos, pero nunca los honores. Así es cómo unas leyes terribles castigaban allí su adulterio, cómo incumbia á las hijas el mantener á sus padres, y cómo las mujeres eran las encargadas de los negocios y quehaceres, en tanto que los hombres descansaban.

¿Qué diremos de las costumbres griegas? Sin duda, unos caracteres como los de la Ifigenia, de Penélope y de Andrómaca, aunque ficticios, suponen, para haber sido concebidos y probados, costumbres en que la hija, la esposa y la madre no careciesen de dignidad; pero aquellos tipos embellecidos con todos los dones de la poesía, son sumamente á propósito para hacer resaltar el fondo de aquellas costumbres en lo que tienen de duro, de deshonoroso y de esclavizador para la mujer. Así, toda la gracia de Ifigenia, toda la ternura de un padre, rey de reyes, todo el amor celoso de una madre, no pueden salvar de la cuchilla á la inocente virgen. Penélope, tan casta y tan fiel, no puede librarse de la tiranía brutal de sus pretendientes, y el mismo Telémaco, hijo y dueño suyo, la recomienda el silencio y la envía con bastante aspereza á su cuarto de labor. Finalmente, Andrómaca, á quien Héctor envía igualmente á entender en las labores de su sexo, sobrevivirá á su esposo y á su hijo, y, concubina del asesino de su casa, será legada por este á un esclavo. El velo de galantería con que la musa eminentemente cristiana de Racine ha cubierto estas situaciones de la mujer antigua, no debe ilusionarnos: debe mas bien hacer resaltar la verdad por su oposicion con ella. Por lo demás, ¿qué es lo que nosotros vemos en todas partes, no digo solamente en lo real, sino aun en lo ideal de la gracia heroica, mas que mujeres brutalmente arrebatadas á sus familias y á sus maridos por los Hércules y los Teseos, dignos hijos de sus dioses, por esos caballeros de la edad media antigua, tan diferentes de los de la edad media católica, que ponian toda su gloria en honrar á la mujer y en protegerla? O bien son disputadas las mujeres como una presa, por unos rivales que la poesía compara con mucha exactitud á los toros, sin poder disponer jamas de si mismas, de su co-

razon y de su destino, cosas que nadie piensa ganar por el cariño y por el respeto, y que ellas mismas no tratan de reivindicar. Toda idea de *homenaje* tributado á la mujer, era estraña ó hasta antipática á las costumbres de la antigüedad. La mujer no se pertenecía á si propia.

¿Qué diremos ahora de la vida real? En Atenas no se hacia caso de la mujer para nada; separada de la vida comun y exterior y relegada á la soledad de la pieza de hacer labor, estaba perpétuamente bajo tutela. Su marido podia legarla á otro, como si fuera un mueble. Aun viviendo este, si llegaba á faltar su padre, podia ser robada por su pariente mas inmediato del mismo nombre, que tenia derecho para casarse con ella. Repudiada, no podia disfrutar de las ventajas que la ofrecia el divorcio, porque se oponia á ello la costumbre. La suerte, en fin, justificaba abundantemente aquella queja que en representacion de todo su sexo sale de boca de Medea en la tragedia de Eurípides: «De todos los seres vivientes, nosotras las mujeres somos los mas desgraciados; en primer lugar, necesitamos, á costa de enormes sumas, comprar un marido, *dueño absoluto de nuestra persona...* Y aun corremos gran riesgo de que salga malo; en tal caso, ¿qué se hace? A las mujeres no les está bien el divorcio ni les es posible abdicar su marido... ¿Qué otro remedio nos queda sino morir (1)?» No morian, pero no pudiendo abdicar su marido, abdicaban su dignidad y su moralidad en todos los gustos depravados que semejante esclavitud debia producir. Si su inmoralidad no es patente y trágica como en los tiempos heróicos, es porque las contienen los cerrojos; pero hacen el gasto de la comedia con su espíritu de mentira y bellaquería, con su inclinacion al robo, á la golosina, con su aficion á beber y con todos los demás vicios serviles que Aristofanes ridiculizaba en la escena con una exageracion que no era sino el espejo de aumento de la verdad.

Atenas conocia, sin embargo, otro carácter de mujer que parecia desmentir aquella inferioridad servil por su participacion en la vida pública social, en donde alternaba con los hombres,

1) EURIP. *Med.*

con los mismos filósofos y con los mas ilustres ciudadanos, y cuyo tipo ha llegado hasta nosotros representado en la célebre Aspasia. Pero por desgracia, aquellas mujeres no eran ni esposas, ni madres, ni hijas, ni casi mujeres; eran *cortesanias*. Su mismo brillo era su verdadero oprobio. Como dice muy oportunamente M. Dabas, con los privilegios de su condicion recogian todo el desprecio de que eran dignas; las otras mujeres eran únicamente desdenadas.

En Esparta gozaba la mujer de mas libertad; estaba asociada á la vida exterior y política de los ciudadanos; ejercia á las veces un ascendiente que la hacia rivalizar con los hombres en patriotismo: esta era la mujer *libre*; pero, ¿á costa de qué obtenia este dictado? A costa de su carácter y de sus propias virtudes; á costa de la modestia, del pudor, de la sensibilidad; á costa, finalmente, de sí misma. La mujer espartana abdicaba su sexo. Virgen, disputaba casi desnuda el premio de la carrera ó de la lucha con los jóvenes (así es como, segun una espresion muy oportuna de Montesquieu, *las leyes de Esparta hacian impúdica á la misma castidad*). Esposa, armaba á su marido para el combate y le mandaba que no volviera sino muerto ó vencedor. Madre, enterraba con alegría al hijo que habia perdido en servicio de la pátria, y daba muerte ella misma al que se habia mostrado cobarde. Esta figura será si se quiere la de un héroe bárbaro, y nunca la de la mujer. Así, bajo el punto de vista de su sexo, se la consideraba únicamente como á una esclava pública destinada á dar hijos al Estado. Si pierde á su marido, ó si este se halla ausente, los esclavos le reemplazan. Las mujeres se prestan, se ceden y se cambian como viles animales.

Para que no haya ninguna apariencia de dignidad en la mujer, la forma del casamiento es el raptó. En fin, si ha de creerse á Atenea, hasta la sombra de todo sentimiento libre y digno estaba desterrada con el uso de encerrar en un sitio oscuro á todas las solteras, á donde acudian los jóvenes á sacar al azar á la que iba á ser su esposa; tal era la condicion de las mujeres en Esparta.

La diversidad de las leyes y de las costumbres de la civilizacion griega respecto de la mujer, no era por consiguiente

sino una diversidad de degradacion; y era tal la fatalidad de su suerte, que en donde parecia elevarse por su condicion social ó política, era á costa de su degradacion moral y natural.

En fin, para que no quede nada por decir, la mujer tenia un rival preferido en los gustos del hombre, el cual la despojaba de su primero y último recurso para hacerse valer, el aliciente del sexo: este rival era el hombre mismo. «En las ciudades griegas, ha dicho Montesquieu, el amor no tenia mas que una forma, que no nos atrevemos á decir.» Y Plutarco, en su *Tratado del Amor*, establece y desenvuelve como un principio, que: «En cuanto al verdadero amor, las mujeres no tienen en él *ninguna parte*;» y esto se vé demasiado claro en el fiel espejo que de las costumbres griegas nos presenta Platon. Despues de esto, ¿qué le quedaba á la mujer sino... *morir*, como decia la tragedia antigua?

Pero la civilizacion romana nos ofrecerá quizá otra suerte mejor para esta mitad del género humano. Un apreciador competente ha agotado en unas cuantas páginas, llenas de erudicion, todo cuanto puede decirse sobre este asunto. M. Troplong, en su hermoso libro de la *Influencia del Cristianismo sobre el derecho civil de los romanos*, ha consagrado el capítulo X al estudio de la *condicion de las mujeres*, y en él muestra toda la esclavitud legal de la mujer romana, y toda la pobreza moral que de ella resulta. Sometidas las mujeres á un entredicho perpétuo, estaban IN MANU, en la mano del hombre. No era tan solo el marido, sino todos los *agnados* (ó parientes varones) los que tenian la mano puesta sobre la mujer; el elemento viril era el que la tenia encadenada en sus bienes, su actividad, su facultad de disponer de sus cosas, su destino civil y social sin reserva; el que hacia y deshacia sus uniones. Jamás intervenia la mujer en el gobierno de la familia, menos aun en las empresas industriales y comerciales; mucho menos todavia en los negocios públicos; en fin, aquella familia, en cuya direccion no tenia ella ninguna parte, se erigia en tribunal, á donde comparecia la mujer á dar cuenta de su conducta, y de donde salian á menudo contra ella sentencias de muerte.

Este entredicho y esta esclavitud que impedian á la mujer

ejercitar su actividad en alguna ocupacion noble, la obligaban en cierto modo á no pensar en otra cosa que en las vanas satisfacciones del lujo y de la sensualidad, en donde acababa de perder los títulos que podia tener aun para mejorar de suerte.

Sin duda que existen tambien algunas romanas, cuyos grandes caracteres parece protestan contra este juicio que acabamos de emitir. «Yo sé, dice M. Troplong, todo cuanto hay que admirar en Porcia y en la madre de los Gracos; pero en seguida añade: guardémonos de mirar estas nobles y hermosas figuras como tipo de las mujeres romanas. La conjuración de las Bacanales, los sordos complots contra el pudor y contra la paz pública, los divorcios indecentes, los adulterios audaces, todo ese desbordamiento de las malas costumbres pintado por los filósofos, por los historiadores y por los satíricos, y que obligó á Augusto á ir á buscar en las leyes políticas un remedio que no se hallaba ya en las leyes de familia, ¿no son las pruebas mas verídicas del estado general de la sociedad?»

Estas últimas palabras de M. Troplong nos servirán para contestar á una reserva que él ha creído deber guardar en la conclusion que de este estudio se deduce, á saber: Que *únicamente* el Cristianismo es el que ha sacado á la mujer de su degradacion universal.

Digo *universal*, y para justificar esta importante palabra, me resta hablar de dos pueblos, de dos razas que no hemos visitado todavía: los Germanos y los Judíos.

II. Vemos en los Germanos de antes del Evangelio costumbres diferentes de las de todos los demás pueblos, con respecto á la mujer. Esta se nos aparece como casta y fecunda compañera del hombre, en indisoluble matrimonio, participante de los trabajos y de los peligros de su esposo, objeto de su fidelidad y del respeto de todos los demás hombres, obligada en fin á respetarse á sí misma por el horror que tiene el público al adulterio y á la inmoralidad. Hay mas; en estos pueblos se creia que habia en la mujer algo de divino y de profético, y sus consejos y predicciones eran recibidas con res-

peto. La virginidad la elevaba en el concepto público á una comunicacion mas inmediata con el cielo, y esto las valió á algunas el culto de adoracion, como sucedió con Velleda, con Aurinia y con otras muchas.

Hacemos este retrato, siguiendo lo que dice Tácito en las *Costumbres de los Germanos*; considerándolo en el original causa doble impresion. La primera, la de la estrañeza de aquellas costumbres, en el concepto del pintor, que hace valer la oposicion que hay entre aquellas costumbres y la condicion de la mujer, lo cual confirma todo lo que de esto llevamos dicho. La segunda es la intencion que se nota en Tácito, de que su estudio de las costumbres germanas sea una censura de los Romanos, siendo cada rasgo de aquel un dardo dirigido contra la inmoralidad de su época. Preciso es decir que esta intencion quita á aquella pintura algo del parecido (además de que su autor no habia estudiado á fondo la legislacion y las costumbres domésticas de los Germanos). La alusion hace sospechar alli parcialidad; y es permitido creer que el asunto no le ha proporcionado al escritor sino lo que era favorable á sus miras.

Nace esta sospecha de la siguiente reserva del mismo Tácito: «Estos hombres, dice, son casi los únicos entre los bárbaros que se contentan con tener una sola mujer, á escepcion de un corto número de grandes, que tienen varias, no por sensualidad, sino por nobleza.»

Este último rasgo no deja de ser gracioso. Tomándolo á la letra contraria mas las intenciones de Tácito, porque demuestra, no tan solo que la poligamia estaba admitida entre los Germanos, sino que era de buen tono.

Balmes, tratando este mismo asunto, hace la siguiente reflexion: «¿Quién puede saber lo que era la moralidad en aquellas selvas? Si es permitido racionar por analogia, ¿qué idea formaremos nosotros de las costumbres de los Germanos por las costumbres de los Bretones? Estos, reunidos en número de diez ó doce, especialmente hermanos con hermanos y padres con hijos, poseian las mujeres en comun; de suerte que las familias se distinguian únicamente entre sí por lo que se habia convenido sobre el particular; los hijos

que iba teniendo cada mujer se le atribuían al que había sido su primer esposo. César (1), testigo ocular de esto, es quien lo refiere.»

Que así sucediera entre los Bretones, no podemos ponerlo en duda. Pero la analogía que comprendiera en estas costumbres á todos los Germanos, sería quizá excesiva ante el testimonio de Tácito. Este testimonio adquiere mayor fuerza con el estudio profundo de la legislación y de las costumbres de los *Germanos antes del Cristianismo*, que nos ha legado la escrupulosa y sincera ciencia de nuestro querido Ozanam.

«La constitución de la familia entre los Germanos, dice, no nos ofrece á primera vista otra cosa mas que el reinado de la fuerza. En cada casa solo hay una persona libre, el jefe de ella (*Karl Ceorl*). Para la mujer no hay ni asomo de libertad. Soltera, se halla, según la enérgica expresión del derecho, sujeta á su padre; casada, á su marido; viuda, bajo la dependencia de su hijo ó de sus parientes. El matrimonio no es sino un trato, cuyas cláusulas ó términos se han conservado mucho tiempo entre aquellas gentes. En la edad media se decía: *comprar una mujer (ein Weib kaufen)*. El que compra una, puede comprar varias; *la poligamia es el derecho comun de los pueblos del Norte*. El hombre poderoso hace gala de sus esposas, pero como de otra porción de objetos de que usa y abusa, que puede abandonar ó destruir, y que quizá serán quemadas en sus funerales (2).»

El tiránico y degradante yugo que pesaba sobre la mujer antigua, era lo mismo en las regiones bárbaras que en las civilizaciones paganas, y la opinión que quiere explicar la mejora social de la suerte de la mujer por el respeto que aquellos bárbaros la tenían, y que hubieran importado á la sociedad moderna, es insostenible. M. Guizot rechaza con justicia semejante opinión, haciendo observar que «frases pa-

(1) De Bello Gall., lib. V.

(2) Ozanam, *Estudios germánicos*, t. 1, pág. 115.—Lo que dice Tácito de la indisolubilidad del matrimonio es cierto, pero contra la mujer á quien encadenaba, y en provecho del hombre que podía romper sus lazos.

recidas á las de Tácito, sentimientos y usos análogos á los de los antiguos Germanos, se encuentran en las relaciones de una porción de observadores de los pueblos salvajes ó bárbaros, sin que esto tenga otras consecuencias.»

Dicho esto, es preciso no obstante convenir, en que había en las razas germánicas un respeto no legal, ni social, ni dogmático, sino *religioso*, por la mujer. Respeto de que era víctima, puesto que llegaba hasta inmolarla en los funerales, por la creencia en que se estaba de que si la mujer seguía al marido, atravesaría este el umbral del infierno, sin que la pesada puerta que allí había le pegase en los talones.—«Atribuyendo á la mujer, dice Ozanam, la facultad de poder franquear al difunto la entrada del mundo invisible, se suponía en ella algo divino. Aquella compañera débil y encantadora que el hombre hubiera podido destruir con solo quererlo, le admiraba y le dominaba. En lo que se llama modestamente la luna de miel, la ofrecía el don de la mañana; mas adelante se ponía en sus manos para que le curara las heridas que había recibido, y la consultaba en sus dudas; aguardaba la salud de sus cuidados y oír oráculos de su boca. Háse conservado un resto de aquella veneración en las leyes de casi todos los pueblos, que castigan con una pena pecuniaria mas fuerte la injuria que se le hace á la mujer, que la inferida al hombre, *porque aquella no puede defenderse con las armas* (1).»

Hay ciertamente en esto un doble elemento de generosidad y de religión con respecto á la mujer, que era desconocido en las civilizaciones paganas, y que permite, hasta cierto punto, ver en el espíritu germánico, con M. Dabas, una especie de predisposición providencial á la emancipación de la mujer por el Cristianismo. Sin embargo, téngase presente que aquel respeto á la mujer era mas bien una *superstición* que un sentimiento religioso, y que la generosidad que la protegía contra el insulto de un extraño, la dejaba espuesta á la brutalidad de los suyos. Cuando se sabe todo lo que el Catholicismo ha tenido que hacer para combatir las supersticio-

(1) Ozanam, *Estudios germánicos*, pág. 118.

nes germánicas, y para refrenar la inclinacion de los príncipes á la poligamia y salvar la indisolubilidad del matrimonio, quedamos convencidos de que el mal era mas grande aun que el bien.

En el pueblo Judío sucedia todo lo contrario. Allí únicamente es en donde vemos una brillante escepcion de la suerte de la mujer en todo el resto del género humano. ¿De esto resulta un argumento anticipado en favor de la verdad que queremos demostrar! ¿Dónde hay una prueba mas patente de que el Cristianismo y Dios solo en él, es el Autor de la rehabilitacion de la mujer, que el no hallar á la mujer relativamente honrada en la antigüedad, sino en el único pueblo de Dios, cristiano en esperanza? Sucede con lo honrada que se vé la mujer en el pueblo hebreo, lo mismo que con los dogmas de la unidad de Dios y de la redencion del género humano. Estos dogmas estaban en aquel pueblo primogénito como un mayorazgo fundado por anticipacion de herencia en virtud del *Antiguo Testamento*, hasta que se abriera el Nuevo, que debia enriquecer con creces y estension á toda la familia humana. Si no, ¿cómo habia de suceder que fuese precisamente este pueblo, y no el egipcio, el romano ó el germano, el que hubiera guardado y conocido á la vez el respeto á la mujer, la unidad de Dios y la espectacion profética del Redentor?

Y esta reflexion se hace mucho mas digna de atencion cuando se considera la relacion que hay entre este respeto á la mujer y los dogmas cristianos, cuya promesa y figura tenia el pueblo Judío. ¿De dónde proviene que la mujer haya tenido tanta importancia entre los judíos y que tantas mujeres ilustres hayan desempeñado en él tan grandes papeles, á no ser de que el destino y la gloria de aquella nacion madre era en cierto modo llevar en el seno de sus mujeres la salvacion del género humano, que una de ellas habia de dar á luz en su día? ¿No vá unida á una idea de *alumbramiento* toda la esperanza del pueblo de Israel, como á un *prodigio* en el que Dios debe hacer brillar todo su poder? y este prodigio ¿no es todo en honor de la mujer, supuesto que el hombre por excelencia será producto suyo sin haber sido su generador,

en cuanto que UNA MUJER RODEARÁ Á UN HOMBRE (*virum*) (1), y UNA VIRGEN CONCEBIRÁ Y PARIRÁ UN HIJO, QUE SERÁ DIOS CON NOSOTROS (2), y el Dominador aplazará su venida hasta el tiempo en que LA QUE DEBE PARIR HAYA PARIDO (3)?

No lo dudemos, tal era en el pueblo Judío la causa profunda, y digámoslo así, la raiz ó el fundamento de la consideracion que gozaba la mujer. Desde las promesas hechas á Abraham, renovadas á sus hijos y mantenidas en su raza de una *bendicion universal en Aquel que saldria de él* (4) despues de una larga série de generaciones, como la *semilla* en vista de la cual multiplicaria Dios su raza, la mujer judía fué consagrada por una mision religiosa y nacional de fecundidad. Cada mujer concurrió al cumplimiento de las promesas divinas, produciendo el pueblo que debia heredarla. De aquí el honor de que se veia circundada como esposa y como madre. El mismo Dios, haciendo cesar su esterilidad, la establecerá en su casa como madre gozosa de sus hijos: *Qui habitare facit sterilem in domo, matrem filiorum latentem* (5). Ella es el orgullo del esposo, como una viña abundante, cuyos pámpanos cargados de racimos estienden sus hojas á lo largo de su morada: *Uxor tan sicut vitis abundans in lateribus domus tuæ* (6). Ella le es querida *en todo tiempo*, como una corza muy amada, y como un cervatillo que hace sus delicias; él se embriaga de su seno, y el principio y el término de su fecundidad debe ser un amor fiel y constante: *Latere cum muliere adolescentiæ tuæ. Cervæ charissima et gratissimus hinnulus. Ubera ejus inebrient te in omni tempore, in amore ejus delectare jugiter* (7). En su ancianidad recibe *al igual que el padre* las atenciones y los *rendimientos* de sus hijos, y está investida, con respecto á estos, de un poder de bendicion ó de

(1) Jerem., XXXI, 22.

(2) Isaías, VII, 14.

(3) Miqueas, V, 3.

(4) Génesis, XXII, 18.

(5) Salmo CXII, 9.

(6) Salmo CXVII, 3.

(7) Prov., V, 19.

maldicion que Dios ratifica: *Qui timet Dominum honorat parentes et quasi dominis serviet his qui se genuerunt* (1). *Benedictio patris firmat domos filiorum; maledictio autem matris eradicat fundamenta* (2). El matrimonio, en el cual recibe la mujer honor y veneracion, no se hace sin su consentimiento; nadie la dá, la vende ó la roba, como sucede en todas las demás partes; el novio la pide, y se toma su parecer para llevar á cabo el matrimonio: *Llamemos á la muchacha, y preguntémosla cuál es su voluntad*, dicen los padres de Rebeca cuando la pide Eliczer (3); y de su pleno consentimiento es como el fiel criado la conduce á la presencia de su amo Isaac, á quien se acerca con la dignidad velada de la esposa, siendo recibida por él con un corazon tan tierno y tan puro, que se mitiga con la vista de la esposa el dolor que habia causado á Isaac la pérdida de una madre. En fin, no dejemos de añadir que la posesion y administracion de los bienes, signo y medio de la consideracion de que estaban privadas las mujeres de todos los demás pueblos, podian recaer en la mujer judía, ya como heredera de su padre, ya tambien como donataria de su esposo (4).

Respecto á su participacion en los negocios públicos y en los intereses generales de la nacion, toda la historia de los judíos está ahí para decir la parte interesante que la mujer estaba llamada á tomar en ellos. Sara, Rebeca, Raquel, Maria, Debora, Jahel, Ruth, Ana, Judith, Esther, la heroica madre de los Macabeos y otras muchas, nos muestran á la mujer elevada al honor de influir en el sentido religioso ó político de aquel pueblo, hasta salvar varias veces ambas cosas y merecer aquel cántico de triunfo: «Tú eres la gloria de Jerusalem, Tú, la alegría de Israel, Tú el honor de nuestra raza» (5).

Todas estas mujeres, y la mujer judía en general, eran honradas por la mujer, de la cual eran ellas figura, y que de-

(1) Eccles., III, 8.

(2) Ibid., III, 11.

(3) Génesis, XXIV, 57.

(4) Números XXVII.

(5) Judith, XV, 10.

bia realizar sola aquello á que todas contribuian; por aquella que debia ser *bendita entre todas las mujeres*, y en quien todas las mujeres debian ser benditas, como llamada á ser para todo el género humano, lo que eran ellas solo para el pueblo de Dios: la causa de nuestra salvacion, «la gloria, la alegría, el honor de nuestra raza.»

Tal es en su fenómeno y en su causa la consideracion relativa de que gozaba la mujer hebrea en el seno de la degradacion universal de la mujer.

Digo *relativa*, porque no ignoro que esta medalla tiene su reverso, y quiero servirme de él. Prescindiendo de aquella honra de que gozaba la mujer judía, hubiese sido eternamente infecundo para las demás mujeres (lo mismo que el dogma de la unidad de Dios lo es para los demás pueblos), estaba muy lejos de ser para la misma mujer judía lo que ha llegado á ser, por el Cristianismo, para todo el sexo. Hasta puede decirse que comparada con la mujer cristiana, la judía se hallaba bajo el yugo de la degradacion universal de la mujer. ¡Tanto es el Cristianismo, el solo autor inmediato de su emancipacion! ¡Tanto manifiesta por este solo hecho su divinidad!

En efecto, ¿qué es lo que vemos en ese pueblo judío, en el cual, relativamente, era tan honrada la mujer? La poligamia, el repudio, el divorcio. Allí se sacrificaba todo á la fecundidad. ¡Desgraciada de la estéril! Caía sobre ella un oprobio del que nada podia sacarla. De aquí el partir el marido el lecho conyugal con las esclavas y con otras rivales para confusion de la esposa, ó lo que es peor, por instigacion de esta y de su plena voluntad. De aquí el que no se conociera el valor de la virginidad, ni el del pudor y la dignidad del sexo, sacrificada á menudo con licencias, tanto mas humillantes para la mujer en general, cuanto que estaban en las costumbres mas bien que en las intenciones, y que no eran vengadas ni aun por vergüenza (1).

(1) Las hijas de Loth; Abraham, negando que Sara fuese su esposa, y esponiéndola á ser robada por Abimelech, temeroso de que aquel príncipe le matase; el Levita de Efraim abandonando

III. Así es, que puede decirse que la mujer estaba generalmente degradada, envilecida ó menospreciada en cuanto á su dignidad, en su pudor, en las consideraciones que se deben á su debilidad, en su propio carácter de mujer, antes del Cristianismo, como lo está todavía fuera de este, *sacrificada en la India sobre el sepulcro de su esposo, esclava en donde impera el Coran; animal de carga entre los salvajes* (1).

Este ha sido un hecho universal, un hecho de raza.

Era mas que un hecho, era un principio, y esto era lo que ponía el colmo á aquella degradacion. En efecto, si hubiera sido un abuso, habria tenido al menos en favor suyo el derecho y la esperanza de volverse á levantar; pero nó, su suerte era la ejecucion de un anatema primitivo, de una opinion admitida de que lo merecia, de un desprecio tradicional, de una sentencia filosófica, de un axioma, hasta fisiológico y médico; todas estas cosas se reunian para uncir á la mujer al yugo de la degradacion. Ella misma, en fin, tomaba el partido de justificarse en perjuicio propio.

Nosotros no creemos que fuera del Cristianismo se haya dicho jamás una sola palabra en favor de la mujer. Todo ha sido puesto en duda en el mundo, escepto la incapacidad moral y la malicia nativa de la mujer. En las tradiciones de todos los pueblos habia quedado algun recuerdo de la fatal iniciativa que tuvo la mujer en la primera falta. Hesiodo, narrador de los mitos griegos, nos dice que Vulcano, al forjar á Pandora, *fabricó un hermoso mal* (2), *en vez de un bien*; y despues de haber representado á aquella beldad levantando la tapa de una gran vasija, de donde se escapan todos los males,

la suya á las brutalidades de los hombres de Gabaá para liberarse él mismo de sus violencias; el buen anciano que le habia hospedado, ofreciendo, para protegerle, su hija virgen á aquellos hombres brutales; todos estos ejemplos prueban suficientemente cuánto le faltaba á la mujer, así en dignidad como en estimacion en el pueblo hebreo.

(1) DE MAITRE.

(2) Hes. Thog., V, 554.

en cuyo fondo queda únicamente la esperanza (1), luego añade: De ella es de donde viene la raza de las mujeres de seno fecundo; de ella, de quien ha salido esa fecunda ralea, gran azote para los mortales, etc., etc. Las mujeres, esos cómplices de todo mal, les han sido dadas á los hombres por el Dueño del rayo como el mas funesto regalo (2).

«¡Oh mujeres, esclama el grave Esquilo, criaturas insupportables, sexo aborrecido de los sábios, con el cual no se debería habitar jamás, primera plaga de una familia y de un Estado (3)» Eurípides espresa en su *Hipólito* el extraño deseo de ver perpetuarse la raza humana sin el concurso de las mujeres, por no introducir esta peste en la casa.—Simónides se declara como Hesiodo contra la mujer, diciendo, que *Dios al crearla, la hizo un alma aparte y de materias tomadas de los distintos animales* (4). «La mujer, dice Hipócrates, es perversa por naturaleza; debe contrariarse diariamente su intencion, ó si no crece en todos sentidos como las ramas de los árboles (5).» Platon quiere que las leyes no pierdan de vista á las mujeres ni un instante; «porque si este artículo, dice, está mal arreglado, ya no son la mitad numérica del género humano, sino mucho mas, y tanto mas, cuanto menos su virtud comparada con la nuestra (6).»

La opinion que de ella se tenia en Roma, no las era mas favorable. *Afrojad la brida al capricho de esos animales indómitos*, esclama Caton, *y haceos luego la ilusion de que las vereis poner término por sí mismas á su desenfreno* (7).

Así como hoy se dice el bello sexo ó el sexo piadoso, entonces se le llamaba el sexo incapaz, impropio para los trabajos, atolondrado, ambicioso, *imbecillis, impar laboribus, levis, ambitiosus*, por oposicion á la Magestad de los hombres,

(1) Id., V, 94, 98.

(2) Id., V, 989, 60.

(3) Esch., Sept. c. Th., V, 165, 169, 172.

(4) SIMONID., citado por Dauban.

(5) Hip., citado por M. De Maistre.

(6) De Leg., VI.

(7) Tito Livio, lib. XXXIV, cap. 2.

Majestas virorum (1). En fin, hasta la misma sabiduría sagrada tiraba una piedra á la mujer con aquella sentencia demasiado cierta y que constituye el fruto de la maldición de que ella era objeto: *A muliere factum est initium peccati et per illam omnes morimur* (2). «La mujer es la que ha introducido el pecado, y por ella morimos todos.»

Todos estos desprecios, todo este conjunto de imprecaciones agobiaban á la mujer. Tal es el principio de todas las costumbres y de todas las leyes, que negaban á la mujer en todas partes el *fuego* y el *agua* del respeto y de la dignidad, y que la tenían esclava bajo la pesada mano del hombre. Esta era la ejecución de la sentencia promulgada en el principio por el mismo Dios: «Porque has hecho esto, estarás sujeta al hombre, y él te dominará (3).»

La mujer era aquella desgraciada lo que nos representa Esquilo en su drama mítico de *Prometeo*, atormentada incesantemente por el tábano vengador, perseguida universalmente por el látigo que tiene una mano divina y que alcanza á todas partes, oyéndose en todos los sitios que recorre aquella infeliz estas lamentaciones: ¡Ah! ¡ah! ¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¡desgraciada! ¡Oh grandes Dioses! ¡A dónde me conduce este afán por vagar? ¡Por qué crimen me haces sufrir tanto, oh hijo de Saturno? ¡Basta! ¡Basta! ¡Oh! ¡Si pudiera yo saber cuándo llegará el término de mis males (4)!

§. II.

I. El Angel Gabriel fué enviado por Dios á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una Virgen llamada María, y habiendo entrado en donde Ella estaba, la dijo: «*Dios te salve, María, llena de Gracia: el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.....* No temas, María, porque has ha-

(1) M. Troplong.

(2) Eccles., XXV, 33.

(3) Génesis, III, 16.

(4) Esquilo, *Prometeo, encadenado*, trad. de Alejo Pierron, pág. 23.

llado gracia ante Dios. El Espíritu Santo sobrevendrá en tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Concebirás en tu seno y darás á luz un Hijo, á quien pondrás el nombre de *Salvador*. Será llamado Hijo del Altísimo, y su reino no tendrá fin.»—María dijo: «*He aquí la sierva del Señor; hágase en mí segun tu palabra.*» María marchó en aquel mismo instante á visitar á su prima Isabel. Esta, al oirla, llena del Espíritu Santo exclamó: «*Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! ¡Bienaventurada tú que has creído!*»—Y María dijo: «*Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu está lleno de júbilo en Dios mi Salvador, porque ha mirado la bajeza de su sierva; porque en adelante yo seré llamada Bienaventurada eternamente, porque El ha hecho en mí grandes cosas.*»

Tal ha sido el desenlace de los males de la mujer; así se ha obrado su rehabilitación. En María, es á todo su sexo, es á la mujer á quien se la dice por un Angel: *Dios te salve, oh llena de gracia*; lo mismo que: *Bendita eres y has hallado gracia ante Dios*; como asimismo: *Bienaventurada tú que has creído*; y también es Ella la que entona aquel cántico de libertad, contraposición de los lamentos de lo: *Mi alma glorifica al Señor, etc.*

Indudablemente, este misterio es propio de María *entre todas las mujeres*; pero el honor se estiende á todo su sexo, la gracia lo apropia en cierto grado á todas las mujeres que sigan sus huellas y que, detrás de ella, participarán de la apoteosis de su gloriosa Asunción y de todos los privilegios de su Bienaventurada Maternidad. «¡Oh! ¡Qué día tan hermoso, esclama San Gerónimo en la carta que escribe á la virgen Eustoquia, qué día tan hermoso será aquel en que veas á María rodeada de coros de vírgenes, á María Madre de Dios que sale á recibirla! El día en que la oigas cantar al son de los instrumentos, como la otra María cuando Faraon quedó sumergido en el mar Rojo con todo su ejército.» «*Cantemos las alabanzas del Señor; El acaba de manifestar su gloria y su poder. Su brazo ha sumido en el mar al caballo y al caballero.*» Tu Esposo comparecerá también allí, y dirá: *Levántate, ven, oh hermana mía, querida mía, paloma mía, el invierno ha pasado, ha cesado la lluvia.*»

Entonces dirán los Angeles asombrados: *¿Quién es esta que viene como una aurora naciente, hermosa como la luna, única como el sol?*

San Gerónimo no teme aplicar así á toda mujer cristiana las condiciones mas personales de María, y San Bernardo, y luego San Agustin, esclaman tambien: «¡Regocijate, Adán, padre nuestro; y tú, Eva, madre nuestra, regocijate todavía mas!.... Consolaos los dos en vuestra hija, y en una hija semejante, tú, sobre todo, por quien se ha introducido el mal en un principio, y cuyo oprobio se ha estendido á todo tu sexo. Se acerca el tiempo en que este oprobio vá á desaparecer, y en el que el hombre no podrá ya hacer cargos á la mujer. ¡Qué digo! en vez de hacérselos, la bendecirá, y cambiando su criminal excusa en acciones de gracia, dirá: La mujer que me habeis dado, me ha ofrecido el fruto de vida y he sido regenerado (1).»

Bajo el imperio de la fé cristiana, y particularmente bajo el de la devocion á María, ¿cuál ha debido ser la revolucion que estas grandes creencias han obrado en la suerte de la mujer? *Es preciso*, decia un poeta del siglo décimotercio, *tener con las mujeres la consideracion de que la Madre de Dios ha sido mujer*. Cuéntase del Bienaventurado Enrique Suzo, que habiéndose encontrado un dia en una de las calles mas sucias de la ciudad con una mujer, se metió en donde habia mas lodo, para que aquella pasase por el único sitio que estaba seco. La mujer, al ver aquel acto de humildad, le dijo: *¿Qué haceis, padre mio? ¿Por qué vos, que sois religioso y sacerdote, cedéis el paso á una pobre mujer como yo, con lo cual me haceis ruborizar de confusion?* El hermano Enrique la contestó: *Hermana mia, yo tengo la costumbre de honrar y venerar á todas las mujeres, porque recuerdan á mi corazon á la poderosa Reina del cielo, á la Madre de mi Dios, á la cual tengo tantas obligaciones. La mujer levantó los ojos y las manos hacia el cielo, y dijo: Ruego á esa poderosa Reina, á quien vos honrais en nosotras, que antes de vuestra muerte se digne concederme algun favor particular (2).*

(1) Sermon 17, de *Diversis*.

(2) *Vida del Bienaventurado Suzo*.

III. Este sentimiento, exclusivamente cristiano, católico, debemos decir, hizo *ceder el paso* á la mujer, no solo en las calles, sino en las costumbres y en las leyes, desde los primeros siglos del Cristianismo. Este las ha hecho *tomar la acera* á las mujeres, y por él se han convertido en

«Compañeras de un esposo,
Y reinas y sin señor;
Libres, sin deshonra alguna,
Y fieles sin coaccion;
Y en fin, virtuosas y honradas,
Sin debérselo al temor.»

La mujer cristiana es el lazo y el corazon de la familia. En su múltiple funcion de esposa, de madre, de hija, de hermana, reúne á todos los individuos de ella é inspira todas las relaciones que debe haber entre ellos, por la mas irresistible de todas las influencias, por la misma á que ella está sujeta sin saberlo. El hombre en la familia es como el horario de un relój; la mujer es como el resorte, que mueve todo el rodaje de la casa. La familia, y, por consiguiente, la sociedad, vale lo que vale la mujer. La mujer cristiana influye mas directamente en la sociedad, formando al hombre en el hijo y en el hermano, y reformándole á menudo en el esposo y en el padre. Cuanto lleva el hombre á la sociedad, en punto á costumbres, ó carácter, ó resoluciones, se lo debe, por lo general, á su trato con la mujer, que es donde lo suele aprender. La fábula de Egeria se ha convertido en la realidad mas comun: cada uno de nosotros tiene su Egeria detrás del telon, y á menudo, debajo de la losa del sepulcro. ¡Cuántas mujeres, cuántas esposas, cuántas madres hay que no aparecen, ó que han dejado de existir, y que, invisibles y presentes, inspiran las ideas, los sentimientos, los papeles de los actores de la vida humana! Finalmente, en las relaciones públicas y aparentes, la señora cristiana influye eminentemente en las costumbres de la sociedad, cuyo homenaje recibe. Ella establece, en medio de un mundo de discusiones y de conflictos, un centro de conciliacion y de miramientos, en que cada pretension se

despoja de lo que tiene de exclusiva y de personal, para recomponer en una apreciacion mas templada la nocion de lo justo y de lo verdadero á cuyas espensas subsistia; ella tiene el nivel moral á una altura á donde cada cual acude á edificarse y á reconciliar sus debilidades; ella, en fin, hace sano, con la pureza de su influencia, el aire respirable de la opinion.

El Cristianismo ha hecho, de este modo, de la mujer cristiana tres cosas, que la sociedad antigua no conocia: El Ama de casa, la Egeria del hombre y la Señora de salon.

Un publicista ilustre que fué entre nosotros el tipo de la distincion, del talento, de la integridad de carácter y de la nobleza de corazon, escribiendo á una señora que ha sido en nuestros dias la personificacion mas rara de la mujer cristiana en el mundo, y cuya pérdida es un luto social que acaba de aumentarse con la publicacion de los tesoros de su alma, salvados por una mano piadosa del olvido en que su modestia los habia dejado, M. de Tocqueville en fin, escribiendo á Madama Swetchine, la decia: «Nada me ha chocado mas en la esperiencia, ya bastante larga, que tengo de los negocios públicos, que la influencia que ejercen siempre las mujeres en este punto, influencia tanto mas grande, cuanto que es indirecta. Yo no tengo duda en que ellas son las que dan á cada nacion cierto temperamento moral que se manifiesta en seguida en la política. Yo podria citar nominalmente y en gran número, ejemplos que acabarian de aclarar lo que digo. Cien veces he visto en lo que llevo de vida, hombres débiles que han dado muestras de verdaderas virtudes públicas, porque tenian á su lado una mujer que les habia sostenido en aquella via, no aconsejándoles tales ó cuales actos en particular, sino ejerciendo una influencia fortificante, respecto al modo con que ellos debian considerar en general el deber y hasta la ambicion. Con mucha mas frecuencia aun, preciso es confesarlo, he visto el trabajo interior y doméstico que trasformaba paulatinamente á un hombre á quien la naturaleza habia dotado de generosidad, de desinterés y de grandeza, en una ambicion baja, vulgar y egoista, que en los negocios de su pais concluia por no pensar en otra cosa que en buscar los

medios de hacer su condicion particular mas cómoda y desahogada. Y esto, ¿cómo se verificaba? Por el contacto diario con una mujer honrada, esposa fiel, buena madre de familia, pero en quien la gran nocion del deber en materias políticas, en su sentido mas enérgico y mas elevado, no habia hallado cabida jamás, por la ignorancia en que se hallaba de que existiera semejante deber (1).»

No nos haremos aquí los campeones de las mujeres contra la severidad de un fallo que nos parece sujeto á revision. Mas bien sacaremos de esta misma severidad la consecuencia general que queriamos hacer resaltar con esta cita, á saber: que es tal la influencia de las mujeres en las sociedades modernas, que puede decirse que *ellas son las que dan á cada nacion cierto temperamento moral que se manifiesta en seguida en la política, hasta hacerlas responsables de la debilidad de este, aunque sean mujeres honradas, esposas fieles y buenas madres de familia*, y únicamente porque ellas no han ejercido aquella influencia. Semejante responsabilidad supone seguramente un poder muy grande (2).

(1) *Madama Swetchine, su vida y sus obras*, publicadas por el señor conde de Falloas, de la Academia francesa, t. I, pág. 459.

(2) No quiero volver á la edad media; aprecio como otro cualquiera los recursos de mi época, y los preferiria á todo trance, porque es mi época la en que se ha dignado la Providencia que naciera; sin embargo, se me permitirá observar (y lo que precorizo debe ser comun á todos los tiempos), cuánto mas saludable era el ascendiente que la fé daba antiguamente á la mujer, sobre las costumbres públicas, por medio de la veneracion mucho mas profunda de que era objeto. De suerte, que á la tibieza del Cristianismo es á la que deberia atribuirse esa debilidad de la influencia de la mujer, indicada por M. de Tocqueville. El mismo no me desmentiria, á juzgar por otro pasaje de sus cartas sobre el mismo asunto. «No sucedia así, dice, en aquel antiguo régimen, que en medio de muchos vicios encerraba virtudes muy nobles y varoniles. Yo he oido decir á menudo que mi abuela, que era una mujer bonisima, despues de haber recomendado á su joven hijo el ejercicio de todas las virtudes de la vida privada, jamás dejaba de añadir: Y luego, hijo mio, no olvides nunca que

Este poder se manifiesta como un fenómeno nuevo en los primeros siglos cristianos. «Entre Constantino y Justiniano, dice M. Troplong, hay acontecimientos que prueban que la mujer ha sabido elevarse á la altura de sus nuevos destinos. En este periodo hay mujeres que sostienen los imperios, hay otras que los convierten, las hay para la cultura de las letras, para las aventuras novelescas, para los sublimes votos religiosos, y finalmente, para todas las cosas que alimentan este gran drama que vá á desenlazarse en la edad media.... Ya marchan las mujeres á la cabeza de su siglo, inician grandes acontecimientos, figuran en primer término en la historia de un país que dirigen, agitan ó pacifican (1).»

Esta emancipación moral de la mujer, efecto de su emancipación religiosa, debió tener también como su propio efecto su emancipación legal. Efectivamente, esta no se hizo esperar mucho tiempo. El primer emperador cristiano, Constantino, hallándose ya en situación de poder apreciar la grandeza de la mujer cristiana en la ilustre Santa Elena, su madre, á quien profesaba grande respeto, y en el tipo de esta grandeza, á la Madre de Dios, á quien consagró la nueva capital de su imperio, rompió las cadenas que habían sujetado hasta entonces la mujer á una inferioridad degradante y la puso al nivel del hombre.

He aquí cómo Mr. Troplong consigna este gran cambio. Despues de haber pintado la disminucion sucesiva de la tutela de las mujeres luchando contra este yugo, dice: «Tal fué el estado de las cosas hasta los últimos emperadores paganos. Bajo Diocleciano todavía se hallan vestigios de esta tutela degenerada. Pero Constantino en 321 reconoció para las mujeres mayores de edad los mismos derechos que para los hombres: *In omnibus contractibus jus tale habeant quale viros.*

un hombre se debe ante todo á su patria, y que Dios exige de él que esté siempre dispuesto á consagrar su tiempo, su fortuna y hasta su vida al servicio del Estado y del Rey.» (Madama Swetchine, etc., etc., t. I, pág. 457.)

(1) M. TROPLONG, *De la influencia del Cristianismo en el derecho civil de los Romanos*, pág. 306 y 307.

Justiniano hizo desaparecer hasta la memoria de su antigua dependencia, quitando de sus compilaciones todo lo que podia recordarla. Fué también en este año 321, consagrado por Constantino para dar al Cristianismo tantas prendas de afecto, y memorable principalmente por su ley sobre las emancipaciones, cuando este príncipe confirió á las madres el derecho general de tener parte en la sucesion de sus hijos. Bien pronto haré resaltar la importancia de esta innovacion, que se desarrolló mas y mas bajo los otros emperadores cristianos; memorable innovacion, en que la mujer balanceó los derechos consignados á la parentela masculina, y que devolvió á la naturaleza una de sus mas sagradas prerogativas.»

«Entretanto, añade Mr. Troplong, no podemos menos de reconocer en todo esto el paso del Cristianismo, que ha dado á la mujer, en su moral y en su culto, un papel tan distinguido. Evidentemente es él el que ha, *no diré creado, esto seria decir demasiado, sino acelerado el movimiento* que acabo de señalar, el que lo ha regularizado y consumado (1).» Mas adelante, Mr. Troplong cree encontrar en la propagacion de las ideas orientales, bajo los Césares africanos y sirios, que permitieran que sus madres ó sus mujeres tomasen una parte en el gobierno, el pronóstico de un *nuevo elemento* en los destinos futuros de la humanidad. Con todo no vé en ello mas que unos preparativos parciales y combatidos, una especie de afluentes pasajeros, que vienen á rendir su tributo á una idea que el Cristianismo ha realizado sistemática y completamente (2). También mas adelante Mr. Troplong, despues de haber dado una rápida idea de la emancipación moral y doctrinal de la mujer por el Cristianismo, y haber visto en ella una existencia toda nueva, dice: «Despues de esto, no podria disputarse que este sistema se haya apoyado en ciertos datos anteriores ó colaterales; que haya sido secundado por una especie de predisposicion que favorecia el anonadamiento, ó la modificacion

(1) De la influencia del Cristianismo sobre el derecho civil de los romanos, p. 295-297.

(2) De la influencia del Cristianismo sobre el derecho civil de los romanos, p. 300-301.

de todo género de esclavitud. Pero, ¿qué argumento se podría sacar de aquí contra la influencia cristiana? ¿No es al contrario uno de los méritos del Cristianismo haber sido la *expresion de las tendencias y de las necesidades contemporáneas*? ¿No es él, á pesar de todos los precedentes, quien ha generalizado la idea de la emancipacion de la mujer?

Hemos empezado este estudio profesando esta conviccion: que no admitimos la particion de la accion del Cristianismo con predisposiciones y tendencias, que él no hubiera hecho mas que *apresurar, regularizar y consumir*. Creemos que no es *demasiado* atribuir al Cristianismo el haber CREADO (esta es en efecto la verdadera palabra) este movimiento. Sin embargo, la opinion contraria vá introduciéndose entre los católicos. Esto es una desgracia, nos atreveremos á decir. Seguramente se concibe que se proponga semejante transaccion por hombres que, por mas que sean respetables é ilustrados, humanamente hablando, se hallan privados de las luces de la fé; porque la palabra CREAR no podría suscribirse por ellos sin abjurar su incredulidad ó su escepticismo, y deben reservarla para el dia feliz de su completa sumision. Pero que esta transaccion sea aceptada por fieles, por creyentes, esto es lo que no concebimos y lo que deploramos; porque ella implica un abandono, que no podría justificar la intencion de conllevar las susceptibilidades y de conciliar los ánimos.

En cuanto á nosotros, la deseamos porque es falsa, y la combatimos porque es peligrosa; porque coloca á los incrédulos honrados, clase que tanto abunda en nuestros dias, en la situacion mas perniciosa de todas respecto al Cristianismo, en la *equivoca*, donde se adormecen entre el respeto que satisface y la incredulidad que dispensa.

En lo que concierne, pues, á nuestro objeto, combatiremos la opinion de Mr. Troplong; y lo haremos con tanta mas confianza, cuanto que para combatirla nos serviremos de él mismo.

Comencemos tomando acta desde luego de lo que él mismo establece en dos bellas páginas (303, 304) sobre la investidura que la mujer cristiana recibe de nuevos deberes y de

nuevas misiones, que le harán desplegar virtudes y revestir caractéres, cuya superioridad constituirá *un sistema completo de emancipación y de igualdad moral*. Notemos que todos los elementos de este sistema, y por consiguiente este sistema, era nuevo, enteramente nuevo, eran, como él dice, *cosa no oida hasta entonces*. Recordemos que la opinion y conducta de Aquel que es la misma Verdad, y cuyo Evangelio tenia que ser el Código de los códigos, la Ley de las leyes, la opinion y la conducta de Jesucristo respecto de la mujer destruian de arriba abajo las ideas y las costumbres: primero, y en el mas alto grado, por el prodigio de la divina Maternidad, de la fecunda Virginidad de que El habia querido nacer, no por una concepcion pasiva en Maria, sino activa, deliberada, consentida libremente con el cielo, y fruto de una *plenitud de gracia* que elevaba la mujer á la altura merecida (1) de Madre de Dios; segundo, por el homenaje que El habia querido tributar á esta Maternidad gloriosa, asociándola á todos los misterios de nuestra salvacion, estándole sumiso hasta la edad de treinta años, recibiendo de ella el impulso anticipado de su vida de milagros, legándola á todo el género humano desde lo alto de la Cruz, y elevándola por la Asuncion á la gloria de Reina de los Angeles y del mismo cielo. Añadamos á esta conducta del Supremo Legislador con respecto á esta mujer, tipo de la mujer nueva, su conducta libertadora con respecto á las demás mujeres: con respecto á Magdalena *la pecadora pública*, que *será preconizada en todo el mundo* (2); á Magdalena, tomada al extremo opuesto de *la Virgen Maria*, y comprendiendo con ella todo el sexo rehabilitado por la virginidad ó por la penitencia, y por el amor que las une al pié de la Cruz, en donde tienen sobre el hombre el privilegio de fidelidad; su conducta tan compasiva y tan delicada con la mujer adúltera, á quien libra simultáneamente de sus acusadores y de sus pecados; con la Samaritana, á quien dá el agua que surte hasta á la vida eterna en cambio de la del pozo, en donde conversa con ella, y de la cual, hasta

(1) *Quem meruisti portare.*

(2) Matheo, XXVI, 13.

entonces cismática, hace un Apóstol; con la Cananea, cuya fé elogia y recompensa como sin igual en Israel, aunque desatendida de los Apóstoles; con Marta y María, á quienes amaba, de las cuales hace el tipo de la vida activa y de la vida contemplativa, y que alcanzan de El la resurreccion de Lázaro; con la viuda de Naim, cuyas lágrimas maternas caen sobre su corazon, y á la cual devuelve el hijo cuando le seguia al sepulcro; con aquella otra pobre viuda, cuyo denario es exaltado por El sobre las mas ricas ofrendas; con las santas mujeres que lloraban sobre El en el trayecto de su suplicio, y á quienes dice conviertan hácia sí mismas su compasion; finalmente, con aquellas que son atraidas al sepulcro las primeras entre todo el género humano, y reciben del Angel la primer Alleluia de la resurreccion, que ellas llevan en seguida á los Apóstoles. Toda esta conducta del divino Maestro para con las mujeres, de quienes siempre se presenta rodeado, y que figurarán eternamente en su Evangelio en este rango de honor como las favoritas y mensajeras de su gracia, constituye para la mujer una carta de emancipacion esclusivamente evangélica, y á la cual absolutamente nada en el mundo tiene el derecho de aproximarse.

Añadamos la doctrina, no menos evangélica y enteramente estraña, y aun enteramente opuesta á las ideas y á las costumbres del mundo antiguo, sobre la virginidad, el matrimonio y la igualdad de los sexos en Jesucristo.—La virginidad, única que traspasa el umbral del reino celestial, en el cual no penetra el matrimonio, *ubi nec nubent neque nubentur* (1); la cual, emancipando á la mujer del hombre, la constituye en un estado perfecto, semejante al de los Angeles, y honrado por la eleccion del mismo Dios en el prodigio de la virginidad de que ha querido nacer.—El matrimonio, vuelto á su primera indisolubilidad contra la costumbre de todo el género humano (2), sujetando á su yugo no menos al hombre que á la mujer, haciendo de los dos *una sola carne*, en que «la mujer no es dueña de su cuerpo, es verdad, sino el

(1) Luc., XX, 35.

(2) Mateo, XIX, 4-6;—Marcos, X.—Lucas, XVI.

marido,—pero en que el marido no es tampoco el dueño de su cuerpo, sino la mujer (1); reciprocidad de derecho que contiene toda una revolucion en la condicion de la mujer, que funde en cierto modo los dos sexos en su union; ¡honor mas grande! que funde esta misma union en la union mística de Jesucristo con su Iglesia, y no sujetando la mujer al marido, como la Iglesia á Jesucristo, sino á condicion de que el marido ha de amar y proteger á la mujer, entregándose él mismo á ella, y tratándola con honor, á fin de santificarla, de purificarla (2); de tal suerte, como dice San Juan Crisóstomo, comentando á San Pablo, *que el hombre no debe enorgullecerse por su privilegio, ni la mujer humillarse por deberle obediencia, pues que ELLOS DEPENDEN EL UNO DEL OTRO, y ambos á dos tienen á Dios por Autor.*—Finalmente, fuera del matrimonio, la igualdad de los dos sexos en su comun libertador Jesucristo, proclamada por aquella gran frase de San Pablo: «No hay ya judío ni griego libre, ni esclavo, *hombre ni mujer*; todos sois unos en Jesucristo (3).»

Para compendiar:—En la base, *la igualdad de sexos* en Jesucristo, erigida en doctrina despues de haber sido consagrada por el favor de Jesucristo, bien marcado para con la mujer del Evangelio;—sobre este fundamento, *la indisolubilidad del matrimonio*, la mútua dependencia en la reciprocidad de derechos de los esposos, y la dignidad de la misma union de Jesucristo con su Iglesia impresa á su union;—sobre el matrimonio, *la virginidad*, constituyendo para la mujer un estado mas independiente, mas honroso y que le hace semejante á los Angeles;—en la cima, finalmente, *la Maternidad divina* de María, Reina de la tierra y del cielo, y nueva Eva, á quien deberá su salvacion todo el género humano; he aquí en su conjunto y en su cuerpo todo el sistema de la rehabilitacion de la mujer por el Cristianismo, que de la Religion ha pasado á las costumbres y á las leyes. Pues bien, ahora pregunto: ¿habia siquiera la menor sospecha de esto en el mun-

(1) I, á los Corintios, VII, 4.

(2) A los Efesios, V, 22—27.—S. Pedro, Epístola III, 1—7.

(3) A los Gálatas, III, 28.

do antiguo? ¿No habia por el contrario grande oposicion en las costumbres y en las leyes? ¿No hay en esto una *creacion* en toda la fuerza y propiedad de la palabra?

No puede menos de convenirse en ello. ¿Cuál es, pues, el fundamento en que se apoyan para declinar la consecuencia de esto? Hélo aquí. Dicese: Este es verdaderamente un *sistema completo de emancipacion é igualdad moral; aparece una existencia nueva*. «Pero este sistema se ha apoyado sobre ciertos datos anteriores ó colaterales, ha sido secundado por una especie de predisposicion que favorecia el anonadamiento ó la modificacion de todo género de esclavitud.»—¿Qué quiere decir todo esto en lo que mira á la mujer?—Se quiere hablar del movimiento que se habia declarado en la legislacion romana en favor de la mujer, movimiento muy real, perfectamente diseñado por M. Troplong, y que por una sucesion de disminuciones de la tutela que encadenaba á la mujer, habia preparado y comenzado su emancipacion cuando llegaron á consumarla los primeros emperadores cristianos.

He aquí la objecion. Es muy especiosa; pero con perdon de su sábio autor, diré que no es fundada; diré mas, sirve para probar mi tésis. En efecto:

El movimiento que habia servido para relajar el yugo doméstico de la mujer en la legislacion romana, bajo los emperadores paganos, ¿era de la misma naturaleza que el que lo rompió despues bajo los emperadores cristianos? ¿Tenia el mismo móvil, y aspiraba al mismo fin, para que se diga que el Cristianismo no ha sido su mas alta *expresion*?—Todo lo contrario. No solamente era un movimiento *diferente*, sino *adverso*. Era el *antípoda* de la emancipacion cristiana, era por consiguiente la *servidumbre*, y la peor de todas las *servidumbres*, si es verdad que nada hay mas opuesto á la libertad que la licencia.

La *licencia*, esto resulta de las páginas del mismo M. Troplong,—tal fué el móvil de la disminucion sucesiva de la tutela;—la *represion*, tal era su resultado. «La conjuracion de las Bacanales, los sordos complóts contra el pudor y la paz pública, los indecentes divorcios, los audáces adulterios, todo el desbordamiento de las malas costumbres retratado por

los filósofos, los historiadores, los satiricos, y que obligó á Augusto á *buscar en las leyes políticas un remedio que no dan las leyes de la familia*. He aquí la levadura de esta emancipacion, en que se pretende no haya tenido el Cristianismo mas parte que el haberla consumado.—M. Troplong demuestra muy bien por otra parte, que la tutela doméstica de las mujeres cedió, como un dique, minado, derribado y arrastrado por las aguas, bajo las seducciones, los artificios mujeriles, los manejos corruptores y las impudencias audáces de las mujeres, hasta tal punto, que hacian temblar de miedo á su tutor; de suerte que «no era él quien ejercia la autoridad sobre la mujer, sino que la mujer la ejercia sobre él; no era él el tutor, era la mujer quien tenia la tutela (1).»—Esto era el cumplimiento de la prediccion del viejo Caton, cuando esclamaba: «Lo que quieren ellas es la libertad mas completa, ó mas bien la licencia, para dar á las cosas su verdadero nombre. Si hoy triunfan, ¿qué no intentarán el dia de mañana? Traed á vuestra memoria todas las leyes con que nuestros abuelos han encadenado sus caprichos y las han sometido á sus maridos. Con todas estas trabas, apenas podeis contenerlas. ¿Qué sucederá si les permitis atacar vuestras leyes una tras otra, si tolerais que os arranquen concesiones y que acaben por igualarse con los hombres? ¿pensais que podreis soportarlas? Ellas no serán ya vuestros iguales, sino que os dominarán (2).»—He aquí cuál era la emancipacion de que se habla. Era la *disolucion*, la disolucion de la constitucion doméstica por una corrupcion que, como una marea creciente, atacaba la constitucion social hasta el punto de *tener que ir á buscar en las leyes políticas el remedio contra ella que no daban las leyes de la familia*.

M. Dabas dice, pues, con mucho juicio: «Supongamos que hubiese continuado el Imperio romano hasta nuestros dias; nunca la mujer se hubiera levantado de la esclavitud, y la razon es bien clara: es que á falta de leyes morales eran necesarios reglamentos tiránicos para contenerla. Pudo ella muy

(1) De la influencia del Cristianismo, etc., pág. 297.

(2) Tiro Livio, lib. I, XXXIV, cap. 2 y 3.

bien en los últimos tiempos de la República romper algunos anillos de una cadena que á fuerza de sacudirla habia llegado á estar algo gastada, pero esta emancipacion por la licencia no era durable; ya en el imperio de Tiberio se echaba de menos la severidad de las leyes Opianas, y nadie duda que, sin la venida del Cristianismo, se hubieran visto remachadas de nuevo las cadenas de la mujer (1).»

¿Teniamos razon para decir que lo que se queria considerar como una preparacion para el Cristianismo, era su mas completa contradiccion? Una preparacion, sí, como la demolicion prepara para la reconstruccion.

La reconstruccion, no por leyes, consecuencia de otras leyes, porque *quid leges sine moribus?* como decia tambien Tácito, hablando de estas mismas leyes que se alegan, sino por *costumbres* nuevas fundadas sobre un *principio* nuevo, el principio *cristiano* de la rehabilitacion de la mujer por la gracia de la sangre Divina que ha caido sobre ella desde lo alto de la Cruz.

Por esta gracia, cuya plenitud en María ha levantado su sexo de la decadencia en que le precipitara la falta de Eva, ha sido rehabilitada la mujer, antes que todo, del *pecado* en el orden religioso, despues del *desprecio* en el orden moral, y por último, de la *servidumbre* en el orden legal. Las leyes no han hecho mas que decretar una rehabilitacion que estaba ya hecha en las costumbres, porque estaba en las almas. En una palabra, la mujer no ha sido emancipada por la ley, sino porque se la ha hecho digna de serlo por la Religion. Esto es lo que nos falta considerar en un párrafo final.

§. III.

La mujer ha llegado á ser *mujer* por el Cristianismo: aquí está la rehabilitacion. La dignidad, el derecho, no han sido mas que la consecuencia de este hecho. A María, á quien es preciso tomar siempre por tipo de la mujer cristiana, la gloria y el poder de Madre de Dios no se le han conferido sino

(1) De la decadencia de la mujer y su rehabilitacion, pág. 73.

porque Ella se ha mostrado digna, correspondiendo con sus virtudes á la gracia de que habia sido colmada por su fé, por su humildad, por su caridad: *¡Bienaventurados los que habeis creido!*—Lo mismo sucede con la Magdalena: se le ha perdonado mucho porque ella ha amado mucho; estás curada, tu fé te ha salvado. Así es como ha sido rehabilitada la mujer cristiana. Sus virtudes, de que le ha hecho capaz la gracia, han abierto el camino á su emancipacion.

Entre otras virtudes que han creado á la mujer cristiana una nueva situacion al lado, y muchas veces superior á la del hombre, y que le han hecho conquistar su rehabilitacion, citaremos cuatro: la Virginidad, el Martirio, la Caridad y el Apostolado; virtudes enteramente nuevas en el mundo, y cuyo tipo creado ha sido María.

I. La virginidad, no la virginidad negativa, fastuosa, retribuida y temporal, como la de las vestales, de las que á duras penas podian reunirse hasta el número de *siete*, sino la virginidad activa, humilde, desinteresada y perpétua, abrasada por sí misma, por la union del Espiritu á Dios, y por su dominacion sobre el sentido que ella transfigura, es una virtud esclusivamente cristiana, y que dió á luz en buena hora legiones de Angeles humanos. Ella fué la gran protestacion de la santidad cristiana contra la corrupcion antigua, y como la palanca que levantó el asombro y la admiracion del mundo. «Apyados en ella, dice San Juan Crisóstomo, echamos por tierra á nuestros enemigos... porque entre los gentiles habian podido algunas personas despreciar las riquezas, ó reprimir la cólera; pero no se habia visto jamás entre ellos la flor de la virginidad: en esto nos conceden la ventaja, confesando que es cosa sobre la naturaleza; por esto todos ellos nos han admirado altamente.»

Fué esta virtud comun á ambos sexos: sin embargo, las mujeres llevaron la ventaja en su profesion. *Es necesario confesar ingenuamente*, dice Tomasino, *que la profesion de las viudas y de las vírgenes, es mucho mas antigua que la de los monjes.* Por otra parte, ella brilla tanto mas en la mujer, cuanto su sexo está mas espuesto á todos los embarazos de que es el

foco, y cuanto que la continencia no está en ella lastrada por todos los contrapesos de actividad que vienen á atenuar su mérito en el hombre. Tenia, pues, razon San Juan Crisóstomo para exclamar: «¿Quién podrá contener su admiracion y su asombro, hallando así en una naturaleza de mujer una vida angelical? ¿Qué hombre se atreveria á acercarse, quién tendria el atrevimiento de tocar á esta alma resplandeciente? Todos se retirarán, porque están asombrados, como á la vista de un oro brillante y encendido. El oro por su naturaleza brilla; pero tiene mucha mas brillantéz y esplendor en medio de las llamas...»

Este espectáculo, al cual estamos acostumbrados, como á todas las demás maravillas del Cristianismo, era entonces tanto mas asombroso, cuanto que contrastaba con la molicie, la frivolidad y la corrupcion de la mujer pagana. Se tenia entonces á la vista dos mujeres, y en ellas dos sociedades, dos mundos, el uno animal y el otro angelical; el uno caído, el otro rehabilitado; el uno salido de Eva, el otro saliendo de María. Porque María es la primera que ha levantado el estandarte de la virginidad celestial en el mundo: de esta virginidad ha querido ser fruto el Hijo de Dios, *el trigo que hace germinar las vírgenes* (1). «Por esto no tuvo ella leche, dice Clemente de Alejandria, ó mas bien, tuvo por leche á este bello hijo de su corazon, el cuerpo de Jesucristo, que, por el Verbo que le está unido, cria la nueva generacion...» (2). Este es uno de los elementos *creadores* de la rehabilitacion de la humanidad, y mas en particular de la mujer. Esto es lo que San Gerónimo, aquel gran defensor de la perpétua virginidad de María, escribia á la virgen Eustoquia con estas notables palabras: «Solamente algunos hombres, y estos en pequeño número, habian gustado (en la ley antigua) las dulzuras de la virginidad; por lo que hace á Eva, ella cumplia su destino; en todas partes paria con dolores. Mas despues que una Virgen concibió en su seno virginal, y dió á luz un Hijo, que ha llevado sobre sus hombros su dignidad de Prin-

(1) Zacarías, IX, 17.

(2) *Pedagogus*, lib. I, cap. VI.

cipe, un Dios fuerte, un Dios poderoso, el Padre de los siglos venideros, se ha anonadado su maldicion. La muerte habia venido por Eva, la muerte nos ha venido por Maria: y he aquí por qué en la ley nueva, el don de la virginidad se ha repartido con mas abundancia sobre las mujeres. Tan pronto como el Hijo de Dios bajó á la tierra, quiso formarse allí una nueva familia; era adorado en el cielo por los Angeles, quiso ser adorado igualmente por Angeles en la tierra. Entonces se vió á la verdadera Judit cortar la cabeza á Holofernes...»

Las cartas de San Gerónimo, de San Basilio, de San Cipriano, algunos tratados de Tertuliano y otros diversos escritos debidos á la pluma de los Padres de los primeros siglos, dirigidos á mujeres, ó tratando de sus deberes, dan mucha luz sobre la *novedad* de la condicion de la mujer cristiana en el mundo, y sobre la importancia que la profesion de la virginidad le daba; profesion que todavía no estaba enclaustrada, y que bajo el velo recibido de mano de los Padres, ó mas solemnemente, de la de un Pontífice, edificaba al mundo, haciéndose en él un retiro voluntario en medio de su corrupcion, y brillando en sus llamas. Los nombres mas grandes de la antigua Roma, degenerados, en lo que hace á los hombres, del heroismo que los habia hecho ilustres, refloreaban en las mujeres por un heroismo mas eminente. Marcela, Asella, Albina, Marcelina, Fabiola, Leta, Paula y tantas otras, se hacian gloriosas con marchar sobre las huellas de María y con ser las esposas del Crucificado.

Digo las *esposas*, porque la virginidad cristiana no es fria y estéril, es abrasada y fecunda como el amor. Es el amor, es el himeneo espiritual del alma con Dios. Es el *Bien-Amado*, es Jesus preferido á todos los otros esposos; y la leyenda de Santa Catalina, recibiendo del Niño-Dios el anillo esponsalicio, por mediacion de la Virgen, no es mas que el símbolo de este místico matrimonio, cuyos frutos son las gracias y las virtudes, y que se llama la virginidad.

Esto no deprime al matrimonio humano, mas bien lo ensalza, viniendo á unirse con la virginidad por medio de la castidad, que es su hermana, y que por las pruebas, en las cuales puede ella tomar mayores dimensiones, sube algunas veces á

la altura de su hermana mayor. Este parentesco moral se vé muchas veces entre la Virgen y la madre cristiana; hay madre en la Virgen, como hay Virgen en la madre. ¿Y por qué? porque las dos son hijas de la Virgen-Madre.

Toda mujer cristiana, virgen, esposa, madre, ha recibido de su regeneracion en Jesucristo como una nueva flor de pudicia y de castidad, cuya mejor y mas esquisita produccion es Maria, y que de ella se esparce por todo su sexo. Con esto ha llegado á ser la mujer objeto de respeto y casi de culto de parte del hombre, á quien ella domina con la superioridad del Angel. Tambien ha llegado á ser al mismo tiempo un objeto de atractivo mas vivo, porque es mas puro, y porque se reviste con el encanto de la gracia mas victoriosa, que la Sagrada Escritura llama *la gracia de las gracias*, la de la santidad y del pudor. *Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata* (1).

Atraido y contenido por esta nueva Eva el hombre, de tirano de la mujer, vino á ser su servidor galante y caballero; y en este embeleso de que habia hecho la corrupcion para él un *bello mal*, del cual se vengaba con el desprecio, encuentra un móvil de virtud que ensalza con su homenaje.

Así se ha obrado la rehabilitacion de la mujer por la virginidad, y por todas las virtudes, por todas las gracias del pudor cristiano y de la castidad, que son como su comitiva.

II. La segunda virtud que puso en evidencia, y que *dió en espectáculo á los Angeles y á los hombres* (2) la mujer cristiana como una creacion nueva en el mundo, fué el martirio. ¡El martirio! esta grande prueba de la divinidad de una religion que se ha hecho seguir al través de los suplicios y al través de la muerte por un mundo arrancado á todos los placeres y á todas delicias de la vida; que ha hecho nacer la verdad de su doctrina con la sangre de sus hijos, y que ha hecho brillar las virtudes sobrenaturales del alma regenerada con las heridas y los quebrantamientos del cuerpo; el martirio hizo ver á la mujer, tan débil por su naturaleza, tan empequeñecida por

(1) Ecli., XXVI, 19.

(2) Corinth., IV, 9.

las costumbres, tan incapaz de sacrificio, tan impropia para los ardores de la virtud y de la verdad, y al mismo tiempo tan apasionadamente presa de todas las frivolidades y de todos los vicios de la vida, desnudarse de todas estas frivolidades y de estos vicios, sobreponerse á los afectos mas tiernos y mas legítimos, libertarse de todas las tiranías de la opinion; y no conservando mas que el pudor, dar su vida en los suplicios en testimonio de la verdad.

El sacrificio voluntario de la vida por la verdad, ha inmortalizado á *un solo hombre* en la antigüedad, y aun la vida que él sacrificaba era ya avanzada y desnuda, y la muerte le fué dulce como un sueño y honrosa como un triunfo. Pero la muerte de nuestros millones de Sócrates estaba erizada de los mas espantosos suplicios, cargada de oprobios, multiplicada por todos los lazos de familia y de la naturaleza que ella rompía, y finalmente, voluntaria hasta el último suspiro contra todas las súplicas y seducciones: pues bien, de esta muerte, ya tan sublime para el Pontífice y el filósofo, se vió disputarse y arrebatarse la palma á la mujer, la madre, la esposa, la doncella, la pobre esclava y la vil cortesana. «¡Ah! Bendito sea Dios, esclama San Juan Crisóstomo, á vista de este nuevo prodigio. ¡Bendito sea Dios! La mujer es intrépida contra la muerte. La mujer, que ha introducido la muerte en el mundo, ha sido la que hoy ha hecho pedazos aquella antigua arma del demonio. Sér débil y espuesto por su naturaleza á todos los ultrajes, se ha convertido en una arma invencible en manos de Dios. La mujer es intrépida contra la muerte. ¿Quién no lo admirará con asombro? Que se avergüencen los Gentiles, que los Judios queden confundidos, ellos que no creen en la resurreccion de Jesucristo; porque, pregunto: ¿qué prueba mas grande de la resurreccion que una *revolucion tan asombrosa*? ¡La mujer es intrépida hasta la muerte, que los mismos Santos encontraban antes tan horrorosa y temible (1)!»

No olvidemos jamás, para tener bien en cuenta semejante prodigio, desnudarnos de nuestras costumbres cristianas, y

(1) S. J. Chrys., de SS. Bernice et Prodosce, Virg.

olvidar un espectáculo que á fuerza de profusion, ha venido á hacérsenos familiar (porque entonces el acrecentamiento del mismo prodigio seria el que lo encubriria á nuestra vista) (1), y reconozcamos en este acento de San Juan Crisóstomo la *novedad* de tal *revolucion*.

¡Y cuánto, los caracteres y circunstancias de estos sublimes sacrificios, que se reproducen en el seno de una sociedad tan degenerada, hacen resaltar aun la grandeza moral y sobrenatural de la virtud! Recordemos algunos de los mas célebres.

Desde el siglo primero aparecen Santa Tecla y Santa Flavia Domitila. La primera, discípula de San Pablo, versada en la filosofía y bellas letras, apasionadamente perseguida por un jóven pagano, que tuvo la infamia de castigar con una delación el que ella no accediera á sus deseos, y habiendo sido entregada desnuda á las fieras del anfiteatro, apareció deslumbradora de pudor, y vengada de la ferocidad de los hombres por la dulzura de los tigres y de los leones;—la segunda, parienta cercana del emperador Domiciano (2), desterrada por este á la isla de Pontia, y despues quemada en Terracina, bajo Trajano, por haberse negado á sacrificar á los dioses.

En el segundo siglo, Santa Sinforosa de Tibur y Santa Felicitas de Roma, damas ilustres, ambas madres de siete hijos, y sometidas al suplicio de la madre de los Macabeos, con esta diversidad que hace vacilar entre los dolores de la gracia y los de la naturaleza, que la primera precedió á sus hijos en el suplicio, dejándolos espuestos á una prueba en que podían dejarse vencer (colgada de los cabellos fué precipitada en las cascadas del Tíber, donde se habian bañado las prostitutas, y donde se habian refrescado los vinos de Horacio, dice

(1) A la hora misma en que escribimos, los *Boletines de la propagación de la fé* nos traen las Actas de muchas mujeres mártires de la fé cristiana en Oriente.

(2) Ha habido dos Domitilas, una llamada la *Antigua*, sobrina propia del emperador, que solamente fué desterrada, y á quien se deben las Catacumbas de San Nereo y de San Aquileo; otra que murió en el suplicio del fuego.

Chateaubriand), y que la segunda siguió el suplicio de los suyos, y fué martirizada con cada uno de ellos.

Santa Blaudina, humilde jóven esclava, que, como para dar á conocer que *en Jesucristo no hay distincion de amos y esclavos*, y que, tambien como refieren las Actas de su martirio, las *criaturas humildes y despreciadas de los hombres, son las que Dios se complace en colmar de honores*, se elevó á la altura de las santas matronas y princesas romanas que acabamos de nombrar, sostuvo con su angelical intrepidez á los mismos héroes, compañeros de su martirio; y apurando, en un cuerpo aniquilado, todo género de suplicios, los azotes, las planchas candentes, las fieras, la jaula de hierro, las redes, *con tanta alegría como si hubiera ido al festin nupcial*, arrancó la admiracion de sus verdugos, y tuvo la gloria de morir al fin en el suplicio de la cruz, donde apareció, á los ojos de sus compañeros, transfigurada en Jesucristo.

La jóven vírgen romana Teodora, habiendo resistido á la deshonor, fué condenada al suplicio. Un cristiano llamado Didimo, disfrazado en soldado, penetra en la cárcel y la hace salir de ella. El pretor manda prender á Didimo y conducirlo al suplicio. Teodora lo sabe, y se presenta inmediatamente al verdugo para disputarle el martirio.—Yo soy, decia Didimo, el que ha sido condenado. Y yo, decia Teodora, no quiero ser culpable de vuestra muerte. Si me hubiéseis privado del martirio, me hubiéseis engañado. Los dos fueron oidos y perecieron juntos (1).

Sabidos son los martirios de Santa Perpétua y Santa Felicitas, donde se vió á la señora y á la esclava hacerse hermanas

(1) Hemos tomado el cuadro de este martirio de una cristiana del temple de aquellas, á madama Swetchine, la cual lo tomó de Fleury. Hácele seguir de una admirable nota que empieza de esta manera: «Cuán lejos está de la belleza de este rasgo la del mas patético de la antigüedad pagana! La generosa abnegacion de Orestes y de Pilades, érales dictada por la amistad; arrastrábalas á ella el dolor de sobrevivirse. Aquí no es ya el móvil, el yo humano, ni su dualidad mas humana aun, es la ardiente y libre caridad, fruto de la regeneracion y de la gracia.»

por el bautismo de sangre, y por la participacion de una gloria que las tiene perpétuamente asociadas en la conmemoracion que hacemos de ellas en el sacrificio de nuestros altares. Otros muchos han referido esta historia; nosotros queremos, sin embargo, aromatizar con ella nuestras páginas; tanto mas, cuanto que no hay quizás otra en que la mujer aparezca mas mujer, y donde el sacrificio sea mas realzado por todas las delicadezas y gracias de la víctima.

Perpétua, mujer noble, tenia unos veinte y dos años; vivian su padre y su madre; tenia dos hermanos; era casada y criaba un hijo. Felicitas era esclava, y se hallaba en cinta. El padre de Perpétua, pagano celoso, obligaba á su hija á que sacrificase.

«Despues de haber pasado algunos dias sin ver á mi padre (la misma Perpétua es quien escribe la relacion del principio de su martirio), dí gracias al Señor por ello, y su ausencia me alivió. En aquellos pocos dias fué cuando nos bautizaron: al salir del agua, yo solo pedia paciencia para las penas corporales. Pocos dias despues nos llevaron á la cárcel; esto me asustó, porque jamás habia visto tales tinieblas. ¡Dia terrible! Hacia un calor espantoso á causa de la multitud que nos rodeaba. Los soldados nos impelian. En fin, yo me moria de inquietud por mi hijo (1). Entonces los bienaventurados diáconos Tercio y Pomponio, que nos asistian, obtuvieron por dinero que pudiésemos salir y pasar algunas horas en un paraje mas cómodo de la cárcel. Salimos de ella; cada cual pensaba en sí sola; yo dí de mamar á mi hijo, lo encomendé á mi madre, y consolé á mi hermano, consumiéndome el dolor de ver el que yo les causaba; en tales angustias pasé algunos dias.

«Divulgóse la voz de que íbamos á ser interrogadas. Mi padre vino la vispera á la cárcel, abatido de tristeza, y me dijo: Hija mia, ¡apiadaté de mis canas! ¡Ten piedad de mí! ¡Si yo merezco que me llames tu padre; si yo mismo te he criado hasta esa edad;

(1) Admirable delicadeza de complexion, muy propia para hacer resaltar aquella virtud divina que brilla en la debilidad.

¡Y que enciende valor en débil pecho!

si te he preferido á tus hermanos, no hagas, no me hagas ser oprobio de los hombres (1)! Mira á tu madre, mira á tu hijo, que no podrá vivir sin tí; deja esa altivez que nos perderá á todos; porque si te sucede alguna desgracia, nadie de nosotros se atreverá á hablar palabra.

»Así se espresaba en su tibieza mi padre, besando mis manos, echándose á mis piés, llorando, y no llamándome ya hija suya, sino su señora. Yo le compadecia, viendo que seria el único de toda mi familia que no se alegrase de mi martirio. Díjele pues, para consolarle: En el cadalso sucederá lo que Dios quiera; pues sabe que no estamos en nuestro poder, sino en el suyo. Mi padre se retiró apesadumbrado.

»Al dia siguiente, estando comiendo, vinieron á buscarnos para ser interrogados. La noticia se divulgó inmediatamente por los barrios vecinos, y se reunió multitud de gente. Subimos al tribunal... El juez Hilarion me dijo: Ten en cuenta la debilidad de tu padre, considera la infancia de tu hijo, sacrifica á la prosperidad de los Emperadores. *No lo haré*, respondí yo. —¿Eres cristiana? me preguntó. —Y yo le contesté: *Soy cristiana* (2). Como mi padre se esforzase en sacarme del tribunal, Hilarion mandó que lo hicieran salir de allí, y le dieron un varazo: yo lo sentí como si yo misma hubiese sido golpeada. ¡Tanto sufrí al ver á mi padre maltratado en su ancianidad (3)! Entonces Hilarion pronunció nuestra sentencia, y nos condenó á todos á ser espuestos á las fieras. Volvimos alegres á la cárcel. Como mi hijo se hallaba acostumbrado á mi pecho y á estar conmigo, supliqué inmediatamente al diácono Pomponio que se lo pidieran á mi padre; mas él no

(1) ¡Hasta qué punto debian ser los cristianos objeto de oprobio, para que este padre sintiera mas serlo él, segun parece, que perder á su hija!

(2) Se ha intentado atribuir la conducta de los mártires á exaltacion, á entusiasmo. Pero á mas de que necesitaria explicarse esta explicacion, lo que precisamente choca en todas las palabras y en la actitud de los mártires, es la falta mas completa de exaltacion, la tranquila y moderada sencillez de sus respuestas. En una mujer, esto es aun mas notable.

(3) Admirable rasgo de noble emocion, que demuestra toda la sensibilidad de la naturaleza en el triunfo de la gracia: es mas sensible por un golpe de vara dado á su padre, que lo será mas adelante al furor de las fieras y á la cuchilla del verdugo.

quiso dárselo, y Dios permitió que el niño no pidiese mas el pecho.»

La relacion de Perpétua acaba en la tercera vision que tuvo en el calabozo.

«Felicitas se hallaba embarazada de ocho meses; y viendo tan próximo el día de la esposicion á las fieras, se afligia, temiendo se difriese su martirio, porque no era permitido ejecutar á las mujeres embarazadas, antes de que dieran á luz.

»Los compañeros de su sacrificio sentian estremadamente por su parte, dejarla sola en el camino de su comun esperanza. Se juntaron pues todos á orar y gemir por ella tres días antes de la esposicion á las fieras. Inmediatamente despues de su plegaria, empezaron los dolores de parto, y como este parto era anticipado, fué penoso, obligándola á quejarse. Al oírla uno de los carceleros, le dijo: ¿Te quejas ahora? ¿Qué harás, pues, cuando te espongan á las fieras? Mas te hubiera valido haber sacrificado á los dioses. Felicitas respondió: *«Ahora soy yo quien sufre, mas allí habrá otro en mí que padezca por mí, porque yo padeceré por él (1).»*

(1) Chateaubriand, en sus *Estudios históricos*, de donde hemos sacado la traduccion de esta relacion, ha suprimido esta respuesta de Felicitas. ¿No la comprenderia tal vez? Es el rasgo mas bello del cuadro: que ilumina con una luz sobrenatural, porque no solamente explica este martirio, sino todos los martirios, descubriendo el secreto de aquel valor, de aquella fuerza tranquila y serena de los cristianos en los suplicios; y además resalta admirablemente en boca de una mujer débil, que no pudo sufrir sin quejarse los dolores del parto. Jesucristo, en efecto, se hallaba en los mártires, miembros suyos, y padecia por ellos. O mas bien, habia padecido por todos ellos en la cruz, con un padecimiento que comprendia todos los que ellos tendrian que sufrir por El, y cuya reversabilidad producía el alivio y atractivo de su suplicio. De allí provino en Cristo, en el huerto de las Olivas y en la Cruz, una postracion y una agonía que no se notaron en los mártires mas delicados. Estos no parecia que sufrían. Además, todo cristiano puede experimentar algo de este prodigio de fuerza en la flaqueza, y de alivio en el sufrimiento, por la union de sus padecimientos á los de su Dios.

Felicitas dió á luz una niña, que crió una mujer cristiana como hija suya.

»Habiendo llegado el día del combate, los mártires salieron de la cárcel para el anfiteatro, como si fueran al cielo. Perpétua seguía con semblante sereno y paso tranquilo, como una persona querida de Jesucristo, bajando los ojos para ocultar su anhelo á los espectadores... Felicitas estaba muy contenta de hallarse del todo repuesta de su parto para pelear con las fieras.... Perpétua y Felicitas fueron desnudadas y metidas en redes para ser espuestas á una vaca bravía. El pueblo se horrorizó viendo á la una tan delicada, y que la otra acababa de salir del parto; retirólas pues, y fueron cubiertas con trajes talaes. Perpétua fué arremetida la primera, y cayó de espaldas; incorporóse al punto, y viendo rasgado su vestido por un lado, lo replegó para cubrirse el muslo, mas celosa del pudor que atenta á sus dolores (1), anudó sus cabellos sueltos, para no demostrar luto, y viendo á Felicitas toda destrozada, le alargó la mano para ayudarla á levantarse. De esta suerte se dirigieron ambas hácia la puerta Sana-Vivaria, donde recibió á Perpétua un catecúmeno llamado Rústico. Perpétua hizo llamar á su hermano, y les dijo á entrambos: «Permaneced firmes en la fé; amaos los unos á los otros, y no os escandalicen nuestros sufrimientos...» Entretanto el pueblo pedía que fueran conducidas de nuevo al anfiteatro. Las mártires se presentaron por sí mismas, despues de haberse dado el ósculo de paz. A Felicitas le tocó un gladiador poco diestro, que la hirió entre los huesos y la hizo dar un grito, porque estas ejecuciones de los que habian quedado medio muertos en la esposicion á las fieras, era el aprendizaje de los nuevos gladiadores. Perpétua llevó por sí misma á la garganta la mano del ejecutor (2).»

Lo largo de esta narracion no nos deja lugar para esponer otras. Además, no acabariamos nunca, y puede aplicarse con grave grandeza al Cristianismo estos versos de Boileau:

Cesad, gran Dios, de conseguir victorias,
O preciso será dejar la pluma.

(1) Ad velamentum femorum adduxit pudoris potius memor quam doloris.

(2) Act. Sinc. Martyr.

Bástenos, pues, nombrar por todas las mártires que omitimos á Santa Sabina, Santa Serapia, Santa Cecilia, Santa Anastasia, Santa Lucía, Santa Catalina, Santa Agueda, Santa Inés, cuyos martirios se disputarán por siempre la admiración del mundo.

He aquí lo que ha hecho el Cristianismo de este sexo que se tenía hasta entonces por *pusilánime, impropio para el sufrimiento, fútil, perverso por naturaleza y mitad menos valiente que nosotros*, según decía la sabiduría humana (1); y esto sin desnaturalizarlo, dejándole todas sus graciosas y honestas delicadezas y multiplicándolas.

¿De dónde le ha provenido este valor más que varonil, esta fuerza contra la que se ha estrellado todo el poder romano? Le ha venido de Aquel que toma en sí todas nuestras languideces y todas nuestras dolencias (2), y que nos ha comunicado toda su fuerza y su poder; de Jesús crucificado, el gran Mártir del género humano, cuyo suplicio embelesa y embelesará todos los suplicios sufridos por su amor. Después de Él le ha provenido del grande ejemplo de la primera mujer que tomó parte en su suplicio, de su Santísima Madre, traspasada en su alma, según la profecía, con la misma espada de dolor que le hirió á Él, *et tuam ipsius animam pertransivit gladius* (3); dolor al cual ningún otro dolor es comparable, porque ningún amor ha sido comparable á su amor, porque lo que constituye el consuelo de todos los suplicios, Jesús crucificado, constituía el martirio del suyo, y dolor sufrido como mártir, *en pié, con un valor*, dice San Ambrosio, *que no degeneraba del que tenía ante sus ojos*. He aquí el modelo que, por la misma gracia que lo produjo, ha elevado á sí todo sexo, y lo ha rehabilitado en los dolores y por un martirio que le han valido el título de *Madre de los Dolores* y de *Reina de los Mártires*.

Así es como fué la mujer rehabilitada por el martirio, como lo fué por la Virginidad, por los pasos de la Virgen-Madre.

(1) Platon, Hipócrates, Caton, etc.

(2) Is., LIII, 4.

(3) Luc., II, 35.

III. En tercer lugar, ella lo fué por la caridad. Aquí se presenta también María la primera, reasumiendo en sí sola toda la caridad que después conmovió el corazón de la mujer cristiana, influyendo en su efusión con la plenitud de la gracia de que fué colmada sobre todas las mujeres.

Voltaire atribuye gratuitamente á Ciceron una bella frase, *Charitas humani generis* (1). Sea lo que quiera sobre la cuestión de saber si el mundo antiguo ha conocido ó ignorado el nombre de un sentimiento que llena el mundo moderno, el mismo Voltaire tiene que convenir en que: «no se vé que la policía y beneficencia de los romanos hubiesen establecido casas de caridad, donde se asistiera á los pobres y enfermos á espensas del público. La antigua Roma parece que desconoció los hospitales para los pobres (2).»

Pero por más que el público hubiese costado los hospitales, jamás se hubieran levantado, y aun se destruirían al punto si no estuviesen fundados en la caridad católica de la mujer cristiana, de la *Hermana de la caridad*, que cuida al género humano á costa de todos los sacrificios y todas las repugnancias de la naturaleza. Esta verdad ha arrancado á Voltaire esta otra confesion: «Quizás no hay cosa más grande en la tierra que el sacrificio que hace un sexo tan delicado de la hermosura y de la juventud, y muchas veces de una cuna elevada, para cuidar en los hospitales á ese conjunto de todas las miserias humanas, cuyo aspecto humilla tanto al orgullo humano y repugna tanto á nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunión romana solo han imitado imperfectamente tan generosa caridad; pero también esta congregación tan útil es la menos numerosa (3).»—Perdonemos á

(1) El editor de Voltaire, el sábio Beuchot, desmiente á Voltaire en este punto. «Ciceron, dice, no se ha valido de esta expresión, pues dijo *Charitas liberorum* (Brutus, ep. 12).» *Charitas patriæ* (Pro Sesto, 53). *Charitas patriæ* (De officiis, I, 17). Beuchot.—Obras de Voltaire, con prefacios, advertencias y notas, etc., por M. Beuchot, t. XXVIII, p. 13, y t. XLII, p. 416.

(2) VOLTAIRE, obras, t. XXVIII, p. 13.

(3) VOLTAIRE, obras, t. XVII, p. 337.

Voltaire esta mueca con que termina una bella confesion; ella prueba la fuerza de la verdad que se manifiesta por su boca enemiga.

No es menos notable que Voltaire juzgue *que no hay nada mas grande en la tierra* que la Hermana de la caridad. Voltaire es cristiano en esta admiracion, y hasta católico; y esto prueba hasta qué punto ha criado el Cristianismo nuevas costumbres. Los antepasados de Voltaire, Celso, Porphiro, Luciano, estaban lejos de esto, pues delataban á los cristianos á la irrisión pública, por haberse dejado persuadir por su legislador de que todos eran hermanos (1). La sociedad pagana vió con prolongada admiracion á las hijas del Evangelio cuidar de las enfermedades y dolencias, auxiliar á los enfermos y lavar sus llagas. Allí estaba el perfecto antípoda de la mujer y de la antigua virgen, cuya suprema prerogativa era en los sangrientos juegos del circo, negar la gracia al pobre gladiador que la imploraba y dar la señal de su muerte levantando el dedo pulgar.

Pectusque jacentis

Virgo modesta jubet, converso pollice, rumpi (2).

La caridad, y la caridad para el primero que viene, ó mas bien, para los mas pobres y los mas abandonados, sin distincion de rango ni de raza, la caridad para todo el género humano, *Charitas humani generis*, es, pues, tambien una creacion del Cristianismo, así como la Virginidad y el Martirio; y en la carrera de esta virtud que ha elevado el corazon del hombre á la altura, si me atrevo á decirlo así, del corazon de Dios, la mujer ha igualado, si no ha aventajado, al hombre. Ella se ha emancipado del egoismo, del lujo, de la sensualidad, de la pereza y de la nulidad en que yacia despreciada, y ha conquistado, con el sacrificio y donacion de sí misma, la admiracion y el culto de la humanidad.

Esta nueva mujer aparece en el umbral del Cristianismo,

(1) Véase á Luciano en su *Philopatris*, y en su *vida de Peregrin*.

(2) PRUDENT. *De Vestal*. JUVENAL, *Satir.* III.

aun antes de los Apóstoles:—Se la reconoce en aquellas santas mujeres de Jerusalem que, entre la turba deícida que impelia á Jesus en el camino de su suplicio, *se golpeaban el pecho y lloraban* (1), y en aquellas que *fueron al sepulcro muy de mañana con perfumes para embalsamarlo* (2). Se la encuentra otra vez en aquella Tabitha ó Dorcas, de quien hablan las *ACTAS*, *llena de buenas obras y de limosnas*, y cuya *muerte lloraban todas las viudas, enseñando á San Pedro las túnicas y vestidos que ella les habia hecho* (3). San Pablo nos la pinta en las condiciones para admitir en el orden de Diaconistas: «Que se pueda dar testimonio de sus buenas obras; si ha educado bien sus hijos, si ha ejercido la hospitalidad, si ha lavado los pies á los Santos, si ha socorrido á los menesterosos, si se ha ejercitado en toda clase de buenas obras (4).» La caridad era ya para las mujeres cristianas una *profesion*, y Plinio, que mandó atormentar á dos de ellas, nos enseña en su carta á Trajano, que se las llamaba *Ministræ*. Pero muy pronto llegó á ser la caridad la profesion de toda mujer cristiana. Así aparece de una manera brillante en aquellas ilustres Romanas que daban con largueza á los miembros de Jesucristo las heredades fundadas por sus antepasados, con el sudor de los esclavos y la opresion de los pueblos. En aquella Domitila, que compró para sepulcro de los cristianos el vasto campo que se ha perpetuado por las pinturas de la capilla subterránea que mandó edificar en él, el testimonio de la devocion del primer siglo á María; en aquella Fabiola, que vendió su patrimonio para fundar el primer hospital que Roma opuso á los monumentos de sangre y prostitucion; y en aquella descendencia de los Gracos y Scipiones, en aquella Paula, en quien pinta San Gerónimo de antemano á la querida Santa Isabel de Hungría.—«Paula se vió por fin reducida á llorar á su esposo. En su dolor, se hubiera dicho, al ver la fuerza de sus pesares, que la pena de tal pérdida la llevaba á acompañar á

(1) Luc., XXIII, 27.

(2) Id., XXIV, 1.

(3) Actos, IX, 36—41.

(4) I. Timoth., V, 10.

su esposo al sepulcro; y al ver con qué diligencia se consagró al Señor, se hubiera creído que esperaba con impaciencia aquella muerte que la dejaba en libertad de seguir sus piadosos proyectos. ¿Hablaré aquí de aquella prodigiosa caridad para con los pobres, que hizo que repartiéndose entre ellos los tesoros de una casa como la suya, tan opulenta y tan antigua? ¿Hablaré de su inalterable dulzura, de aquella bondad que la hacía correr presurosa ante las necesidades de las personas, aun de aquellas que no conocía? ¿Cuántas veces no se la vió desnudarse de sus propias vestiduras para cubrir á un desgraciado moribundo, y privarse ella misma de lo necesario para aliviar á los enfermos! Buscaba con cuidado en los retiros mas ignorados de aquella ciudad inmensa al infeliz que se consumía sin auxilio, y miraba como una pérdida para ella que consolara á un necesitado otra mano que la suya; ella lo sacrificaba todo á esta ardiente caridad: y cuando alguno la reconvenga de que con ello perjudicaba á sus hijos, le contestaba, que ella les dejaba una herencia mucho mas preciosa, cual era la misericordia de Jesucristo... (1).»

¡Qué nuevo espectáculo para Roma pagana! Desde aquellos primeros tiempos, la caridad de la mujer cristiana no ha cesado de desplegarse, de tomar diversas formas y de organizarse; ha venido á ser un combate dispuesto contra todos los males de la especie humana; y hoy dia, el camino principal y mas adelantado que abre la industria á la civilizacion, puesto que circuye al mundo.

Así es que el primer corazón de mujer que latió con este sentimiento divino, y que recibiendo de Jesucristo lo comunicó á todo su sexo, es el gran corazón de María. También, ¡oh notable testimonio! los orientales, en el respeto y admiración que les causa el sacrificio de nuestras Hermanas de la caridad, no creen poderlas caracterizar y alabar de una manera mejor, que llamándolas *Marías*; designación patética; y que restos, en estos infieles, de la antigua tradición, encierra toda una doctrina!

La Señora de la caridad ha nacido de la muerte de Cristo

(1) Carta de San Gerónimo á la virgen Eustaquia.

y de la *compasion* de su Madre, llamada tan justamente *Nuestra Señora de la Piedad*. En Cristo, la Virgen compadecía á la humanidad doliente, así como en la humanidad doliente la Señora, la Hermana de la caridad compadece á Cristo.—La una se condolia de los miembros en la Cabeza, la otra se condolia de la Cabeza en sus miembros. En efecto, los miembros de Jesucristo son á quienes la imagen cristiana vé, honra y socorre en todos los desgraciados del género humano; esto es lo que la conmueve y lo que la enardece; es la *compasion* de María que pasa á su corazón, y que en realidad hace de la mujer una *María*, así como hace un Jesucristo de todo desgraciado.—Y esta *compasion* es tanto mas una emanación de la de María, cuanto que ella solo era una anticipación de la caridad que el Cristianismo ha inspirado á todas las mujeres cristianas para con la humanidad. Es la caridad, es el amor del género humano el que ha hecho que María llevase tan generosamente el peso del sacrificio de su divino Hijo. Si no cayó rendida, fué porque la sostenía su amor para con nosotros, es porque este equilibraba al que profesaba á su divino Hijo, ó bien que la enajenaba hasta el punto de hacerla adherirse á su sacrificio. ¿Qué caridad puede compararse con semejante caridad? ¿Quién no conoce que comprendía y aventajaba toda la caridad que la mujer cristiana podía experimentar mas tarde, y que ella debía inspirarla, como que la representaba en todos los desgraciados, á los redimidos con la sangre de Jesucristo y con las lágrimas de María?

IV. Finalmente, la mujer ha sido rescatada por el Apostolado. El Apostolado: he aquí todavía una virtud, un nuevo sentimiento *creado* por el Cristianismo en el corazón del hombre, y á la altura del cual se ha elevado la mujer hasta igualar, ya que no aventajar, al sexo que la aplanó hasta entonces con su desdeñosa y esclusiva superioridad.

«Santificado sea tu nombre;—venga á nos el tu reino;—hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo;» tales son los primeros deseos que la verdad misma pone en nuestros corazones y en nuestros lábios, para recurrir al Padre celestial, antes que nos preocupen nuestras mas impe-

riosas necesidades. Tenia Sócrates mucha razon para decir á Alcibiades: *El mejor partido que hay que tomar en la ignorancia que tenemos de lo que debemos pedir, es esperar á que alguien venga á instruirnos sobre el modo de comportarnos respecto de los dioses y de los hombres.* ¿Quién hubiera sospechado que el celo por los intereses de Dios, á quien nada falta, debiese ir delante del celo por los nuestros, y que debiésemos inquietarnos por su gloria antes de pedirle nuestro pan? Y así es en realidad. El celo por la honra y gloria de Dios, el acrecimiento de su reino, el cumplimiento de su voluntad; no en sí mismo, que se basta plenamente; no en el cielo, donde los Angeles y los Santos le bendicen por toda su bienaventuranza; no en la naturaleza, que canta su gloria con toda la hermosura de sus movimientos, sino en la tierra y en las almas á quienes ha dado la libertad de menospreciarle y de blasfemarle, para que de su fidelidad y de su adoracion le resulte su mayor gloria; el celo, digo, de esta gloria, he aquí el fuego nuevo que el Cristianismo ha venido á encender en el corazon del hombre, y que ha recibido el hermoso nombre de *Apostolado*.

¡Cosa prodigiosa! ¡Honor inaudito! El hombre se vé con esto investido de la mision y del poder de *estender el reino de Dios, de ganarle almas*, de acrecentar su gloria y de ser, no solo el heraldo, sino el autor de ella; y autor, no solamente en el tiempo, sino en la eternidad que le sucede.

Pues bien: este servicio del Apostolado, del que ha querido Dios ser *deudor* al hombre, y al cual ha prometido por recompensa el esplendor de los astros del firmamento (1), la mujer ha sido elevada al honor de prestarlo al Todopoderoso. La mujer, reputada por la antigüedad pagana cual si hubiera recibido *una alma diferente, hecha de materias tomadas á los diversos animales*, ha sido promovida por el Cristianismo al ministerio de formar almas y de producir las á la vida de Dios; de ser la iniciadora y la mensajera de la Luz eterna en el mundo. •Habrá sobre esto, dice M. Troplong, dignidades para ella en la Iglesia; será encargada (cosa no oída hasta enton-

(1) Daniel, XIII, 3.

ces) de una parte de la instruccion; participará del Apostolado; predicará á las mujeres, y tomará un carácter oficial (1).

Mas aquí no hay sino la parte muy escepcional de la accion apostólica de la mujer; porque lo propio de esta accion no es ser pública y oficial: el Catolicismo, al transformarlo todo, nada desnaturaliza, y seria desnaturalizar á la mujer el permitirle predicar, cosa que San Pablo prohíbe espresamente: el Apostolado de la mujer se ha distinguido desde el principio del Cristianismo por un carácter privado y oficioso; por el ejemplo, por la abnegacion, por una palabra dicha á propósito, mas aun, alguna vez, por el silencio de su desaprobacion ó de un deseo paciente, por el ascendiente de una vida que predica la verdad con la virtud, y la fé con la caridad; en fin, por el amor que persuade todavia mas que la ciencia, y por la influencia del sacrificio y del beneficio. La mujer ha *insinuado* el Cristianismo en el mundo. Esta accion ha sido poderosa hasta el punto de atraer al Cristianismo naciente esta inculpacion de Celso, de apoyarse principalmente en mujeres: *mulieribus credulis, mulierculas imperitas*; acusacion que Celso creia injuriosa para el Cristianismo, y que ha llegado á ser gloriosa para la mujer. En todas partes donde ha penetrado el Cristianismo, en todas partes donde se ha estendido, ha sido sin duda por la accion ostensible de un hombre; pero mirad bien detrás de ese hombre, y alguna vez delante, trátese del universo, de un imperio ó de una sola alma, siempre vereis una mujer.

Así mujeres santas seguian á Cristo, y precedieron á los Apóstoles en el anuncio de su resurreccion. En todas partes se les vé mezcladas en su predicacion, emprendiendo correrías y viajes, arrostrando fatigas y peligros, socorriendo á los indigentes y á los enfermos, visitando á los cautivos, lavándoles los piés, besando sus cadenas, bendiciendo su martirio, y confesando, propagando la fé con estos testimonios de caridad. Desde entonces esta cooperacion, iba á decir esta conjuracion apostólica de la mujer, no ha sido desmentida. Ella la ha sido siempre fiel como á una mision instintiva de su

(1) *De la influencia del Cristianismo*, pág. 304.

naturaleza regenerada. Los mas ilustres Padres de la Iglesia han debido la fé que han predicado y sostenido á Madres cristianas, que les han parido al Cristianismo y al Apostolado con la instruccion, con la oracion, y muchas veces con las lágrimas. Asi debemos San Gregorio Nazianceno, cuyo padre era pagano, á Santa Nona y á su hermana mayor Santa Gorgonia; San Basilio el Grande, sus dos hermanos San Gregorio de Niza y San Pedro de Sebaste, á su madre Santa Emilia, y tambien á una hermana mayor, Santa Martina; San Juan Crisóstomo, á su madre Anthusa, que quedó viuda á los veinte años, y que era la admiracion de los paganos por las virtudes que le inspiraba la fé que ella misma procuraba inspirar á sus hijos; San Ambrosio á su hermana mayor Santa Marcelina; y San Agustin á Santa Mónica. Estos grandes Doctores nos han dejado, ellos mismos, el testimonio de esta deuda que debian, y que la fé cristiana debe en ellos á la mujer.

Pero el Apostolado de la mujer estaba llamado á manifestarse mas á las claras y en mayor escala; Santa Elena, de quien San Gregorio el Grande dice que, «encendia en todos los cristianos el fuego en que se abrasaba,» hace subir el Cristianismo al trono en su hijo el emperador Constantino; dota al universo con el madero sagrado de la Cruz que encontró, y consagra los Santos Lugares erigiendo suntuosas basílicas. La emperatriz Pulqueria que, «juntaba, dice Gibbon, á las virtudes de una virgen cristiana, el celo y la liberalidad de una soberana,» llenó el Oriente de iglesias magnificas dedicadas á Jesucristo y á su Santa Madre, de fundaciones caritativas en favor de los pobres y de los extranjeros, de donativos considerables á los conventos, y con sus piadosos esfuerzos para destruir las heregias opuestas de Nestorio y de Eutiques (1). —Pulqueria trasmite este Apostolado imperial á Eudoxia, cuyas fundaciones piadosas, cuyas limosnas, cuyas liberalidades para el sostenimiento del culto cristiano, sobrepujaron, dice Gibbon, la munificencia de Elena la Grande (2). Placidia, hija de Teodosio el Grande, despues de haber salvado á

(1) Gibbon, t. VI.

(2) Id., t. VI, pág. 195.

Roma y al Cristianismo, casándose con Ataulfo, rey de los Godos, y hecho que volviera sus armas contra los Vándalos, gobierna treinta y cinco años el imperio de Oriente en nombre de su hijo Justiniano III, y consagra este poder á reprimir las heregias y hacer reinar la verdadera fé (1).

Apóstol de los paganos, la mujer debia serlo tambien de los bárbaros, y tiene derecho á una parte de aquel hermoso elogio que hace Gibbon del Cristianismo: «El Cristianismo obtuvo sucesivamente dos victorias gloriosas y decisivas; la primera, sobre los ciudadanos civilizados del Imperio Romano, y la otra sobre los bárbaros de la Escitia y de la Germania, que dieron fin con el Imperio y abrazaron la religion de Roma (2).» El mismo autor atribuye, en efecto, la estincion del Arrianismo entre los bárbaros y la sumision del mundo entero á la fé de Nicea, á la conversion de Hermenegildo, principe visigodo, por la influencia de su virtuosa consorte Ingonda, perseguida á causa de su fé por Gosviuta, su abuela materna.—Aquella influencia fué tan pura y tan profunda, que Hermenegildo selló con su sangre la fé que Ingonda le habia hecho abrazar. El golpe fatal se lo atrajo por esta noble respuesta que dió á su padre, que era al mismo tiempo su verdugo: «Estoy dispuesto á devolveros el cetro que me habeis dado. Tambien estoy dispuesto á perder la vida, antes de abandonar la verdad. Conservaré hasta mi último suspiro el respeto que os debo, pero no es justo que un padre tenga mas poder sobre su hijo que Dios y su conciencia (3).» Este acontecimiento produjo la estincion del Arrianismo en el mundo germano.—Poco tiempo antes, se prosternaba Clodoveo á los piés del *Dios de Clotilde*; y la Francia, libertada del *Azote de Dios* por Santa Genoveva, daba principio á aquellos grandes destinos que debia restablecer Juana de Arco.

Aun hubiéramos podido citar mas ejemplos, porque la historia está llena de ellos. Estos bastan para mostrar la alta

(1) Gibbon, t. VI, pág. 212.—*Biografia Universal*, PLACIDIA.

(2) Id., t. VI, pág. 502.

(3) Id., t. VI, pág. 552 y 553.—*Biografia Universal*, HERMENEGILDO.

mision á que ha sido promovida la mujer por el Cristianismo. De esclava del hombre se ha convertido en *sierva* del Señor, en apóstol, en propagadora de su gloria. Háse encendido una nueva pasion en su alma, la de hacer los *negocios de Dios*; y el mundo no la creia á propósito para desempeñar los negocios domésticos, la de *estender su Reinado*, cuando era reputada como incapaz de gobernarse á sí misma (1); y el mas prodigioso éxito ha venido á coronar aquella ambicion como con una aureola; éxito, nótese bien, de que nunca se prevale la mujer cristiana; tan puro es el celo que la mueve á obrar; éxito, cuyo retardo no la desalienta; tan paciente es aquel mismo celo. No hay necesidad de evocar grandes figuras históricas para demostrar este fenómeno, lo tenemos continuamente á la vista. Nuestras madres, nuestras esposas, nuestras hermanas y nuestras hijas, ejercen su apostolado en todas estas condiciones y estados. ¿Quién dirá los prodigios de su persistencia, de su resignacion, de su caridad, de su industria, de su discrecion, de su piedad, de su dolor ó de su alegría, en esta conspiracion tácita por la gloria de Dios y la

(1) Cuando estábamos escribiendo esto, recibíamos de una señora las siguientes líneas: «Si desde mis primeros años hubiera yo respondido á los llamamientos de la gracia, llevaria hoy una vida retirada, y no siendo madre, no me acordaria del mundo. ¡Pesar inútil! Estoy unida á este mundo, y tengo que andar por él hasta que llegue el dia del descanso... Pero ¿por qué no me he de cuidar únicamente de mi propia salvacion, sin consumirme con el estéril deseo de trabajar por los demás, y de estender el reinado de Dios? ¿Es esta presuncion inquietud de espíritu, vanidad, orgullo? Quizá sí, no lo sé; ¿quién me lo dirá claramente? Deslumbradas, sin duda, por algunas apariencias, varias personas respetables me dicen lo contrario; ¿no debo yo creer que el afecto que me tienen las engaña, cuando veo fracasar casi todos mis esfuerzos y tentativas? Despues de contar lo infructuoso de su trabajo en aquel momento por la salvacion de un alma: «Ah, esclama, padezco de veras, me compadezco de aquella alma y pido á Dios que la ilumine, y que á mí me dé paciencia...» ¡Generoso tormento, cuya delicadeza hacen resaltar los escrúpulos, cuya intensidad nos ponen de manifiesto las pruebas!

salvacion de las almas? La misma naturaleza con los enagenamientos de la maternidad y del amor, se vé sobrepujada por esas emociones de la gracia, cuando las mujeres han dado á luz por segunda vez un hijo, es decir, cuando lo han atraído á la vida de Dios; cuando han conquistado á un padre ó á un marido para su felicidad y gloria; y están doblemente apasionadas de aquella gloria de Dios y de aquella felicidad de las almas (1). Pero no es á unas cuantas almas, es á toda

(1) La bendicion que ha echado Dios á nuestros trabajos, nos ha hecho saber cosas, con respecto á esto, que seria indiscreto revelar aun bajo el velo del anónimo; tanto es el desinterés y la humildad de aquellas almas justas que quieren atribuirnos á nosotros un mérito que es exclusivamente suyo! Al contrario, debemos dar testimonio de que *jamás* han conseguido nuestros *Estudios* su objeto, sino por medio de una mujer, de lo cual vamos á citar un tiernísimo ejemplo. Una mujer jóven se hallaba en el último trance, pero no sentia tanto el morir ni el que sus hijos, todavía muy pequeños, la perdiesen, como el dejar en el mundo un padre que la amaba apasionadamente y que carecia de las esperanzas que dá la fé. En vano habia tratado la moribunda por espacio de muchos años de convertirlo, y ya no la quedaban sino unos instantes de vida; he aquí cómo los aprovechó: Dijole que la habian hablado de una obra religiosa, que no habia podido leer por el mal estado de su salud, y le suplicó le leyera algunas páginas de ella, las que conociera podrian ser mas interesantes. Esta piadosa estratagema fué bendecida por Dios. Enternecido el padre, se apresuró á proporcionar aquella satisfaccion á su hija; empezó á hojear el libro, y la gracia hizo que le fuera interesando aquella lectura, hecha á la cabecera de una cama que ofrecia un comentario tan importante de aquella; á la doble luz de una vida tan llena de virtudes y de la eternidad que reflejaba sobre la paciente la recompensa de estas, su alma se iluminó con los reflejos de la verdad, y la fé tomó posesion de aquella alma, hasta entonces tan tenaz en resistir á la gracia. La esperanza y el valor renacieron instantáneamente en aquel hombre, precisamente en el momento en que la muerte de su hija iba á sumirle en la desesperacion. El mismo Dios, recibido en comunion, dió fuerza al padre para vivir y á la hija para morir. Este hecho lo sabemos por boca del padre.

la sociedad á la que ellas atraen á la fé en nuestros días. En efecto, ellas son, el *sexo devoto* es el que ha guardado el fuego sagrado por espacio de tantos años, en cuyo período su presencia únicamente venia á consolar á la Religion de la desercion universal que la relegaba á sus templos y del respeto humano que hacia se alejasen de ellos los hombres. Ellas son indudablemente las que les han hecho volver á frecuentarlos, y las que, obreras infatigables de la gracia, han hecho y concluyen esa renovacion religiosa que estamos presenciando. Veinte y cinco años hace que Chateaubriand escribia: «Fuerza de los acontecimientos! Las mujeres, que fueron las primeras que adoraron á Jesucristo en las Catacumbas, llenan las últimas esas Iglesias donde llevaron á los padres y en las que no pueden hacer entrar á los hijos. Ellas lloraron al pié del Calvario que vió espirar á la gran Victima; ellas lloran aun al pié de este mismo Calvario; pero el que ellas pusieron en el sepulcro ha subido al cielo: ya no hay nada en la Cruz, nada en el Santo Sepulcro (1).» Si Chateaubriand volviese al mundo, borraría estos renglones y escribiría en su lugar: «Fuerza de los acontecimientos! Las mujeres, que fueron las primeras que adoraron á Jesucristo en las Catacumbas, son las primeras que le han vuelto á adorar en esas iglesias en donde no han podido hacer entrar á los padres, pero adonde han llevado á los hijos. Ellas no lloran ya al pié del Calvario, porque Aquel á quien pusieron en el sepulcro, abierto por la impiedad, ha vuelto á aparecer en el mundo, que le confiesa con una fé mas firme; el sepulcro está vacío, pero el Cenáculo está lleno.»

Habiéndonos dejado llevar por la seduccion de un asunto tan rico, casi hemos olvidado en su desarrollo sacar de él la deduccion conveniente. Pero esta es tan patente, que, por decirlo así, no hay necesidad de sacarla.

En efecto; ¿quién no vé que sucede con el *Apostolado* lo mismo que con todos los demás elementos de la emancipacion de la mujer? ¿Quién no nota que las mujeres no hacen en esto mas que perpetuar á la Virgen María y que se las

(1) *Estudios históricos*, Estudio IV.

puede llamar muy bien *las María*? María es la primera que ha engendrado el Cristianismo, aun en su Autor, por un acto heroico de su fé. La primera que ha procurado *la gloria de Dios* y dado *paz á los hombres*, como cantaban los Angeles cuando parió al Salvador. La primera que ha realizado aquel *Reinado de Dios* en que Gabriel la proponia consintiese al decirle: *El que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios... y su reinado no tendrá fin*. La primera que ha hecho que la voluntad de Dios sea cumplida en la tierra, como se cumple en el cielo, con estas palabras: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra*. La primera que ha podido decir: *¡Mi alma glorifica al Señor!* La primera, en fin, que, no solo antes que ninguna otra mujer, sino antes que los hombres y los Angeles, ha sido Apóstol y ha merecido ser llamada *Reina de los Apóstoles*.

Lo que todas las mujeres cristianas juntas han hecho ó pueden hacer para *dar almas á Jesucristo*, lo que todos los Apóstoles y todos los misioneros juntos han hecho desde que el Cristianismo existe para convertir á las naciones, lo que la Iglesia hace por todo el Catolicismo, María lo ha hecho la primera por el mundo. ESTO HA ESPARCIDO LA LUZ ETERNA EN EL MUNDO, Jesucristo Nuestro Señor, por quien no solamente confiesan los hombres á Dios, sino que los Angeles le alaban, las Dominaciones le adoran, las Potestades tiemblan, los cielos y las virtudes de los cielos celebran con un enajenamiento comun su Magestad (1).

De este centro, de este foco apostólico han salido, y continuarán saliendo eternamente, todos los rayos de la luz del Apostolado. La misma luz eterna, para dar mayor realce á aquella fuente virginal, de donde ha querido salir para esparcirse por el mundo, ha querido tambien, aun despues de haber salido de allí, quedar unida y conferirla el ministerio de su dispensacion. Así es como aquella luz ha ido por María

(1) *Quem Virginitatis gloria permanente LUMEN AETERNAM MUNDO EFFUDIT Jesum Christum Dominum Nostrum, per quem Majestatem tuam laudant Angeli, etc., etc.* Prefacio de las fiestas de la Virgen.

á hacer saltar á su Precursor en el vientre de su Madre; tambien ha querido ser llevada por él al Templo y aparecer allí como *la luz que debe iluminar á todas las naciones*; por Ella, por María es por lo que aquella luz ha querido ser conducida, desde el brillo anticipado que habia arrojado sobre los Doctores, á la oscuridad de una sumision filial que prevalece al parecer sobre la *ocupacion del servicio del Padre*; por María es por lo que aquella luz ha querido entrar, *antes de su hora*, en la carrera de sus prodigios y de su propio Apostolado; por María es por lo que aquella luz ha querido volver á subir á los cielos, ser *concebida* en cierto modo del *Espíritu Santo* en el Cenáculo y en la Iglesia, como lo expresan estos verídicos testimonios de la verdadera doctrina: «La Virgen Madre de Dios, dice San Ildefonso, era una noble compañera de los Apóstoles; vivia habitualmente entre ellos, y porque conocia con mas estension y exactitud que nadie los actos y las palabras del Verbo hecho carne, conferenciaba con ellos continuamente para instruirlos con mas amplitud, para enterarles mas y mas de la verdad.» «Al volver á subir hácia su Padre, dice á su vez Santo Tomás de Villanueva, el Divino Maestro legó á María su escuela y su cátedra: *Scholas et cathedram suam reliquit Mariæ*; no á fin de que María gobernase la Iglesia, la cual pertenecia á Pedro, sino para que enseñase á los discípulos la celestial sabiduría que habia aprendido aquella Señora desde el principio.»

Por consecuencia de esto: «¿Qué hay de sorprendente, observa San Ambrosio, en que San Juan haya sobresalido en anunciar los divinos misterios, cuando podia consultar á todas horas con el depósito vivo de los secretos eternos? Seguramente que los Apóstoles y los escritores sagrados estaban instruidos por el Espíritu Santo; pero, exclama el abab Rupert, porque el Espíritu Santo los enseñase, ¿no tenian ya necesidad de la enseñanza magistral de vuestra voz, oh Virgen Santa? ¡Ah! mas bien vuestra voz fué para ellos la voz del Espíritu Santo: *Imo, vox tua, vox illis fuit Spiritus Sancti* (1).»

(1) Hemos sacado estas preciosas citas del *Discurso pronunciado por el señor obispo de Poitiers en la consagracion de la igle-*

He aquí á qué grado de sublimidad ha sido elevada la mujer en María, y de dónde procede la mision apóstolica, que no ha dejado de llenar desde entonces en el mundo.

Una palabra de San Pablo resume todo este estudio:

«Cuando se hubieron cumplido los tiempos, Dios envió á su Hijo *hecho de la mujer.*» *Ubi venit plenitudo temporis, Deus misit Filium FACTUM EX MULIERE.*

La mujer habia sido *hecha del hombre*, primitivamente, y degenerada por el pecado que le comunicó á aquel, de su rango de compasion se convirtió universalmente en esclava suya, en cumplimiento de la divina sentencia: *sub viri potestate eris et ipse dominabitur tui.*

En la restauracion del género humano es el hombre, ¡y qué hombre! el Hombre-Dios, el que es hecho de la mujer; y esta, por la plenitud de la gracia que ha recibido la primera para derramarla sobre la humanidad, no tan solo queda libre de la esclavitud del hombre, sino que se convierte en su soberana, *la Señora.*

La dominacion del hombre, no solo queda abolida, sino que en un sentido pasa á la mujer. Dominacion por el respeto, por el homenaje, por el reconocimiento, por el rendimiento y por el amor que la concilian sus nuevas virtudes y las nuevas gracias que de ellas emanan, y cuyo culto se espresa con esta palabra tan moderna como la idea: *la Señora.*

La Señora es una creacion del Cristianismo. Esta tiene su mas alta personificacion en la humilde Madre del Redentor, NUESTRA SEÑORA, LA SEÑORA DE TODO EL MUNDO, como se decia en otros tiempos; Señora, en efecto, de toda la tierra, que la reverencia, que la invoca y la proclama Madre Bienaventurada y Patrona benéfica del género humano; Señora del

sia de N. S. del Buen Encuentro. Nos hemos apresurado á enriquecernos con estos trozos de Santo Tomás de Villanueva y demás Santos citados, con tanta mas razon, cuanto que ellos sirven para remediar la indigencia de nuestras citas en apoyo de la doctrina que hemos profesado en el capítulo de *la Virgen Maria segun el Evangelio*, titulado *MARIA EN EL CENÁCULO, TESTIGO FUNDAMENTAL DE LA FÉ CRISTIANA.*

cielo, que la saluda Reina de los Angeles y llena de gracia; Señora dominadora del infierno, cuya cabeza aplana y de cuyos furoros se burla; Señora del Señor mismo, en cierto modo, por el imperio que dá su Maternidad á sus ruegos en el corazón de su Divino Hijo; Señora, en una palabra, de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, cuyas relaciones anuda en su totalidad, y cuyo triple brillo la adorna. *Vestida del sol, con la luna á sus piés, rodeada su cabeza de estrellas* (1).

He aquí la Señora, he aquí la Mujer, tal como Cristo la ha hecho, en justa compensación de que El mismo ha sido hecho de la mujer, *Factum ex muliere*.

Ahora bien: lo que ha pasado en María, se reproduce en toda mujer cristiana. El Cristianismo ha continuado lo mismo que empezó. Es cierto, pues, decir siempre de él, que *«está hecho de la mujer»*, de su castidad, de su martirio, de su caridad, de su Apostolado, de todas las virtudes que la gracia hace florecer en ella, y de su influencia en la humanidad; y como es hecho de este modo, de la mujer, El la hace á su vez, la eleva, la constituye en dignidad, en honor y en gloria, la somete los corazones y la reviste de gracia y de amor. — *Et vestis illum et vestiris ab illo*. Entre la mujer y el Cristianismo hay una estrecha reciprocidad de interés y de destino. Si ella llegase á ser infiel á su misión cristiana, el primer efecto de su infidelidad sería hacerla caer; perdería en proporción á lo que negase. El Cristianismo es, como una posesión cuyo usufructo tiene; está interesada en conservarlo y aumentarlo.

De Maistre lo ha visto así: «La mujer, protegida por el Cristianismo, ha dicho, le protegé á su vez. Estamos por creer que esta influencia tiene su raíz en alguna afinidad secreta, en alguna ley natural. La salvación empieza por una mujer anunciada desde el origen de las cosas. En toda la historia evangélica hacen las mujeres un papel muy notable, y en todas las conquistas hechas por el Cristianismo, tanto sobre

(1) Apocalipsis.

los individuos como sobre las naciones, siempre se vé figurar á la mujer (1).»

Si todo esto es cierto, si todo lo que hemos espuesto en este estudio es fundado, este fundamento se deduce de una gran consecuencia, á saber: que lo que la mujer debe *proteger* sobre todo en el Cristianismo, despues del culto de Dios y el de Jesucristo, lo que ella debe venerar y querer, como el principio, el modelo y la prenda de su rehabilitación, es el culto *de aquella mujer anunciada desde el origen de las cosas, por quien ha empezado la salvación*, y por quien continúa. Y este interés, este deber de devoción y de culto á María no puede concernir á la mujer en todos sus estados de doncella, de madre, de esposa, de hija y de hermana, sin conmover é interesar al hombre, á la familia y á la sociedad, que reciben de ella la influencia que saca la mujer de aquella devoción.

Porque, —y recomiendo esta última consideración,—la familia, la sociedad moderna, á diferencia de la familia y de la sociedad antiguas, que estaban constituidas sobre el hombre, lo están hoy sobre la mujer. Este es un hecho y un principio, cuya destrucción nos haría caer de nuevo en el estado de donde nos ha sacado el Cristianismo. Lo que San Pablo ha dicho de Cristo, lo que nosotros hemos dicho del Cristianismo, se debe decir lógicamente de la sociedad y de la civilización, que son sus frutos: *todo esto está hecho de la mujer*. Esta es una verdad que nos rodea, que nos ase por todos lados, y que hemos demostrado suficientemente. Pero si todo esto está hecho de la mujer, importa á todo esto que la misma esté hecha según el tipo de su rehabilitación, y que se mantenga en relación con aquel tipo por el culto.

El culto de la Mujer-modelo, de la Virgen María, debe por consecuencia profesarse por una sociedad que tenga la conciencia, la inteligencia y el valor de su destino. ®

(1) DE MAISTRE, Aclaración sobre los sacrificios.

CAPITULO II.

Influencia del culto de la Virgen en la vida individual.

El Cristianismo, al influir en la mujer y al elevarla por el culto de María, ha elevado todo lo que proviene de la influencia de la mujer, el individuo, la familia, la sociedad.

Seria no obstante abusar de esta verdad, limitar la extension social del culto de la Virgen á esta influencia *indirecta*, y no ver en él sino una devocion de mujer. Por grande que sea semejante influencia, por activa que sea con respecto á una sociedad en la cual ha dado tanto imperio á la mujer, por considerables que sean los títulos que ella se ha adquirido con esto al reconocimiento de todos los que participan de las costumbres que ha formado y mantiene, sin embargo, esto es solo un grado de verdad.

Es preciso ir mas lejos, es preciso reconocer que además de esta influencia indirecta, el culto de la Virgen ejerce una influencia *directa*, en igual grado, sobre cada individuo, sobre la familia y sobre la sociedad, y que se dirige inmediatamente al hombre en todos los estados de su existencia.

Esta verdad es mucho mas difícil de explorar que de establecer; en efecto, para esto último basta hacer algunas reflexiones muy sencillas.

Es la primera, que independientemente de las virtudes de su sexo, ofrece la Virgen María á nuestros ojos en el grado mas eminente, las virtudes mas generales y mas fundamentales del alma cristiana, y que se nos muestra como el *ejempl*

universal de todas las virtudes, segun la expresion del Angel de las escuelas (1).

La segunda es, que María ha sido constituida Madre y Patrona de toda la familia humana, y que el carácter de hijo liga en igual grado á este con la Madre, sin poder prescindir por esto de su solicitud y proteccion. El culto de la Madre obliga á toda la familia; hasta parece, por una armonía que existe en la naturaleza y que hallaremos tambien en la gracia, que este culto filial á una madre encuentra mas ternura y mas devocion en el hijo.

Pero la razon mas irrefutable de esta influencia directa del culto de la Virgen sobre todos los miembros de la humanidad, está sacada de esa misma influencia indirecta que se le reconoce, y á la que se le querria reducir. Si la mujer mejora en efecto al hombre, á la familia, á la sociedad, en proporcion de lo que se mejora ella misma por el culto de la Mujer-modelo, por la imitacion y por la reproduccion de sus virtudes, de suerte, que la mujer que mas se acerque á María, obrará mas eficazmente sobre todo lo que la rodea, preciso es deducir de aquí, con mas razon, que María tendrá una influencia semejante por sí misma.

Por esta influencia directa, y por el culto que la establece, María ocupa de esta suerte el lugar de la mujer en la vida del individuo, en la familia y en la sociedad. María viene á ser lo que la mujer cristiana es para todos nosotros, pero la mujer cristiana por excelencia, bendita entre todas, elevada al mas alto grado de gracia y de virtud. ¡Qué serian un individuo, una familia, una sociedad que tuvieran á María por Madre, por Señora, por Reina; que la poseyesen, que la amasen, que la honraran, que se educaran y formaran en su escuela, que se guiasen por su direccion, que estuviesen colocadas bajo la influencia directa de sus gracias y de su crédito con Dios!

Pues bien, he aquí lo que hace la devocion á la Santísima Virgen; por esta devocion, aquel bello ideal se convierte en una realidad.

(1) DIV. THOM., Opus. I.

CAPITULO II.

Influencia del culto de la Virgen en la vida individual.

El Cristianismo, al influir en la mujer y al elevarla por el culto de María, ha elevado todo lo que proviene de la influencia de la mujer, el individuo, la familia, la sociedad.

Seria no obstante abusar de esta verdad, limitar la extension social del culto de la Virgen á esta influencia *indirecta*, y no ver en él sino una devocion de mujer. Por grande que sea semejante influencia, por activa que sea con respecto á una sociedad en la cual ha dado tanto imperio á la mujer, por considerables que sean los títulos que ella se ha adquirido con esto al reconocimiento de todos los que participan de las costumbres que ha formado y mantiene, sin embargo, esto es solo un grado de verdad.

Es preciso ir mas lejos, es preciso reconocer que además de esta influencia indirecta, el culto de la Virgen ejerce una influencia *directa*, en igual grado, sobre cada individuo, sobre la familia y sobre la sociedad, y que se dirige inmediatamente al hombre en todos los estados de su existencia.

Esta verdad es mucho mas difícil de explorar que de establecer; en efecto, para esto último basta hacer algunas reflexiones muy sencillas.

Es la primera, que independientemente de las virtudes de su sexo, ofrece la Virgen María á nuestros ojos en el grado mas eminente, las virtudes mas generales y mas fundamentales del alma cristiana, y que se nos muestra como el *ejempl*

universal de todas las virtudes, segun la expresion del Angel de las escuelas (1).

La segunda es, que María ha sido constituida Madre y Patrona de toda la familia humana, y que el carácter de hijo liga en igual grado á este con la Madre, sin poder prescindir por esto de su solicitud y proteccion. El culto de la Madre obliga á toda la familia; hasta parece, por una armonía que existe en la naturaleza y que hallaremos tambien en la gracia, que este culto filial á una madre encuentra mas ternura y mas devocion en el hijo.

Pero la razon mas irrefutable de esta influencia directa del culto de la Virgen sobre todos los miembros de la humanidad, está sacada de esa misma influencia indirecta que se le reconoce, y á la que se le querría reducir. Si la mujer mejora en efecto al hombre, á la familia, á la sociedad, en proporcion de lo que se mejora ella misma por el culto de la Mujer-modelo, por la imitacion y por la reproduccion de sus virtudes, de suerte, que la mujer que mas se acerque á María, obrará mas eficazmente sobre todo lo que la rodea, preciso es deducir de aquí, con mas razon, que María tendrá una influencia semejante por sí misma.

Por esta influencia directa, y por el culto que la establece, María ocupa de esta suerte el lugar de la mujer en la vida del individuo, en la familia y en la sociedad. María viene á ser lo que la mujer cristiana es para todos nosotros, pero la mujer cristiana por excelencia, bendita entre todas, elevada al mas alto grado de gracia y de virtud. ¡Qué serian un individuo, una familia, una sociedad que tuvieran á María por Madre, por Señora, por Reina; que la poseyesen, que la amasen, que la honraran, que se educaran y formaran en su escuela, que se guiasen por su direccion, que estuviesen colocadas bajo la influencia directa de sus gracias y de su crédito con Dios!

Pues bien, he aquí lo que hace la devocion á la Santísima Virgen; por esta devocion, aquel bello ideal se convierte en una realidad.

(1) DIV. THOM., Opus. I.

Empecemos por apreciar toda su estension en la vida del individuo, y particularmente en la del hombre.

Cuando Dios hubo creado al hombre, dijo: «No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una auxiliar semejante á él (1),» y la mujer fué creada en efecto semejante á él, pero diversamente semejante, para que le sirviera de auxiliar, por la armonía que establece esta diversidad en la semejanza entre los dos sexos de la humanidad. ¿Quién es el hombre que puede pasar sin la mujer sin quedar reducido á menos? El hombre no es completo sino con la mujer. Así el Génesis, con un sentido profundo, al contar la formación del hombre antes que la mujer hubiese salido de él, dice: «Dios creó, pues, al hombre á su imágen, lo creó á la imágen de Dios, los creó macho y hembra (2). Dios los bendijo y les dijo: Creced y multiplicaos, etc.» ¿Cómo Dios, que no ha hablado sino del hombre, y al hombre le nombra ya como pareja y en plural? ¿Cómo, sobre todo, en la misma frase, se dice sucesivamente: *Lo creó, los creó?*

Esto es para mostrar á la vez que el hombre no es completo sin la mujer, sin el dualismo de los sexos: de aquí proviene el plural; y que la armonía producida por este dualismo compone la unidad humana, de aquí el singular. De suerte, que sea una verdad el decir, que lo mismo que son dos en uno, son uno en dos. Tal es el plan, sobre el cual se levantado y vive la humanidad. Así, el hombre no está nunca sin la mujer.

De todas las relaciones del hombre con la mujer, la mas necesaria, la relacion sin la cual no podria existir ningun hombre, la que el mismo Dios no quiso romper al tomar nuestra carne, es la relacion de la *Maternidad*. Por medio de esta relacion sagrada ejerce la mujer sobre el hombre una influencia que, teniendo su origen en las entrañas cuyo fruto es, se hace sentir en él mientras dura su existencia, aun cuando la educacion maternal no venga á prolongarla.

En todo hombre hay algo de la mujer y de la madre, y á

(1) Génesis, II, 18.

(2) Id., I, 27.

cada uno de nosotros se nos puede hablar en plural, como Dios lo hizo con el primer hombre en el Génesis. ¿Qué especie de hombre seria el que no fuera fruto de una mujer? No puede concebirse sino como un sér que careciera de ese elemento simpático que ha recibido de la mujer, y sin el cual no seria un sér humano.

Establecido esto, y no destruyendo la gracia á la naturaleza, sino estando mas bien colocada sobre ella para elevarla y enriquecerla, el hombre necesita volver á encontrar en este órden superior de la gracia lo que está intrínsecamente unido á su naturaleza, aquello sin lo cual dejaria de ser lo que es; una mujer, una Madre. ¿Y cómo puede ponerse en duda que haya entrado en el plan de su regeneracion el procurarle este socorro, cuando vemos al mismo Hijo de Dios que podia pasar sin él, y al Hijo de Dios, constituyéndose en Gefe y tipo del hombre regenerado, darse una madre, y despues de haberla consagrado por su larga sumision y por la participacion que la dió en todos sus misterios, legárnosla á su muerte, como la que debia concurrir con esta muerte á darnos la vida; como la que debia ser para el discípulo lo que habia sido para el Maestro; para los miembros lo que habia sido para la Cabeza, una Madre?

Por este designio visible, la gracia viene á reparar y á colmar la naturaleza. Cada individuo cristiano tiene de este modo una madre. ¿Cuántos hay que no la han conocido, ó que ya no la tienen! y el mas favorecido respecto á esto, no lo es sino en el órden inferior de la naturaleza, con toda la insuficiencia y con toda la fragilidad de lo que es mortal. Cuando entra el hombre en el órden sobrenatural de la gracia, esta madre mortal no le sigue. Todos, pues, reclamamos una madre de la gracia, como suplemento ó complemento de la naturaleza, una madre nueva, así como nosotros nos convertimos en unos hombres nuevos. Esta madre es María. En ella, el individuo mas indigente, el huérfano mas desamparado, halla una Madre, cuya dignidad, cuyo poder, cuya ternura, cuya solicitud y cuyo amor causarían envidia al que mas favorecido se ha visto por Dios con el don de una madre, si no pudiera aspirar á que lo fuera suya la misma MADRE DE DIOS.—«¡Hijo, he ahí á tu Madre!»

¡Qué don! ¡Cuán apropiado es al corazón del hombre! Parece que el hombre no necesita ya de la mujer al entrar en la edad viril. Se dirá que se basta á sí mismo, y que es mas bien la mujer quien necesita de su apoyo. ¡Ilusion! que la experiencia de la vida desmiente en cada una de sus pruebas. El hombre, por fuerte y activo que parezca, por mas que crea que no necesita del cuidado de la mujer, por hallarse en la virilidad de su vida, siempre tiene algun lado vulnerable, sea exterior ó interiormente. Decepciones, desalientos, desmayos, fastidios, reveses, faltas, ansiedades, peligros, enfermedades, padecimientos, muerte; he aquí de lo que está sembrada toda su existencia. Ahora bien; en todos estos contratiempos que le hacen sentir al hombre su miseria nativa, cuando le faltan todos los apoyos, parece que todavía queda uno de reserva para reemplazar á los demás: la mujer. Todo cuanto la naturaleza, todo cuanto el Cristianismo especialmente le ha dado en simpatía, dulzura, caridad, paciencia, abnegacion, delicadeza, fidelidad, afecto, encanto ingenioso y tacto para curar ó adormecer los males del corazón y del espíritu, lo mismo que los del cuerpo, en una palabra, todo ese conjunto real é ideal, humano y angélico que compone la mujer, es lo que se le ha reservado al hombre para consolarle de los desmayos y desalientos de su mortalidad. Por el bien que le hace, la mujer adquiere sobre el hombre una especie de ascendiente maternal. Toda mujer se convierte en madre en cierto modo por aquella saludable influencia, y el hombre se deja consolar y dirigir por ella como un niño.

¿Cuánto no hemos visto y admirado en esa influencia maternal de la mujer, en esos sentimientos tiernos que los males de la guerra hacen brotar en los corazones de nuestros soldados? ¿Cuál es el sentimiento, cuál la imagen que surgia, que iba creciendo en su alma con los padecimientos y con la muerte, la que sucedia inmediatamente al heroismo de la intrepidez, y causaba el supremo dolor ó el supremo consuelo de su sacrificio? La madre, su recuerdo, su presencia benéfica en esas Hermanas de la caridad que la representaban, en esa Religion, sobre todo, que les daba una Madre en María. Su devocion tan admirable á aquella Madre de los cristianos, se

fortificaba, no lo dudemos, por tener sus raices en los instintos de la naturaleza, haciéndoles elevarse hasta los consuelos de la fè.

En otra situacion enteramente distinta, hallamos un testimonio no menos espresivo de esta verdad. Hablo de la influencia que les ha sido dado ejercer á algunas mujeres escogidas sobre algunos ilustres contemporáneos suyos. El culto, la especie de idolatría de que ha sido objeto una mujer célebre á principios de este siglo por talentos superiores al suyo, no pueden esplicarse completamente sino por esa necesidad moral que hemos descrito, y que llega á idealizar á la mujer, haciéndola superior á nuestra naturaleza, en lo cual halla una verdadera satisfaccion.

«Madama Recamier, dice M. Guizot, era para Ballanche una criatura celestial, un ángel, el ideal que él contemplaba, admiraba y amaba, en lo cual pasaba su vida, así como el Dante contemplaba, admiraba y amaba á Beatriz al atravesar el Paraíso. Vos sois mi estrella, la escribia... vuestra presencia tan llena de encantos, los dulces reflejos de vuestra alma, serán para mí una inspiracion poderosa. Vos sois mi poesia, vos sois la misma poesia encarnada, etc., etc.» Este culto que nada tenia que no fuese legitimo, sino el ser tan estremado, lo sentia tambien otra alma mas grande, y lo ha espresado con un acento mas grave y penetrante. «Agitado en lo exterior por las ocupaciones políticas, ó disgustado por la ingratitud de las Cortes, dice Chateaubriand, mi tranquilidad de corazón me aguardaba en el fondo de aquel retiro como el fresco de los bosques al salir de la abrasada llanura.. Allí volvia á encontrar la calma al lado de una mujer, cuya apacibilidad se extendia á cuanto la rodeaba, sin que hubiese en aquella apacibilidad nada que fuese constantemente igual, porque pasaba á través de sentimientos muy profundos... Al acercarse mi fin, me parece que todo lo que me ha sido caro, lo he querido en Madama Recamier, y que esta era la fuente de todos mis afectos... Aquella mujer regulaba mis sentimientos, lo mismo que la autoridad del cielo ha puesto la felicidad, el orden y la paz en mis deberes.»

«¿Quién esplicará, dice M. Guizot, este saludable y encan-

tador imperio? A esta cuestion que él resuelve con dificultad, se puede responder, sin escluir las esplicaciones secundarias: la necesidad del corazon humano, tal como lo ha hecho el Cristianismo, manifestando por las idolatrías la verdad de un culto en que no vá él á buscar su satisfaccion. ¿Qué sería necesario para aplicar al culto de la Virgen los sentimientos que se exhalaban así á los piés de una criatura imperfecta? Mas Cristianismo; es decir, mas razon, mas pureza, mas elevacion, mas piedad y mas fé.

Y no se diga que el Cristianismo está muy por encima de estos sentimientos para haber querido satisfacerlos. Dios no desdeña nada de lo que ha hecho, y la gracia, lejos de ahogar á la naturaleza, la despliega y enriquece, elevándola y purificándola. Los santos mas grandes han tenido esos afectos simpáticos á mujeres santas, y se han ayudado con ellas para su perfeccion. El mismo Hijo de Dios, al tomar todos los sentimientos de la naturaleza humana, no ha escluido este, y hasta se ha complacido en mostrarlo y en espresarlo. Ahora bien, Jesus *queria* á Marta, y á su hermana María (1), y ya se sabe el precio en que estimó los perfumes y las lágrimas de Magdalena.

¿Y cómo no hubiera tenido en cuenta el Cristianismo la influencia de la mujer y la necesidad moral á que aquella satisface, cuando ha sido él mismo el que ha creado esta influencia y esta necesidad? En efecto, el culto de la mujer era completamente desconocido en la antigüedad, como ya hemos visto; este es un fruto propio del Cristianismo. ¿Cómo! ¿Podía el Cristianismo dejar de satisfacer una necesidad creada por él? ¿La dejaría estraviarse sin arreglarla y purificarla? —¿Pero cómo la ha creado? Por la gracia y la bendicion que ha derramado de María sobre todas las mujeres, por el honor que ha hecho á su sexo, elevando á aquella Virgen á la dignidad de Reina de los Angeles, de Madre de Dios. Y esa misma bendicion, ese mismo honor que les ha valido á todas las mujeres el culto de que son objeto, ¿dejarían sin él á la Virgen, ó sin un culto proporcionado á su dignidad? ¿Y no ten-

(1) Evangelio segun San Juan, XI, 5.

dria este culto la influencia que ha comunicado al de las demás mujeres? Completamente legitimo cuando se dirige á nuestras señoras y á nuestras madres, ¿se convertiría en idolatría al tributárselo á NUESTRA SEÑORA y á la MADRE DE DIOS? ¿Se creeria el hombre libre de rendir homenaje á una sola mujer, y esta habia de ser precisamente Aquella á quien reverencian los Angeles, Aquella á quien el Hijo de Dios estaba *sumiso*? ¿No aguardaria nada de Aquella por quien todo ha sido dado? ¡Ahl! ¡cuánta falta de razon hay fuera del Catolicismo!

Pero bajo un punto de vista mas inmediato, es como debe considerarse la influencia del culto individual de la Santísima Virgen.

Si por su naturaleza primitiva *no es bueno que el hombre esté solo*, y si necesita un *auxiliar semejante á él*, si tiene necesidad de una mujer para *atravesar* este valle de lágrimas, aun despues de la infancia y hasta los últimos dias de su vida, ¿cuánto mas la necesitará para *nacer* á la gracia y para sostenerse y adelantar en esta nueva existencia, en la cual no pasa jamás de ser un vicio mientras vive sobre la tierra? Su naturaleza, conservándose en la gracia, necesita allí, especialmente, lo que necesita en la infancia, una mujer, una madre. Así, la Religion, la Iglesia, tienen los sentimientos, toman la figura de una madre, con respecto á los cristianos; y el que haya estudiado todos los sentimientos del alma cristiana en sus relaciones con Dios y con Jesucristo, hallará en ellas todos los caracteres de la infancia, sus mal seguros pasos, sus temores, sus incorregibles debilidades y sus continuas recaidas: *Quasi modo geniti infantes* (1).

¿Cuán divina se ha mostrado la Religion, al proporcionar á la naturaleza humana, en este estado, la asistencia y el patrocinio de una verdadera Mujer, de una verdadera Madre, *semejante* á nosotros, para que podamos comprenderla, elevada en gloria para que pueda servirnos de *apoyo* cerca de Dios! ¿Quién no admirará la conveniencia de este socorro y la graduacion de condescendencia por donde se une á todo el siste-

(1) I, Pedro, II, 2.

ma cristiano? El mismo designio que ha llevado al Hijo de Dios á vestirse con nuestra naturaleza para elevarnos á la suya y á su Padre, de quien nos separaban tantos abismos, ha hecho se colocara entre su naturaleza divina y nuestra indignidad humana, para hacernos llegar hasta El, la misma mujer por quien El ha venido hasta nosotros; de tal suerte, que hubiera entre El y nosotros un lazo comun; de modo que aquella mujer fuese á la vez Madre suya y nuestra. Suya para acreditarla, nuestra por la ternura, y que por ella, y á través de ella, en cierto modo, y cubiertos con esta Maternidad comun, pudiésemos acercarnos á ella sin temor, elevándonos gradualmente de la Madre al Hijo, y del Hijo al Padre, y consumir nuestro destino de cristianos.

He aquí el Cristianismo integral. La mujer, en María, se encuentra allí para ejercer en el orden de la gracia la influencia que ejerce en el de la naturaleza y para recibir el culto que es su condicion.

María satisface con esto, no tan solo á todas las necesidades de la gracia, sino tambien á las de la naturaleza, que se hallan allí trasformadas. Sin escluir el culto de las influencias secundarias de la mujer, sino mas bien inspirándolo, el culto de María le quita lo que tiene de excesivo, reservando para aquella Virgen la adoracion que no podria tributarse á ninguna otra criatura humana. María hace sentir á todo corazon puro, á toda alma cristiana, un encanto de confianza, de reposo, de dulzura, de calma y de abandono en la voluntad de Dios, que responde lo mismo á los mas sencillos que á los mas elevados sentimientos de la naturaleza humana; que hace nacer ó que aumenta en nosotros estos sentimientos por la satisfaccion misma que El dá y que enriquece el alma con nuevos tesoros. Las mismas espresiones de este culto atestiguan toda su verdad y todo su poder. María es *nuestra Estrella en el mar de este mundo*. Es para nosotros *la Puerta dichosa del cielo, de donde ha salido la luz para el mundo*. María es *la Madre del amor hermoso, del temor saludable, de la verdadera grandeza y de la santa esperanza*. María es *la Reina de los cielos, la Soberana de los Angeles, la Virgen gloriosa que excede en hermosura á todas las demás*. María es *Reina y*

Madre de misericordia, nuestra vida, nuestra dulzura, nuestra esperanza, hácia quien elevamos nuestras voces, desde este destierro en que nos ha sumido la falta de Eva; á la que dirigimos nuestros gemidos y suspiros á una con nuestro llanto, desde este valle de lágrimas. ¡Oh Patrona nuestra! la decimos, vuelve á nosotros esos tus ojos, que no son sino misericordia. Muestra que eres Madre. Acepte por tí nuestros ruegos Aquel que por nosotros se ha dignado ser Hijo tuyo; muéstranos al salir de este destierro á ese Jesus, fruto bendito de tus entrañas, ¡oh clemente, oh buena, oh dulce Virgen María (1)!

Seguramente no se pueden experimentar todos estos sentimientos, pero tampoco se puede negar la verdad, la pureza y el poder de ellos y de tales alabanzas, porque su misma espresion dá fé de ello. No se puede negar la influencia que deben ejercer en el alma y en la vida de un cristiano para sostener su debilidad, para calmar sus turbaciones, para salvar su fragilidad, para consolar sus dolores y para consagrar sus alegrías.

A dos escritores ilustres, ambos protestantes, Goethe y Schiller, les ha sido dado comprenderlo y sacar de ello efectos penetrantes de patética verdad.

Conocida es, en la tragedia de Fausto, la situacion de Margarita, cuando pérdida la inocencia por el crimen, y convertida en el mismo pecado, como ella dice, juguete de los sarcasmos de sus compañeras, cuya envidia ha sido, y hez del mundo que la habia admirado, abismada en la vergüenza y en los remordimientos, y no hallando ya un lugar donde refugiarse en toda la naturaleza, encuentra en el hueco de una pared solitaria la imagen de la *Mater dolorosa*, y á su aspecto, la fuerza suficiente para dirigirla esta plegaria:— «Fija, ¡oh Madre de los dolores! una mirada de compasion en mi pena. ¡Con la espada en el corazon, contemplas con mil angustias la muerte cruel de tu Hijo! ¡Tú vuelves los ojos hácia su Padre, y con tus suspiros le pides que os socorra á

(1) Extractos de diversas oraciones litúrgicas á la Santísima Virgen.

los dos!—¡Quién sentirá, quién sufrirá el mal que me despedaza el seno! ¡la inquietud de mi pobre corazón, lo que teme y lo que espera! Tú SOLA, ay de mí, puedes saberlo. ¡Socórreme! ¡Sálvame de la vergüenza y de la muerte! Fija, ¡oh Madre de los dolores, una mirada de compasión en mi pena!»

En Schiller, la inteligencia de la devoción á María ha sido mucho mas profunda y se ha elevado realmente hasta el genio. El sentimiento que conduce en él hasta la devoción, no es el del dolor en el oprobio, que ha de ser naturalmente suplicante; es el sentimiento de la felicidad en un amor casto, exaltado á un ideal de felicidad, en cuya comparación todo le parece indigno y grosero, hasta los sentimientos mas legítimos de la naturaleza. El trozo que vamos á trasladar está en los *Piccolomini*, parte tercera de la tragedia de *Wallenstein*. Max, viendo cumplidos sus votos, para obtener la mano de Tecla, por mediación de su tía la condesa, que le encarga que no diga nada sobre el particular, ni aun á su mismo padre, la contesta: «Es inútil que me encargueis esa reserva. No hay aquí ninguna fisonomía que simpatice en lo mas mínimo con todo lo que con nueve tan poderosamente mi alma. Me encuentro aquí, cual si estuviera en medio de un pueblo extranjero. Mis camaradas se me han hecho insopportables. A mi mismo padre no sé qué decirle. El servicio, las armas, me parecen fútiles y vulgares bagatelas. Me hallo como estaria un alma bienaventurada que desde la mansión de la felicidad eterna volviera á los juegos pueriles, á los trabajos, á los gustos, á las resoluciones y á toda la miseria de la naturaleza humana. ¿En dónde os figurais que estaba yo ahora, mi querida tía?... Pero, no os riais de mí. Ese ruido del campo, ese hacinamiento inoportuno de hombres á quienes conozco, esa insípida alegría, esas conversaciones frívolas me abrumaban mucho; me encontraba mal, y no he podido prescindir de alejarme de estos sitios. He ido á buscar el silencio de que tenia necesidad mi corazón, demasiado lleno; he ido á buscar mi dicha á un asilo puro. No os riais, condesa; he ido á la Iglesia. Hay cerca de aquí un claustro, y yo he llegado hasta la puerta del santuario; allí estaba yo completamente solo. Encima del altar hay un cuadro de la Madre de

Dios; la imágen no vale nada como pintura, pero es el único amigo á quien yo he querido ver hoy... ¡Cuántas veces habia yo visto á la divinidad en su brillo, adorada por los fieles que rodeaban el tabernáculo, sin que este espectáculo me hubiera conmovido, y ahora, de pronto, he comprendido la devoción, lo mismo que el amor!»

¡Qué devoción la que responde de este modo á todas las cuerdas del corazón humano, á la alegría lo mismo que al dolor, á la inocencia lo mismo que á los remordimientos, á la exaltación lo mismo que al desfallecimiento del corazón, para ayudarla á soportar el peso, siempre excesivo, del destino!

¡Y sin embargo, la devoción á la Santísima Virgen les parece una cosa pequeña á los que no la sienten! ¡Pequeña, cuando se hace sentir mas en el alma, en proporción de las angustias que esta sufre! Es decir, que el corazón encogido por el culto de la personalidad que se basta á sí misma, no comprende una satisfacción cuya necesidad no siente ya, y quiere dar á la devoción la pobreza que él tiene. Esta devoción avivaria en él unos sentimientos que están muertos; le haria palpar con una vida mas pura, mas humilde, mas espaciosa, mas grande; la verdadera vida cuyo principio, cuya Madre es la Virgen: *Vitæ suppediatrix, et vita viventium et causæ vitæ*.

Lo mismo sucede con todo lo demás del Cristianismo. Jesucristo tambien parece un mito, y hasta el mismo Dios una abstracción, al indiferente y al deista. ¿Quién es el que hace de ellos para el cristiano el *Dios vivo*, el *Dios con nosotros*? ¿Quién es el que no hace ver en Dios la ternura de un padre y en Jesucristo el amor de un hermano? ¿Quién es el que nos hace vivir con ellos en esas relaciones de gracia y de vida, cuyos efectos son tan sensibles y tan personales, sino el culto del pensamiento y de la voluntad sometidos á las operaciones de la gracia? Lo mismo sucede con respecto á la Santísima Virgen. Esta Madre le parece una superfetación al cristiano que se olvida de ella, que no la hace caso, que se ruboriza de ella, que pasa delante de sus altares sin honrarla y sin invocarla, y á quien su misma frialdad le autoriza para negarla

ó desconocerla. Pero si este cristiano paga la deuda tan legítima del culto y de la devoción á María Madre de Dios, si se pone en relación con ella por medio de las disposiciones que caracterizan su culto y que lo recomiendan tan eminentemente á todos los que tienen el sentido cristiano, por la sencillez y por la humildad; en una palabra, si dá pruebas de hijo, pronto sentirá que María es su Madre; y lo conocerá, no tan solo en el amor que la tendrá, sino en las gracias que recibirá de ella y en el aumento de su amor á Jesucristo y á Dios, testimonio cierto de aquellas gracias. *Comprenderá la devoción, lo mismo que el amor.* Esperimentará, en fin, la verdad de estas memorables palabras de San Bernardo: «¡Cuán inaudito es, oh Virgen María, que ninguno de los que han recurrido á vuestra protección, que han implorado vuestro socorro, ó que han solicitado vuestros sufragios, haya sido nunca despreciado ó abandonado!»

CAPITULO III.

Influencia del culto de la Santísima Virgen en la familia.

De la influencia del culto de María en el individuo á la influencia de este mismo culto en la familia, es la transición tan natural, como verdadera la consecuencia.

Hasta puede decirse que es creciente.

I. Dios, que es el gran *Unidor*, como dice San Francisco de Sales, se complace en la unión. El *Universo*, como la misma palabra lo indica, no es sino una vasta unión de seres sacados de la confusión ó del caos. Concretándonos á no hablar sino del hombre, ya hemos visto que Dios no lo concibió solitario ni en un solo instante; lo creó doble y uno. En virtud de aquella palabra: *Multiplícaos*, nacieron los hijos; de esposos, el hombre y la mujer se convirtieron en *padres*, y la familia quedó instituida, para convertirse ella misma por su enlace, en elemento de una acción mas grande, en la nacionalidad de cada pueblo, de cada *gente*, cuya reunión compone el género humano.

La antigüedad no había comprendido sino una unión, á la cual había sacrificado todas las demás; la nacionalidad. Nada de familia para ella, nada de género humano. La antigüedad había desnaturalizado por este solo hecho la nacionalidad, separándola ó desuniéndola de lo que la forma y de lo que ella misma debe formar. Ella no había guardado mas que un anillo entre el que precede y el que sigue, y aun lo había forjado de su absorción, quitándole de esta suerte su carácter.

Esta ruptura era tanto mas fatal, cuanto que la cadena

ó desconocerla. Pero si este cristiano paga la deuda tan legítima del culto y de la devoción á María Madre de Dios, si se pone en relación con ella por medio de las disposiciones que caracterizan su culto y que lo recomiendan tan eminentemente á todos los que tienen el sentido cristiano, por la sencillez y por la humildad; en una palabra, si dá pruebas de hijo, pronto sentirá que María es su Madre; y lo conocerá, no tan solo en el amor que la tendrá, sino en las gracias que recibirá de ella y en el aumento de su amor á Jesucristo y á Dios, testimonio cierto de aquellas gracias. *Comprenderá la devoción, lo mismo que el amor.* Esperimentará, en fin, la verdad de estas memorables palabras de San Bernardo: «¡Cuán inaudito es, oh Virgen María, que ninguno de los que han recurrido á vuestra protección, que han implorado vuestro socorro, ó que han solicitado vuestros sufragios, haya sido nunca despreciado ó abandonado!»

CAPITULO III.

Influencia del culto de la Santísima Virgen en la familia.

De la influencia del culto de María en el individuo á la influencia de este mismo culto en la familia, es la transición tan natural, como verdadera la consecuencia.

Hasta puede decirse que es creciente.

I. Dios, que es el gran *Unidor*, como dice San Francisco de Sales, se complace en la unión. El *Universo*, como la misma palabra lo indica, no es sino una vasta unión de seres sacados de la confusión ó del caos. Concretándonos á no hablar sino del hombre, ya hemos visto que Dios no lo concibió solitario ni en un solo instante; lo creó doble y uno. En virtud de aquella palabra: *Multiplícaos*, nacieron los hijos; de esposos, el hombre y la mujer se convirtieron en *padres*, y la familia quedó instituida, para convertirse ella misma por su enlace, en elemento de una acción mas grande, en la nacionalidad de cada pueblo, de cada *gente*, cuya reunión compone el género humano.

La antigüedad no había comprendido sino una unión, á la cual había sacrificado todas las demás; la nacionalidad. Nada de familia para ella, nada de género humano. La antigüedad había desnaturalizado por este solo hecho la nacionalidad, separándola ó desuniéndola de lo que la forma y de lo que ella misma debe formar. Ella no había guardado mas que un anillo entre el que precede y el que sigue, y aun lo había forjado de su absorción, quitándole de esta suerte su carácter.

Esta ruptura era tanto mas fatal, cuanto que la cadena

debía tener aun una estension mucho mayor, y no limitarse á pasar de la union de los sexos á la de las naciones, del dualismo humano al género humano. Su destino era ir de Dios á Dios.

Adán, en efecto, *que fué de Dios*, como dice el Evangelio (1), por el soplo de vida que de El recibió, debía, al transmitir este soplo á su posteridad, comunicárselo al mismo Dios, cuyo Hijo debía venir á recogerlo en el seno de una mujer. El *hombre de Dios* debía convertirse en el *Hombre-Dios*. Pero aun no era este el término de la union, no era sino la *via*. Aquel *Hombre-Dios*, Hijo de Dios é hijo del hombre, debía realizar en sí la union general de la humanidad á la Divinidad, comunicando á todo hombre que la recibiera de su gracia la cualidad de hijo de Dios; juntando en sí la generalidad de los hombres, y elevándola á su propia union con su Padre, «á fin de que todos juntos no sean sino uno, lo mismo que El y su Padre no son sino uno, y que la universalidad sea consumada de esta suerte en la unidad (2).»

Al consumarse esta union maravillosa, debía estrechar (esto se comprende) todas las uniones secundarias, cuyo término era. Debía reoperar sobre ellas é inspirarlas. De aquí, en efecto, el hallarse la indisolubilidad del matrimonio sellada con la union misma de Jesucristo con su Iglesia; constituida la familia sobre este fundamento y sobre la coexistencia religiosa y civil de la triple personalidad del hombre, de la mujer y del hijo; asegurada la nacionalidad por la obligacion de dar al César lo que es del César, bajo la garantía recíproca entre los pueblos y los soberanos de dar á Dios lo que es de Dios; constituido, en fin, el género humano sobre el derecho de gentes del Evangelio, en una sola familia de hermanos rescatados con la sangre de Jesucristo, y que todos juntos le dicen á Dios: **PAPRE NUESTRO.**

Aquella Paternidad celestial inspira todas estas relaciones y las reúne, imprimiendo á cada una de ellas un carácter de familia, cuyo círculo vá á un mismo tiempo agrandándose y

(1) Luc., III, 38.

(2) Joan, XVII, 22.

concentrándose como la bóveda de un edificio. La humanidad está constituida de este modo sobre el plan de la familia. Luego, ¡cuán grande no es la obligacion que tiene la familia de corresponder á este plan!

Ahora bien: la Paternidad celestial, que es su foco, no resulta para nosotros mas que de la fraternidad de Jesucristo; y esta misma fraternidad no resulta sino de la Maternidad de María. Esto es cierto. «Dios ha enviado á su Hijo *hecho de la mujer* para que nosotros recibiésemos la adopcion de hijos, y siéndolo, Dios ha enviado á nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: **PADRE (1).**» He aquí la constitucion de la familia celestial. Dios es Padre nuestro, únicamente porque su Hijo se ha hecho hermano nuestro; y no se ha hecho hermano nuestro mas que en cuanto ha escogido á María por Madre. Esta Maternidad es comun á El, su *hijo primogénito (2)*, segun la naturaleza y segun la carne y á nosotros *sus demás hijos (3)*, segun la gracia y segun el espíritu, que nos hace entrar en la fraternidad de Jesucristo y en la filiacion de Dios. La familia celestial está constituida de este modo sobre la *mujer*, sobre María.

Si es, pues, cierto que lo celestial debe ser el tipo de lo terrestre, lo que debe inspirarlo y darle la forma, María debe ocupar en la religion de la familia el lugar que acabamos de reconocerla en la familia de la religion. El culto del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, debe venir á *encerrarse* en cierto modo en el de la Virgen María. De aquí la oportunidad del dicho de un niño pequeño, á quien su madre le hacia hacer la señal de la cruz en el nombre de la Santísima Trinidad: ¡Mamá! ¿*Qué no hay madre?*

II. La conveniencia de semejante culto, y la influencia que debe ejercer en la familia cristiana, resultan por lo demás de la parte que han tenido ya en su formacion. Si es cierto, en efecto, que la emancipacion de la mujer y el valor del

(1) Galat., IV, 4 y 6.

(2) Math., 1. 25.

(3) Apocalip., XII, 17.

hijo, así como que estas dos personalidades, sin las cuales no podría haber familia, y que estaban absorbidas en la del padre, son una creación del Cristianismo; si es cierto que el culto de la Virgen María y del Niño-Dios han contribuido eficazmente á esta creación, también debe ser cierto que este mismo culto debe contribuir al mantenimiento y á la perfección de su obra.

Nótese bien esto: la tendencia de la naturaleza decaída hácia la brutalidad de la fuerza, no ha sido destruida, sino únicamente domada por el Cristianismo: volvería á levantarse de repente, si este suspendiera el prodigio continuado de su celestial imperio. Bien pronto el hijo y la mujer serían absorbidos por el padre y por el marido, el pobre por el rico, el débil por el fuerte, los Estados pequeños por los grandes, y la antigua tiranía asomaría pronto su asquerosa cabeza. Pero en la familia cristiana, ¿qué es lo que hace el contrapeso en favor de la mujer y del hijo? ¿Qué lo que mantiene al marido y al padre con respecto á ambos en el equilibrio de la justicia, hasta inclinándose hácia el platillo de la ternura y del respeto? Se nos contestará sin duda, que nuestras leyes y nuestras costumbres; pero remontad hasta el origen de esas leyes y de esas costumbres, considerad, aun hoy, qué es lo que las sostiene, y hallareis á la Religión, y mas particularmente al culto del Niño-Dios y de la Virgen-Madre, consagrando á la Madre y al Hijo. ¡Ah! ¡cuánto respeto, cuánta dulzura y cuánto temor á la vez inspiran á los hombres ese culto, esa dulce y santa imagen que estrecha en sus brazos al Cordero que debe juzgar al mundo, esa imagen que vemos colgada en las paredes de nuestras habitaciones, en ese asilo doméstico adonde la naturaleza del hombre contenida por fuera por la opinión, está siempre dispuesta á ir á refugiarse! ¡Cómo refleja aquella imagen su protección sobre la mujer y el hijo! ¡Qué apoyo para su debilidad!

III. El culto de la Virgen conserva en la familia otra influencia no menos esencial, una influencia de pureza y de castidad.—*Casta pudicitia servat domus*, decia el poeta latino, esponiendo la imaginaria felicidad de la vida campestre á la

disolución de las costumbres romanas. Al Cristianismo le estaba reservado realizar esta ficción en toda familia que reconoce su ley. El Cristianismo contiene los extravíos de la sensualidad, consagrando su uso legítimo. Vela en torno del santuario de la fecundidad, para apartar de allí toda profanación, y preserva las fuentes de la vida de toda alteración y de toda mancha. Pero en este comun respeto de los esposos, ¿cuál es la influencia que la Religión opone con mas eficacia, cuál de la que salen, por decirlo así, el pudor y la castidad, como de un foco celestial? ¿Qué es lo que consagra en particular á la esposa cristiana, lo que la hace respetar del esposo, aun cuando este no se respete á sí mismo, lo que le hace que cumpla con sus deberes de cabeza de familia, con tal que ella conserve puro su honor, sin cuyo requisito padecería todo el ascendiente que puede tener sobre él, á no ser el culto de la castidad en todo el rigor de la palabra, la Virgen de las vírgenes, en quien la virginidad ha sido elevada al supremo grado de la fecundidad, y que ha llegado á ser Madre de Dios *sin haber conocido varon*?

IV. La educación del hijo no participa menos de esta santa influencia, y hasta puede decirse que sin ella no podría llevarse á cabo. Dos vidas se despiertan y se desarrollan al mismo tiempo paralelamente en la infancia cristiana: la vida de la naturaleza y la vida de la gracia, la vida del tiempo y la de la eternidad. Estas dos vidas se penetran mutuamente, pero de tal modo, sin embargo, que la vida de la gracia es la que hace en realidad la *educación* de la vida de la naturaleza. La familia natural presta entonces sus analogías á la Religión, que se las devuelve en influencia. De la noción correlativa de madre y de hijo, que le es personal ó inmediata, el hijo se eleva á la de su tipo, la Virgen María y el Niño-Dios, y de esta á la del Padre celestial é invisible, reflejado en su mente por las otras dos. Presentar al Niño la idea abstracta de Dios, sería trabajo perdido. Y al principio no se le podría hacer comprender, bajo la vaga noción de Padre, y sobre todo hacérsela amar. Para elevarle á esta sublime noción, es preciso empezar por hacerle conocer la del

Hijo, la de Jesucristo-Hombre-Dios, muerto en la cruz por nuestros pecados. Pero esta noción de Hombre-Dios crucificado es todavía harto complicada para un niño; ¿cómo se podría conseguir ponerla á su alcance? ¿Cómo? Valiéndose del mismo procedimiento que ha empleado realmente el Hijo de Dios para ponerse al alcance del hombre; que relativamente á las cosas divinas, no pasa nunca de niño, por la misma verdad del hecho y de la doctrina que nos presenta al Vero hecho *Niño*, naciendo de una Madre Virgen que le cuida como tal, *creciendo en sabiduría y en edad* bajo su guarda hasta la edad de treinta años, é inmolándose á la justicia de su Padre por la salvación de los hombres, á quienes reconcilia con él, por su muerte. He aquí el Cristianismo; así es como la sabiduría eterna ha hecho la educación de la humanidad; así es como debe hacerse toda educación. Por este medio, ¿cosa tan admirable como tierna! la madre se apoya en la autoridad de María con respecto á Jesus, y en el ejemplo de Jesus, obediente á María, para cautivar la atención y la sumisión del hijo; y el niño se autoriza á su vez con la santidad de María y con la obediencia de Jesus para obligar á la madre á ser digna de esta sublime analogía. La lección y la autoridad son dobles; bajan de la madre al hijo, y suben de este á la madre; son provechosas para los padres tanto como para el hijo; constituyen para aquellos, en cierto modo, un sacramento de autoridad, y para este último un sacramento de libertad de conciencia. Libertad y autoridad que se concilian como la predicación del Niño-Dios entre los Doctores con su sumisión á María, y que son el germen de ese temperamento de autoridad y de libertad que el niño, convertido en hombre, llevará mas adelante á la vida pública. Todo esto no es teórico sino práctico, ora se niegue que sea la madre cristiana la que hace la primera educación y el temperamento moral del hijo, ora se reconozca que aquella no la hace sin la influencia evangélica de la Santa Infancia de Jesus y de la Maternidad de María.

V. Pero el culto de esta santa y virginal Maternidad ejerce en la familia una influencia mas general y mas íntima todavía.

Si, como lo hemos reconocido en el Estudio precedente, este culto influye tanto en la vida del hombre, considerado individualmente, ¿cuánto mas no se hará sentir esta influencia en la vida de familia, en esa vida, en la que, si nos es permitido decirlo así, es mas hombre y mas recíprocamente hombre; en ese teatro íntimo de afectos y de emociones, en donde la naturaleza se despliega con toda la intimidad, con toda la libertad de sus mas vivos sentimientos y de sus mas caros intereses; en ese lugar doméstico, en donde pasan tantos acontecimientos personales, donde reinan tantos cuidados, tantas pruebas, tantos dolores, tantas alegrías, tantas ilusiones y decepciones; en donde el hombre nace, vive, padece, muere, en todos sus miembros, y en donde se reune dia por dia todo ese peso de méritos ó de yerros que debe entrar en la balanza de su destino? ¡Ah! ¿Cómo se debe sentir la necesidad de un Dios familiar, de un Dios *con nosotros* que nace, que vive, que padece y que muere como nosotros; que santifica por la gracia de sus méritos y de sus ejemplos, todas estas vicisitudes de la condición mortal! ¿Y cómo podemos tener este Dios con nosotros sin la Virgen con quien ha venido, con la que ha pasado todas nuestras miserias desde el pesebre hasta la cruz, con la que ha vivido *en familia*, para la que su último suspiro ha sido un suspiro de familia? De treinta y tres años que ha estado sobre la tierra, treinta los ha consagrado el Hijo de Dios á la vida de familia. El nos ha preparado en la *Santa familia*, cuyo lazo, cuyo modelo santificador ha querido ser por tanto tiempo, así como el protector de toda familia cristiana. Pero, ¿sobre qué estaba basada aquella familia celestial, sino sobre la maternidad de María? José no era padre de Nuestro Señor, sino porque era esposo de María. Santa Isabel, San Juan Bautista, los demás primos de Jesus y toda su parentela, lo eran por María. El mismo Jesucristo no ha querido tener su cualidad de Hijo del hombre sino de María. Cuando toda esta parentela humana del Hijo de Dios se ha extinguido ó dispersado, ¿qué otra persona ha vivido con él sino María? En fin, la misma muerte no ha podido romper este lazo de sangre de Jesus y de María; lo que ha hecho ha sido trasformarlo en un lazo espiritual de adopción, estendiéndolo

á toda la familia humana. Jesus ha querido sobrevivirse como Hijo de María en la persona del Discípulo amado, á quien se la lega al morir, y el cual «desde aquel momento se la llevó á su casa,» dice el Evangelio: *Ex illa hora accepit eam Discipulus in sua* (1). El Discípulo no era en esto sino la personificación de todo discípulo de Cristo, que debe admitir á María en su hogar, que debe honrarla con un culto doméstico, que debe honrar y querer en ella el depósito de Jesus moribundo, y continuar lo que aquel divino Hijo ha querido ser para ella durante su vida y despues de su vida (2). ¡Qué testimonio de ternura íntima de Jesus hácia el Cristiano, el de legarle su Madre! ¡Y qué medio tan precioso de fidelidad y de amor del Cristiano á Jesus, el culto doméstico de semejante Madre! Jesucristo, que ha dicho: «Cuando esteis reunidos varios en mi nombre, yo estaré en medio de vosotros,» ¿puede dejar de encontrarse en medio de una familia que posee de este modo á María y á Dios, que se nos ha vuelto propicio por Jesus, no debe habitar en semejante casa?...

¡Y cuán propio es este culto de ese carácter privado, íntimo y doméstico, que constituye la familia! No hay familia sin madre, y la familia vale lo que vale esta madre. ¡Qué

(1) Joan, XIX, 27.

(2) No se vé ordinariamente en el don que Jesus hizo de su Madre á su Discípulo, sino una circunstancia *privada* de la vida del Salvador. ¡Como si en la vida del Hijo de Dios hubiera habido algo *privado*, y que no entrase en su mision pública y universal de *Redentor de los hombres*! ¡Como si todo lo que ha hecho y dicho, especialmente desde lo alto de la Cruz, como si su *suprema palabra* no tuviese todo el interés de su muerte y no estuviese aneja á ella! ¡Como si él mismo no lo hubiese dicho y expresado por esta reflexion de su Discípulo, que sigue inmediatamente al don que Jesus le hace de María: «*Despues de esto, sabiendo Jesus que todas las cosas estaban cumplidas*!» La donacion de María entra seguramente en ese *todas las cosas*, cuyo cumplimiento constituía la mision del Hijo de Dios. Aquella era una donacion *mística* hecha en San Juan al linaje humano.—Vuélvase á ver lo que hemos dicho á este propósito en la *Virgen Maria segun el Evangelio*.

sucedará en una familia que tiene por madre á la *Madre de Dios*, que vive y obra á la vista y bajo la influencia de María? Su culto temple el de Dios y de Jesucristo, y le hace descender, sin comprometer en nada su Magestad, al círculo de la vida privada. En todas las penas, en todas las desgracias, en todos los intereses, en todas las pruebas, María es de la familia, como lo era en las bodas de Canaá: y *Jesus está convidado allí* por la presencia y la mediacion de María, que le dice mas de una vez: «No tienen vino, carecen de consuelo, de fortaleza, de gracia, de vida.» A ella es á quien nos dirigimos para obtenerlo todo de su divino Hijo. A todo nos atrevemos asistiéndonos ella, porque es madre; todo se espera de ella, porque es Madre de Dios. Por ella, en fin, se hace Dios de la familia, para que la familia se haga de Dios.

VI. Y no hay que ver en todo esto una ficcion piadosa; esta es al mismo tiempo una verdad doctrinal y práctica. María está indudablemente en lo mas alto del cielo, al lado del trono de Dios; y desde allí es desde donde habla y obra en nuestro favor; desde allí desde donde hace correr abundantemente sobre nosotros los tesoros celestiales; desde allí desde donde atiende y provee á todas nuestras necesidades; pero todo esto, en proporcion de lo que la honramos é invocamos sobre la tierra. Este culto la hace descender en cierto modo en medio de nosotros por las gracias que distribuye; María *clasifica* estas gracias y las apropia á nuestras situaciones y necesidades. De modo que el culto doméstico de María obtiene gracias domésticas, bendiciones de familia, así como el culto nacional obtiene gracias nacionales y bendiciones para los pueblos. La familia, como *familia*, recibe segun esto del culto de María una influencia de gracia y de bendicion, que emana de la impresion de sus virtudes, del favor de su intercesion y del poder de su crédito; y no hay ninguna familia que se consagre á María, que no experimente los efectos sensibles de su maternal patrocinio.

Volviendo á la idea de donde hemos partido en este estudio, además de la influencia del culto de María sobre el individuo, tiene este culto su influencia distinta y mas grande;

mas grande, en cuanto la familia cristiana realiza mas lo que es propio del Cristianismo, la *union*; distinta, en cuanto á que este culto está maravillosamente apropiado á las condiciones, á las necesidades y á las costumbres de la familia.

Bourdaloue, en un hermoso sermón *sobre la devoción á la Virgen*, predicado el día de la Asunción, despues de haber recordado el voto de Luis XIII, del cual se hacia conmemoracion en medio de las pompas nacionales de la córte, de la magistratura y de todo el pueblo, añadió estas palabras, con las que creemos no poder terminar mejor este capítulo:

«¿Queréis, mis amados oyentes, que os dé una práctica digna de vuestra piedad? Esta práctica es muy fácil, y no hay pretexto que pueda dispensaros de ella. Haced, cada uno segun vuestra condicion, lo que hizo este cristianísimo y religiosísimo príncipe, cuyo voto cumplimos hoy. Luis consagró su reino á la Reina de las vírgenes: consagraidla vosotros vuestras familias y vuestras cosas. Luis la ofreció su persona y las de sus hijos; ofrecedla vosotros las vuestras y las de vuestros hijos. Esto aun no es bastante; sino que, así como aquel gran monarca, por una conducta sólidamente piadosa que, tanto delante de Dios, como ante los hombres, le hizo digno del nombre de Justo; lo mismo que él quiso que su sacrificio fuese público, es preciso que nosotros no nos avergoncemos del nuestro; confesemos libremente lo que somos, puesto que la profesion de nuestra fé es la que debe salvarnos. No permitamos que los libertinos del siglo sean mas atrevidos para mofarse del culto que tributamos á Maria, que nosotros para defenderlo... Sobre todo, cristianos, acordaos de estas palabras de San Anselmo, á saber: *que, así como toda familia sólida y santamente consagrada á la gloriosa Virgen no perece, así nosotros no debemos contar con que sea bendita de Dios una familia en que la gloriosa Virgen no es honrada.*»

CAPÍTULO IV.

Influencia del culto de María sobre la sociedad.

1.º El culto de María ejerce una influencia sobre la sociedad.

2.º ¿Qué influencia es esta?

§. 1.

1. Despues de una controversia amistosa que tuve yo en cierta ocasion con un incrédulo de mucho talento, pero que habia gozado por muy largo tiempo de la impiedad para que pudiera tener el gusto y el sentido del Cristianismo, la corriente de las ideas le condujo á decir una verdad, cuya impresion le dominaba hasta el punto de olvidar el sentido que de ella podia yo sacar; esta verdad era: «Si el Cristianismo desapareciese, ¿en qué vendria á parar la sociedad!!!» Esta exclamacion era hija de una idea que se le habia ocurrido, á propósito de otra verdad, cuya fuerza habia comprendido aquel hombre perfectamente, á saber: que el Cristianismo no obra solamente sobre el corto número relativo de los devotos, sino por estos, sobre la masa de los indiferentes y hasta de los impíos; y que la poca ó mucha moralidad de que se sirven para pasarse sin religion, les viene de esta misma Religion de que reniegan y de esta devocion que desprecian.

En efecto, no puede desconocerse el *poder de los centros y de los hogares*. El Cristianismo no está tan solo en los tabernáculos y en los templos, está por fuera, en las plazas,

mas grande, en cuanto la familia cristiana realiza mas lo que es propio del Cristianismo, la *union*; distinta, en cuanto á que este culto está maravillosamente apropiado á las condiciones, á las necesidades y á las costumbres de la familia.

Bourdaloue, en un hermoso sermón *sobre la devoción á la Virgen*, predicado el día de la Asunción, despues de haber recordado el voto de Luis XIII, del cual se hacia conmemoracion en medio de las pompas nacionales de la córte, de la magistratura y de todo el pueblo, añadió estas palabras, con las que creemos no poder terminar mejor este capítulo:

«¿Queréis, mis amados oyentes, que os dé una práctica digna de vuestra piedad? Esta práctica es muy fácil, y no hay pretexto que pueda dispensaros de ella. Haced, cada uno segun vuestra condicion, lo que hizo este cristianísimo y religiosísimo príncipe, cuyo voto cumplimos hoy. Luis consagró su reino á la Reina de las vírgenes: consagra dia vosotros vuestras familias y vuestras cosas. Luis la ofreció su persona y las de sus hijos; ofrecedla vosotros las vuestras y las de vuestros hijos. Esto aun no es bastante; sino que, así como aquel gran monarca, por una conducta sólidamente piadosa que, tanto delante de Dios, como ante los hombres, le hizo digno del nombre de Justo; lo mismo que él quiso que su sacrificio fuese público, es preciso que nosotros no nos avergoncemos del nuestro; confesemos libremente lo que somos, puesto que la profesion de nuestra fé es la que debe salvarnos. No permitamos que los libertinos del siglo sean mas atrevidos para mofarse del culto que tributamos á Maria, que nosotros para defenderlo... Sobre todo, cristianos, acordaos de estas palabras de San Anselmo, á saber: *que, así como toda familia sólida y santamente consagrada á la gloriosa Virgen no perece, así nosotros no debemos contar con que sea bendita de Dios una familia en que la gloriosa Virgen no es honrada.*»

CAPÍTULO IV.

Influencia del culto de Maria sobre la sociedad.

1.º El culto de Maria ejerce una influencia sobre la sociedad.

2.º ¿Qué influencia es esta?

§. 1.

1. Despues de una controversia amistosa que tuve yo en cierta ocasion con un incrédulo de mucho talento, pero que habia gozado por muy largo tiempo de la impiedad para que pudiera tener el gusto y el sentido del Cristianismo, la corriente de las ideas le condujo á decir una verdad, cuya impresion le dominaba hasta el punto de olvidar el sentido que de ella podia yo sacar; esta verdad era: «Si el Cristianismo desapareciese, ¿en qué vendria á parar la sociedad!!!» Esta exclamacion era hija de una idea que se le habia ocurrido, á propósito de otra verdad, cuya fuerza habia comprendido aquel hombre perfectamente, á saber: que el Cristianismo no obra solamente sobre el corto número relativo de los devotos, sino por estos, sobre la masa de los indiferentes y hasta de los impíos; y que la poca ó mucha moralidad de que se sirven para pasarse sin religion, les viene de esta misma Religion de que reniegan y de esta devocion que desprecian.

En efecto, no puede desconocerse el *poder de los centros y de los hogares*. El Cristianismo no está tan solo en los tabernáculos y en los templos, está por fuera, en las plazas,

en las casas, en las familias, en las instituciones, en las costumbres, en las ideas, en la atmósfera. La impresion inestinguible de la primera edad, es la que revive de cuando en cuando en el corazón; el recuerdo profundo de la santidad de una madre amada, de un padre venerado, se confunde con el respeto doloroso que tributamos á su memoria; la vista de un sacerdote digno, el ejemplo ó las palabras de un amigo, la inocencia de un niño, la piedad de una esposa, de una hija, de una hermana; ¿me atreveré á decirlo?... La fé y la regularidad de costumbres de un criado, de un pobre sirviente, son las cosas que edifican algunas veces á toda una casa, las que esparcen un perfume de religion y de virtud, que llega hasta la alta inteligencia del amo de casa para depositar en él gérmenes de moralidad que no sospecha, y que sin embargo recibe, al mismo tiempo que no se cansa de decir que le basta con su conciencia.

El Cristianismo penetra en todas partes. Nosotros vivimos, obramos y flotamos en él: *In eo vivimus, movemur et sumus*. Que llegue á secarse, que deje de alimentar la caridad de las santas doncellas que se sacrifican por aliviar todas la miserias humanas; que llegue á entibiarse el celo de los humildes religiosos que siembran su doctrina y su moral en las generaciones sucesivas del pobre y del jornalero; que se resfrie el celo de los sacerdotes que mantienen á las poblaciones rurales y á las de los arrabales en el respeto á Dios y en la paciencia para soportar los trabajos de su condicion; que pierda el crédito que justamente goza la autoridad de los obispos que evangelizan incesantemente á sus diócesis, haciendo oír en tiempos determinados ó en cada circunstancia solemne que se presenta, aquella gran palabra que ha convertido al mundo y que le recuerda sus destinos; que deje de sostener y de animar esa multitud de instituciones caritativas, por las cuales penetra el Cristianismo, por decirlo así, por todos los poros del cuerpo social; que deje de inspirar esas convicciones y esos escritos que defienden palmo á palmo el patrimonio de la verdad divina y estienden el reinado de esta en las inteligencias; en una palabra, que pare el Cristianismo, un día nada mas, el vasto mecanismo de su accion civilizadora; que

cese de decir y de inspirar su *Sursum corda!*.... y la sociedad se hunde.

Se hunde, para no poderse detener, ni aun en el mismo grado de descomposicion de donde ha venido á sacarla el Cristianismo, porque segun la ley de la gravedad moral, será tanto mas profunda la caida, cuanto mayor sea el grado de altura á que se haya elevado.

II. Establecido esto, debemos sacar de ello, en lo que á nuestro asunto concierne, una conclusion muy sencilla, á saber: que el culto de la Santísima Virgen tiene en esta influencia del Cristianismo sobre la sociedad, la parte que tiene aquella en el Cristianismo, aun tomado en su foco.

He dicho *tomado en su foco*, porque de otro modo no sería tan solo el culto de la Virgen, sino el de la Presencia Real, el de la Divinidad de Jesucristo, el del mismo Dios vivo, los que podrian eliminarse del Cristianismo. Hoy se conocen una porcion de Cristianismos de convencion, que repudian estos diversos elementos del Cristianismo *Real*. El Siglo tiene el suyo, á Mr. Renan le sucede otro tanto: Strauss adolecia del mismo mal; y si Voltaire volviese al mundo, tambien tendria su Cristianismo aparte; porque, ¿cómo se puede combatir en el día el Cristianismo, como no sea hurtándole su título y falsificándolo? Hasta hay varios de esos Cristianismos que son de buena fé, en cuanto puede serlo el acomodar una regla á las miras y á las inclinaciones individuales que debe corregir; así sucede con todas esas sectas y matices del Cristianismo protestante, desde el puseísmo hasta el unitarismo. Pero, ¿todo ese caos es el Cristianismo? ¿Quién se atreveria á decirlo con formalidad? Todo lo que se puede conceder es, que es un *Cristianismo* en diversos grados de descomposicion, cuyo foco está en el Cristianismo *integral*, en el Catolicismo; lo mismo que los distintos grados de luz y de color que se hacen sentir en una atmósfera cargada de vapores provienen del astro que vibra sus rayos desde un cielo sereno.

Luego únicamente en este foco del Cristianismo, es en donde debe estudiarse la parte del culto de la Virgen en la emision de su vivificadora influencia.

Ahora bien : este culto nos parece *inherente* al Cristianismo. Nosotros no vemos jamás un religioso , un sacerdote , un operario evangélico , una obra , una influencia cualquiera , que procedan directa y eficazmente del Cristianismo , que no reciban eminentemente sus inspiraciones de esta devocion. Este es un hecho.

Es preciso reconocer tambien que esta devocion es el carácter propio de la actividad y de la fecundidad cristiana , cuya profesion y perfeccion es. El rosario está pendiente de la cintura de la Hermana de la caridad , de la del Hermano de la Doctrina cristiana , de la del religioso ó del Apóstol , y el rezarlo diariamente entra en la vida práctica de todo sacerdote y de todo cristiano , en proporcion de su fervor y de su actividad en el servicio de Dios y en la aplicacion del Cristianismo. La imágen de la Virgen es el signo característico de toda obra cristiana , y sus devociones el alimento de todo celo y de toda caridad.

En una palabra , si se suprimiese todo lo que se mantiene en el Cristianismo con el culto de la Virgen , se suprimiria aquel , aun tomado en aquel foco de donde emana todo Cristianismo en el mundo y toda influencia cristiana en la sociedad.

III. No nos quedaremos mas convencidos de esto , si desde ese foco del Cristianismo dirigimos la vista hácia el sugeto colectivo de su accion , hácia aquella parte de la sociedad que se llama la *sociedad de los fieles* , los cristianos prácticos , en la acepcion mas lata de la palabra , es decir , hácia todos aquellos que entran en nuestras iglesias y que en seguida vuelven á la sociedad , á donde llevan las impresiones religiosas que han recibido , y las comunican en distintos grados á la masa que se conmueve por fuera. Si , como digo , se dirige la vista hácia esta sociedad que comprende de este modo , directa ó indirectamente á toda la sociedad , no podrá desconocerse tampoco la parte considerable que tiene el culto de la Virgen en la accion social del Cristianismo.

La Religion cristiana no tiene ninguna fiesta en que no se honre á la Virgen. Yo no hablo todavía de las devociones fa-

cultivas como el rosario , el mes de María , las cofradías , las peregrinaciones , etc. , etc. , hablo del culto regular , litúrgico y *oficial* , sin el que no se toma parte en la comunión de los fieles. El culto de Cristo , el culto *divino* propiamente dicho , en el Santo sacrificio , que es el alma de él , y en la celebracion de sus misterios mas esenciales , los misterios del Adviento , de la Natividad , de la Epifania , de la Presentacion , de la Pasion , de la Pascua y de Pentecostés , todo está impregnado del culto de la Virgen ; y reciprocamente el culto litúrgico de la Virgen , las fiestas de la Inmaculada Concepcion , de la Natividad , de la Anunciacion , de la Asuncion , están todas impregnadas del culto divino. La Asuncion , que es la fiesta de las fiestas de la Virgen , es tambien la fiesta nacional entre todas las demás , y parece que la Religion reúne y dá calor en este dia á toda la caridad cristiana , bajo las alas maternales de María. ¿Cuál debe ser , pues , la influencia de un culto tan eminente y tan colectivo ?

¿Qué diremos ahora del culto *facultativo* de la Virgen ? ¿Qué de la poderosa accion que ejerce en la sociedad ? Accion tanto mas grande , cuanto que es mas libre , cuanto que la solicitan los mismos que se hace sentir , cuanto que hace mover á las masas por su propia espontaneidad. Esas manifestaciones de las masas , de la fé que tienen en María , ¿no atestiguan una influencia profunda y verdaderamente social sobre ellas ? Esas romerías de pueblos enteros que la devocion atrae á sus santuarios privilegiados ; esas conmemoraciones de fiestas locales , en que se reúnen provincias enteras en un solo punto ; esas fundaciones de santuarios y esas erecciones de estatuas por el concurso de vastas diócesis ; esas manifestaciones de ciudades enteras movidas por el mismo entusiasmo , y que lo manifiestan con iluminaciones que convierten toda una ciudad vasta en un templo y en un santuario de María ; en fin , esas imágenes y esos oratorios que consagran , por decirlo así , nuestras viviendas ; esas medallas ó símbolos que individualizan el culto de María , haciendo de él un culto doméstico , lo mismo que es exterior y público : todas estas manifestaciones revelan una influencia que no puede menos de considerarse como la mas vasta , la mas profunda , la mas colectiva y

la mas íntima que puede sentir y espresar una sociedad.

Luego si el Cristianismo tiene una influencia vivificante sobre la sociedad moderna; si el Cristianismo es la vida de esta, es preciso reconocer que el culto de Maria tiene en esta influencia una parte inmensa.

IV. Bien sé que se dirá, que este es el Catolicismo, y que la parte muy considerable del mundo protestante atestigua la superfluidad del culto de la Virgen como *influencia* cristiana sobre la sociedad.

A esto contesto lo que ya he dicho, insistiendo en ello. El Catolicismo es al Protestantismo en el mundo cristiano, lo que en cada pais del mundo cristiano es el Cristianismo á los deistas y á los impíos.

En todo pais cristiano, los deistas y los impíos, quieran ó no quieran, viven del Cristianismo y son cristianos en cierto modo y en cierto grado. Del mismo modo en el mundo cristiano, el Protestantismo vive del Catolicismo; sufre la influencia de este al atacarle. Lo que hay de Cristianismo en los paises Protestantes, está vivificado por la grande unidad central del Catolicismo en Europa, que obra á distancia sobre las sectas que se han separado de él, y cuya descomposicion ó cuya vuelta al seno de la Iglesia obra, por una fuerza de gravitacion proporcional, si me es permitido hablar así, que se hace sentir en diversos grados en los mas rebeldes y en los mas revoltosos. Yo no quiero otra prueba que la misma rebelion. Se ha dicho con mucha exactitud que en la blasfemia hay religion: del mismo modo hay Catolicismo en el Protestantismo, y no se protesta sino contra lo que obra. El odio especial de que es objeto el culto de la Virgen por parte del Protestantismo, atestigua de este modo la especialidad de su accion.

Y luego, ¿quién puede negar la influencia de la Francia en el mundo, y que en razon de ella, sus hermanas, sus apóstoles y sus soldados son á la vez lo mas francés, lo mas cristiano y lo mas piadoso que hay, con respecto al culto de la Virgen?

V. Pero no tan solo por lo que es hoy, sino por lo que ha

sido, es por donde debe apreciarse la influencia del culto de la Virgen. La sociedad presente, en todas sus partes, es hija del Catolicismo: lo tiene en la masa de su sangre. Si queremos estudiar los elementos religiosos que han entrado en su temperamento y que lo constituyen, la influencia bajo la cual ha crecido, cuyas impresiones ha llevado consigo, y que continúa haciéndose sentir, como todo lo que es primitivo y constitutivo, es preciso observar estos elementos en la época, por decirlo así, de su adolescencia, en la edad media. Por mas que hagamos, nosotros somos hijos de las *cruzadas*. Yo no quiero dar á esta espresion el sentido limitado en que pudiera tomarse, creyendo que me referia á las costumbres *sociales* de aquella época; la sociedad no puede ya volver á la edad media bajo este concepto, así como tampoco puede detenerse en la presente; no hay que cansarse, no puede; el desarrollo es la ley de su destino, pero el desarrollo en el orden inmutable de la fé. Inmutabilidad que no es un *límite*, sino una *carrera*; porque es la inmutabilidad de lo infinito, que comprende y mide todo desarrollo; la inmutabilidad de Dios, de su palabra y de sus misterios. Quiero decir, que nosotros somos los hijos de los *creyentes*, que somos *de raza* cristiana, que llevamos todos en nosotros un principio vital que remonta á la edad de nuestra formacion, y que, por consiguiente, para apreciarlo bien, es preciso observar aquella edad.

Ahora bien; ¿á qué altura estaba en la profesion del Cristianismo el culto de la Virgen? Lo hemos espuesto brevemente, y los monumentos que cubren nuestro suelo dan de ello fé. Nuestras *treinta* catedrales consagradas á la Virgen, y sin contar otra multitud de santuarios que la están dedicados, perpetúan esta devocion en medio de nosotros, con las proporciones mas sublimes y con las mas magnificas espresiones que el arte puede dar al culto, de donde recibe sus inspiraciones. Esas sorprendentes basilicas que ven hoy con sábia admiracion hasta los hombres mas indiferentes, derraman sobre nuestras almas la influencia de esa devocion á Maria que las levantó, y la hacen relumbrar á lo lejos en el espacio. Lo mismo sucede con todas las demás espresiones de la fé de nuestros padres; la poesia, la estatuaria, la pintura, la elo-

cuencia, la leyenda, los innumerables escritos teológicos, apolo-
géticos ó ascéticos, que han sido inspirados por el culto de
la Virgen, y que entran por tanto en esa herencia histórica de
luces, de ciencia y de arte que recogemos hoy con tan escru-
puloso cuidado, ejercen sobre nuestra sociedad una influen-
cia que no podría desconocerse, sin desconocer el mismo va-
lor que las damos. Este valor sé muy bien que para muchos
de sus apreciadores es puramente artístico ó arqueológico;
pero por estos mismos hombres llega á ser en la sociedad como
una corriente de gusto, de sentimiento, de impresion y de
opinion que influye en la creencia y en las costumbres. Estos
son como títulos de familia vueltos á encontrar, que despiertan
el culto de los antepasados, y de donde se exhala un efflu-
vio de fé sencilla que nos complacemos en respirar como
nuestro aire natal. Nosotros nos volvemnos á hallar bajo esta
impresion mas cristianos, mas católicos, é hijos mas piadosos
de la Virgen que antes (1).

En una palabra, si es cierto que nosotros *provenimos* del
Cristianismo, es cierto que procedemos de la Virgen que lo
ha producido, y cuya influencia no ha cesado de vivificarlo; y
á pesar de las profundas alteraciones que la heregía ó la im-
piedad nos han hecho sufrir, aun puede decirse de nosotros,
mirándonos bien, lo que se decia de nuestro Autor: *Nonne
hic est Filius Mariæ?* ¿NO ES ESTE EL HIJO DE MARÍA?

Así la renovacion religiosa toma en nuestros dias, en
todas partes, el carácter de una devocion particular á Ma-
ria. El Cristianismo, cuyo eclipse ha sumido á la sociedad en
una confusion tan espantosa, al desprenderse hoy de los va-
pores de la impiedad, reaparece con el mismo carácter que
tenia en la edad media. Despliega la tradicion de aquella épo-
ca, consume la misma doctrina. ¡Tan inherente es el culto
de la Virgen al Cristianismo! ¡tanta parte tiene este en la in-
fluencia que el Cristianismo ejerce en la sociedad!

(1) Los periódicos americanos han contado la impresion que,
hace un año, produjo en los Estados-Unidos la esposicion de una
Inmaculada Concepcion de Murillo. Del culto del arte, pasaron
casi los espíritus al culto de la idea y del dogma.

Pero esto vá á ponerse mas de manifiesto, si de la prueba
de esta influencia pasamos á examinar en qué consiste y
qué es.

§. II.

Es de tres clases: de doctrina, de moral y de culto.

I. Hemos demostrado ámpliamente en nuestra Esposicion
histórica la influencia doctrinal del culto de la Santísima Vir-
gen. Bajo esta relacion capital, este culto es muy anterior á
la edad media; data del Cristianismo primitivo, de la anti-
güedad evangélica y apostólica. Desde entonces se nos ofre-
ce como el elemento mas activo del triunfo de la doctrina
sobre todas las heregías que probaron su vuelo en aquellos
cuatro siglos primeros de lucha que la Iglesia naciente tuvo
que sostener con la brutalidad de la fuerza y la sutileza del
error, y que terminó con el triunfo de la Maternidad divina
en Efeso. Este triunfo cierra la edad primitiva y abre la edad
media; reasume la doctrina de la Maternidad divina y des-
pliega el culto de ella. Este culto, tan considerable desde en-
tonces, y que no ha cesado de ir creciendo despues, era la es-
presion misma del Cristianismo vencedor. Y como es des-
tino del Cristianismo estar siempre en lucha con el error, el
culto de la Maternidad divina ha tenido y tendrá siempre
en la conservacion del Cristianismo la parte que ha tenido
en su triunfo primitivo. Este culto es el Concilio de Efeso
continuado; es decir, el Cristianismo, cuya doctrina rea-
sumia aquel Concilio contra todas las heregías que habian
precedido y contra todas las que habian de venir despues.

Esta verdad no resulta únicamente de su mas solemne es-
presion en Efeso: brilla en cada página de la historia dogmá-
tica del Cristianismo, remontando hasta los Apóstoles. Lo
hemos mostrado y demostrado. ®

No recordaremos aquí, de todos los testimonios tan fuer-
tes, tan robustos, tan decisivos que de ello hemos produci-
do, sino el de San Ignacio á San Cirilo, y el de San Arquelao
en su discusion con Manés. Este Santo y elocuente obispo
queria, como se sabe, hacer que resaltase el dogma de la

Maternidad divina que el heresiarca negaba. Para conseguirlo, fué desprendiendo uno por uno todos los anillos de la cadena de las verdades religiosas y morales, que está asida á este dogma, y demostró, ora bajándola, ora subiéndola, todo el orden social suspendido de esta cadena, del mismo modo que Homero representa al mundo colgado de la cadena de oro de su Júpiter. «Mostremos abiertamente, dice, toda la impiedad que encierra tu aserto. Si, como tú dices, Cristo no ha nacido de María, sin duda que tampoco ha padecido; porque es imposible que padezca el que no nació. Si no ha padecido, es preciso hacer que desaparezca hasta el nombre de Cruz. Suprimida la Cruz, Jesus no ha resucitado de entre los muertos. Si Jesus no ha resucitado de entre los muertos, nadie resucitará. Si nadie debe resucitar, no habrá juicio final, ni parcial. Si no hay juicio, no hay necesidad de observar los mandamientos de la ley Dios; ya no tenemos que mortificarnos, comamos y bebamos porque tenemos que morir mañana. Todas estas cosas se encadenan para el que niega que Jesus ha nacido de Maria. Por el contrario, si confiesas este nacimiento, la Pasion le sigue necesariamente; á la Pasion sigue la Resurreccion; á esta el Juicio; y se salvan todos los preceptos de la Escritura. Esto, concluye, no es una cuestion vana, sino que abraza muchas cosas en estas pocas palabras: LO MISMO, PUES, QUE TODA LA LEY Y LOS PROFETAS ESTAN CONTENIDOS EN EL DOBLE PRECEPTO, LO MISMO PENDE TODA NUESTRA ESPERANZA DEL PARTO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA.»

Esto es cierto, de una verdad absoluta, como la esperiencia viene á confirmarlo.

Muchas gentes se jactan de ser morales sin religion, de ser religiosos sin Cristianismo, y otras, en fin, de ser cristianos sin ser devotos de la Virgen. Oponen el ejemplo del sentimiento religioso en la antigüedad pagana, tal como se halla en los escritos de los poetas y de los filósofos, etc.—Aun cuando yo concediera todo esto, no por eso dejaria de ser menos verdadero que lo que tendria lugar con respecto á algunos individuos, no podria tenerlo con respecto á la sociedad, como sociedad. ¿Puede esta pasar sin una religion positiva? Nó. ¿Puede esta tener otra religion verdadera que el Cristianismo?

Tampoco. ¿Puede subsistir este sin la creencia en la Encarnacion y sin el culto de la Maternidad divina, fórmula y alimento de esta creencia? Nó, y mil veces nó.

En efecto, como hemos visto ya, toda actividad cristiana positiva se nutre de este culto; y el Protestantismo que lo ha rechazado, ha perdido ó pierde diariamente la creencia en la Encarnacion del Verbo; y si no ha consumado su ruina cristiana es por el vigor católico de esta creencia en el mundo, creencia que se mantiene por el culto de la Maternidad divina de Maria.

Respecto á los individuos que pretenden poder pasar sin este culto y aun sin el Cristianismo, les contestaré, que se nutren de él, de hecho, como miembros parásitos de la sociedad cristiana; que si no tuviesen mas que el sentimiento religioso de los antiguos para sostener su moralidad, esta naufragaria bien pronto, como naufragaron las costumbres paganas, cuyo repugnante cuadro conocemos todos; en fin, que aquel sentimiento religioso de los antiguos no era religioso, sino en cuanto era *todo lo que podia ser* entonces en luz y en piedad, en tanto que habiendo venido el Cristianismo á agrandar la esfera del sentimiento religioso, no nos podemos limitar á lo que era aquel sentimiento en los antiguos, sin caer en la irreligion y en la impiedad:

«Grande esperanza atravesó la tierra,
Y al cielo es fuerza levantar los ojos (1).»

Es cierto, segun esto, que, aun para los individuos, y con mas razon para la sociedad, toda religion seria y positiva consiste en el Cristianismo: es, decir, recordémoslo, en la obligacion moral de vivir bien, fundada en la creencia de un juicio futuro; en la creencia en este juicio, fundada en la creencia de la resurreccion, que nos hará comparecer ante el divino Juez; en la creencia en esta resurreccion de cada uno de nosotros, fundada en la creencia de la resurreccion de Jesucristo; en la creencia de la resurreccion de Jesucristo, fundada en su Pasion, y en la creencia de su Pasion, fundada en su *Nacimien-*

(1) ALFREDO DE MUSSET, *Esperanza en Dios.*

to de *María*, en cuyo Parto radican, del modo que se ha dicho, toda la creencia y toda la moralidad.

Al defender el dogma de la Maternidad divina de *María*, al profesarle con el culto mas ferviente, el Catolicismo defiende y profesa todo el orden religioso, moral, y por consiguiente, social. Y la heregia de todas las épocas, al atacar siempre este mismo dogma, y al caer en seguida en toda la serie de negaciones opuestas á las creencias que de él se derivan, justifica hasta el mas alto grado el culto de que es aquel dogma objeto.

Sin duda, la sociedad cristiana al recibir la influencia dogmática que emana de este santo culto, no se da cuenta de él, como nosotros acabamos de hacerlo, por la deducción de las verdades que van unidas á aquel y cuya cadena compone su fé; pero no son los racionios explicitos los que determinan mejor las condiciones y las voluntades, sino la razon implicita, el sentido infuso de una verdad; la esperiencia sobre todo y la vida que de ella resulta para el que de ella se nutre. Y tambien es esto lo que produce el culto de la Santísima Virgen. El alma bebe allí doctrina, como si la mamara de los pechos de la fé; recibe la creencia hecha y en estado concreto, y por decirlo así, como el niño recibe en el estado de leche la sustancia de los diferentes alimentos con que se nutre la madre, ó bien, como se recoge en una fuente el volumen de todas las aguas que se distribuyen en todas sus derivaciones. Bajo este punto de vista tan esencial, el culto de la Virgen no puede suplirse con ningun otro. Tiene una propiedad única y que se adapta maravillosamente á las necesidades de la humanidad. Toda la Religion está recopilada allí, bajo su forma mas completa, mas sencilla y mas palpable á la vez. Profesando allí la divina Maternidad de *María*, se profesa todo el Plan divino. Así, los que han sido mas devotos de *María*, han sido siempre los mas creyentes y los mas fieles, y reciprocamente, los hombres cuya fé ha sido mas rica, mas luminosa y mas penetrante, han sido siempre los siervos mas fieles de *María*.

Tal es la influencia doctrinal del culto de *María* en la sociedad.

II. No es menos grande su influencia moral.

Yo no sé si se habrá reflexionado bien nunca sobre el prodigio moral que presenta el culto de la Virgen en el mundo. Segun nuestro modo de ver, es tan grande, que no se debe vacilar en colocarlo entre las pruebas mas concluyentes de la divinidad del Cristianismo, como siendo absolutamente inesplicable sin la *virtud* de Dios, sin esa misma virtud que ha hecho caer el mundo al pié de la Cruz.

Concibase la idea, en un mundo de instintos perversos, como lo es el nuestro, en un mundo que entregado á sí mismo habia llegado y volveria á llegar hasta á divinizar sus instintos, hasta adorarlos en personificaciones, y hasta la creencia en unos *misterios*, tales como los que nos ofrece la *civilizacion pagana*; en los misterios de Venus, de Baco, de Cibeles, de Adónis, de Priapo, de Flora, de la Afrodita, concibase la idea, repito, el pensamiento de fundar en un mundo semejante el culto de la virginidad, de la dulzura, de la humildad, de la pureza, de la santidad, elevadas á un tipo que agota todo ideal finito, que domina á la espiritualidad del Angel, y que no tiene por cima de él sino la santidad infinita de Dios, que es su Autor, el culto, en fin, de la VIRGEN MARÍA; he aquí una cosa que no puede ser sino divina, porque es el trastorno mas completo y mas absoluto de *aquel hombre animal que no es capaz de las cosas de Dios*, como escribia San Pablo á los Corintios.

Ahora bien: salir felizmente de esta empresa, verla coronada de un éxito que hasta se llega á temer su esceso; entusiasmar, no solo á unas cuantas almas privilegiadas, sino á la muchedumbre; embriagar al mundo con este culto virginal; lograr que se prosternen al pié de sus altares los mismos salvajes; darle el poder de erigirse, por medio del concurso social de todas las almas y de todos los brazos, unos templos como Nuestra Señora de Chartres, Nuestra Señora de Reims, Nuestra Señora de Strasburgo, Nuestra Señora de Amiens y Nuestra Señora de Paris, mas esa cantidad innumerable de santuarios, que son como otros tantos focos de todas las virtudes que aquel culto inspira; hacer de él el encanto de las imaginaciones, de los corazones y de los espíritus; hacerle

reinar y brillar en el arte, en la elocuencia, en la ciencia, por medio de obras maestras inmortales que respiran toda la pureza de él, sin poder agotarla jamás; consagrarle instituciones, sociedades, reinos; confundir á sus piés todas las condiciones de la vida humana y asegurarle los homenajes de todas las generaciones venideras, mientras dure el mundo; he aquí un triunfo tan prodigioso que no puede compararse sino con el de este mismo culto.

¡Idolatria! esclaman los impíos al oír esto, ¡qué homenaje tan grande, tributado á este gran culto, y al mismo tiempo qué contradicción! En efecto, este culto ha apasionado al mundo hasta idolatrar en él, por medio de unas virtudes que son cabalmente el trastorno mas completo de la idolatria. La acción del culto de la Virgen en el mundo es tal, que sus enemigos hacen de él un motivo de acusación, y le acusan en efecto de exceso; *exceso*, tratándose de una influencia de castidad, de humildad, de piedad y de santidad!!!

Tal ha sido, tal es en realidad la influencia moral del culto de la Santísima Virgen.

Este culto es, despues y en union de la Cruz de Jesucristo, el medio mas poderoso de la regeneracion del mundo por el Cristianismo. «Todavía languideceríamos en los lazos de la carne, canta un poeta aleman en un hermoso himno á María, aun llevaria la mujer el yugo de la esclavitud, si el amor puro y sublime que te se consagra no hubiese hecho violencia á la fogosidad de los deseos, y hecho que se humillaran á los piés de tu santa hermosura unos sentidos que se desbocaban desenfrenados y salvajes.»

La belleza moral de las virtudes cristianas que respiran en María, hubiera sido demasiado abstracta, si no nos hubiese sido propuesta mas que en sí misma; no hubiera hecho impresion en nuestra naturaleza sensible, que no puede separarse de la tierra mas que apoyándose en ella, y que se eleva desde los cuerpos hermosos á las almas bellas, y desde estas á la belleza eterna (1).—Era, pues, preciso que aquellas virtudes tuviesen una espresion, y una espresion humana. Por esto es

(1) PLATON. *El Banquete*.

por lo que el Verbo se ha hecho carne, y por lo que la Belleza eterna se nos ha aparecido en Jesucristo. Pero en Jesucristo aun no está aquella belleza á nuestro alcance; en efecto, está allí desfigurada por el gran número, por el sacrificio mismo que la ha hecho brillar moralmente; que se ha hecho decir á sí misma: «Yo soy un gusano, y no un hombre (1);» si bien para los ojos que la descubren tiene un carácter personal de divinidad que deslumbra. Convenia, pues, que aquella belleza se pusiera mas á nuestro alcance, viniendo á reproducirse en un tipo mas transparente y mas familiar, y de donde volviese á salir, en razon tambien de la debilidad y de la inferioridad de su sugeto. Esto es lo que se nos aparece en la humilde Virgen María. En Ella, la dulzura, la humildad, la castidad, la piedad y la santidad aparecen tales como deben estar en nosotros; no en el estado de naturaleza, como en Jesucristo, sino en el estado de gracia; no en el estado de sacrificio, sino en el de producto del sacrificio.

Convenia por otra parte que la belleza moral tuviese su espresion en los dos sexos;—no solamente, notadlo bien, para que cada sexo tuviera su modelo correspondiente,—sino para que la influencia natural del un sexo sobre el otro se hiciese sentir en el orden de la gracia, lo mismo que en el de la naturaleza, en el orden de la rehabilitacion, lo mismo que en el del decaimiento.

En efecto, la influencia de seducción que la mujer habia tenido desde el origen, y que tendrá siempre sobre el hombre, es una propiedad de la naturaleza humana, que la gracia que se apodera de todas las propiedades de la naturaleza para elevarlas y santificarlas, no podia descuidar. Esta influencia tan considerable, que habia en el origen derribado al género humano, y que despues no cesó de corromperle; que habia envilecido y esclavizado á la mujer con todo el mal imperio que ella misma ejercia sobre el hombre, aquella influencia, digo, debia pasar del mal al bien, de obstáculo debia convertirse en medio. La mujer, ESTE HERMOSO MAL, debia convertirse en un HERMOSO BIEN.

(1) Salmo XXXI, 7.

Este hermoso bien es la Virgen María, cuya contraposición en todo el mundo antiguo era..... Venus.—De Venus á María, ¡qué revolución!! La espresion de belleza, de gracia, de atractivos (*Venus Venustas*), era sinónima en la antigüedad, ó se derivaba generalmente de la de corrupcion. Al menos se confundía en aquella divinidad, la mas inexorable de todas, que se burlaba de los hombres y de los dioses; que se asia á los sentidos y al corazon del hombre como el animal carnívoro á su presa:

Es toda Venus á su presa asida (1);

que Homero nos representa armada con todos los incentivos de la concupiscencia, de los cuales compone su cintura; á la que Horacio llamaba con tanta justicia «madre fatal de los deseos impuros»

Mater seva cupidinum;

la que se hacia inmolar el pudor en veinte templos famosos, y cuyo culto envenenaba al mundo.

Abolir este culto, estirpar esta divinidad inmunda de las entrañas de la sociedad, y erigir en su lugar el culto de la Virgen Inmaculada, volvemos á repetir; qué revolución! ¡Cómo no atribuir esta al brazo del Omnipotente, ni cómo podremos dejar de esclamar con la misma Virgen: *Fecit potentiam in brachio suo!*

Dios ha realizado en la Virgen un ideal de pureza que el hombre no hubiera llegado á imaginar jamás. La Virgen, en efecto, no es Virgen únicamente, sino *Virgen-Madre*, es decir, que la virginidad está en María á prueba de lo que la hace universalmente perecer; la Maternidad; Maravilla única de Virginidad, enriquecida con la Maternidad, que el Profeta tenia razon de anunciar como el prodigio por escendencia, prodigio que el hombre no se hubiera atrevido jamás á pedir, y que solo Dios podia concebir, así como solo El podia ha-

(1) RACINE, Fedra.

cer (1). ¡Y de quién es Madre la Virgen de esta suerte? ¡De Dios! ¡Qué aumento, qué colmo de pureza! ¡Cómo armoniza con el prodigio de una Virgen-Madre, viniendo á completarlo admirablemente, como está hecho el tallo para producir y llevar la flor; y cómo la flor viene á coronar y perfumar este Tallo!

Basta con estas sencillas reflexiones, en las cuales no insistimos mas, para poner al lector en el camino de una contemplacion, cuyo asunto sobrepuja á todo ideal de pureza y de santidad en el orden creado, que ha elevado al arte que se dedica á reproducirlo á una altura enteramente desconocida en la naturaleza, y que, por la revolucion que ha hecho y por la influencia que ha ejercido en el mundo, justifica aquella palabra del Dios que lo ha producido: «Crearé una tierra nueva y nuevos cielos.»

El culto de la Virgen Madre de Dios, ha obrado y obra incessantemente en la sociedad humana, por la influencia de aquella pureza y de las virtudes que forman su séquito, una accion moralizadora, bien de preservacion, bien de reparacion, tan inmensa, tan profunda, que no trataré de describirla. Es tan considerable para el bien, esto puede decirse sin reparo, como la que la Venus antigua ejercia para el mal. Es mas considerable aun que aquella, supuesto que la ha derribado y que la tiene siempre en jaque. Sin duda que la divinidad de la corrupcion tenia en su favor á la naturaleza; pero la Virgen de toda pureza tiene en su favor á la gracia. Por esta gracia pisa la cabeza de la serpiente, y preserva ó cura del veneno de esta á todos los que recurran á ella: María realiza lo que nosotros la pedimos, cuando saludándola con los nombres de *Madre Castisima*, *Madre siempre Virgen*, *Madre Inmaculada*, la decimos: *Ruega por nosotros; haz que libres de*

(1) El Señor siguió hablando á Achaz, y le dijo: Pide al Señor tu Dios que te haga ver un prodigio en lo mas profundo de la tierra, ó en lo mas elevado del cielo.—Achaz le contestó: Yo no lo pediré, yo no tentaré al Señor. E Isaiás dijo: Por esto el Señor te dará *El mismo* un prodigio. «Una Virgen concebirá y parirá un Hijo, que se llamará MANUEL.»—Isaiás, VII, 11-14.

nuestras faltas, seamos castos y mansos. Vela por la pureza de nuestra vida, aparta los peligros de nuestro camino, á fin de que cuando llegemos á ver á Jesus participemos de vuestras alegrías celestiales (1). Qué influencia de pureza, de castidad, de santidad y de moralidad no debe reflejar este culto en la sociedad, por todos esos focos de devocion, por todos esos santuarios, por todas esas asociaciones, por todas esas cofradías, por todos esos santos ejercicios que lo hacen penetrar en las almas, por todas esas imágenes de la *Virgen Inmaculada, de María concebida sin pecado*, cuya sola vista disipa los malos deseos, y que, cerniéndose en lo mas elevado de nuestros templos, en los puntos mas altos de nuestras ciudades y sobre nuestras casas, hacen saludable la atmósfera, por decirlo así, y combate en ella con las *malas potencias del aire* (2).

III. En fin, la Virgen María ejerce en la sociedad una influencia de culto.

El culto, en general, es eminentemente colectivo y social. Divididos los hombres por los intereses temporales, no se han asociado realmente sino para la posesion del Bien indivisible é inagotable, de Dios, y por la Religion que les convida á ello. La familia y la patria son ya unos modos poderosos de esta sociabilidad, que es uno de los grandes atributos del hombre. Pero la familia y la patria son temporales como la vida, é insuficientes como todo lo que es puramente humano. Para consolidarse y completarse deben estas dos cosas ir á reunirse con la familia y con la patria celestial, por la Religion, por el culto. El Cristianismo ha creado tambien en este orden una cosa que no existia. Ha hecho descender al tiempo lo inmutable y lo eterno, *Dios con nosotros*, y nos ha puesto á todos en comunión con El, por su caridad, que ha hecho del Hijo la víctima de nuestra reconciliacion con su Padre, que nos ha hecho á todos miembros de un solo cuerpo de que es Cabeza,

(1) Himnos y letanias en honor de la Virgen.

(2) *Adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum, contra spiritualia nequitiae in caelestibus. Ad Ephesios, VI, 12.*

y al cual alimenta de sí mismo. Union admirable, que ha exigido significaciones nuevas y desconocidas de la antigüedad para espresarse, de las cuales la mas alta y la mas perfecta es la IGLESIA.

La IGLESIA, esposa de Jesucristo, que no es verdadera por consiguiente si no es única, porque Jesucristo no podría tener varias esposas, ¿qué son, pues, unas iglesias rivales y divididas que desmienten la palabra del Apóstol, á saber: *que en Cristo no podrian habitar el SI y el NO?* ¿Cuán ciego se necesita estar para no ver, que siendo la union el principio del Cristianismo, y por consiguiente la *unidad*, que es su forma, las palabras comunión é iglesia en plural, son una falta de sentido cristiano, y constituyen la mas perfecta de todas las divisiones: *la division organizada!* Tal es el espectáculo que nos ofrece el Protestantismo, cuyo principio estriba de tal modo en la division y en la separacion, que estas son las leyes de su desarrollo. ¿Cómo un principio que aplicado á todas las asociaciones humanas, á la familia, á la nacionalidad, seria tenido por absurdo, ha de ser razonable aplicado á la Religion, cuyo fin es perfeccionar y consumir la union de los hombres?

¿Cómo corresponde por el contrario, la IGLESIA CATÓLICA á este fin de la Religion, y cuál brilla como verdadera Esposa de Jesucristo en el seno de todo ese tumulto de Iglesias, que en vez de reunir á los hombres en Cristo, dividen á Cristo entre los hombres!

Pues bien: la Iglesia, en esto, no es mas que el desarrollo de la Virgen María, cuya maternidad es el tipo inspirador y como el Sacramento de la Iglesia, segun la espresion de M. Olier. De aquí proviene, que se diera á María en la mas remota antigüedad cristiana el nombre de *Iglesia*. «Yo le doy con alegría el nombre de Iglesia,» decia Clemente de Alejandria. María vive en la Iglesia. Y mas aun: ella esplaya en la Iglesia misma la vida que recibió la primera en su plenitud, para distribuirla en todo el cuerpo. «Ella llama á sus hijos á su lado, añade perfectamente Clemente de Alejandria, y los alimenta con una leche sagrada, con el Verbo hecho niño.» María, en una palabra, es Madre de los hombres, Madre de

los cristianos; no solamente de una manera indirecta y por *clipsis*, por haber dado á luz una vez la Vida, el Verbo, sino en sentido propio y directo, comunicándosela en particular, y concurriendo con su maternal caridad á su nacimiento espiritual en la Iglesia. Tal es la doctrina.

¡Qué influencia de union no debe ejercer semejante doctrina en la sociedad cristiana, por la accion *real* de María en el cuerpo de la Iglesia, por la persuasion de la fé y de la piedad que hace acudir, que reúne á los cristianos al pié de sus altares!

Esta es la influencia de la maternidad, tan poderosa en la familia, que sin ella la familia no existe; esta es la influencia de la maternidad, estendida á la sociedad entera, y haciéndose sentir de ella, como á la familia, por la ternura, simpático encanto y union que derrama é infunde el corazon de una madre, y de tal madre.

¡Y con qué riqueza no inspira el culto católico estos sentimientos, con todas estas bendiciones é invocaciones dirigidas á María, cuando dejando en nuestras espaciosas basílicas la multitud de cristianos todo lo que les particulariza en la sociedad humana, se confunden en un solo sentimiento, una sola expresion y una sola voz de amor filial para con María! Cuando la saludan, cuando la alaban de consuno con estas brillantes *Salves* que revelan tantos títulos gloriosos de *Reina de los cielos*, de *Soberana de los Angeles*, de *Estrella de la mar*, de *Puerta del Cielo*, de *MADRE*, sobre todo, *Madre del Redentor*. ¡*Madre de misericordia*, *Madre de la divina gracia*! ¡Cuando la invocan, llamándola *vida nuestra*, *dulzura nuestra*, *esperanza nuestra*! ¡Cuando se acogen bajo su proteccion, suplicándola no deseché sus plegarias en las necesidades que los afligen, antes bien les libre de todos los peligros; cuando, de tantas calificaciones que los distinguen en el mundo, no conservan mas que el título comun de *desterrados y de hijos de Eva*, y que, suspirando, gimiendo y llorando en el fondo de este valle de lágrimas, le gritan: *MOSTRAOS QUE SOIS MADRE NUESTRA: volved á nosotros esos vuestros ojos misericordiosos; dadnos la paz: romped nuestros grillos; apartad de nosotros los males; obtenednos los bienes; que sean por vuestra intercesion aceptas nuestras*

súplicas á Aquel que para bien nuestro quiso ser Hijo vuestro; preparad el camino para nuestra vuelta, y al salir de este lugar de destierro, mostradnos á Jesus, Fruto bendito de vuestro vientre!

Todos estos acentos del alma humana, tan poderosos ya para inspirarle á la vez el sentimiento de su miseria y la confianza en el auxilio del cielo, cuando salen de boca del individuo ó de la familia, lo son mucho mas cuando es toda la sociedad quien los espresa. ¡Qué profunda reaccion de vida religiosa, moral y social, no deben ejercer, multiplicándose por el número y concentrándose por la unidad!

¡Qué sucede, pues, cuando se viene á pensar que el cielo los escucha y corresponde á ellos, que, instada ya por su corazon maternal, y por la caridad de su divino Hijo que la llena, María derrama en la Iglesia que la invoca, torrentes de gracias y de vida que producen en ella abundante mies de santidad y de virtud!

Todo esto no es una piadosa imaginacion: es una realidad sensible que experimenta en cada uno de sus miembros, como en su cuerpo, la sociedad cristiana, la Iglesia católica; que ella siente circular en sí como la sávia y el alimento de esta vida sobrenatural de que vive, y con la cual hace vivir al mundo.

Tal es la influencia del culto de María sobre la sociedad, en su triple accion de doctrina, de moral y de culto.

Mas despues de haberla visto en su efecto colectivo, es preciso verla tambien en su apropiacion á todas las condiciones de la vida humana, y por decirlo así, en su reparticion á todas las venas del cuerpo social.

CAPITULO V.

Armonía del culto de la Virgen en sus relaciones con las diversas condiciones de la vida humana.

Es una propiedad maravillosa del culto de la Virgen el adaptarse á todas las situaciones y á todas las condiciones de la vida humana, hasta el punto de que al propio tiempo, que es todo lo que hay mas general y mejor hecho para operar sobre las masas, se distribuye y se aplica á todas las categorías de existencias que las componen, como si solo fuera hecho para cada una de ellas en particular. Es el culto de todos y el culto propio de cada uno. Por él, el Cristianismo se particulariza sin dejar de ser colectivo; toma cada personalidad por lo que la distingue y la une al cuerpo sin absorberla en él. Es el carácter y el oficio de la madre en la familia. Carácter admirable, que justifica el culto de la Virgen por el servicio mas eminentemente cristiano y religioso, el de volver á unir todos los miembros con la Cabeza, como la Cabeza vuelve á unir todo el cuerpo con Dios.

De esta manera es el culto de la Virgen el culto propio de la mujer y el culto propio del hombre; el culto propio de la infancia y el culto propio de la juventud; asimismo el de la edad madura y el de la vejez; el culto propio del sencillo y del ignorante, y el culto propio del docto y el del sábio; el culto propio del justo y el culto propio del pecador; el culto propio del religioso y el culto propio del seglar; el culto propio del

pueblo y el culto propio del soberano; finalmente, el culto propio de cada nacionalidad y el culto propio del género humano.

Esta tésis es tan importante como incontestable. Ella se prestaria á infinitos desarrollos, y su enunciacion sola basta casi para su justificacion. Pocas palabras bastarán pues para hacerla admitir, dejando á cada cual el placer de examinarla y seguirla en todas sus aplicaciones.

I. Diremos, en primer lugar, que el culto de la Virgen es el culto propio de la mujer y el culto propio del hombre.

En efecto, nadie negará que sea el culto propio de la mujer. Lo que honramos en María, es efectivamente la mujer, en el papel opuesto que ejecutó al principio, recobrando del enemigo del género humano la ventaja que se habia dejado tomar, y distinta del hombre por una iniciativa de reparacion que es tan propia de su sexo como lo habia sido la iniciativa en la culpa. Aun es mas; porque la reparacion ha tenido efecto en María por una operacion mas exclusivamente propia de su sexo que el hecho de la caída, por una operacion de *Maternidad*, y por el privilegio de una *Virginidad* que reporta de esta maternidad un carácter de prodigio que redunde en honor particular de la mujer. Luego á la mujer como mujer, es á quien honramos superiormente en María, como reparadora y modelo de su sexo en todos sus estados de Virgen y de Madre, y por sus virtudes pertenecientes á su temperamento y vocacion: la modestia, la dulzura, la discrecion, la resignacion, el silencio, el oscurecimiento, el anonadamiento, en una palabra, lo que hay mas reservado, mas oculto, mas femenino entre las mujeres. «Venid, pues, dice San Agustín, venid, vírgenes, á la Virgen; venid, vosotras que concebís, á Aquella que ha concebido por escelencia; venid, madres, á la Madre; venid, vosotras que dais de mamar, á Aquella que ha dado de mamar; doncellas candorosas, venid vosotras tambien á encontrar en ella á la *Doncella*. Asi es como la Virgen María ha tomado en Nuestro Señor Jesucristo todos los estados de su sexo para prestar auxilio á toda mujer que recurriera á ella, y para reparar, como nueva Eva, todo el sexo de las mujeres, así como

el sexo de los hombres lo fué por el nuevo Adán, Jesucristo Nuestro Señor (1).»

Hemos tenido que insistir recordando todos los caracteres del culto de María, que componen el culto propio de la mujer, y que es, por otra parte, el culto propio del hombre.

Lo es, en efecto, hasta hacer creer que sea aun mas el culto del hombre que el de la mujer.

Y en verdad, como hemos dicho, la Religion está ordenada sobre la naturaleza, para repararla sin trastornarla, para hacer de ella la enseñanza celestial. Todo lo que hay, pues, de mas *fundamental* en la naturaleza, está tomado como sugeto y como medio de su gracia. Ahora bien, la influencia de un sexo sobre el otro es lo mas propio que hay de la naturaleza humana; no solamente en cuanto á la relacion de la reproduccion humana, sino tambien en cuanto á las relaciones intelectuales, morales y sociales que distinguen nuestra especie. Esta influencia se encuentra de nuevo en todas las relaciones del hombre y de la mujer, y es reciproca. A mas del matrimonio, hay union entre los dos sexos en todas las situaciones de la existencia humana. Ya de la madre con respecto á los hijos, ya de las hijas con respecto al padre, ya de los hermanos, etc. Los dos sexos se inclinan el uno hácia el otro por una simpatía reciproca que proviene de su diferencia.—Esto es cierto hasta tal punto, que cuanto mas sea mujer una mujer, mas influencia tendrá en el hombre, y reciprocamente.

Conocido esto, todo cuanto hemos dicho para consignar que María es la mujer por excelencia, y que bajo este título es su culto propio de la mujer, consigna, que quizá es aun mas propio del hombre. Y nada es mas cierto: Dios ha querido que fuese así, aun en vida de María. No obstante ser Virgen, ella es encomendada, no á una mujer, sino á un hombre, que la honra con el culto de proteccion, de respeto y de casta fidelidad; á José. Muerto José, Ella no se retiró á vivir con una mujer, sino que es su Divino Hijo Jesus solo quien continúa hasta los treinta y tres años honrándola con

(1) Sermon De Ortu veritatis e terra Virgine, 15 de Tempore.

su sumision, y consagrándola, y consolidando esta relacion que queria establecerse entre su Santísima Madre y el sexo del hombre. Durante la vida Apostólica de Jesus, ¿con quién nos representa el Evangelio mas frecuentemente á María, sino es con su parentela masculina, con los *hermanos* ó primos de Jesus? A su muerte, este Divino Hijo no encomienda su Madre, ni á Marta ni á María, cuyos homenajes y servicios recibia El con tanto gusto; nó, la separa de estas Santas mujeres, y crea espresamente para Ella un hijo en un hombre, su Discípulo querido, en compañía del cual acabó Ella su vida, influyendo en él y por él en la Iglesia con toda su gracia de Madre de Dios, hecha Madre de los hombres. Finalmente, á su muerte y á su dichosa Ascension, ¿de quién recibe, segun la tradicion, las primeras oraciones en la tierra? De solos los Apóstoles venidos de todas partes, que acudieron á aclamar en ella á la Reina de los Apóstoles, así como lo era de los Profetas y de los Patriarcas, desde el origen de los tiempos.

Lo mismo acontece en lo sucesivo. Los hombres se nos aparecen siempre mas solícitos que las mujeres en honrar á la Virgen y en preconizarla. Ya lo hemos visto en aquella sucesion de Padres y de Doctores que se transmiten en cierta manera el privilegio de San Juan de custodiar y dar culto especial á María; San Ignacio, San Justino, San Ireneo, Clemente de Alejandria, Orígenes, San Arquelao, San Gregorio de Neocesárea, San Efrein, San Epifanio, San Ambrosio, San Gerónimo, San Agustín y todos los Padres de Efeso, San Ildelfonso, San Juan Damasceno, San Anselmo, San Bernardo, Alberto el Grande, Santo Domingo, San Francisco, Gerson, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales, el Cardenal Berulla, Bossuet: he aqui la Corte de María. Bien lo saben los artistas, y no se han equivocado sobre esto. Casi nunca se vé mujeres en las pinturas consagradas á María por nuestros principales maestros; siempre hombres al pié de su trono maternal; San Juan, ó San Gerónimo, ó San Francisco, ó San Agustín, que reciben de Ella como la leche de la mas pura doctrina, el Verbo hecho niño. Ellos han comprendido admirablemente que esta oposicion de sexos constituye una

de las mas ricas armonías de la naturaleza, de la gracia y del arte.

A consecuencia de la misma ley, se han declarado siempre mucho mas las órdenes religiosas de hombres por el culto de María que las de mujeres. No se encuentra Santo alguno que, á proporcion que se ha distinguido mayormente en santidad, no haya tenido una devocion tierna y filial á la Virgen; mientras que las mujeres mas santas, aun cuando atribuyen su santidad á la proteccion especial de la Virgen, como Santa Teresa (1), absorben frecuentemente su culto en el de Nuestro Señor (2). Los hombres, cuyo sentimiento es menos exclusivo, aventajan á la mujer hasta el punto de no haber lugar á la reciprocidad; sin profesar con menos fervor el culto del Hijo, como San Bernardo y San Francisco, por ejemplo, profesan además un culto fervoroso á María; y así conciben y sienten de un modo mas magnifico y completo el órden sobrenatural.

De esta suerte es el culto de la Virgen, en cierto sentido, el culto propio del hombre; asimismo es en otro sentido el culto propio de la mujer.

II. Sucede con las edades como con los sexos; el culto de María es el culto propio de las cuatro edades de la vida humana.

(1) Véase el capitulo primero de su vida.

(2) Madama Swetchine reconocia muy frecuentemente esta disposicion, que se encuentra en otras santas mujeres. «Desde que os he escrito, dice, he recibido el Sacramento de la Confirmacion. En él he tomado el nombre de Juana en memoria de San Juan Evangelista, hácia quien he sentido siempre una devocion particular. He estado vacilante entre este nombre y el de María; mas yo comprendo aun mejor al amigo de lo que puedo esperar comprender á la Madre, y ha vencido el primero.» *Madama Swetchine, su vida, etc.*, t. 1., pág. 273 (primera edicion). — *Madama Swetchine*, como fervorosa católica, tenia sin embargo en el altar de su oratorio una estatua de plata de la Virgen, cuyo zócalo estaba adornado con la cifra en diamantes, que ella llevaba cuando era dama de honor de la emperatriz María.

Es evidetísimo que es el culto propio de la infancia, porque se halla en cierto modo vaciado en ella. El niño no conoce en el mundo, durante mucho tiempo, mas que á sí mismo y á su madre. Este es todo el horizonte que él alcanza. Por esta relacion del niño y de la madre, es por la única por cuyo medio se le puede elevar al conocimiento de Dios. El culto de la Virgen María y del Niño-Dios es por lo tanto apropiado admirablemente á la necesidad de la infancia. Sin él, la primera educacion del hombre estaria privada de lo que debe ser su primer fundamento, la Religion; por él es iniciada desde un principio en toda Religion.

Mas, ¿cómo puede semejante culto convenir á las otras edades de la vida humana? Por el mero hecho de ser tan bien apropiado á las necesidades de la infancia, debe, al parecer, desaparecer con esta para hacer lugar á un culto mas viril, y no puede convenir igualmente al jóven, al hombre, al anciano.

No contestaré, con lo que he dicho en otra parte, que el hombre es en lo relativo á las cosas de Dios y á la vida superior de la gracia, siempre niño, y está siempre naciendo en el mundo, y que aun es algunas veces tanto mas niño, cuanto mas edad tiene; y en su consecuencia, siempre reclama una madre, porque esto no seria bastante especial y determinado.

Pero sí diré, que el culto de la Virgen es, en primer lugar, el culto *propio* de la juventud, como si solo se hubiera establecido para ella, en cuanto que es el culto de la pureza, de la castidad, que nunca se opondrá lo suficiente al primer impulso de los sentidos para contener ó regularizar su ardor. En las tempestades tan frecuentes, en este *Cabo de Buena-Esperanza* de la vida, ¿cuántos naufragios no se ven conjurados por esta *Estrella de la mar*, cuya virginal influencia previene ó reprime el embravecimiento de las olas! ¿Qué de inocencias se han salvado ó reparado con la proteccion de María! ¿Para cuántos peligros no han sido puerto sus altares! ¿Cuántos destinos hubieran ido á pique que han sido sostenidos ó arrancados de los escollos por su poderosa mano, y que han bogado hácia los continentes de la virtud y del honor, bajo el soplo purificador de su santidad!

Mas doblado este *Cabo*, en la edad madura de la vida en que el hombre hace fortuna y multiplica su existencia con sus intereses; en que pasa á ser gefe responsable de la familia; en que se lanza á los empleos y negocios; en que vuelve como un navío cargado de oro y de mercancías; en que se prepara sucesores de su nombre y de su honor en sus hijos, y en que presenta tantas fases á las desgracias y á los reveses de la fortuna, en aquella edad de los *ex-voto*, ¿qué culto mas á proposito para salvar tantos intereses, y cumplir tantas obligaciones como este culto de María, de la que *jamás se ha oido decir que haya sido abandonado ninguno de los que se han puesto bajo su proteccion, ó que han reclamado su asistencia?*

Finalmente, la vejez. ¡Ah! ¡Cuán bien instituido está para ella el culto de María! Esta segunda infancia reclama á la mujer lo mismo que la primera. Pero las mas veces ha desaparecido la mujer, y el anciano, aislado, abandonado, busca vanamente en torno suyo este flexible apoyo, tanto mas necesario en tal edad, cuanto que es mayor su necesidad. Esto es lo que obtiene con el culto de la Virgen María. En este invierno de la vida, marchito y helado el corazon, encuentra al pié de los altares de María un refugio, al mismo tiempo que un foco, y como una nueva juventud. Purifícase y renace como el fénix, en el brasero de aquella caridad virginal, de donde burlando la tumba, toma su vuelo hácia las celestes alturas. — En esto, sobre todo, es en lo que el culto de la Virgen sirve de auxilio á la vejez para desprenderla de la vida y hacerle dulce el paso á la eternidad.

Quien mas semeja á los muertos,
Muere mas á su pesar,

ha dicho exactamente el poeta. En tal estado es cuando deja ver toda la existencia pasada, el fondo de la miseria humana y sus faltas acumuladas, cuya responsabilidad pesa sobre la conciencia del anciano. Lo que él entonces necesita, es el sentimiento profundo de la divina misericordia, tal como nos la muestra el Evangelio en el Salvador Niño, que fué recibido de manos de María por el anciano Simeon, á quien

inspiró la alegría de dejar la vida y cantar su *Nunc dimittis...*

Así pues, el culto de María es propio de cada edad, así como de cada sexo.

III. Es tambien propio de cada estado de la inteligencia, tanto del sencillo y del ignorante, como del docto y del filósofo.

La primera parte de esta proposicion se halla admitida por todos.

Por lo comun, hasta se relega el culto de la Virgen á la gente sencilla y de poca instruccion. Y en efecto, si se quitara este culto á las dos terceras partes de la especie humana, no tendria á donde acogerse para elevarse á Dios; pero los mas pobres de espíritu se encuentran iniciados por María y Jesus Niño en la ciencia celestial. ¿Y quién no admirará la divinidad de la Religion en la propiedad del culto de María, de iniciar á los sencillos en la ciencia de Dios, cuando sepa que este mismo culto es al propio tiempo el medio mas poderoso por el que pueden el filósofo y el doctor elevarse á los mas altos misterios de esta ciencia?

Esto es lo que en el enajenamiento de su talento cantaba San Anselmo cuando decia á María:

Generans perennem lucem	Madre de la eterna é inac-
Et inaccessibilem,	cesible luz, que aventajais en
Soporum super ascendens	elevacion á la ciencia de todos
Omnium scientiam;	los filósofos; vos sois el esplendor
Animarum tu sanctarum	y el talento de las almas
Splendor et prudentia.	santas. Sagrario del Espíritu
Sacrarium Spiritus sancti,	Santo, rogad por nosotros.
Ora pro nobis (1).	

Si tenemos por el Cristianismo un conocimiento filosófico de Dios, mas sublime, y al mismo tiempo mas práctico, no es porque nos haya dado el Cristianismo directamente tal conocimiento de Dios. Dios se ha dado á conocer á nosotros, no

(1) Himno á la Virgen, citado en el tomo I de esta obra, página 329.

en sí mismo y en el Cielo de los cielos, sino en su Verbo y en el Cielo de la tierra, que es María. El punto visual por el que se ha puesto Dios al alcance de nuestra vista, está en la humillacion, en el anonadamiento del Verbo. De lo contrario, ¿por qué habia de humillarse? ¿Por qué habia de anonadarse? En su anonadamiento, pues, es donde mas se dá á conocer. ¿Cuál es, pues, la sede de este anonadamiento, y por consiguiente de este conocimiento, si no lo es María?—Si quereis estudiar á Dios en sí mismo, seguramente podeis hacerlo, y yo os invito á ello; pero, además de que cuanto asi descubrais será en gran parte una reminiscencia del Cristianismo, llegareis á un resultado inferior al mismo Cristianismo, es decir, á la nocion de Dios en Jesucristo.—Si quereis tambien estudiar á Jesucristo en sí mismo, podeis igualmente hacerlo, y por aquí llegareis á un conocimiento de Dios, superior al teísmo: mas, por superior que sea este conocimiento, aun será inferior al que obtendreis si estudiáis á Jesucristo en María, como habeis estudiado á Dios en Jesucristo. Así debe ser, si es verdad que la Sabiduria eterna no hace nada sin razon y motivo, y si no carece de razon ó motivo el haber ella querido manifestarse al mundo por medio de María.

Por lo demás, se puede comprender esta funcion científica de María. En el anonadamiento del Verbo es, según hemos espuesto ya en la *Virgen María y el Plan divino*, donde brillan todos los atributos de Dios en un grado inimaginable á todo pensamiento humano; su *Santidad*, que le hace rechazar toda clase de víctimas y oblacones, y que hace decir á su Hijo: ¡HÉME AQUÍ, oh Dios, para cumplir tu voluntad!—Su *Justicia*, que le hace exigir esta Víctima infinita como la única espiacon del pecado;—su *Amor*, en lo mucho que ha amado al mundo hasta dar á su propio Hijo;—su *Grandezza*, que reclama para pontífice de la adoracion que le deben todas sus obras á un Dios como El;—su *Poder* que, desde el anonadamiento mas profundo á que se ha reducido este Dios pontífice y víctima, lo eleva en la humanidad que ha tomado para este objeto, hasta hacer que se doble toda rodilla ante El en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Finalmente, su *Sabiduria* en la maravillosa correlacion de su *Poder*, de su *Grande-*

za, de su *Amor*, de su *Justicia*, de su *Santidad*.—Pues bien; todos esos atributos de la Divinidad que la revelan á un grado que el mismo cielo no conocia, solo se ostentan y brillan porque EL VERBO SE HIZO CARNE en el seno de María.—Así María es como el foco óptico del Plan divino, en quien se cruzan y concentran todos los rayos que vienen del infinito sér, para dilatarse ó esplayarse en la humanidad.

Recordemos por fin lo que hemos esplicado en los comentarios de las magnificas oraciones de San Efrém, que las *humillaciones* del Verbo no nos revelan de esta manera los atributos de Dios, sino en cuanto tenemos conciencia de estas humillaciones, y que nada nos dá mayor conciencia de las humillaciones de Jesus, que las *grandezas* correspondientes de María. En efecto, lo que nos hace sentir que se ha hecho el mismo Dios en Jesucristo *Hijo de María*, es que María sea *Madre de Dios*, y que esta dignidad le valga los homenajes del cielo y de la tierra. De esta manera las *grandezas* de María vienen á ser como una *escala de proporcion* que nos sirve para medir cuál es el Hijo que le vale tales homenajes; á la manera que el Hijo nos sirve para medir cuál es el Padre.

Esto es lo que hemos tratado de esponer en los cuatro tomos de esta obra, que requeria cien tomos, para aproximarse un poco, para acercarnos algo á tan alto asunto.

Esto esplican los *cuarenta mil* volúmenes que le ha dedicado ya el pensamiento humano. Es el asunto mas inagotable y mas fecundo, y que mas ha ejercitado la inteligencia, santificada por el Cristianismo. No hay un ingenio cristiano que no se haya esplayado, elevado y descansado en él, como sobre las cimas solitarias de donde contempla el águila mas de cerca al sol. Esto es tan verdadero, que puede medirse históricamente la profundidad de la ciencia y la altura del genio entre los Doctores de la Iglesia, atendiendo al culto que han tributado á sus grandezas.

Así este culto es el culto de cada estado de inteligencia, tanto de los grandes talentos como de las gentes sencillas.

IV. En cuarto lugar, es el culto propio de cada estado de la conciencia, así del justo como del pecador.

Esta proporcion es de una evidencia práctica. La Religion recibe en este concepto de la esperiencia la justificacion mas admirable. Y sin embargo, ¡qué cosa mas maravillosa, y que lleve mas impreso el carácter divino, que un culto que es á un tiempo mismo lo que mas se relaciona con la inocencia mas pura, y lo que mas se relaciona con la criminalidad mas profunda! Esto es lo que vemos en María, *Reina de los Angeles y Refugio de los pecadores.*

¿Qué inocencia ni qué pureza hay que no se aproveche del culto de María, de esta Virgen Inmaculada, Jardin cerrado que embalsamó la misma Santidad de Dios con su Flor, y de donde exhala sus perfumes en el mundo? El Angel no tiene gerarquía, dominación ni trono tan elevado, que no se humille ante ella, y que no proclame que *es elevada en santidad sobre el Serafin, mas que se eleva este sobre toda la milicia celeste* (1). En fin, por la afinidad espiritual que le dá con su Dios la operacion corporal que hizo fuese Hijo suyo, *confina*, dice el Angel de la escuela, *con la Divinidad: SUA OPERATIONE FINES DIVINITATIS PROPINQUIUS ATTINGIT* (2).

He aqui á la Virgen de las vírgenes, cuya influencia hace germinar y crecer tantas flores de justicia y de santidad en la Iglesia, por la gracia que la ha colmado entre todas las criaturas, y que rebosa y se derrama de su seno en los cristianos. De aqui esas cofradías, esos coros de vírgenes y de niños que se agrupan en todas partes al pié de los altares de María, que vienen incesantemente á empaparse en su culto, y cuya pureza espresan en la candidez de su alma y la ingenuidad de sus cánticos.

Pues bien, este mismo culto, es el culto propio de los pecadores mas abandonados. Es el último de que el alma se desprende en sus desvíos; es el primero á que recurre en su arrepentimiento. Cuando el pecador ha dejado á Dios y hasta á Jesucristo, pertenece aun á la religion por María, por alguna señal de sus devociones, que todavía lleva consigo, por alguna plegaria que todavía se atreve á dirigirle; lazo débil,

(1) Gerson, tract., 4. *Super Magnificat.*

(2) Div. ТНѢМ., 1, p. 9, 25. A. b.

que conservándolo, lo volverá á traer al buen camino. Por pura que sea María, no es mas que una criatura, es mujer, es Madre: se identifica á los recuerdos del corazon con la madre que le ha enseñado su culto á la edad de niño; todo esto mantiene tambien este culto en los desórdenes de la vida, como una chispa de recuerdo y de esperanza, que quizá llegue un dia á ser un foco de santidad. Y cuando se acerca ese dia bendito, ¿quién ayuda á la reconciliacion, si no es asimismo María? ¿Cómo presentarse á Dios despues de tantas ofensas? El mismo Salvador, Jesucristo, aun cuando sea hombre y se haya revestido en sus parábolas de las mas consoladoras y mas halagüeñas significaciones de misericordia y de dulzura, no puede disipar todo temor. El carácter de Juez que en El existe, atemoriza al pecador; y así conviene que sea, para que no llegue la confianza á engendrar la presuncion. Mas lo que conviene tambien, es que no se convierta el temor en desesperacion; es que María verifique esta transicion, y se manifieste la primera, ó mas bien, que Dios se manifieste por ella al pecador, como se manifestó al mundo; es que por el patrocinio omnipotente de la Madre de Jesus, el mas temeroso *adquiera confianza*, como dice San Efrem, *hasta la audácia.*

Esto es lo que se vé todos los dias, y lo que vale á la Iglesia y á la sociedad tantas conversiones, tantos regresos á la virtud.

El culto de María es de esta manera á un tiempo mismo culto del inocente y culto del criminal. Esto se explica admirablemente. La misericordia que reclama el pecador, reclama tambien la intercesion de la inocencia, para aplacar á la justicia que la contiene, pero de una inocencia que no tenga derecho de justicia, pues sin esto, sería tambien contenida á su vez por las exigencias de este atributo. Cuanto mas pura é inmaculada es María, no teniendo por otra parte ningun derecho de justicia, se halla, por consiguiente, tanto mas en situacion de *abogar* por la misericordia. No hay duda que solo pertenece á la Justicia Suprema *conceder* la misericordia: por lo que la misericordia que se nos alcanza por María no es mas que la misericordia de Dios que adquirieron los méritos de Jesucristo. Mas como en el mismo Jesucristo aparece esta mez-

clada aun de justicia, se ha atribuido su *dispensacion* á María para acrecimiento de su misericordia, á fin de que nada nos impidiese solicitarla y esperarla, y que la justicia de parte de Dios y la confianza de parte del hombre, fuesen igualmente preparadas y gobernadas por esta admirable mediacion. Por otra parte, María no hace en esto mas que continuar el oficio de su divina Maternidad, por la cual *apareció en el mundo la Benignidad de Dios Nuestro Señor* (1). Ella fué colmada la primera de la misericordia y de la gracia, solamente para ser su dispensadora y ministra; y la gracia insigne de su Concepcion Inmaculada la eleva sobre la naturaleza decaída para ponerla en mejor situacion de auxiliar á esta. María fué *concebida sin pecado* para ser el *Refugio de los pecadores*.

V. La quinta armonía del culto de la Virgen se descubre en que este culto es á la vez el del contemplativo y el del solitario: el culto del hombre de accion y de sociedad.

En efecto, es el culto del cenobita y del religioso, cuya soledad puebla con todos los coros de los Angeles que acompañan á su Reina; cuya austeridad templá con toda la dulzura de la Virgindad llena de gracia; y cuyas tentaciones aparta con toda la pureza de Aquella que huella con sus piés á la serpiente. En el próximo capítulo volveremos sobre estos datos. Basta aquí enunciarlos para el objeto que nos proponemos. No es esto, en efecto, lo que causa admiracion, porque es muy natural que el culto de la Reina del cielo y de la Virgen sea el culto propio de aquellos que son contemplativos y castos.

Mas ¿cómo es que este mismo culto es igualmente el culto del misionero ejercitando el apostolado; el culto del marino en la tempestad y del soldado en la batalla; el de la soltera y del soltero en medio de las seducciones del mundo y de todos los escollos de la sociedad?

Mucho habria que decir sobre todas estas armonías del culto de la Virgen. Nos concretaremos á una ó dos ideas generales.

(1) Tiro, III, 12.

En la humanidad reformada por el Cristianismo, el hombre es eminentemente religioso, y el religioso no por eso es menos hombre. La gracia, digámoslo siempre, no destruye nada y lo concilia todo. Ella gobierna los instintos de la naturaleza bajo el sayal del trapense y del cartujo, y las inspiraciones de la naturaleza celestial bajo la armadura del soldado y el atavío del hombre de sociedad. Pues bien, el culto de la Virgen corresponde á estas dos necesidades, en cuanto que es á un tiempo mismo, ya lo mas humano que hay en la Religion, ya lo mas celeste que hay en la naturaleza, y como el medio de union del hombre y de Dios: *Dios con nosotros*. De aquí dos concordancias en el culto de la Virgen-Madre y del Niño-Dios. El religioso encuentra en él el resumen de la naturaleza humana santificada, y el seglar el compendio de la religion humanizada. Así, lo que hay de *humano* en María, y por ella en el Hijo de Dios, lo que recuerda la infancia, la familia, la madre y las impresiones mas puras de la humanidad, templá el rigor y aromatiza la soledad del religioso; y lo que hay de celeste, de virginal, de *divino* en este mismo culto, corrige la disipacion y santifica la accion del seglar. Estos temperamentos y estas concordancias de la naturaleza y de la gracia, que revelantan perfectamente á su comun Autor, y del que nos ofrece el Hombre-Dios la perfeccion adorable, han permanecido siendo el privilegio de los católicos. El Protestantismo los ha falsificado, enorgulleciendo al hombre y rebajando la idea Dios; y ha llegado á desconocerlos, hasta hacer un cargo al Catolicismo por estos caracteres de la verdadera Religion.

A la esplicacion que acabamos de dar de la doble conveniencia del culto de la Virgen para el religioso y el seglar, se puede añadir esta: que el alto carácter de *Maternidad* impreso en María, Madre del Redentor y de toda la familia de los redimidos, la constituye, además, en el seno de la humanidad, como una verdadera Madre, con relacion á una familia de hijos que han abrazado profesiones diversas. Ella les sigue en cada una de sus carreras, por opuestas que sean, y les comunica auxilios y gracias adaptadas á su situacion respectiva; ella comprende sus necesidades, cualquiera que sea su natu-

raleza; ella oye sus llamamientos de cualquier parte que vengán; les inspira á todos una misma confianza: y en fin, es siempre igualmente Madre, aunque lo es de diverso modo.

Queriendo la Providencia humillarse al alcance del hombre, ¿podría manifestarse por un instrumento mas espresivo á la vez y mas trasparente? Digo mas trasparente, porque en todas estas aplicaciones del culto de María, lo que está en juego es su *intercesion*.

Su Maternidad no tiene mas poder que el de *alcanzar*, y descubrir por lo tanto la mano del Soberano Dador, de quien es ella misma la mas favorecida, y á quien glorifica la primera por todo cuanto recibió de El.

VI. El culto de María, hemos dicho además, es el culto propio del pueblo y del humilde, y el culto propio de los soberanos y de los grandes.

María es del pueblo. Hija de un pastor de Judea, esposa de un pobre carpintero, pare en un pesebre. El Hijo que dá á luz es un Dios; pero un Dios, no solamente que se ha hecho hombre, sino que se ha hecho pobre, para ser el Dios de los pobres. Por esto la humanidad y la *humildad de su sierva* le han valido la gracia de llegar á ser Madre suya. Fiel á esta gracia, ella queda asociada á la suerte de este Dios humillado, para humillarlo al parecer mas. Unos pastores son los primeros llamados á honrar su Maternidad, adorando al Niño que ella les presenta. Inmediatamente despues, ella lo lleva al templo, para consagrarlo en él con el humilde sacrificio de dos palomas. Huye con él á Egipto, para sustraerle del furor de un rey, y no vuelve al humilde pueblo de Nazaret sino para dejarlo olvidado en la oscuridad con que lo oculta hasta los treinta y tres años. Cuando El se dá á conocer con los prodigios de sus milagros y de su doctrina, ella desaparece entre la multitud del pueblo que le sigue y que la impide llegar á él. Cuando El muere en el mas infame suplicio, ella recibe toda esta ignominia y participa de todo su horror postrada al pié de su cadalso. Finalmente, no se habla mas de ella sino para decir que vivia asociada á los Apóstoles, llamados de entre el bajo pueblo, y mas particularmente á Juan el barquero.

Concíbese, pues, que el culto de la mujer sea el culto de predileccion del pobre y del humilde, porque en ella y por ella triunfó en el universo la causa del pobre y del humilde. Así, su cántico de triunfo, el *Magnificat*, es el cántico libertador del humilde contra el soberbio, del pequeño contra el grande, del pobre contra el rico. «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador, porque El ha mirado la *bajexa* de su sierva. El ha desplegado la fuerza de su brazo; ha confundido á los soberbios y disipado los designios de su corazon; ha derrocado del trono á los poderosos, y ha exaltado á los humildes; ha llenado de bienes á los que carecian de ellos, y ha despedido á los ricos con las manos vacías.»

El destino del culto de María ha correspondido perfectamente á este oráculo y á esta inauguracion. Es el culto popular por escelencia. Por el libre concurso y el anhelo espontáneo de los pueblos, se le han erigido los templos mas famosos; y por espléndido que sea su culto en ellos, es todavia menos ferviente que en esas multitudes de santuarios humildes, en donde la invoca la miseria humana bajo todos los nombres que corresponden á sus necesidades. El pueblo es siempre el que acude mas diligente alrededor de la Santísima Virgen, y apenas deja lugar á los grandes para que se acerquen á ella. De todo hace el pueblo un altar para la *buena Virgen*. La humilde choza vé brillar su dulce imagen ahumada por la incuria de los mismos cuyas penas consuela: un lienzo de pared, el hueco de una encina, un otero de césped, todo lo que hay de mas sencillo y humilde basta para honrarla y espresar tanto mejor la confianza popular que la invoca.

Y sin embargo, este mismo culto es al mismo tiempo el culto por escelencia de los soberanos y de los grandes. No se habla sino de reino, sino de corona, sino de trono, sino de poder, sino de victoria, sino de gloria, sino de grandeza y de honor en el destino y en el culto de María.

María, de la estirpe de David, y de aquel Salomon que habia deslumbrado el Oriente con el brillo de su poderío, recibe el homenaje de un Angel que le anuncia un Hijo, cuya grandeza eclipsará la de sus abuelos: «El será grande, y se llamará Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de

David su padre, y su reino no tendrá fin (1).» La gloria de María acompaña, y aun precede á la de su Hijo, por quien la tiene, y del cual es como la aurora. El Mensajero del Señor la saluda llena ya de gracia y bendita entre todas las mujeres; colma con el honor de su visita á Isabel, que la proclama Bienaventurada por haber creído aquella grandeza que le ha sido predicha. Ella misma, en la conciencia de *las grandes cosas* que le ha hecho el Todopoderoso, profetiza el culto de que será objeto en todos los siglos venideros. Apenas ha dado á luz el Fruto bendito de su vientre, cuando se turban los reyes y emperadores (2), como á la venida del Rey (3) que ha de someterlos á su dominio universal, y vienen á abdicar sus coronas á sus piés los reyes del Oriente. El culto de la Maternidad divina de María es desde entonces el culto de los reyes: porque la dignidad de los reyes era quien le tributaba aquel culto en la persona de los Magos, como la pobreza en la de los pastores. Unos y otros no eran mas que la cabeza de estas dos condiciones extremas de la humanidad regenerada por el Cristianismo. María estaba asociada en esto al destino de Jesucristo; ella lo estuvo hasta el fin, hasta la Cruz, cuya ignominia y dolores no fueron para ella como para El mas que el camino de su gloria (4).

Así, para que el culto de María fuese en esto propio y distinto, á pesar de estar enteramente asociado al de su Hijo, recibió en su gloriosa Asuncion una institucion especial. *Elevada por los Angeles á la celestial mansion, en donde está el Rey de los reyes sentado sobre un trono esmaltado de estrellas*, ella ha sido entronizada en él como *Reina y Señora* de todos los reinos. De esta elevacion que domina, no solamente á los reyes de la tierra, sino á los Tronos, á las Dominaciones, á las Potestades y á los mismos Principados del cielo, recibe los homenajes de todas las soberanías y les sirve

(1) Luc., I, 32.

(2) Mat., II, 3.

(3) Mat., II, 2.

(4) ¿No era necesario que el Cristo padeciese y así entrase en su gloria? Luc., XXIV, 26.

con su crédito para con *Aquel que tiene en lo mas alto de los cielos las riendas de todos los imperios*. Por esto su culto es inferior verdaderamente al de su Hijo, que ella realza con sus intercesiones; pero por esto mismo es distinto de aquel, y constituye especialmente para María un culto propio de invocacion y de recurso que le vale los homenajes y los votos de todas las Potestades. Los emperadores y los reyes se conducen respecto de María del mismo modo que sus vasallos respecto de los ministros de sus gracias. Hácense sus cortesanos para obtener por ella la gracia del Rey de los reyes; y como estas gracias son gracias de reino y de gobierno, ellas apoyan en cierto modo su autoridad en su sumision para con María, y hacen de su culto el paladion de sus Coronas y de sus Estados.

Así es como el culto de María es eminentemente el culto de los reyes, tanto como de los pueblos, y como toda su historia, desde Constantino hasta Luis XIII, hasta Napoleon nos lo representa bajo este doble aspecto. Su cifra y su imágen brillan en las decoraciones de los grandes como sobre el sayal y los harapos del pobre: el cetro y la muleta se cruzan al pié de sus altares.

Además de las razones particulares que hemos dado de cada una de estas propiedades del culto de María, hay una razon general que manifiesta la relacion de todas ellas. Es la relacion de la humildad de María con su gloria. Ella es la mas humilde de todas las criaturas, y por esto es su culto el culto de los humildes; pero por lo mismo que es la mas humilde, es tambien la mas glorificada y la mas poderosa, y por esto su culto es el de los grandes.

Esta razon es muy sencilla, pero por lo mismo es mas maravillosa.

VII. Finalmente, el culto de María es el culto propio de cada nacionalidad, y el culto propio del género humano.

Puede decirse de María lo que se ha dicho de su Hijo: *todas las naciones le han sido dadas en herencia*. Pero lo que es mas particularmente admirable, es que cada nacion, á pesar de la profunda diversidad de costumbres, de clima, de

destinos que la distingue, honra á María, no con un culto comun y general, sino con un culto propio y *nacional*.—Que el culto de María haya sido el culto entusiasta del imperio del Oriente, se concibe segun las costumbres y los destinos de aquel imperio; pero que haya sido en igual grado el culto de los pueblos nuevos, de esas razas francas, sajonas, normandas, godas, que han venido con costumbres y destinos enteramente opuestos, he aquí una cosa que sorprende. En la multitud tan diversa de establecimientos y nacionalidades que estos pueblos han fundado en Europa, que cada uno de ellos haya tomado para con María igual devocion, y que haya gravitado igualmente hácia su culto; que la Inglaterra, la Francia, la España, el Portugal, la Polonia, la Dinamarca, la Hungría, la Alemania, la Italia, la Sicilia, que cada uno de estos reinos haya fundado su gloria en ser la nacion favorecida mas particularmente de María; que no haya en ellas, por decirlo así, un acontecimiento público y nacional, una batalla, una empresa, una constitucion, cuyo buen resultado no se haya fundado sobre un *voto* hecho á María, y que no haya dejado, de esta devocion nacional é histórica, monumentos que cubren todavía su suelo, ó huellas que todavía se ven por todas partes, en las crónicas, en los archivos: he aquí lo que es verdaderamente maravilloso. Finalmente, que á la hora en que estamos, sea el culto de María la devocion del Napolitano y del Moscovita, del Español y del Dálmata, del Canadano y del Francés, del Brasileño y del Maronita, en una palabra, de todos los antipodas, y que en todas partes sea nacional, en todas partes local; he aquí lo que no puede ser obra sino de Dios.

Evidentemente hay aquí algo que domina al hombre. Y al mismo tiempo que es María la Patrona nacional de cada pueblo, es tambien la Patrona general del género humano. La fraternidad universal, cuyo primer manantial, emponzoñado por la mancha original de la antigua Eva, que habia producido, desde la primera pareja de hermanos, la desunion fraticida de las razas y de las naciones, ha sido reconstituida en la nueva Eva, Madre del Viviente y de los vivientes, á quienes une con su integridad virginal. Esta

grande y bella nocion de *Humanidad*, de *Fraternidad* y de *Familia*, estendida á todo el género humano, de la cual estamos tan penetrados, y que á cada instante viene á ejercerse en nuestras ideas y en nuestras costumbres, no tiene otro principio ni otro alimento. Ordinariamente decimos: *todos somos hermanos en Jesucristo*. ¿Qué significa esto, sino que todos somos *hijos de María*, como somos todos *hijos de Dios*? Nuestra comun fraternidad gira sobre esta doble filiacion, como sobre sus dos polos, puesto que reposa sobre el Cristo como sobre su eje, y el Cristo es el Hijo de María y el Hijo de Dios. Y aun solo en cuanto es Hijo de María y *hecho de la mujer*, nos eleva á la *adopcion de hijos de Dios*. Por consiguiente, esta filiacion y la fraternidad cristiana que á ella nos eleva, tiene su principio inicial en la Maternidad Virginal de María.

El culto de esta augusta Maternidad hace así de todo el género humano una familia, y le inspira la fraternidad. Lo que hemos reconocido sobre la influencia de este culto en los individuos, en la familia, en la sociedad, en las diversas condiciones de la sociedad y en cada nacion del globo, se aplica por consiguiente á todo el globo y á toda la raza humana. María ejerce sobre todo el género humano una influencia general y especial; general, en cuanto se estiende á todos los hombres; especial, en cuanto es distinta de la que ejerce sobre las naciones, sobre las sociedades, sobre las familias y sobre los individuos, y en cuanto es propia del género humano como género humano.

En esto consiste, si se quiere, la principal influencia de la Maternidad de María. Ella es, antes de todo, Madre y Patrona del género humano. Este es su inmediato ministerio, y solo como tal es Madre y Patrona de los grupos secundarios que lo componen. Todos los misterios en que ha tomado parte, la Encarnacion, la Visitacion, la Natividad, la Presentacion, la Redencion, han tenido por objeto el género humano. Tambien se le dá el nombre genérico de Eva. Por esto tambien todas las espresiones de su culto comprenden la humanidad entera, y tienen su proporcion universal.

Este culto de la Virgen-Madre, comprendiendo á toda la familia humana desde el principio hasta el fin de los siglos,

interesándola en su Maternidad, agrupándola alrededor de una cuna, dándole un Salvador, á quien ella cria al través de todas las vicisitudes de la pobreza, al que ofrece en sacrificio para la Redencion universal, y de cuya gloria sabe ella tambien participar, para asistirnos desde allí con su maternal proteccion; este culto, repito, es tambien lo que hay de mas poderoso y mas tierno para atraer á la humanidad en todas sus situaciones, y hacerle cumplir su destino, porque él opera con toda la fuerza de la Caridad divina al través del corazon de una Madre.

Tales son las armonías del culto de la Santísima Virgen en sus relaciones con todas las diversas condiciones de la vida humana. Estas pocas páginas darian de sí para un volumen de esplanaciones. Hemos debido ceñirnos y limitarnos á describir los manantiales. De ellas resulta la justificacion del culto de María, con tal plenitud de razon y de verdad, que bastaria á probar la Religion entera.

Pero la influencia de María en la Iglesia y en el mundo no debe ser considerada solamente en el individuo, en la familia, en la sociedad y en las diversas condiciones de la vida humana; es preciso verla tambien en las instituciones cristianas, que influyen tan poderosamente sobre la constitucion, la vida y el progreso del género humano.

CAPITULO VI.

Influencia del culto de la Virgen sobre las instituciones cristianas.—
 Ordenes religiosas.—Institutos y Congregaciones.—Obras de caridad
 y de beneficencia.

María vive en todo, en la Iglesia y en el mundo. Por consiguiente, seria preciso estudiarlo todo, explorarlo todo, para apreciar esta vida prodigiosa de la humilde Virgen de Nazaret, elevada á la altura de Madre de Dios y Patrona del género humano. Esta tarea es superior á nuestras fuerzas; su inmensidad nos abruma. No podemos hacer mas que arrojar algunos pensamientos en ese abismo, sin esperar llenarlo jamás. Al menos habremos dado alguna idea de su estension y de su profundidad.

¡Qué ideas no despierta, por ejemplo, el titulo de este nuevo estudio!

¿Qué han sido las órdenes religiosas en la formacion del mundo moderno? ¿Qué son las asociaciones, las congregaciones, las obras de caridad y de beneficencia en su existencia actual y en su evolucion hácia el porvenir? La respuesta á estas cuestiones deberá remontar á esta: ¿cual es la influencia del culto de la Virgen? Porque de tal modo concurre el culto de la Virgen á la vida de estas instituciones, que todo cuanto ellas son y todo cuanto hacen, debe atribuírsele, no como al principio, sino como al medio *vital* de su existencia y de su accion.

1. No tenemos que hacer la apología de las órdenes religiosas, y de los servicios que ellas han prestado á la sociedad

interesándola en su Maternidad, agrupándola alrededor de una cuna, dándole un Salvador, á quien ella cria al través de todas las vicisitudes de la pobreza, al que ofrece en sacrificio para la Redencion universal, y de cuya gloria sabe ella tambien participar, para asistirnos desde allí con su maternal proteccion; este culto, repito, es tambien lo que hay de mas poderoso y mas tierno para atraer á la humanidad en todas sus situaciones, y hacerle cumplir su destino, porque él opera con toda la fuerza de la Caridad divina al través del corazon de una Madre.

Tales son las armonías del culto de la Santísima Virgen en sus relaciones con todas las diversas condiciones de la vida humana. Estas pocas páginas darian de sí para un volumen de esplanaciones. Hemos debido ceñirnos y limitarnos á describir los manantiales. De ellas resulta la justificacion del culto de María, con tal plenitud de razon y de verdad, que bastaria á probar la Religion entera.

Pero la influencia de María en la Iglesia y en el mundo no debe ser considerada solamente en el individuo, en la familia, en la sociedad y en las diversas condiciones de la vida humana; es preciso verla tambien en las instituciones cristianas, que influyen tan poderosamente sobre la constitucion, la vida y el progreso del género humano.

CAPITULO VI.

Influencia del culto de la Virgen sobre las instituciones cristianas.—
 Ordenes religiosas.—Institutos y Congregaciones.—Obras de caridad
 y de beneficencia.

María vive en todo, en la Iglesia y en el mundo. Por consiguiente, seria preciso estudiarlo todo, explorarlo todo, para apreciar esta vida prodigiosa de la humilde Virgen de Nazaret, elevada á la altura de Madre de Dios y Patrona del género humano. Esta tarea es superior á nuestras fuerzas; su inmensidad nos abruma. No podemos hacer mas que arrojar algunos pensamientos en ese abismo, sin esperar llenarlo jamás. Al menos habremos dado alguna idea de su estension y de su profundidad.

¡Qué ideas no despierta, por ejemplo, el titulo de este nuevo estudio!

¿Qué han sido las órdenes religiosas en la formacion del mundo moderno? ¿Qué son las asociaciones, las congregaciones, las obras de caridad y de beneficencia en su existencia actual y en su evolucion hácia el porvenir? La respuesta á estas cuestiones deberá remontar á esta: ¿cual es la influencia del culto de la Virgen? Porque de tal modo concurre el culto de la Virgen á la vida de estas instituciones, que todo cuanto ellas son y todo cuanto hacen, debe atribuírsele, no como al principio, sino como al medio *vital* de su existencia y de su accion.

1. No tenemos que hacer la apología de las órdenes religiosas, y de los servicios que ellas han prestado á la sociedad

y á la civilizacion; y solo admiraremos á los entendimientos atrasados al decir de estas instituciones que sin ellas el mundo moderno estaria todavia en el caos. Esta verdad se deduce de todos los estudios históricos que han tenido lugar de cincuenta años á esta parte; bien que sus autores, filósofos ó protestantes, no hayan sido enteramente justos sobre este particular. Insistiendo en la lectura de las hermosas páginas que ha escrito Balmes sobre esta materia, hemos conocido todo el progreso que la verdad habia hecho en la opinion. ¡Cosa consoladora! Estas páginas, que se aventuraron hace veinte años, casi son ya viejas en el dia. La causa ha sido juzgada en casacion contra todas las ciegas preocupaciones de la heregia y de la impiedad. ¿Y cómo puede menos de hacerse justicia á las órdenes religiosas en un siglo eminentemente arqueológico, y cuya gloria será la sábia imparcialidad con que recibe la herencia del pasado? Imparcialidad que frecuentemente es indiferencia, es verdad, como la del escribano que hace el inventario de una sucesion vacante, y á cuenta de aquel á quien podrá pertenecer en derecho; pero que por lo mismo es mas exacto en sus apreciaciones. Esta sucesion, pues, que ocupa con sus riquezas toda la ciencia de nuestros dias, es la sucesion de las órdenes religiosas, de los monjes, de los conventos. Al través de las ruinas de nuestras revoluciones, nos comunicamos con estos venerables proscripciones, y tomando sus luces, muchas veces sin participar de la fé que ha sido su foco, formamos con ellas el tesoro de nuestros conocimientos. Hallamos algunas veces, en verdad, que criticarles; mas de esto mismo les somos deudores, porque sin ellos no les llevaríamos esta ventaja.—Y aquí no hablamos sino del orden intelectual; pero lo mismo sucede con todo lo demás, aun en el orden industrial. Los descubrimientos, de que tanto nos vanagloriamos para el perfeccionamiento de la vida social, en todas cosas, no han tenido razon de ser sino despues de satisfechas las necesidades mas imperiosas de la vida. Los religiosos son los que han desmontado, saneado, dejado en seco, formado el suelo sobre que hacemos pasar nuestros carriles. Ellos han sido en su tiempo industriales de primer orden. Han creado lo que

nosotros perfeccionamos. Han dado la primera mano á todo lo que disfrutamos.—No hablo ahora de las ciencias metafísicas y teológicas, pues han sido nuestros maestros en ese orden fundamental; y ojalá que fuésemos sus discípulos; pero les somos talmente inferiores, que ni aun los comprendemos. Por lo menos los admiramos, con la conciencia de esta inferioridad, en esas creaciones arquitectónicas, que son como la forma en relieve de esta ciencia, de esta vida religiosa que les iluminaba y animaba; en esas basílicas maravillosas, que son como unos estensos tratados, como unas *Summas* teológicas, donde, por un arte que confunde, la piedra, la madera, el plomo, lo que hay de mas insensible ó de mas tosco en la naturaleza, es elevado al honor de expresar é inspirar lo que hay mas espiritual y sobrenatural, lo celestial, lo infinito, la oracion, la adoracion, el éxtasis.—Por último, ¿qué diremos de lo que les debemos en el orden moral y social? Ellos son, no tengo inconveniente en decirlo, los que han hecho cristiano el aire que respiramos; quiero decir, este centro de ideas y de costumbres que atribuimos á la filosofía y que se hallaba en el Evangelio mucho antes de hallarse en nuestros libros, como ha dicho muy bien Rousseau. No era bastante que estuviese en el Evangelio. Era necesario inocularlo en el mundo, conservarlo en él á través de todas las rebeliones de la corrupcion y de la barbarie, y hacerle pasar á las costumbres hasta asimilarlo con ella, de tal suerte, que cualesquiera que fuesen las infracciones individuales, ó aun los sacrilegios de las revoluciones, se volviese siempre á él por la fuerza lógica del temperamento social. Ahora bien: ¿quién ha obrado esto? El Catolicismo indudablemente, la Iglesia; pero la Iglesia por medio de las órdenes religiosas. Ved aquí cómo:

Compónese el Evangelio de preceptos y de consejos. Pues bien, sin las órdenes religiosas, toda la parte del Evangelio que es de consejo, no hubiera tenido aplicacion social, hubiera sido vana; lo que no se puede suponer razonablemente. El Evangelio en este punto, no tiene para su justificacion sino las órdenes religiosas. Y además, sin la práctica de los consejos ¿qué hubiese sido de los preceptos? Hubiéranse tenido por tan

imposibles por los mismos que los han llegado á practicar, como lo son los consejos todavía para ellos. Era, pues, necesario que el yugo del Evangelio fuese llevado por algunos hasta el santo rigor del consejo, para que la masa no retrocediese á vista de los preceptos, para que ella viviese persuadida de que *el que puede lo mas puede lo menos*, y que la cobardía fuese estimulada ó confundida. Era necesario que hubiese en el mundo como ciertos focos de edificacion y de santidad, en donde el espíritu del Evangelio, concentrado hasta la perfeccion, irradiase en la sociedad persuadiendo á su estricta observancia. Tales han sido las órdenes religiosas, buenas en todo tiempo, para no dejar prescribir ó degenerar el Evangelio, pero sobre todo en los siglos de corrupcion y de *barbarie*, de donde debia salir la civilizacion cristiana. Las órdenes religiosas han sido como los *remolcadores* del mundo moderno. Ellas han llevado al mundo á la casta indisolubilidad del matrimonio por la profesion del voto de castidad; por la profesion del voto de pobreza á la moderacion en las riquezas y en los deseos; por la profesion del voto de obediencia á la sumision y á la resignacion en todos los rigores y en todos los deberes de la vida; por la vida regular, por la disciplina monástica, por las constituciones y las leyes que hacian de sus asociaciones verdaderas *ORDENES religiosas* admirables, en donde todas las condiciones de gobierno y de sociabilidad estaban en la mas bella armonía en el seno del caos, ellas han sacado al mundo de este caos y le han llevado al grande *Orden social*, de que en el día disfrutamos, cuando no viene á disolverlo el espíritu contrario á su formacion. En una palabra, las órdenes religiosas con prodigios de virtud, han combatido prodigios de licencia. Como los héroes de la fábula, han domado los mónstruos de la perversidad humana. Esta lucha ha sido sublime. La grandeza de sus proporciones se escapa á la pequeñez y á la parcialidad de nuestras miras. A veces llegamos hasta á dar parte á las órdenes religiosas en la solidaridad de los desórdenes en cuyo seno han vivido, en lugar de ver en esto trabado un gran combate, cuyo encarnizamiento atestiguan estos mismos desórdenes, pero en el cual ellas han sido los vencedores y nosotros su conquista.

No terminaríamos si quisiéramos recordar, aunque solo fuese sucintamente, lo que debe el mundo á estas venerables instituciones. Bástenos decir, dejando á la meditacion del lector una materia que solo podemos desflorar, que seis grandes peligros han amenazado la existencia del mundo moderno en su formacion y en su desarrollo, los cuales han sido conjurados solo por las órdenes religiosas, con el contrapeso de su santidad y la energia de su actividad: *la corrupcion pagana* por los Padres del desierto y las órdenes monásticas del Oriente; *la barbarie germánica* por el orden de San Benito y sus retoños inmediatos, las de los cartujos y los cirtercienses;—*la barbarie mulsumana* por las órdenes militares de Malta, de los Templarios, de los Teutones y de la Merced (1);—*el socialismo de los Albigenses y de los Vaudeses*, por las órdenes de Santo Domingo y de San Francisco;—*el Protestantismo* y el *Jansenismo* por los célebres institutos de los Jesuitas, de los Padres del Oratorio, de los Lazaristas (Pauls), de los Sulpicianos y tantos otros, etc.; por último, el *socialismo* de nuestros días por las congregaciones de la doctrina cristiana, de las hermanas de los pobres, de las sociedades de San Vicente de Paul, etc. En estas seis fases vienen á colocarse una multitud de otras órdenes que correspondian á las necesidades de los tiempos, y que, elevando los corazones hácia el cielo, suplían el orden social en la tierra y lo elaboraban. Apelamos sin temor, sobre la verdad de estas mismas aserciones, á todo entendimiento verdaderamente imparcial é ilustrado. El no podrá menos de reconocer con nosotros, que el bajel que llevaba los destinos sociales ha estado á punto de naufragar cuantas veces se han presentado estas seis grandes crisis, con mucha frecuencia prolongadas y renovadas, y que siempre las órdenes religiosas han sido las salvadoras.

Esta verdad es inmutable para la ciencia y la buena fé.

II. Pues bien, cosa digna de profunda reflexion: no

(1) Hay una orden militar de la *Merced*, además de la puramente religiosa, de que hablaremos despues.

hay una de esas órdenes religiosas que en su formacion y en su accion no haya sido el *producto* y el agente de la devocion á la Virgen; que no haya recibido de ella su investidura; que no se haya propuesto honrar sus grandezas, reproducir sus virtudes, hacer de su culto el medio de su perfeccion en lo interior y el resorte de su persuasion en su comunicacion con los fieles.

La teoria y el hecho están perpétuamente unidos para poner esta verdad fuera de toda controversia.

Siendo la *virginidad* el nervio de estas instituciones, debian naturalmente nacer del culto de Aquella que la personifica y la inspira; del culto de la Virgen.—Siendo su alma el espíritu de *fraternidad*, debian tambien constituirse bajo la influencia de la MADRE, que es el seno y el nudo de toda union fraternal, y que tiene tambien en María su mas alta y pura expresion.—Por último, siendo su objeto la *secundidad* regeneradora, debian tomarla del culto de Aquella en quien ha sido elevada hasta el prodigio, en el culto de la VIRGEN MADRE.—Como Virgen, como Madre, como Virgen-Madre, el culto de María corresponde admirablemente á la constitucion de las órdenes religiosas.

Además, María es el tipo y como la forma de la vida religiosa en sus tres votos: el voto de castidad llevado hasta hacer esta pregunta al mensajero celestial: *¿Cómo será esto, porque yo no conozco varon?* el voto de obediencia tan felizmente profesado por esta grande respuesta: *He aquí la sierva del Señor; hágase en mí segun tu palabra;* y el voto de pobreza y de sacrificio practicado tan admirablemente en el establo de Belen y en el Calvario.

Además de estos caracteres fundamentales de todo orden religioso, María ofrece tambien el tipo de las cuatro diversas aplicaciones de la vida religiosa. La vida contemplativa, la vida activa, la vida Apóstolica y la vida militante; la primera en su corazon, donde *Ella guardaba y repasaba lo que oia de Jesus*; la segunda en Nazaret, donde atendia á su subsistencia y á la del Niño Jesus con el trabajo de sus manos; la tercera en el Cenáculo, donde instruia á los Apóstoles, y la cuarta en el cielo, donde aplana al dragon y *le es temible*

como un ejército formado en batalla. Así, todas las órdenes religiosas sin escepcion, han hallado en María un atributo correspondiente á su carácter distintivo; las órdenes contemplativas, las laborantes, las órdenes Apóstolicas y las militantes.

En fin, la influencia que hemos reconocido en el culto de María sobre la vida cristiana, en general, debe dejarse sentir en el mas alto grado en la vida religiosa, que es su perfeccion. Los religiosos, miembros unidos mas estrechamente con Jesucristo, se hallan por esto mismo en relacion mas filial con la Madre de este Divino Gefe. Siendo en ellos la vida cristiana mas intensa, el seno maternal de donde ella ha sido dada al mundo les es mas íntimo y mas familiar. Aspirando ellos á la perfeccion evangélica, llegan á ella por la imitacion y con el socorro de Aquella que ha sido en este género la obra maestra. Mas penetrados, por razon de la misma santidad de su profesion, de la indignidad humana, de su oposicion con el objeto celestial á que aspiran, y del rigor de la cuenta que se les ha de pedir, les es mas apropiado el patrocinio misericordioso de María. Y al mismo tiempo que corresponde á la altura de su vocacion ayudándoles á perfeccionarse en ella, les suaviza su severidad por medio del encanto de la Mujer bendita entre todas las mujeres, de la Virgen llena de gracia, de la Reina de los Angeles, de la Madre de Dios.

Tal es, considerada en su teoría, la influencia y el culto de la Virgen en las órdenes religiosas.

III. Pues bien, toda la historia de las órdenes religiosas nos ofrece la mas perfecta aplicacion de esta teoría.

Cosa convincente del valor cristiano de este culto, y que debe recomendarlo á todos aquellos que toman á pechos el ser cristianos; no hay una sola orden religiosa que no haya sido celosa de estar mas particularmente consagrada á María, que no haya florecido en esta devocion, que no haya degenerado cuando le ha sido infiel, y que no se haya empapado en ella cuando ha querido reformarse. Ha habido entre todas las órdenes religiosas cierta emulacion y rivalidad sobre este punto. Ninguna ha querido ceder á las otras, y cada una prevaleciéndose de tal ó cual favor, de esta ó de la otra devocion,

y reproduciendo este ó el otro atributo de María, todas han ofrecido el espectáculo de una familia de hijos que se disputan la ternura de una madre y el honor de servirla.

Así, pues, los cristianos, que han querido serlo y que lo han sido en mayor grado, han sido los mas devotos de María. Esto es un hecho constante en la historia del Cristianismo. ¡Qué se venga ahora á tachar este culto de superfetacion! Querer pasarse sin él despues de un testimonio como este, es tener, ó demasiada confianza ó muy poca ambicion.

Además del uso general de todas las órdenes religiosas, de honrar á María con el canto colectivo de la *Salve* que la proclama *Madre*, y bajo cuya guarda se entrega al descanso la comunidad, el orden patriarcal de San Benito ha tenido costumbre, segun prescripcion espresa de su ilustre fundador, de honrar á la Virgen con la primera estacion de la procesion que debe verificarse todos los domingos. La mayor parte de las abadías de Cluny se han consagrado además á María, siguiendo la mente de San Benito, que le consagró uno de los primeros monasterios de su orden en el sitio donde él recibió la inspiracion de su grandioso proyecto y la revelacion de la bendicion que le estaba reservada.

Saliendo de esta fuente comun, las demás órdenes religiosas han desplegado, bajo diversos caracteres, este culto de la Virgen Madre, atribuyéndole su nacimiento y su progreso. Así, la orden contemplativa de San Bruno ha tenido por cuna el santuario de *Casalibus*, consagrado á María, y por devocion *constitutiva*, el rezo de su Oficio todos los días.

La orden laborante del *Cister*, cuyos primeros fundadores fueron Roberto y Alberico, salió de la orden de Cluny por un celo de reforma, cuya inspiracion fué abiertamente atribuida á la Santísima Virgen. Se refiere que ella misma dió las constituciones que debian regirla. Para reconocer su virginal Patrocinio, se substituyó la cogulla blanca al hábito negro de Cluny, y se decretó que todos los monasterios del *Cister* se consagrasen universalmente á María. San Bernardo llevó á mayor altura la devocion á María que él habia bebido en aquella santa orden. Cuando se leen las dulces espresiones de su piedad para con ella, se dá fé á lo que se cuenta, que re-

cibió la leche de sus castos pechos; es decir, el Verbo niño segun lo entendia Clemente de Alejandria (1), y segun lo espresan estas palabras, que por largo tiempo despues se leyeron en el pedestal de la estatua de María, donde San Bernardo habia recibido aquel favor:

Bernardo, capellan, mi muy querido,
Toma y recibe de mi propia mano
Al dulce Salvador del universo.

De la misma inspiracion nació la orden clerical y apostólica de los *Premostratenses*, fundada por San Norberto para formar operarios evangélicos, reformar los capítulos y evangelizar los pueblos, y que, estendiéndose por todas partes en Alemania, Italia, Francia é Inglaterra, reparó los estragos de la heregia socialista de Tanquelin en los Países Bajos, y contruyó los de la inmoralidad con la austera pureza de su regla, en el siglo doce. Esta santa orden fué consagrada á la Virgen por el hábito blanco que recibió de ella, para *premostrar* la pureza de alma y candor de espíritu con que debia resplandecer en el seno de la corrupcion de los pueblos (2).—¡No es

(1) *QUE SUOS ACCERSENS INFANTULOS, SANCTO LACTE, NEMPE VERBO INFANTILI, ENUTRIT.*—CLEM. ALEX., *Pædagogus*, lib. I, capítulo vi.

(2) Así se encuentra espresado perfectamente en una crónica en verso, de la que extractamos este pasaje:

Qui Christo intrepido pia pectore jura fatentur,
Et Domini debent pascere rite gregem,
Hos vitæ certe integritas purissima, mentes
Candor, et ingentius, dexteritasque decent.
Hoc Regina poli volvens in pectore circum,
Quæ Dominum vitæ Mater honesta tulit,
Præmonstrantes, æternæ lumina vitæ
Monstrantes, quæ sit vitæque grata Deo,
Pura uti voluit veste et candore notata,
Ut candorem animi significaret, opes:
Mentis opes, quibus haud meliores sustinet orbis,
Quas quicumque tenet, optima quæque tenet

un bello espectáculo esta filosofía práctica del candor de espíritu y pureza de vida, propuesta á la ambicion de las almas generosas como la primera de todas las riquezas, *demostrada* en el seno de los desórdenes mas antisociales por la blancura de un hábito recibido de la Inmaculada Virgen, y predicada por legiones de ángeles consagrados á su profesión!

La órden de *Servitas* nació tambien del voto de penitencia y de pobreza que hicieron á la Virgen siete ricos comerciantes de Florencia.—Se retiraron al efecto al *Monte-Senario*, donde vivieron en el recogimiento y mortificación, vistiendo un hábito negro para espresar la santa viudez de María despues de la Ascension de su divino Hijo. Esta órden debió despues sus principales acrecentamientos á San Felipe Benizzi, su general, que instituyó la devocion á *Nuestra Señora de los siete Dolores*, cuyo culto opuso á la heregia de los Husitas, y que edificó á toda Europa durante gran parte del siglo trece, por su celo y por sus virtudes. El escudo de armas de esta órden llevaba siete lirios en campo azul anudados con una M coronada, que espresaba la real Maternidad de María, de quien se habian declarado *Servitas* ó servidores los siete piadosos comerciantes de Florencia.

La órden de la *Merced* ó de la *Redencion de cautivos*, tan honrosa para la Religion y la humanidad, nació igualmente, segun es sabido, de la devocion á la Virgen. Los religiosos de esta órden añadian á los tres votos ordinarios de religion, el cuarto, de emplear sus bienes, su libertad y sus vidas en el rescate de los cautivos, tan numerosos en aquel tiempo en que las naciones bárbaras se burlaban impunemente de Europa, y talaban sus costas como una presa que les habia sido arrebatada, y de la que siempre amenazaban querer apoderarse de nuevo. Esta heroica órden fué debida á una triple aparicion de la Virgen. Por esta razon los cepillos destinados para

Idcirco hanc olim a summo demisit Olympos;

Dixit et: Hoc animi pignus habeto mei.

GASPAR BRUSCHIUS, in suo monaster. German. Chron.

las limosnas recogidas por los religiosos de la Merced, debian llevar la imágen de María con su Hijo en los brazos, y á sus piés, en un lado, algunos cautivos cargados de cadenas, y en el otro, un religioso de la órden, teniendo con una mano la punta del vestido de la Madre de Misericordia, y alzando la otra sobre los cautivos en ademan de suplica, con estas palabras que salen de su boca: *¡Madre de Dios, desatad las cadenas de los prisioneros!*

No tenemos necesidad mas que de nombrar las tres grandes órdenes del Cármen, de Santo Domingo y de San Francisco, para recordar á la vez lo que hay de mas benéfico para el mundo y de mas civilizador. Estas tres órdenes se disputan entre sí el honor de ser mas particularmente las órdenes de María, y atribuyen igualmente su origen á un impulso de su divina Maternidad. Ellas llevan cada una su particular investidura y prenda, los Carmelitas en el *Escapulario*, los Dominicos en el *Rosario* y los Franciscanos en el privilegio de la *Porciúncula*. En ellos y por ellos, el culto de la Virgen ha salvado al mundo de las tinieblas y de la corrupcion. Hemos hablado ya mas estensamente de ello en nuestro Cuadro histórico.

IV. Tenemos que limitarnos á estos principales recuerdos. Sin embargo, debemos añadir á ellos, los de las órdenes militares. Estas órdenes, como es sabido, nacieron de las cruzadas; algunas existian ya antes de las cruzadas, como las órdenes simplemente hospitalarias, establecidas á título de tolerancia en la Palestina, para servir allí á los peregrinos, á los pobres y á los enfermos, y facilitar en ella el culto de los Santos Lugares: tales fueron la órden de *San Juan de Jerusalem*, que despues ha venido á ser la órden de *Malta*; la órden de los *Templarios*, y la órden del *Santo Sepulcro*. De esta misma devocion de los Santos Lugares, nació la órden de caballeros Teutónicos, importada despues á Alemania. Estas órdenes no tardaron en venir á ser militares, por la necesidad de defenderse y de proteger la civilizacion cristiana contra el poder de la media luna.—Cuando vemos hoy dia el sol de esta civilizacion llegar hasta la expansion magestuosa del siglo de

Luis XIV, hasta las maravillas industriales de nuestros tiempos, y por otra parte la innoble degradacion y el estancamiento en que yacen las razas turcas, se experimenta una especie de remordimiento, de ingratitud y de injusticia para con estas célebres órdenes, que hicieron guardia alrededor de la cuna de la Europa, que rechazaron ó contuvieron, durante tantos siglos, la rugiente barbarie que la amenazaba, y contra las cuales hemos vuelto estas luces de que les somos deudores.—No hay duda que degeneraron de la pureza de su primitiva institucion; mas, ¿qué no degenera en la humanidad, si se exceptúa este gran prodigio de la Iglesia y del Papado, á quien el mismo Dios asistirá hasta el fin del mundo? Las órdenes militares se hallaban mas espuestas á esta alteracion que las órdenes puramente religiosas, porque su organizacion era mas compleja, y porque el fin que determinaba su *tension*, no siendo tan permanente como el combate espiritual contra los vicios, la relajacion debia suceder al esfuerzo y al triunfo. Mas la cuestion de justicia para con ellas consiste en saber si han logrado el fin de su institucion: si han libertado á la Europa del poder de la media luna.—Nosotros mismos servimos de respuesta á esta pregunta.

Así es que todas estas órdenes han mirado como su mayor gloria, no menos que las órdenes puramente religiosas, tener su origen en la Reina del cielo, y le han atribuido todas sus victorias.—Los caballeros de Jerusalem se pusieron desde su origen bajo la salvaguardia de la Virgen María, á quien dedicaron su primera Iglesia y su primer monasterio junto al Santo Sepulcro, con el título de Santa María la Latina. Mas tarde, cuando fueron constituidos militarmente por Inocencio III, para ser el baluarte de la Cristiandad, bajo el nombre de caballeros de Malta, tomaron la librea de Nuestra Señora, que fué una cruz blanca sobre su manto negro, y en varias empresas recibieron señalados testimonios de la proteccion celestial de Maria, muy especialmente en aquel famoso sitio de Rodas, en que el mismo turco encubrió la confusion de su derrota con la confusion de esta intervencion milagrosa.—Lo mismo ha sucedido con la orden de los Templarios; y la blancura de su túnica era aun la señal de su consagracion á

la Virgen.—En cuanto á los caballeros Teutónicos, que prestaron doble servicio á la Cristiandad contra los Sarráenos en Oriente, y contra los idólatras en el norte de Europa, donde conquistaron á la civilizacion la Prusia, la Pomerania y la Lituania, su nombre de *soldados de la Virgen* ó de *caballeros de Nuestra Señora* lo dice todo. En señal de esta virginal consagracion llevaban el hábito y el manto blancos, con una cruz negra, que hacia resaltar una pequeña cruz blanca sobre el pecho; finalmente, despues de haber arrancado la Prusia al Paganismo, edificaron en ella en memoria de su devocion á Maria, una ciudad, á la que dieron el nombre de *Mariemborgo*. Aquellos hombres de hierro, aquellas mazas de armas se doblegaban así bajo el yugo de la mas dulce y mas humilde de las criaturas, y referian al espiritual poder de su patrocinio para con Dios todos los prodigios de su fuerza y de su valor.

No haremos mas que recordar otras órdenes de caballeros, instituidas igualmente para honrar á la Virgen con una devocion particular, y que se inspiraban de esta devocion para defender la Cristiandad, tales como la orden de *Nuestra Señora de la Estrella*, fundada por el rey Roberto; la orden de *Nuestra Señora del Lirio*, fundada por Don Garcia de Navarra; la orden de los *caballeros de Avis* ó *Hermanos de Santa María de Evora*, en memoria de la victoria de este nombre, ganada contra los moros, en Portugal; la orden de la *Milicia de la Virgen*, instituida por Urbano IV para socorrer las pobres viudas y huérfanos; la orden de la *Anunciata*, fundada por Amadeo de Saboya; la orden del *Silbo de Nuestra Señora*, fundada por Luis de Borbon, sobrino de Carlos VI, en cumplimiento de un voto hecho á la Madre de Dios, para obtener de ella el fin de los males que los ingleses hacian sufrir á la Francia; la orden del *Vaso de Nuestra Señora*, fundada por Fernando de Castilla contra los moros; la orden del *Toison de Oro* ó del *Toison de Gedeon*, figura de la Madre de Dios; la orden de la *Milicia de la Virgen María del Monte Carmelo*, fundada por Enrique IV y compuesta de los mas valientes caballeros, para estar á su lado en los combates; la orden de la *Milicia de la Inmaculada Concepcion*, fundada por tres caballeros italianos contra los últimos atentados de los infieles. Todas estas órde-

nes formaban en Europa, que no tenia aun fuerzas regularizadas ó ejércitos permanentes para defenderse ni instituciones nacionales para gobernarse, unos centinelas contra la barbarie y unos centros de union contra la anarquía de las sociedades.

V. Nada hemos dicho aun de las órdenes religiosas de mujeres instituidas bajo el patrocinio de la Virgen; pero son innumerables, y no han sido menos útiles contra los desórdenes de la ignorancia y de la inmoralidad. A mas de aquellas órdenes que correspondian á las órdenes religiosas de hombres, y que reproducian sus institutos adaptados á la santificacion de la mujer, como las Beneditinas, las Cistercienses, las Carmelitas, etc., se pueden citar como instituidas especialmente por mujeres:—la grande orden de *Fontevrauld*, de que hemos hablado ya en nuestro cuadro histórico, fundada sobre la Maternidad de María respecto de San Juan, y destinada al auxilio de las víctimas de la inmoralidad pública;—la orden de *Señoras de San Juan de Jerusalem*, fundada á favor de las señoritas pobres, por la mujer de Alfonso el Sabio, con motivo de una aparicion de la Santísima Virgen;—la orden de *Nuestra Señora de la Torre de los Espejos*, fundada por la bienaventurada Santa Francisca Romana, cuya vida, escrita en nuestros tiempos por plumas de seglares, nos trae los perfumes de virtudes de que esta santa orden fué como el incensario;—la orden de la *Anunciata de Bourges*, fundada por la desgraciada Juana de Francia, aquella pobre flor que brotó entre tantas espinas, hija de Luis XI, hermana de Carlos VIII, mujer de Luis XII, y que, en medio de tantas grandezas, solo tuvo tormentos, en medio de los cuales la hizo llegar Dios á la mas elevada perfeccion, «á fin de que, dice una historiadora de su vida, las mas enebradas señoras aprendiesen con su ejemplo que se puede ganar el martirio bajo artesonados techos y doseles, lo mismo que en los cadalsos y anfiteatros (1).» Esta santa orden es admirable, y muy digna de una fundadora que habia sido formada en todas

(1) La R. Madre de Blemur.

las virtudes por toda clase de pruebas, en lo que tiene por regla especial la imitacion de la *Virgen María segun el Evangelio*, especialmente las diez virtudes que admiramos en ella, á saber: la Castidad, la Prudencia, la Humildad, la Fé, la Devocion, la Obediencia, la Pobreza, la Paciencia, la Caridad y la Compasion, de donde esta orden ha tomado el nombre de orden de las diez virtudes de la *Virgen María* (1);—la grande orden de la *Visitacion de Santa María*, nacida de la santa amistad de San Francisco de Sales y de la Señora de Chantal, con el doble fin de visitar á los pobres, de cuidar á los enfermos y de educar á los niños para inspirar en sus tiernas almas el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría, y su amor que es su perfeccion (2); finalmente, para abreviar, las tres órdenes consagradas á la educacion de las jóvenes, bajo los títulos tan conocidos de *Ursulinas*, de *Hermanas de Nuestra Señora* y de *Congregacion de Nuestra Señora*.

No hemos citado mas que las órdenes religiosas, ya de hombres, ya de mujeres, cuya consagracion á la Virgen era demostrable, y que son las mas notables; pero todas las demás no lo eran menos: y no se podria citar una sola en que no haya tenido esta devocion la misma importancia.

Todas estas instituciones religiosas se ramificaban en la sociedad y penetraban en todas las clases y condiciones de ella por las órdenes terceras; es decir, por la afiliacion de

(1) Hay otra orden que llaman la orden de la *Anunciata de Génova*, fundada despues de la de Bourges, y que poco mas ó menos tiene por objeto la misma devocion.

(2) La orden fundada por San Francisco de Sales, ha conservado el nombre de la *Visitacion*, aunque ya no visite á los pobres. Además, este nombre no se le dió por su fundador. He aqui su origen: «Viendo el pueblo que las religiosas habian elegido por patrona á la Santísima Virgen, y adornado su altar con su imágen, al principio las llamó *Hermanas de Santa María*; mas cuando las vieron tan consagradas á la visita de los pobres y de los enfermos, no las llamó mas que *Hermanas de la Visitacion*, nombres que desde entonces han guardado siempre, aunque no ejerzan ya el mismo ministerio.» *Vida de San Francisco de Sales*, por M^{***}, cura de San Sulpicio, t. II, p. 48.

personas seglares á su espíritu, mediante ciertas prácticas apropiadas á la vida seglar, y tambien por las devociones y peregrinaciones, cuyo privilegio tenian la mayor parte de las órdenes religiosas; de manera que influyendo sobre estas instituciones, el culto de María radiaba en el mundo por otros tantos focos de gracias y de virtudes.

VI. Por rápida é incompleta que haya sido esta reseña, basta, sin embargo, para justificar lo que hemos sentado por tema de este estudio, á saber: que la teoría y el hecho se unen estrechamente para consignar que el culto de la Santísima Virgen ha sido por excelencia el medio generador y vital de las instituciones religiosas, y que á la influencia de este santo culto es adonde debe remontar esa influencia tan considerable que ellas mismas han ejercido sobre la sociedad.

Además, si aun pudiera dudarse de esta influencia del culto de la Virgen en la perfeccion de la vida cristiana por medio de las órdenes religiosas, acabaria de convencernos de ello por la relacion de la causa al efecto, que ha existido siempre entre este culto y aquellas instituciones en toda su aplicacion, bien como fundacion, bien como acontecimiento, bien como reforma, bien como supresion. Así, como no hay orden que no esté fundado bajo el patrocinio de la Virgen, no lo hay tampoco cuyo decaecimiento no haya empezado por la tibieza á esta devocion, cuya reforma no haya sido iniciada con volver á su fervor. En cuanto á su supresion por el Protestantismo, sabido es que en todas partes ha concurrido con la destruccion del culto de la Virgen. ¿Cómo podia ser otra cosa, puesto que era la supresion de la castidad, de la pobreza y de la obediencia? ¿Qué horror no debian experimentar contra la Virgen, que ha profesado estas virtudes hasta llegar á ser por ellas la Madre de Dios, aquellos que las han violado hasta destruir todos sus asilos?

En el tercer libro de nuestra obra sobre el *Protestantismo*, hemos formado con bastante estension causa á la reforma sobre este punto. Bástenos pues decir, que el odio profundo, que las *enemistades* implacables de la reforma contra el culto de la Madre de Dios, concurriendo con la destruccion de las

órdenes religiosas, son la apología mas gloriosa de estas instituciones. Es el cumplimiento de la antigua profecía: *Pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia*. Las órdenes religiosas han parecido claramente ser la *descendencia de la Virgen*, por estas comunes enemistades de que han sido con ella el objeto, y que han sido la señal de reprobacion de la falsa reforma.

Por el contrario, la reforma verdadera, la que se verificó dentro de la Iglesia, y que, salvándola salvó á la misma falsa reforma de sus últimos excesos, y la contuvo en la pendiente de los abismos á donde ella arrastraba al mundo, se distinguió por despertarse la devocion á la Santísima Virgen, y por las nuevas instituciones religiosas que se inspiraron de esta devocion.

Tales fueron en particular la *Sociedad de Jesus*, los del *Oratorio*, los *Lazaristas*, los *Sulpicianos*, á los cuales han venido á juntarse en nuestros dias los *Maristas*, los *Oblatas de María*, la congregacion del *Santo Espiritu y del Sagrado Corazon de María*, la sociedad de *Sacerdotes de la Inmaculada Concepcion*, los *Hermanos de la doctrina cristiana*, etc., etc.

Todas estas santas instituciones han sido y son la descendencia de María. La *Sociedad de Jesus* ha nacido, sabido es de todo el mundo, de la consagracion caballeresca de San Ignacio á la Madre de Dios; el Oratorio salió en Francia del gran corazon del Cardenal Berulla, que mereció ser llamado por Urbano VII el *Apóstol de los misterios del Verbo Encarnado*, por sus bellos *Discursos sobre las grandezas de Jesus y de María*; y esa sábia congregacion, empobrecida despues por el soplo del Jansenismo, que apagó en ella aquel espíritu de su institucion, volvió á aparecer en nuestros dias con un esplendor que todo el mundo admira, bajo el nombre significativo y bendito de *Oratorio de la Inmaculada Concepcion*;— las congregaciones de sacerdotes de San Lázaro y de las Hermanas de la Caridad, que basta nombrar, han nacido de una santidad que ha recibido sus primeras inspiraciones de *Nuestra Señora de Buglosa*, la santidad del gran Vicente de Paul, tan devoto del culto de la *Inmaculada Concepcion*, que atribuía la libertad de su cautiverio á la proteccion de la Virgen, y

cuyas *Hijas* son tan justamente llamadas *Marias* por los orientales;—la comunidad de San Sulpicio, tan piadosamente fiel al espíritu sacerdotal que ha recibido de M. Olier, y que inspira al clero de Francia, no ha cesado de profesar con este santo fundador, que María es, respecto del clero, como el SACRAMENTO, muy superior á la Iglesia, y bajo el cual el Verbo encarnado distribuye sus bienes y sus gracias á todo el cuerpo (1)... Nos limitamos á estas comunidades principales, como ejemplos de aquella influencia del culto de María, que se volverá á hallar en todas las otras instituciones católicas, y que son como su aroma.

VII. Este patrocinio inspirador de María se extiende por fin á las *Obras* de caridad y de beneficencia religiosas ó laicales, que bajo todas las formas combaten la miseria, la enfermedad, la ignorancia, la corrupcion, todos los males de la naturaleza y de la sociedad, y por las cuales salva el Cristianismo diariamente al mundo.

Recórrase todos esos establecimientos y todas esas obras que se refieren á la infancia y á la adolescencia, como las *Salas de Asilo*, las *Asociaciones de madres de familia*, etc.; las que se refieren á los jóvenes, como las *Escuelas cristianas*, las obras de los *Huérfanos*, de los *Aprendices*, de los *Catecismos*, de las *pequeñas Conferencias*, etc.; ó á las jóvenes, como las *Escuelas de las Hermanas*, los *talleres*, las *casas de Preservacion*, y otras treinta que sería demasiado largo enumerar; las que tienen por objeto las imperfecciones de nacimiento ó de la edad primera, como los *niños espósitos*, los *sordomudos*, los *jóvenes ciegos*; ó la pobreza, la enfermedad y la ancianidad, la enseñanza, la hospitalidad; como las sociedades de *San Vicente de Paul*, la obra de las *Familias* de los *Pobres enfermos*, de las *jóvenes Hermanas de los pobres*, de los

(1) Vida de M. Olier. Véase arriba toda la continuacion de esta bella cita. La devocion á la Virgen ha puesto su sello sobre cuanto pertenece á esta piadosa comunidad, la ropa blanca, la bagilla, los libros, todo, hasta las puertas están marcadas con la inicial de María.

Saboyanos, de los *Alemanes*; todas las que tienen por objeto la penitencia y la rehabilitacion, como las sociedades de patrocinio para *Jóvenes libertados*, ó *presos absueltos*, las casas de *Misericordia* ó del *Buen Pastor*, la obra de *San Francisco de Regis*, las *Colonias Agrícolas*, etc., etc.; en una palabra que lo comprende todo, la *Caridad* en todas sus industrias; recórrase, repito, con el *Manual de las obras* en la mano, todas aquellas *Obras*, que solamente en Paris pasan de doscientas, y en todas partes se presentará la Religion bajo la bandera de la VIRGEN-MADRE.

No hay nada mas lógico ni mas fácil de concebir.

Cada una de estas obras es el Cristianismo que se dirige á tal ó cual necesidad de la humanidad, como se ha dirigido á todo el mundo. Para el mundo todo, el Cristianismo ha sido una *Obra*; es aquella obra de que hablaba el Profeta cuando decia: «Señor, vos vivificareis vuestra obra en medio de los tiempos, cuando despues de haberos enojado, os acordareis de vuestra misericordia (1).» Esta misma Obra es aquella cuyo cumplimiento alababa María, cuando cantaba: *El se ha acordado de su misericordia*, y que Jesus proclamaba cuando decia: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos recobran la salud, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio es anunciado á los pobres (2).» He aquí todas las obras en la grande obra del Cristianismo. El Cristianismo es el Cristo continuado, *atravesando las edades, obrando el bien*, y viniendo para cada miseria en particular, como ha venido para la miseria humana en general.

Ahora bien; ¿cómo ha venido para la miseria humana en general? ¿Cómo ha vivificado su *Obra en medio de los tiempos*, si no es tomando vida en el casto seno de la Virgen María? De ahí, de este humilde manantial, elevado á la altura de Madre de Dios, es de donde nace y se derrama sobre toda la

(1) Domine, Opus tuum in medio annorum vivifica illud; in medio annorum notum facies; cum iratus fueris, misericordiæ recordaberis. HABACUC, III, 2.

(2) Matth., XI, 5.

humanidad la celestial misericordia. Asi Maria, despues de haber cantado las *grandes cosas* que Dios hizo en ella, *fecit mihi magna qui potens est*, continúa diciendo: «Y su misericordia se hace sentir de edad en edad sobre aquellos que le temen.» *El misericordia ejus a progenie in progenies timentibus eum*; y continúa cantando los efectos de esta misericordia en la confusion de los soberbios, en la ruina de los tiranos, la condenacion de los ricos y el ensalzamiento de los humildes, la saciedad de los hambrientos y la salvacion del humilde Israel.

Israel, es decir, cualquiera que desfallece y á quien Cristo viene á levantar, *suscepit Israel puerum suum*.

He aquí lo que hace Cristo en cada una de las obras, de la misma manera que lo ha hecho en la Obra de las obras. Vivifica estas como ha vivificado aquella, en María y por María.

El principio vivificador y fecundador en cada obra cristiana, que aproxima y enlaza los elementos de que se compone, que hace de ella un todo social distinto, *una Obra*; que le inspira un soplo de vida, y la hace mover y funcionar con esa maravillosa organizacion que admiramos en cada obra cristiana, es Dios; mas *Dios con nosotros* por María. María es igualmente el lazo vital de cada obra, y de todas las obras, como que es ella misma por escelencia la Obrera de la gracia, la Obrera de la que ha querido ser hecho el mismo Obrero.

En una palabra, toda obra es el producto de un parto que recibe su inspiracion del grande parto; de aquel que ha producido la Obra de las obras.

Esta bella verdad es la que ha proclamado el venerable cura de San Sulpicio, al colocar todas las obras, para las que ha levantado un vasto local, bajo el patrocinio de *Nuestra Señora de las Obras*.

El Protestantismo, cuya accion se ha propuesto mas particularmente combatir, no puede dejar de salir vencido en este terreno. El podrá, á fuerza de dinero y de oposicion, formar coaliciones, pero jamás formará *obras*. El espíritu de beneficencia, el mismo celo cristiano, que reconozco vo-

luntariamente en muchos de sus miembros, y cuyos esfuerzos estoy tanto mas dispuesto á honrar, cuanto me compadezco de su importancia, está herido de esterilidad. Hay sobre este punto de vista una desigualdad decisiva entre el Protestantismo y el Cristianismo. ¿De dónde viene esta desigualdad? El Protestantismo, humanamente hablando, no es menos activo, y aun lo es mas. Dispone de muchos mas recursos. Es mas libre y mas ligero en sus movimientos, no teniendo todos aquellos embarazos, todas aquellas mortificaciones, todos aquellos recatos y todos aquellos escrúpulos cuya sobrecarga ha rechazado. Y á pesar de ello, es vencido en las obras de caridad. Asi se ha visto en Crimea, y se vé en todas partes. Y si se quiere un completo desengaño sobre este punto, no hay mas que leer las informaciones y relaciones oficiales del mismo Protestantismo, que descubren las llagas incurables del Pauperismo y de la inmoralidad de que se vé atacado en la mas industriosa de sus capitales, sin poder oponerles ninguna de aquellas obras, por las cuales el Catolicismo las combate y las precave.

¿De dónde viene esto? De que el Protestantismo ha roto los conductos de la vida y de la fecundidad cristiana, el primero de los cuales es el culto de la Madre de Dios, por quien la misma *Vida* ha sido dada al mundo.

VIII. Así es como la Virgen Maria vive y *obra* en la Iglesia por la influencia de su culto sobre las órdenes religiosas, las congregaciones y las obras. Ella les dá la vida, las nutre, las cubre de lo alto del cielo con su Maternidad poderosa.

Se refiere que un religioso de la órden del Cister, elevado, por su devocion á Maria, á la contemplacion de la gloria celestial, que Ella goza en el cielo, la vió rodeada de todas las *Órdenes* celestes y terrestres, tanto de la antigua como de la nueva Ley; de los Angeles, de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apóstoles, de los Mártires, de los Confesores, cada uno de ellos con sus caracteres ya distintos; y tambien de los Benedictinos, de los Cartujos, de los Premostratenses, de los Dominicos, de los Franciscanos, finalmente, de todas las

órdenes religiosas (1); y que no viendo su orden en aquella multitud de hijos de la Virgen, espuso su admiracion y su sentimiento á esta, la cual le dijo: «La misma predileccion que tengo á los tuyos es lo que hace que no los veas, porque los he colocado, como favoritos míos, debajo de mis brazos para calentarlos con mi ternura.» En seguida, entreabriendo su manto, con que parecia vestida y que tenia una anchura maravillosa, le hizo ver una multitud innumerable de religiosos y Santos de su orden, cuya vista le enagenó de alegría.

Así es como María cubre con su Maternidad y calienta con su caridad todo lo que vive en la Iglesia y en el Cristianismo. El Amor eterno, Jesucristo, se ha encendido en ella como en su foco, desde donde no cesa de inflamar las almas. De ahí es de donde todas las instituciones, cuyo objeto es comunicarlo, irradian en la Iglesia, todas por una misma inspiración, cada una en un sentido distinto, tomando en esta plenitud de gracia y de virtud la especialidad de carácter y de accion que requiere la aplicacion que de él se hace al mundo.

(1) Así la ha representado el pincel de Lemoine en la *Gloria* que decora la bóveda de la capilla de la Virgen en San Sulpicio. Igual *Gloria* podría representarse en la capilla de las *Obras*.

 CAPITULO VII.

María, objeto de la razon, de la imaginacion y de la sensibilidad en las ciencias, la poesía y las artes.

Comunmente, cuanto mas se escribe sobre un asunto, mas se le agota, pero lo contrario sucede con el Cristianismo; cuanto mas se trata de él, mas se le aviva. Esto es propiedad de lo infinito, de lo divino. El asunto de la Virgen María presenta en él mas alto grado este carácter cristiano de inagotable fecundidad. De él se levanta una prueba general mas grande que todas las que damos; la que no damos y que se nota en él, como en *potencia*. Nuestro anhelo en esta obra no es otro que hacer sentir esta plenitud potencial del culto de María. Lo que de él decimos solo tiene un valor de iniciacion para este efecto. Es como aperturas y vislumbres sobre lo infinito, ó como preludios de un Océano de armonías.

Por ejemplo, ¿cómo agotar ó cómo tratar suficientemente el objeto de este capítulo! Lo que puede decirse sobre él á primera vista, es que lo es todo ó nada. ¿Cómo, en efecto, puede ser la humilde Virgen de Nazaret *objeto de la imaginacion y de la sensibilidad en las ciencias, la poesía y las artes*? O esta proposicion es insensata, ó si tiene algun fundamento, dá singularmente en qué pensar. La desproporcion natural entre el sugeto y el objeto es tan notable, que no puede en manera alguna explicarse su relacion mas que por lo sobrenatural. Así, pues, basta hacer entrever esta relacion, y esto es lo que vamos á intentar.

órdenes religiosas (1); y que no viendo su orden en aquella multitud de hijos de la Virgen, espuso su admiracion y su sentimiento á esta, la cual le dijo: «La misma predileccion que tengo á los tuyos es lo que hace que no los veas, porque los he colocado, como favoritos míos, debajo de mis brazos para calentarlos con mi ternura.» En seguida, entreabriendo su manto, con que parecia vestida y que tenia una anchura maravillosa, le hizo ver una multitud innumerable de religiosos y Santos de su orden, cuya vista le enagenó de alegría.

Así es como María cubre con su Maternidad y calienta con su caridad todo lo que vive en la Iglesia y en el Cristianismo. El Amor eterno, Jesucristo, se ha encendido en ella como en su foco, desde donde no cesa de inflamar las almas. De ahí es de donde todas las instituciones, cuyo objeto es comunicarlo, irradian en la Iglesia, todas por una misma inspiración, cada una en un sentido distinto, tomando en esta plenitud de gracia y de virtud la especialidad de carácter y de acción que requiere la aplicación que de él se hace al mundo.

(1) Así la ha representado el pincel de Lemoine en la *Gloria* que decora la bóveda de la capilla de la Virgen en San Sulpicio. Igual *Gloria* podría representarse en la capilla de las *Obras*.

 CAPITULO VII.

María, objeto de la razón, de la imaginación y de la sensibilidad en las ciencias, la poesía y las artes.

Comunmente, cuanto mas se escribe sobre un asunto, mas se le agota, pero lo contrario sucede con el Cristianismo; cuanto mas se trata de él, mas se le aviva. Esto es propiedad de lo infinito, de lo divino. El asunto de la Virgen María presenta en él mas alto grado este carácter cristiano de inagotable fecundidad. De él se levanta una prueba general mas grande que todas las que damos; la que no damos y que se nota en él, como en *potencia*. Nuestro anhelo en esta obra no es otro que hacer sentir esta plenitud potencial del culto de María. Lo que de él decimos solo tiene un valor de iniciación para este efecto. Es como aperturas y vislumbres sobre lo infinito, ó como preludios de un Océano de armonías.

Por ejemplo, ¿cómo agotar ó cómo tratar suficientemente el objeto de este capítulo! Lo que puede decirse sobre él á primera vista, es que lo es todo ó nada. ¿Cómo, en efecto, puede ser la humilde Virgen de Nazaret *objeto de la imaginación y de la sensibilidad en las ciencias, la poesía y las artes*? O esta proposición es insensata, ó si tiene algun fundamento, dá singularmente en qué pensar. La desproporción natural entre el sugeto y el objeto es tan notable, que no puede en manera alguna explicarse su relación mas que por lo sobrenatural. Así, pues, basta hacer entrever esta relación, y esto es lo que vamos á intentar.

§. I.

María, objeto de la razon en las ciencias.

I. La razon en las ciencias se propone el conocimiento de las cosas en si mismas, y en sus relaciones con el mundo que ellas componen, para descubrir su fin y dirigirse en vista de este fin. Todas ellas entran en la filosofía, que las inspira con sus intenciones, que recoge sus resultados, y que saca de ellos LA CIENCIA en su acepcion mas general, teniendo presente su aplicacion suprema, que es LA SABIDURÍA.

Así sucede respecto de la ciencia de las cosas naturales, ó de las *ciencias naturales*; de la ciencia de las cosas humanas, ó de la *Historia*, de la ciencia de la justicia aplicada al orden de las sociedades, ó de la *Jurisprudencia*; de la ciencia de las espresiones del alma humana, ó de las *Letras*; de la ciencia de esta misma alma en sus facultades y en sus afectos, y de la ciencia de Dios de que es la imágen, y cuya manifestacion es el universo, lo cual es propio de la *filosofía* propiamente dicha, en sus diversas ramas, la *psicología*, la *moral* y la *teodicea*.

Tal es la familia de las ciencias humanas, por las cuales el hombre entregado á si mismo, busca, con el auxilio de la razon natural, reconocerse y dirigirse en vista de su fin.

Pero sobre todas estas ciencias, hay una ciencia de un orden muy diferente y muy distinto, en cuanto á que sus elementos, en lugar de ser descubiertos por la razon, son revelados á la razon, como superiores á su natural alcance; la ciencia sobrenatural de Dios en sus relaciones con el mundo, la *teología*.

Esta ciencia, por distinta que sea por el género de sus nociones, no carece de relacion con la ciencia humana, porque se propone el mismo objeto, y solo ha sido dada para ayudar al hombre á alcanzarlo. Y aun debemos decir, que ha elevado este objeto mas alto, al mismo tiempo que ha asegurado mas su consecucion.

Todas las ciencias humanas que se comprenden en la filo-

sofía, se proponen, por esta, conocer el fin para el cual ha sido criado el hombre, que es el de conocer á Dios. La teología se propone el mismo fin, elevado á mayor altura y mas determinado. La diferencia que hay entre la filosofía y la teología es, en cuanto al género, que la filosofía trata de conocer á Dios por el conocimiento que nos dan de El las criaturas, y la teología nos lo hace conocer por el conocimiento que ella misma nos ha dado de El.

De aquí resulta evidentemente, que la teología comprende todas las ciencias humanas en su razon de ser y en su fin superior. Esto es cierto de tal manera, que reducida aun á su mas simple espresion, al *catecismo*, puede suplir la teología á todos los conocimientos humanos, y que finalmente, sabe mas un niño que tenga este conocimiento, como decia muy bien Jouffroy, que las cinco clases del Instituto.

No es esto decir que las ciencias humanas se hallen absorbidas ó aniquiladas por la teología; pues lejos de esto son, por el contrario, enriquecidas y fecundizadas por ella.

Una comparacion hará esto mas perceptible.

Los operarios que preparan los materiales que deben emplearse para construir un vasto edificio, la piedra, la madera, el hierro, por mucho que se apliquen en su obra, segun las instrucciones parciales que se les han dado, no hay duda que les servirá de gran luz el conocimiento general del edificio á que debe adaptarse esta obra, y en el cual verán su razon de ser. Asimismo, las diversas ciencias trabajan en construir el edificio general de las cosas con relacion á su fin en el universo; el cual es como el *sobrestante* respecto de los *jornaleros* que nos sirven de comparacion. Pero la misma filosofía, no conociendo el edificio sino por conjeturas y por hipótesis, puede vacilar singularmente y equivocarse en sus planes; la historia de sus errores está á la vista para atestiguar su insuficiencia. — Pero que en esta situacion venga en persona el *sobrestante*, el *arquitecto* mismo, que explique su propio plan, que se digne bajarse al sobrestante y á los mas humildes jornaleros, que se ponga él mismo á su cabeza para darles á conocer el edificio y el fin á que lo destina; ¡qué luces, qué emulacion, qué fervor y qué impulso no resultará en el trabajo!

II. Pues bien, este arquitecto ha venido; es el Verbo hecho carne; Jesucristo.

No hay duda que no vino como sábio ni como filósofo; su revelacion no tuvo por objeto la ciencia de las cosas en sí mismas, y esto es lo que deja al entendimiento humano libre en su dominio, sino que vino como *Principio*, como *Bien* y como *Fin* de las cosas, y esto es lo que ilumina y ordena este dominio del entendimiento humano, dándole su *Orientacion*.

A esta bella verdad se refiere esta magnífica frase de San Pablo: *Instare omnia in Christo, quæ in cælis, et quæ in terræ sunt, in ipso*. «Establecer todas las cosas sobre Jesucristo, así las que hay en el cielo, como las que hay en la tierra (1).» En Cristo todo fué puesto respectivamente en su lugar: Dios, el hombre, las criaturas, la familia, las sociedades, los poderes, los pueblos, el género humano, los destinos terrestre y celeste de la humanidad. Todo fué ordenado sobre El. Llegó á ser en el mundo la razon de las cosas, la palabra del enigma del universo. En esto influyó evidentemente sobre la ciencia de las cosas, puesto que no existen sino con relacion á El, y que El las ordena todas; lo que hace decir al mismo Apóstol que, «en Cristo se encierran todos los tesoros de la sabiduria y de la ciencia:» *In quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi* (2).

Esta verdad no teme el contacto de la observacion, no solamente con relacion á la ciencia, en general, sino con relacion á cada ciencia en particular; á las Ciencias naturales, á la Historia, á la Jurisprudencia, á las Letras, á la Filosofía.

Así, las ciencias naturales que tienen por objeto el conocimiento de los seres, estudiados segun las leyes que los distinguen y que los unen en la creacion, no encuentran su supremo objeto sino en la razon de ser de la *creacion* misma. ¿Y cuál es la razon de ser de la creacion? ¿Cuál es su principio y cuál es su fin? ¿Por quién y para quién fué hecha? Fué hecha, nos dice el Apóstol, por Jesucristo y para Jesucristo.

(1) Ad Ephes., I, 10.

(2) Ad Coloss., II, 3.

Per quem omnia—propter quem omnia (1). Y en efecto, por el Verbo es por quien *todo fué hecho* (2): él es el *sentido* de este discurso de que son *espresiones* todos los seres de la naturaleza, de este himno de que son las estrofas los cielos, la tierra y los mares. Y por este mismo Verbo es por quien ha sido hecho todo; El vino á encarnarse en su propia obra, *in propria venit*, para ser su fin en la humanidad, así como fué su principio en su divinidad, y para cerrar así el círculo de las cosas en su persona. Seguramente, sin estorbar en lo mas mínimo á las ciencias en sus observaciones, esta revelacion del principio y del fin de la creacion en la unidad personal del Verbo encarnado, constituye una mira sublime que, si se profundizara bien, seria de las mas fecundas para la ciencia, todas cuyas salidas ilumina y de que es la *clave*.

Jesucristo es igualmente la clave de la *Historia*. Todos los acontecimientos que componen el destino del género humano en la tierra, todas las revoluciones de las sociedades y de los imperios son objeto de esta ciencia, y ella es libre en este vasto campo. Pero siendo Jesucristo la razon suprema de estos acontecimientos y de estas revoluciones, como ha demostrado Bossuet, solo se tiene el sentido moral de la historia en Jesucristo, pues El es la razon de cuanto pasa.

Lo mismo sucede respecto de la *Jurisprudencia*. ¿Qué significa la ciencia del derecho y de las leyes en su codificacion, si no nos remontamos á aquella *Ley verdadera y primitiva* de que habla Ciceron, *la única que tiene carácter para mandar y prohibir, la cual no comienza á ser ley desde el dia en que es escrita, sino desde el dia en que nació, es decir, al salir de la inteligencia divina, la cual es consustancial, y de que es la recta Razon* (3)? Y ¿cuál es esta *Ley*, esta *Razon*, sino es tambien esta *Luz que ilumina á todo hombre que viene al mundo*, y que *no comprendian las tinieblas* (4), este Verbo de Dios manifestado en Jesucristo, que es la *Verdad*, y por esto mismo,

(1) Ad Hebræos, II, 10.

(2) Juan, I.

(3) Cicer., de *Legibus*, II.

(4) Juan, I.

la *Ley* según la palabra de su salmista (1), de que ha llegado á ser el Evangelio la ley de las leyes, y ha influido, como lo ha demostrado tan bien M. Troplong en el mismo derecho privado?

Asimismo, las letras no tienen su razón sino en el ideal de lo verdadero y de lo bello, de que son la expresión, y que es este mismo Verbo que se hace oír en la naturaleza y en la conciencia, y que aparecía en Cristo, según que El mismo se anunció con estas palabras: «Heme aquí presente, á mí que hablaba en otro tiempo.» *Ego ipse qui loquebar, ecce adsum* (2). ¿Qué influencia no debe ejercer la ciencia de este Verbo divino en la del Verbo humano, que no es más que su eco! ¿Qué inspiraciones no ha recibido de él el espíritu humano, desde las que descendieron sobre los pescadores de Galilea y que hicieron caer en las redes de su palabra á los oradores de Atenas y de Roma, hasta las que estallan en la potente y arrebatadora palabra de Bossuet, semejantes á los truenos y relámpagos de las tempestades!

Finalmente; ¿qué diremos de la *Filosofía*! Dios, el hombre y su relación: he aquí su objeto, bajo los nombres de teodicea, de psicología y de moral, que nunca se ejercerá sobrado para honor del humano entendimiento. Mas, por este mismo honor, que no se deseche la ciencia del Verbo hecho carne, si no se quiere dar en los estravíos más humilladores y funestos. Y en efecto, siendo este Verbo en su generación divina el espejo en quien se mira y se conoce el mismo Dios en su generación humana, el espejo en que aprende á conocerse el hombre, y en la misión de una y otra la *via* que conduce de la *verdad* á la *vida*, de la ciencia á la sabiduría, no llega toda filosofía á su plenitud y á su incertidumbre sino en Jesucristo.

Así es como el Verbo encarnado, Jesucristo, siendo la ra-

(1) *Justitia tua Justitia in æternum et Lex tua veritas* (Salmo CXVIII, 142).— Véase este admirable salmo, que no es desde el principio hasta el fin más que un himno á la *Justicia* y á la *Ley*.

(2) Isaías, LIII, 6.

zón primera y final de las cosas, ilumina las ciencias de que son estas objeto, las ciencias naturales, la historia, la jurisprudencia, las letras, la filosofía. El es su fin sintético, la ciencia común hácia la cual gravitan por diversos senderos, y donde ellas se funden en su luz.

De aquí este nombre de *Dios de las ciencias* que se dá á sí mismo por su profeta (1).

De aquí esta frase de Bacon, que la *Fé es el aroma de las ciencias*; y esta otra de un gran naturalista: *La revelación es el puerto y el sitio de reposo de todas las contemplaciones humanas* (2). Sobre lo cual hace M. de Maistre esta sólida reflexión: «Cuanto más se cultive la teología y sea honrada y dominante en un país, más fecundo será este país en verdadera ciencia. He aquí por qué han aventajado las naciones cristianas á todas las demás en la ciencia. Copérnico, Keplero, Descartes, Newton, los Bernouilli, etc., etc., son producto del Evangelio (3).

III. Sentado esto, es fácil hacer su aplicación á la Virgen. Todo cuanto acabamos de decir, en efecto, del Verbo encarnado, comprende á María, y le es conexo, como el agente bendito de su manifestación.

Así, las ciencias naturales que tienen por objeto las obras de Dios, deben venir á inclinarse las primeras ante esta Virgen en quien, como hemos dicho, el Verbo *por quien ha sido hecho todo*, según su divinidad, ha sido El mismo *hecho* en su humanidad, para ser en esta maravillosa operación el *fin* de todas estas obras de que es el *principio*, y de qué forma el *nudo María*.

La Historia debe igualmente saludar en María, á lo que se ha llamado con tanta justicia el *Negocio de los siglos*, *Negotium Sæculorum*. Ella es en efecto su parto divino, lo que

(1) I, Reg., II, 3.

(2) DE LUC., *Compendio de la filosofía de Bacon*, t. II, p. 288.

(3) DE MAISTRE, *Obras póstumas*.—*Exámen de la filosofía de Bacon*, t. II, p. 274.

marca esta interseccion de los tiempos antiguos y de los tiempos nuevos que cantaba así Virgilio:

*Ultima Cumæi venit jam carminis aetas;
Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo* (1).

Esta PLENITUD DE LOS TIEMPOS, donde Dios debía enviar á su Hijo hecho de la Mujer, como dice el Apóstol (2). Ella es la que encierra la era de las promesas y la que abre la de su cumplimiento, dando al mundo *Al* que fué el deseado de todas las naciones, desde el origen de las cosas, para ser el Padre del siglo futuro hasta su consumacion, punto de vista culminante de toda la historia, que la divide en dos vertientes unidas por su cima, en la mas alta de la cual presenta María hija de los Patriarcas y Madre de los cristianos, á los unos y á los otros á *Emmanuel*, á ese Dios con nosotros, á ese Rey de los siglos, cuyo advenimiento y reinado han sido y serán por siempre objeto de todas las revoluciones humanas.

María no tiene menos derecho á los homenajes de la jurisprudencia, por ser el *Espejo de esa justicia* esencial por la que mandan los legisladores lo que es justo: la Mesa virginal en que esa *Ley verdadera y primitiva*, de que habla Ciceron, *saliendo de la inteligencia divina*, ha venido á inscribirse á las miradas de los hombres, para llegar á ser la regla de sus juicios, el espíritu de las leyes, la base del derecho, la alta garantía y la suprema sancion de la justicia humana.

Las letras deben tambien celebrar á porfia á esta Virgen, en quien se ha espresado el pensamiento eterno, y que *ha venido á conversar con los hombres* (3); á esta Reina de los Apóstoles, de los Doctores y de los Oradores que invocan los cristianos y los Bossuet al principio de sus discursos, para que les obtenga aquel *Verbo* de que ella quedó llena, y del cual es toda su elocuencia un surtidor precioso.

Finalmente, María es la *Sede de la Sabiduria*, donde aspira

(1) VIRGILIO, Eglog. IV, vers. 4 y 5.

(2) Galat., IV, 4.

(3) Baruch., III, 38.

la filosofia, escediendo en elevacion á la ciencia de todos los filósofos, *Sophorum superascendens omnium scientiam*, como dice uno de los mas eminentes de ellos (1), posee en plenitud y produce en efusion la eterna é inaccesible luz, de que solo percibe reflejos la sabiduria humana.

Así es verdad decir, que por la gracia de la divina Maternidad, la humilde Virgen de Nazaret, *Nudo de Cristo*, *Negocio de los siglos*, *Espejo de justicia*, *Generadora del Verbo*, *Sede de la Sabiduria*, es el objeto de la razon en las ciencias, como siendo la Madre de el que es su Dios, y la dispensadora de estos tesoros de ciencia y de sabiduria de que es su abismo (2).

§. II.

María, objeto de la imaginacion y de la sensibilidad de la poesia.

I. La poesia es para lo Bello, lo que la ciencia respecto de lo Verdadero, lo que la sabiduria respecto del Bien.

Lo bello, lo verdadero y el bien, llevados á su fuente, son tres maneras de ser de Dios, cuyo carácter mas necesario es lo VERDADERO. Lo verdadero y Dios se definen del mismo modo; *Lo que es ó El que es*. Lo bello es su esplendor y el bien su aliento. Ambos se reunen en lo verdadero. En él puede verse la Trinidad, porque lo verdadero es padre de lo bello, cuya contemplacion produce el bien, como el espíritu de su amor reciproco.

Lo bello es pues el Hijo de Dios, que llama tan perfectamente San Pablo *la figura de su substancia* (3), y Salomon *el vapor de la virtud de Dios, y la efusion purisima de la claridad del Omnipotente, el resplandor de luz eterna, el espejo sin mancha de la Magestad de Dios y la imágen de su bondad* (4); espresiones con que se ha definido lo bello por sí mis-

(1) San Anselmo, himno á la Virgen.

(2) Ad Coloss., II, 3.

(3) Ad Hæbr., I, 3.

(4) Sap., VII, 23, 26.

marca esta interseccion de los tiempos antiguos y de los tiempos nuevos que cantaba así Virgilio:

*Ultima Cumæi venit jam carminis aetas;
Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo* (1).

Esta PLENITUD DE LOS TIEMPOS, donde Dios debía enviar á su Hijo hecho de la Mujer, como dice el Apóstol (2). Ella es la que encierra la era de las promesas y la que abre la de su cumplimiento, dando al mundo Al que fué el deseado de todas las naciones, desde el origen de las cosas, para ser el Padre del siglo futuro hasta su consumacion, punto de vista culminante de toda la historia, que la divide en dos vertientes unidas por su cima, en la mas alta de la cual presenta María hija de los Patriarcas y Madre de los cristianos, á los unos y á los otros á Emmanuel, á ese Dios con nosotros, á ese Rey de los siglos, cuyo advenimiento y reinado han sido y serán por siempre objeto de todas las revoluciones humanas.

María no tiene menos derecho á los homenajes de la jurisprudencia, por ser el Espejo de esa justicia esencial por la que mandan los legisladores lo que es justo: la Mesa virginal en que esa Ley verdadera y primitiva, de que habla Ciceron, saliendo de la inteligencia divina, ha venido á inscribirse á las miradas de los hombres, para llegar á ser la regla de sus juicios, el espíritu de las leyes, la base del derecho, la alta garantía y la suprema sancion de la justicia humana.

Las letras deben tambien celebrar á porfia á esta Virgen, en quien se ha espresado el pensamiento eterno, y que ha venido á conversar con los hombres (3); á esta Reina de los Apóstoles, de los Doctores y de los Oradores que invocan los cristianos y los Bossuet al principio de sus discursos, para que les obtenga aquel Verbo de que ella quedó llena, y del cual es toda su elocuencia un surtidor precioso.

Finalmente, María es la Sede de la Sabiduría, donde aspira

(1) VIRGILIO, Eglog. IV, vers. 4 y 5.

(2) Galat., IV, 4.

(3) Baruch., III, 38.

la filosofia, escediendo en elevacion á la ciencia de todos los filósofos, *Sophorum superascendens omnium scientiam*, como dice uno de los mas eminentes de ellos (1), posee en plenitud y produce en efusion la eterna é inaccesible luz, de que solo percibe reflejos la sabiduría humana.

Así es verdad decir, que por la gracia de la divina Maternidad, la humilde Virgen de Nazaret, *Nudo de Cristo, Negocio de los siglos, Espejo de justicia, Generadora del Verbo, Sede de la Sabiduría*, es el objeto de la razon en las ciencias, como siendo la Madre de el que es su Dios, y la dispensadora de estos tesoros de ciencia y de sabiduría de que es su abismo (2).

§. II.

María, objeto de la imaginacion y de la sensibilidad de la poesia.

I. La poesia es para lo Bello, lo que la ciencia respecto de lo Verdadero, lo que la sabiduría respecto del Bien.

Lo bello, lo verdadero y el bien, llevados á su fuente, son tres maneras de ser de Dios, cuyo carácter mas necesario es lo VERDADERO. Lo verdadero y Dios se definen del mismo modo; *Lo que es ó El que es*. Lo bello es su esplendor y el bien su aliento. Ambos se reunen en lo verdadero. En él puede verse la Trinidad, porque lo verdadero es padre de lo bello, cuya contemplacion produce el bien, como el espíritu de su amor reciproco.

Lo bello es pues el Hijo de Dios, que llama tan perfectamente San Pablo *la figura de su substancia* (3), y Salomon *el vapor de la virtud de Dios, y la efusion purisima de la claridad del Omnipotente, el resplandor de luz eterna, el espejo sin mancha de la Magestad de Dios y la imágen de su bondad* (4); espresiones con que se ha definido lo bello por sí mis-

(1) San Anselmo, himno á la Virgen.

(2) Ad Coloss., II, 3.

(3) Ad Hæbr., I, 3.

(4) Sap., VII, 23, 26.

mo en términos dignos de él, y que encontró felizmente Platon cuando llamó á lo bello, como nosotros: el *esplendor* de lo verdadero—*splendor Patris* (1).

Por consiguiente, lo bello es *inmaterial*, como lo verdadero y el bien. Las bellezas sensibles de la naturaleza ó del arte, bajo los cuales nos afecta en el mundo, se derivan de El, no en cuanto que son *sensibles*, sino en cuanto que son *bellas*. El brilla en ellas como el alma en el cuerpo, como la idea en la espresion, dándola su belleza y recibiendo su manifestacion para transmitirla al alma. ¿Cómo se opera esta alianza de la belleza inmaterial y de sus formas sensibles, y cómo es necesaria la mediacion de estas para esta transmision, cuyo principio y término (lo bello y el alma) son no obstante inateriales? Esto solo es un caso particular de este misterio de la union de la materia y del espíritu, de que somos nosotros mismos espectáculo mas cierto y mas inesplicable. Siempre sucederá que lo bello es distinto de sus formas. Subsiste en sí mismo, en Dios, inmaterial, sin forma, y tanto mas él mismo, tanto mas Bello.

En este estado, lo Bello es el Verbo de Dios, su efusion y su poesía. Es la poesía misma, la que Dios se canta á sí mismo, en la plenitud de sus perfecciones, y en *quien pone todas sus complacencias* (2).

El mismo Bello, el mismo Verbo, poesía de Dios en la eternidad, es el poeta de la creacion en el tiempo, el grande Artista, y como le llamaba aun Platon, el *eterno Arquitecto*. El mundo es su poema. Todas las criaturas, en la infinita variedad de sus cualidades, de sus aspectos, de sus contrastes, de sus armonías, de sus espresiones, de sus efectos; los cielos, la tierra, los mares; toda esta poesía de la naturaleza, cuyo espectáculo, incesantemente diversificado y renovado, afecta el alma con tantas impresiones profundas, es como el instrumento sobre el cual traduce visiblemente el Verbo de Dios sus perfecciones invisibles: *Fide intelligimus apta-*

(1) Letanías del Santo nombre de San Juan.

(2) Math., III, 17.;

ta esse sæcula Verbo Dei, ut ex invisibilibus visibilia fierent (1).

El Verbo, Bello infinito, es pues el ideal, la fuente de lo Bello finito y de toda poesía creada; desde luego, de la creacion que es su propia poesía; despues, por derivacion, de nuestras poesías, que son nuestra creacion.

En efecto, la poesía humana, ya se espresese por medio del lenguaje ó de la música, ó por la plástica, no es otra cosa que Dios bajo el aspecto de lo bello, segun se vé, siente y percibe en el universo ó en la conciencia, para ser interpretado y manifestado en las obras de nuestra creacion.

La poesía no tiene ni aun necesidad de ser espresada para existir. Nace y se despierta dentro de nosotros mismos, lo mas frecuentemente, para abrevarnos con sus delicias, sin salir de allí, ó mas bien pasa de Dios á nosotros por las maravillas de la naturaleza, así como pasa del poeta á nosotros por las maravillas del arte. La poesía que nos hace experimentar la Iliada, nos la hace experimentar la grande Iliada de la creacion; con la diferencia de que nos toca á nosotros despejarla, y en esto somos poetas por nuestra propia cuenta, si puedo decirlo así, y en lo interior. Poesía inefable y reservatorio de toda la demás poesía, en cuanto que está mas inmediata á la fuente, mas frente á frente de lo Bello.

¿Qué será pues cuando se levante el velo de la misma naturaleza que nos la oculta aun espresándola, y cuando, libre nuestra alma de los sentidos que la sujetan á este modo de

(1) Ad Hebr., XI, 3. Las perfecciones de Dios son las de nuestras almas y de toda la naturaleza, dice Leibnitz; pero El las posee sin límites; es un Océano de que no hemos recibido mas que algunas gotas; hay en nosotros cierta potestad, ciertos conocimientos, cierta bondad, pero ellas están enteras en Dios. El orden, las proporciones, la armonía que nos encantan, la pintura y la música, son muestras de ello. Dios es todo orden, y guarda toda la exactitud de las proporciones; constituye la armonía universal, y toda la belleza es una dilatacion de sus rayos. (Teodicea, prólogo.)

comunicacion, *entre en las Potestades de lo Bello*, y no lo vea ya en *Espejo y enigma*, sino *tal como es* (1)?

Tal es el presentimiento que nos dá de lo bello el Cristianismo. Supera á todo cuanto se habia concebido sobre la conciencia humana. «Los ojos no vieron nunca, los oídos no oyeron jamás, el corazon del hombre jamás esperiméntó lo que preparó Dios para los que le aman (2) cuando les abreve con el torrente de su deleite (3), cuando sean saciados con la aparicion de su gloria (4).

El Paganismo estaba lejos de tener tal concepto de lo Bello, su bello era un hecho infinito y humano. Dios no era para él mas que el hombre embellecido. Satisfecho en esta concepcion, el arte concentraba en ella la perfeccion y la llevaba á su colmo. Pero nada le solicitaba á traspasar los límites de la belleza puramente humana. La poesia se hallaba aprisionada en la naturaleza bajo todas estas manifestaciones. Tenia un sentimiento esquisito de ella, que traducida con tanto mas gusto, cuanto que no venia á turbar su encanto ningun ideal sobrenatural. Sacaba de él todo sonido maravilloso, y por religiosa que fuera á veces en la pintura de las pasiones, en pugna con la conciencia y con la justicia, no representaba el drama del destino humano sino entre la cuna y el sepulcro, y no tenia eco ni resonaba á lo mas sino en la posteridad. El infierno era un mito. El cielo, patria de lo Bello, estaba cerrado á sus concepciones (5).

(1) I, Corinth., XII, 12.

(2) I, Corinth., II, 9.

(3) Torrente voluptatis tuæ potabis eos. Salmo XXXV, 9.

(4) Satiaborem aparuerit gloria tua. Salm. XVI, 15.

(5) Há tiempo que se ha formado el proceso á la antigüedad, bajo este concepto, por el Espiritu de Dios mismo. «Todos los hombres, se dice en el libro de la *Sabiduria*, que no tienen conocimiento de Dios, no son mas que vanidad; no han podido comprender por los bienes visibles al Sér Supremo; y en la atencion que han dado á sus obras, lo han admirado todo, escepto la mano que las ha formado. Y si la belleza que les ha seducido es tal que han tomado estas criaturas por dioses, que se figuren, pues,

II. Este cielo se ha abierto al alma humana, haciéndola entrever este Bello infinito y esencial que no sospechaba, por decirlo así, y que vino á afectarle con su ideal. De aquí toda una revolucion en el sentimiento poético, una aspiracion ardiente hácia este bello celestial, una tristeza y una melancolía indecible en medio de todas las formas efimeras, bajo las cuales nos afecta en el mundo, y cuya influencia y fuga nos llenan de sufrimientos, cuando no nos reconducen á su tipo y su autor.

Esta revolucion se ha verificado, no solamente por la nocion de este Bello, sino principalmente por su atractivo natural ó su *gracia*; por la union del alma con El, por el contacto del corazon con su perfeccion adorable, por ese enagenamiento que hace lanzar á San Agustin este grito de la humanidad regenerada: «Belleza siempre antigua y siempre nueva, ¡cuán tarde te he conocido! ¡cuán tarde te he amado!»

La belleza en el órden natural obra sobre nosotros por la gracia, por ese atractivo victorioso que gana los corazones y que es la seducción de la belleza:

Y la gracia, mas hermosa
Que lo es la misma belleza.

La belleza divina tiene tambien su *gracia*, á que nada resiste. Solamente, que en lugar de que la gracia de la belleza creada obra sobre nosotros por medio de los sentidos, y por un imperio natural sobre nuestra alma, la gracia de la belleza divina obra espiritual y sobrenaturalmente. Pero su efecto es el mismo; es un *atractivo*; y de tal manera, que la gracia divina ha tomado á los éfcantos del amor humano, purificándolos, sus alegorías y espresiones, en su *Cántico de los cánticos* (1). (R)

cuánto mas bello debe ser Aquel que las domina. Porque es el Autor de su belleza, quien la ha dado á todas estas cosas. (*Sabiduria*, cap. XIII, 1-3.)

(1) La palabra *gracia* tiene la misma etimología, en el sentido religioso, que en el sentido humano (*χάρις*), de donde la bella palabra *Eucaristia*.

Sin embargo, la gracia divina no obra así sino por la virtud de un misterio sensible, que es su foco, en medio de nosotros. Lo bello mismo, tal como lo hemos definido, ha venido a este mundo que El había hecho y que no conocía ya, y se ha hecho visible lo Ideal. *Siendo por naturaleza Dios, ha tomado la forma del hombre*, dice San Pablo (1). «El es, había dicho un Profeta, quien ha puesto firme la tierra y la ha poblado de animales; El quien despide la luz, y ella parte; quien la llama, y viene; y al lado del cual nada subsiste, si se le compara con lo que El es... *Después de esto, ha sido visto en la tierra, y ha conversado con los hombres* (2).»

«Lo Bello esencial, como objeto del arte, ha dicho un genio que ha caído de la altura de este misterio, es Cristo, en quien existe lo ideal en su grado más alto. ¿Qué es, en efecto, Cristo? El Verbo hecho *carne*, el Dios-hombre, el sér en quien ha coronado el amor sustancial la unión de lo finito é infinito, y al cual anima, como anima á Dios mismo. El Verbo descendió hasta la humanidad, la humanidad se elevó hasta el Verbo. Bajo esta forma sensible, expresión de nuestra naturaleza, resplandece su forma increada, inaccesible á los sentidos, en quien se contempla el Sér Supremo, y por la cual El se reconoce. En ella están el Creador y la creación á la vez distintos y uno, aquel incorporado en su obra, esta espiritualizada en su ejemplar eterno. Es pues lo Bello completo, lo bello en sus relaciones con lo Verdadero y con el Bien (3).»

De aquí, dos caracteres de lo bello cristiano que no conocía la antigüedad, lo infinito y el amor. Cristo es infinito en perfección; es más que lo bello de Platon, puesto que es idéntico á Dios, que Platon no concebía como nosotros bajo la noción infinita de *Creador*. El mismo Cristo es *amor*, manifestado personalmente á la tierra, para encenderse El mismo en los corazones; es Dios sensible al corazón, y no solamente á la inteligencia como el Dios de Platon. La antigüedad no tenía el sentimiento de lo infinito, que ha llegado á ser á veces

(1) Philip., II, 6.

(2) Baruch, III, 32-38.

(3) LAMENNAIS, *Ensayo de una filosofía*, tom. III, pág. 130.

un tormento entre nosotros (1). Ignoraba igualmente el sentimiento del amor divino. Lo Bello no era objeto de ningún amor personal, y dejaba el corazón presa de todas las idolatrías de sus obras y de sus copias. Lo Bello divino en el Cristianismo, se hace amar como un hombre con la infinidad de Dios.

Manifestándose bajo el velo de la humanidad, lo Bello, es cierto, se ocultaba aun, se sepultaba aun en el horror y la ignominia de la Cruz, hasta hacer que se dijera de él: *lo hemos visto, y no tenía gracia ni belleza* (2); y hasta decir de sí mismo: *Soy un gusano, y no un hombre* (3). Pero cuanto más se ocultaba de esta suerte, más se sacrificaba y se daba; y más, dándose y sacrificándose, revelaba su *belleza* suprema, que es la del amor, más nos purificaba con la participación de este sacrificio, y libertándonos del engañoso encanto de las criaturas, nos preparaba á su visión (4).

Así, debía llevar más lejos aun este misterio de amor,

(1) Quisiera atenerme á la sabiduría antigua, que hizo del sábio Epicuro un semi-Dios..... pero no puedo, y lo infinito me atormenta á pesar mio. ALFREDO DE MISSET.

(2) Isaias, LV, 2.

(3) Salmo XXI, 7.

(4) Si se contempla la misericordia que le redujo á tal estado, parecerá bello: *Si consideres misericordiam quæ factus est, et ibi pulcher est*, dice San Agustin; bello en el seno de la Virgen, donde sin despojar la divinidad, se revistió con la humanidad; bello en su estado de niño naciente, puesto que cuando se hallaba en tal estado, que mamaba del seno de la Virgen y era llevado en sus manos, hablaron los cielos, le glorificaron los Angeles, dirigió la estrella hácia él á los Magos, y los vió prosternados en el pesebre. Siempre aparece, pues, hermoso: bello en el cielo; bello en la tierra; bello en el seno maternal y en los brazos de María; bello en sus milagros; bello en su flagelación; bello en la Cruz; bello en el sepulcro; bello en su resurrección. No engañe, pues, la flaqueza de la carne vuestros ojos sobre el brillo de su belleza, porque como la verdadera y suprema belleza es la justicia, cuanto más justo os parezca, más bello debe pareceros. *Enarrat in PS. XLIV, 3.*

haciendo de él nuestro alimento, bajo la forma del pan y del vino, que lo ostenta cuanto mas lo oculta, y donde se hace sentir tanto mas, cuanto que no se deja ver. En este colmo de aniquilamiento, pero de amor, poseemos, recibimos lo Bello, idéntico al Bien y á lo Verdadero por esencia, idéntico á Dios, lo *Bello* de Dios. Esto es lo que vió y anunció el Profeta. ¿Cuál es lo Bueno de Dios, decia, y cuál es su *Bello*, sino es el trigo de los escogidos y el vino que hace germinar las vírgenes? *Quid enim Bonum ejus est et quid Pulchrum, ejus nisi fressmentum electorum et vinum germinans virgines* (1).

III. Esta *Presencia Real* de lo bello en el Catolicismo, es en él un recurso de poesía, así como de luz y de santidad. Porque son en nosotros sus *efectos*, por su *gracia*, tan *Reales* como su *presencia*.—Quien conoce la poesía, quien ha experimentado sus irresistibles suavidades en las emociones de la naturaleza y del arte, la reconoce en esta ambrosia del amor divino que se llama *Uncion*, y que saborea el alma, unida á lo *Bello eucarístico*; en el misterio de su comunión.... Inútilmente diria mas; porque como hablo de efecto sobrenatural, los que no lo han experimentado, no podrian comprenderlo, y no puedo hacer mas que disminuirlo para los que lo han gustado.

Solamente diré, lo que relumbra, lo que respira en la actitud, en la mirada, en las palabras, en todos los movimientos y todos los actos del alma, al salir de este *banquete* á que ha asistido con lo *Bello infinito*, es la santidad del Bien, el esplendor de lo Verdadero, el encanto de lo Bello, la Trinidad de las gracias celestiales en la unidad del amor divino; es la *Eucaristia*, en una palabra, que fulgura y se aparece sobre todo cuanto la rodea, que embellece, que *poetiza* todas las cosas, hasta las mas vulgares y viles, sin necesitar ella misma que se la poetice, pues se basta plenamente, ó por mejor decir, obra en razon del despego de las cosas creadas, tan *Real*, sobrenatural y divino es el fondo. Este es el tesoro inagotable del Catolicismo. La poesía *vive en él de realidad*, así como en todo lo demás *vive de ficcion*.

(1) Zacarias, IX, 17.

De aquí una cosa muy notable: En la poesía litúrgica, y en todo lo que se refiere mas próximamente á la espresion de nuestros misterios, deja algo que desear la forma, si se la considera en sí misma, aislándola del fondo. Y no obstante, el efecto que produce es, para los que la consideran con el fondo, todo cuanto hay mas conmovedor y mas suave. Esto consiste en que resalta en ella el fondo superiormente, es que brilla y se ostenta en la indigencia de la forma, es que la poesía misma es en él su esencia, pudiendo decirse de ella como de la gracia de Zaira:

Para tí no se hizo el arte,
Porque no lo necesitas.

Es lo inverso de la poesía humana. Quitesele á esta la forma, ¿y qué es lo que queda por lo comun? Nada, ó casi nada. De aquí la mala suerte de todas las traducciones de poesía. Mas en la poesía litúrgica es todo lo contrario, se salva por el fondo, por el sentimiento, de tal suerte, que es en ella un arte el olvido del arte, y que bajo este concepto los himnos incorrectos del oficio del Santísimo Sacramento, compuestos por Santo Tomás, son de un efecto mas grande y conmovedor que las odas clásicas de Santeuil.

De aquí tambien, ¡cosa admirable! esta Religion, que tomada en la espresion mas inmediata de sus misterios, no exige arte, produce el arte en su mayor altura; la arquitectura, la pintura, la música, la elocuencia y todas sus maravillas; inspira y alimenta todas las artes; pero como soberano que no necesita de ellas, y que se presta á esto con la gracia de la condescendencia, porque lleva en sí al Rey del arte, lo Bello infinito de que es hija, y que en medio de todas sus pompas, se dice con verdad de ella:

«Toda la gloria de esta hija del Rey le proviene de adentro, en medio de las franjas de oro y de los diversos ornamentos de que se halla rodeada (1).»

(1) Omnes gloria ejus filix Regis ab intus, in fimbriis aureis, circumamicta varietatibus, PS. XLIV, 45.

Toda la poesía de la Religión le proviene también de adentro, *ab intus*, de sus tabernáculos, donde reside su Rey bajo la forma menos poética, porque es la esencia misma de la poesía, y que puede también aplicársele esta otra expresión del Profeta: «Exhálase de vuestros vestidos y de vuestros tabernáculos de marfil un perfume de mirra, de canela y de aloes (1).»

Todo el Cristianismo está penetrado de este perfume, de este aroma de lo Bello que sale de lo Verdadero y de lo Bueno, reproduciéndose en el alma de sus discípulos y realizando en ella la suprema poesía, la poesía de la santidad.

Este aroma es la gracia, cuyo efecto es transfigurar al alma cristiana en Cristo, es decir, en lo Bello.—Esta operación, no obstante, por admirables que sean sus efectos y sus productos en la belleza moral de los Santos, que brilla en sus rasgos y en su vida, no aparece en el mundo sino en trabajo y en prueba. De aquí este carácter indecible de padecimiento, de tristeza, de melancolía meditativa que vela aun lo Bello sobrenatural en la tierra; pero que al velarlo, lo embellece con la gracia más conmovedora que hay en el mundo; la gracia del sacrificio en amor. Esta es la gran fuente de la poesía en general, aun entre los antiguos, porque el *alma es naturalmente cristiana* (2); pero que ha sido llevada á su colmo

(1) Myrrha et gutta, et casia a vestimentis tuis a dominus eburneis. PS. XLIV, 9.

(2) La melancolía es el manantial de toda poesía, de toda filosofía, de todo arte. No es otra cosa que el amor y el sentimiento de lo divino, la tristeza de que sean pasajeras las cosas movibles, perecederas, mezcladas de mal y de bien, de que nada sea subsistente; es un retroceso sobre nosotros mismos, una aspiración de este mundo imperfecto á la perfección suprema; de este mundo dependiente á la independencia soberana; de esta vida dispersada á la vida llena é idéntica en sí misma. He aquí lo que es la melancolía. En este sentido, pocos grandes hombres ha habido sin melancolía; y en efecto, he aquí el fondo de lo que llamaríamos comunmente con este nombre; la fuga del tiempo, el pesar de lo pasado, las aspiraciones hácia un porvenir mejor. Hay pues una melancolía sana y verdadera. Su abuso

en el Cristianismo, por haber encontrado su verdadero objeto: puesto que lo Bello infinito se ha dado á conocer por el alma humana, elevándola por medio del doble padecimiento del desprendimiento y de la aspiración á su visión y á su posesión en la gloria.

IV. Esta poesía no es solamente una poesía de presentimiento, sino también, y de un modo superior, una poesía de acción, una poesía *dramática*. El alma del cristiano es un teatro de combates y de sacrificios, donde se agita el destino humano entre las seducciones de la naturaleza y los atractivos de la gracia; donde se balancea entre los abismos eternos de tinieblas ó de gloria, de condenación ó de salvación. Estos son como los dos polos de la poesía dramática, sobre que giran todas sus emociones, y que han sido llevados á lo infinito por el Cristianismo. En ellos es á un tiempo mismo el fuego de las pasiones más intenso, y se despliega mayormente; es lo infinito en el bien y en el mal, en lo bello ó lo feo, en lo verdadero ó lo falso, en lo feliz ó lo desdichado; es, en una palabra, el cielo, el infierno, Cristo y Satanás, con toda su repulsión recíproca, concentrados en el alma humana, haciendo en ella como explosión hácia uno ú otro destino.

Y el destino individual del cristiano es el destino de la humanidad y de toda la creación. El Cristianismo es una inmensa epopeya que todo lo comprende: á Dios, con todos sus atributos y todas sus perfecciones; á la criatura, con todos los dones que recibió de él, el uso que de ellos hace y los destinos que se prepara; á Cristo, en atención al cual se ordenan, se parán y consumen estos destinos. Tales son los datos y los personajes de este gran drama, que comienza en las profundidades de la eternidad por la generación eterna del Verbo;

está en que no sirva para hacernos pasar de este mundo al mundo superior, sino que se encierre y consuma en un vano círculo de pesares estériles, sin elevarnos de este tiempo fugitivo á la eternidad.—*Fragments sobre el arte y la filosofía*, por ALFREDO TONNELLE. Véase también las bellas páginas que ha escrito Balmes sobre este asunto.

que se espone en la creacion de los Angeles y de los mundos; que se anuda en la caída de los demonios y de la humanidad; que se prosigue al través de todas las transformaciones de los pueblos y las revoluciones de los imperios, hasta la venida de Cristo, en quien se desenlaza la accion en el Calvario, de donde se prolonga, reproduciéndose en la Iglesia, hasta la consumacion final del tiempo y de sus pruebas, por el juicio universal que comenzará las glorias ó los suplicios de la eternidad. — Y en este vasto cuadro, ¡qué infinita diversidad de escenas, todas las cuales vienen á referirse á este Verbo Encarnado, á este Cristo que es su héroe, y por El á la humanidad en cada uno de nosotros que somos sus miembros! No hay nada en la creacion, nada en la naturaleza sensible, moral ó intelectual, que no se halle implicado en esta vasta *Accion*, y que no grave alrededor del que es su centro. Por El viene todo el mundo de la naturaleza á ingertarse al de la *gracia*, que la eleva al de la *gloria*, para que todas las cosas sean consumadas en la unidad del Sér, así como fueron sacadas de la nada.

Tal es la poesia del Cristianismo, cuyo objeto y creencia es Cristo á un mismo tiempo: su esencia, como Bello Encarnado: su objeto, como héroe de este poema, de este plan divino, que comprende todas las cosas en Cristo, ya las que están en el cielo, ya las que están en la tierra.

Así, puede decirse que *se contienen* en Cristo *todos los tesoros de la poesia*, así como los de la *ciencia y de la sabiduría*, no estando lo Verdadero y el Bien, sino siendo El lo Bello por la identidad divina de estas tres potestades.

V. Y ahora, para aplicar todo esto á la Virgen María, no tenemos mas que recoger en cierto modo lo que hemos sembrado.

María es la Madre de lo Bello infinito, que se manifiesta en lo finito. Este Bello es una flor cuyo tallo es Ella. Toda cuanta poesia exhala y produce esta flor, está pues en María, como en su emanacion primera y mas inmediata. Ella sola la ha recibido tal como es en si misma, en esta belleza esencial é increada que arrebató á los Angeles y á Dios mismo, que re-

lumbra al través de todas las maravillas de la naturaleza, y que inspira todas las del arte. Lo que el artista, lo que Homero, lo que Fidias, lo que Rafael, lo que Mozart percibieron y espresaron de este Bello inefable, no fué mas que un soplo, un rasgo, un matiz, una nota de lo Ideal, cuya plena realidad ha contenido y producido María. María es el artista por excelencia, la Reina del arte y de la poesia, porque concibió y produjo por obra al Autor mismo ó al inspirador de todas las obras, lo Bello en persona, en quien se contienen todos los tesoros de la poesia y del arte.

María es por esto mismo la obra primera, la obra maestra de este Bello que se encarna en ella. Porque, como vino á reproducirse en las almas por la virtud sobrenatural de su gracia inherente á su Encarnacion, la primera alma que embelleció es la de la Virgen en quien se hizo carne. Siendo su carne divina el elemento sacramental de su comunicacion, siendo *lo Bello que germina las vírgenes* (1), germinó espiritualmente á María, Virgen de las vírgenes, así como El fué germinado en ella corporalmente. La relacion de su humanidad con las entrañas en que la tomó, nos dá la proporcion de la relacion de su divinidad con esta alma de María, que animaba la sangre que recibió de ella. Relacion incomparable y que toca los limites de la divinidad, *attingit fines Divinitatis*, dice el Angel de la Escuela.

Por esto, antes de descender á ella, la previno con sus gracias, la preservó de toda mancha desde su concepcion, la adornó y embelleció con todo el arte de un Dios y todo el amor de un hijo, como el Tabernáculo de su venida, como la substancia de la que queria El mismo ser hecho. Desde entonces fué *llena de gracia*, y ¡cuál no debia ser su belleza, para que se inclinara ante ella la naturaleza angélica y exclamara á su vista Dios mismo, admirando su obra: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te!* «Toda eres hermosa, amada mia, y no hay mancha alguna en tí.»

María es elevada en belleza como es elevada en gracia, puesto que el efecto de la gracia es transfigurar en la Belleza.

(1) Zacarías, IX, 17.

Siendo la mas Santa de las criaturas , es por lo mismo tambien la mas bella , por la identidad del Bien y de lo Bello.

Así como se llama á María la *Santidad creada*, se la puede llamar pues la *Belleza creada*, es decir, la belleza por esencia entre todas las bellezas creadas , desde la flor de los campos hasta el Serafin, no teniendo sobre sí mas que lo Bello infinito y creador que ha sido en el mundo el fruto de su virginidad , y que, saliendo de ella, le ha dejado su forma, esta forma de todas las bellezas que ha sembrado en el universo. Así como se espresó en la creacion, se espresó en María, con toda la superioridad de la persona misma sobre la imágen y sobre el discurso.

No es, pues , por una vana amplificacion, sino por una rigurosa consecuencia de doctrina , como la poesia se exalta y se inflama al contacto de María, y como agota para alabarla toda clase de comparaciones y de imágenes que le ofrece la naturaleza, como á Aquella que concentra y que domina todas sus bellezas. El mismo satírico y político Erasmo, conmovido y arrebatado á esta contemplacion de la Virgen, no puede elogiarla de otra suerte.

«Vois sois mas brillante que la aurora, le dice, mas suave que la luna argentada, mas pura que los lises recién abiertos, mas blanca que la nieve aun no tocada, mas graciosa que la rosa de la primavera, mas preciosa que los rubíes, mas dulce que la miel, mas suave que la vida, mas elevada que los cielos, mas casta que los Angeles. Salve, noble santuario del eterno Dios, trono sublime de la Divinidad (1).»

La Sagrada Escritura ha precedido á todos los poetas en este modo de concebir y de alabar á María, y ella misma les ha dado el ejemplo y el precepto, revistiendo el culto de la Santísima Virgen con todos los colores y todas las figuras que ha podido recoger en el universo. Esto es lo que hemos admirado en nuestra *Esposicion litúrgica*, que es como el Eden poético de esta nueva Eva, cuya belleza refleja y embellece todas las bellezas de la creacion.

(1) Pœan.

VI. En esta belleza suprema debe hacerse entrar mas particularmente todas las bellezas naturales de la mujer, de la virgen, de la madre, sobrenaturalizadas en la Mujer bendita entre todas las mujeres, en la Virgen, Madre de Dios.

La mujer, creada por Dios para ser la poesia del hombre, es como el prisma á través del cual El vé todas las cosas en un horizonte encantado. Encanto que fué funesto despues del pecado al que concurrió, y que abriendo los ojos á la inocencia, hizo bajar los del pudor.

El pudor ha sido desde entonces la primer condicion de la virtud en la mujer; mas por una relacion admirable que se refiere á la identidad de lo Bello y del Bien, el pudor ha sido al mismo tiempo la condicion primera de ese encanto con que se halla velado. La belleza se ha interesado en su preservativo á tal punto, que aun cuando quiere emanciparse de él, hace de él un arte para formarse un encanto (1). Las verdaderas gracias entre los antiguos eran decentes, *Gratiæ decentes*.

Así salieron del cincel de Sócrates. Mas para que sean perfectas las gracias, es preciso que el pudor no sea solamente un adorno, sino tambien una virtud que se adopte por sí misma, olvidando estas gracias, que resaltan entonces con doble encanto, como el trio de las gracias verdaderas; las gracias de lo Verdadero, del Bien y de lo Bello.

De aquí esta frase de la Sagrada Escritura: «La mujer santa y púdica es de una gracia que escede á toda gracia.» *Gratia super gratiam, mulier sancta et pudorata* (2); y esta otra: «Como el sol levantándose sobre el mundo de las alturas de Dios, así la casta belleza de la mujer es el ornamento

(1) La célebre Poppea, cuya impúdica belleza arrastró á Neron al parricidio, se halla pintado de esta suerte por Trajano: «Un aire de modestia servia de aliciente á la licencia de sus costumbres. Salia de casa raras veces, y siempre medio velada, ya para escitar las miradas de los curiosos, ya porque así tenia mas gracia.» *Anales*, XIII, 45.

(2) *Eccli.*, XXVI, 19.

de su casa.» *Sicut sol oriens mundo in altissimis Dei, sic mulieris bonæ species in ornamentum domus ejus* (1).

Si todo esto es cierto, la Virgen María es su personificación mas acabada y en un grado que lo domina todo; ella en quien ha sido el pudor elevado hasta la virginidad, y la virginidad hasta la Maternidad divina. Bendita entre todas las mujeres, Santa entre todas las criaturas, es por esto mismo belleza entre todas las bellezas, gracia entre todas las gracias. Todo cuanto ha habido, todo cuanto habrá de casta belleza, de gracia púdica entre todas las mujeres, ha sido reunido hasta la plenitud en María; todo cuanto ha habido de *angélico* en su sexo ha sido elevado en ella hasta constituir la *Reina de los Angeles*. Lo que decían los poetas de la primera mujer, que los dioses la dotaron á porfía de todas las gracias y de todos los dones, y que no era mas que una alegoría de la hermosura de Eva antes del pecado, es tanto mas cierto respecto de María, cuanto que ha superabundado en ella la gracia sobre el pecado. María es la verdadera *Pandora*; Ella ha sido colmada con todos los dones. En una palabra, *está llena de gracia* en el doble sentido; porque la gracia divina produce la gracia humana, y en una correspondencia, en una transparencia tan perfecta, que la que la ha ofrecido María, la gracia con que ha sido llenada, no ha perdido nada de su efecto y de su brillo, ha fulgurado en ella como una viva llama en una lámpara de alabastro. ¿Qué será, pues, cuando se piense que no es la gracia solamente, sino el Autor de la gracia, lo Bello mismo, lo que ha estado en ella y lo que en ella ha quedado por su santidad y por su belleza? *Deus in medio ejus est* (2). Si Dios es admirable en sus Santos (3), ¿cómo no ha de ser mas admirable en su Madre? «El revisió al mundo por su propia virtud, dice San Ambrosio; bajo esta vestidura universal, resplandeció en todos los seres.» Así, y en un sentido mas personal, revisió á María, y bajo esta vestidura virginal, resplandeció en ella con este esplendor con que brilla

(1) Eccli., XXVI. 21.

(2) Oficio de la Virgen.

(3) Salmo LXXVII, 36.

en todos los seres, en el firmamento, en los astros y en el sol.

Por esto se ofrece la Virgen á nuestro culto, por el Apóstol de las visiones, en este brillo universal que concentra en su persona: vestida del sol, á sus piés la luna y coronada la cabeza de estrellas.—Por esto agota aun la Iglesia, tomándolo de las Sagradas Escrituras que se lo habian destinado, el lenguaje de la gracia y de la belleza para alabar á María en su Oficio:

Así como la mirra escogida, ¡oh Santa Madre de Dios! habeis exhalado un olor de suavidad.

La gracia está derramada en vuestros lábios, por lo que Dios os ha bendecido por toda la eternidad.

Con vuestra gracia y vuestra belleza formais designios, y avanzais en prosperidad y reinais.

Tales como gentes colmadas de alegrías, tales son los que permanecen en vos, Santa Madre de Dios.

Al olor de vuestros perfumes, corremos á vuestros pasos; las jóvenes doncellas os han amado en extremo.

Sois bella y resplandeciente, joven de Jerusalem, y terrible en vuestras victorias como un ejército formado en batalla.

Os habeis hecho hermosa, y llena de una admirable dulzura en vuestras delicias, oh Santa Madre de Dios.

¿Cuál es la que se avanza como una aurora al despuntar, bella como la luna, resplandeciente como el sol?

Yo soy la Madre del Amor Hermoso y del temor, y de la grandeza y de la santa esperanza.

He aquí algunos rasgos de la belleza de María, que se compone de todas las bellezas, de las bellezas de la mujer, de la virgen, de la madre; de las bellezas del hombre, del Angel, de Dios; de las bellezas de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; en una palabra, de todas las bellezas del Hombre-Dios resplandeciendo en la VIRGEN-MADRE.

¡Qué paleta para la imaginación! ¡qué manantial de suavidad para el corazón! ¡qué tesoro de poesía!

Pero lo que duplica aun estas bellezas de María, lo que las pone superiormente en relacion con la imaginación y la sensibilidad, haciendo de ellas el objeto por excelencia de la poesía, es que se nos aparecen veladas con todas las pruebas

de nuestra mortalidad regenerada; veladas de humildad, de dolor, de compasion, de resignacion, de recogimiento, de aquiescencia y de amor, en una palabra, veladas con esa gracia suprema del sacrificio que ennoblece y hermosea continuamente á la victima. Gracia tanto mas eminente en María, cuanto que este sacrificio no tiene igual sino en la santidad de su aceptacion; gracia tanto mas conmovedora para nuestros corazones, cuanto que une por una parte á María á la gran victima por todos los dolores de su Maternidad que la ofrece á la Justicia, y que por otra parte, la une al género humano por toda la caridad que se la hace ofrecer por nuestra salvacion.

Todas las gracias, todas las bellezas de María vuelven de esta suerte hácia nosotros en cierto modo, y parece como que se aplican á nuestros padecimientos para ser su bálsamo y su curacion. Esto es lo que sentia perfectamente Erasmo, cuando despues de haber exaltado todas las glorias y todas las grandezas de esta Virgen augusta, añade:

¿Cómo, pues, yo, débil gusanillo, me atrevo á alzar los ojos hácia vos que estais colocado tan superiormente á los grandes de la córte celestial? lo que me dá este atrevimiento, ¡oh María! no es una pura arrogancia, sino la imperiosa necesidad de mi desgraciada condicion; es mi horrible pobreza, que me hace traspasar los límites del comedimiento; es vuestra dulzura, que me dá valor; es vuestra insigne bondad, que me llena de confianza. Si solamente fuérais admirable, ¡oh Virgen Madre de Dios! si no fuérais tambien exorable, no se atreveria nuestra flaqueza á imploraros; pero cuanto se espanta nuestra bajeza de vuestra magestad, otro tanto se reanima por vuestra clemencia; cuanto deslumbra nuestros ojos el brillo de vuestra hermosura, otro tanto los templa y encanta la sombra de vuestra misericordia. Paristeis á Dios, pero le paristeis para nosotros, y los hombres respiran. Paristeis á Dios, y la naturaleza quedó sorprendida; pero no dísteis á luz al que lanza rayos y truenos, sino al que exhala vagidos.

De aquí una cosa admirablemente poética en el culto de María, y es que toda la poesia de la miseria humana, fuente de toda gran poesia en el mundo, encuentra en ella su espre-

sion mas penetrante y como su eco celestial. Es el himno de la tierra, el concierto de todas las lamentaciones del alma humana *gimiendo y llorando en este valle de lágrimas*, que sube hácia su trono materno, que exhala la infinita diversidad de nuestras tristezas y de nuestros dolores, que invoca todas las grandezas y todas las glorias de la Virgen, compadeciendo desde los cielos todos los males que ella sufrió en la tierra; que solicita con su misericordia la multitud de los dones y de las gracias de que es dispensadora, y que le reporta las bendiciones y los regocijos del reconocimiento conmovido con sus beneficios. Hay en esto como un flujo y un reflujo de males y de bienes, de dolores y alegrías, de peligros y de auxilios, de vergüenzas y virtudes, cuyo movimiento conmueve todos los resortes y todas las emociones de la poesia.

Por todas partes, prosigue Erasmo, levantan sus clamores hácia vos multitud de desgraciados, reclamando el apoyo de María todas las edades, clases y condiciones. A María es á quien imploran con voz unánime los niños y las jóvenes doncellas, á María los pequeños y los grandes. A vos confia sus intereses el comerciante, á vos recomienda el navegante su vida, á vos tambien el pobre labrador recomienda la esperanza de la cosecha. A vos se apresuran á dirigir sus votos el soldado que se lanza á los azares de las batallas, á vos os implora por medio de su abogado el culpable, devorado de remordimientos, á vos elige un amor puro por confidenta y custodia de su dicha. Vos sois á quien llaman madre suya los huérfanos; tutora suya los pupilos; los criminales su patrona para dejar de serlo; los cautivos su libertadora; los viajeros extraviados su saludable guia; los afligidos su consoladora; los enfermos su curacion; y todas las almas desesperadas su esperanza. ¡Oh Virgen! ¿Os imploró alguno nunca en vano? ¿Se alejó jamás alguien de vuestros altares sin haber sido oído?... He aquí por qué os ha elevado santuarios por todas partes la piedad agradecida de los cristianos y por qué humea el incienso por doquiera en honor vuestro.

Así es como el culto de María viene á ser el eco armónico de todos los males de la tierra y de todos los bienes del cielo, y como la poesia de todos los dramas del destino humano en la infinita diversidad de sus situaciones.

Finalmente, lo que es María en cada uno de estos dramas, lo es en el gran drama que los comprende á todos; en esta epopeya del Cristianismo, cuya vasta accion hemos tratado mas arriba. Si es Cristo su héroe, la Virgen es evidentemente el nudo á que se refieren todos los preludios, de donde salen todos los desenlaces. Predestinada por toda la eternidad, con la predestinacion misma de Cristo, ha estado presente á los consejos eternos de la sabiduría, antes que fueran abiertos los abismos, cuando preparaba Dios los cielos y concebía la creacion como teatro exterior de su gloria. Por esta eterna conexion que le dá su Maternidad con su divino Hijo, ha sido presentada al mismo tiempo que El á la sumision de los Angeles, y ha hecho desde entonces la gloria de aquellos que fueron fieles y la confusion de los apóstatas. Ella fué á quien tuvo presente Dios en la primera Eva que sacó de Adan, como aquella de quien debia sacar el Adan futuro, del cual no era el primero mas que una representacion ó figura. De ella fué de quien se dijo, que aplanaria la cabeza del tentador y que recobraría sobre este enemigo la dominacion que habia usurpado sobre nuestra raza. Ella es la que no ha cesado de ser prefigurada en todas las sombras de la antigua Ley, y que se nos ha mostrado tan luminosamente por Isaías y los Profetas, mientras cumplian todos los pueblos del Gentilismo en las tinieblas del error las revoluciones que debian ir á parar á su parto virginal, como á su término. Además de este parto virginal, cuyo gran acontecimiento fué determinado por su *Fiat*, y todas cuyas consecuencias son y serán por siempre efecto de su fé en el mensaje del Angel, no hay un misterio del Hombre-Dios que no comprenda á la Virgen-Madre, que no nos la muestre asociada con El á la obra de la salvacion humana, y ejerciendo al lado de esta divina Cabeza el gran ministerio de su Maternidad estendida á todos sus miembros; desde la Encarnacion en que recibe á Dios en su seno, hasta la Asuncion en que es recibida por El en la gloria. Todos los misterios del Evangelio, la Visitacion, la Natividad, la Presentacion, la Huida á Egipto, la Vida oculta en Nazaret, el Hallazgo en el Templo, las Bodas de Canaá, la Vida apostólica de Jesus, el Calvario, el Cenáculo; todas estas escenas adora-

bles que las colma la falta de toda poesia, donde brilla lo Bello divino por sí, desnudo de todo adorno, donde hace brillar con las dolencias y humillaciones mismas de que se reviste, todas las gracias de la justicia, de la sabiduría, de la santidad, de la misericordia, del poder y del amor; todas estas escenas, repito, sacan de la figura de María una dulzura, un enternecimiento, un encanto, una belleza, cuyo sentimiento no puede espresarse; sentimiento tanto mas verdadero, cuanto que brota de la doctrina, porque, como lo hemos dicho tantas veces, siendo todos estos misterios los misterios del Hombre-Dios, no tienen sentido sino por la *Virgen Maria*, que nos lo muestra por todas partes en esta verdadera humanidad por la que nos eleva á la divinidad, en esta *filiacion* de María que nos hace hijos de Dios. Este es el fondo permanente y el nudo de esta *Accion* por excelencia que se desenlaza, para cada uno de nosotros, así como se desenlaza en Cristo y en su Santa Madre, por la gloria, por el cielo á donde nos ayuda á llegar María, respondiendo por medio de todas las gracias que ella nos obtiene, á todos los homenajes y á todos los votos que le dirigimos en la tierra.

He aquí lo que es María para la imaginacion y la sensibilidad en la poesia, bien se considere á esta Virgen en sí misma, bien se la tome en la ejecucion del Plan divino. Todo lo que acabamos de decir sobre este punto no es nada, si no se refiere á todas las impresiones de esta verdad que ha podido experimentar el lector en todas las demás partes de esta obra; si no se refiere sobre todo, á la esperiencia que puede hacer de ella él mismo por su devocion á María. ¿Quién hay que se haya ensayado en esta devocion, y se haya arrodillado, con sencillez filial de corazon, al pié de los altares de María, que no haya experimentado estos dulces golpes que hacen en el alma una herida de gracia y de suavidad, y de que las siguientes palabras, dirigidas á un ídolo de la amistad, espresan una idea exacta aplicada á María? «Vos sois mi Estrella, vuestra presencia tan llena de encanto, los dulces reflejos de vuestra alma, son para mí una inspiracion poderosa. Vos sois toda mi poesia, vos sois la misma poesia» (1).»

(1) Ballanche, á Madama Récamier.

§. III.

María, objeto de la imaginacion y de la sensibilidad en las artes.

San Agustín sentía y expresaba, con su alma de artista y de santo, la teoría, ó mas bien la viviente realidad de lo Bello que hemos tratado de esponer en el párrafo precedente, cuando exclamaba: «¡Que de seducciones sin número en las obras del arte y de la industria; vestidos, vasos, cuadros, estatuas; abusos de una necesidad, y también de una intención piadosa, nuevos delirios que agregan los hombres á la concupiscencia de los ojos! Distráidos en lo exterior á consecuencia de sus obras; olvidando en sí mismos al que les hizo, miman, desfigurándose la obra maestra divina. Aquí mismo, ¡oh Dios mio! ¡oh gloria mia! aquí tengo que glorificar vuestro nombre, ¡oh Santificador mio! porque esas bellezas que haceis pasar del alma del artista, provienen de esta Belleza superior á nuestras almas, hácia la que suspira de día y de noche el alma mia. Pero esos aficionados, esos fabricantes de Bellezas esteriore, toman á lo Invisible la luz que se las hace aceptar y no la regla que dirige su uso. Ella está presente, y ellos no la ven. En vano les dice ella que no vayan mas lejos y que os conserven toda su fuerza, en vez de disiparla en esas delicias que enervan.—Y yo que hablo así, que hablo con discernimiento, yo también comprometo mis pasos en las redes de esas bellezas, pero vos me librais, Señor, vos me librais de ellas, porque vuestra misericordia está siempre frente á mis ojos. Mi debilidad se deja seducir, y vuestra misericordia me liberta, á veces sin padecimiento, cuando caigo por descuido, á veces con dolor, cuando se ha apretado el lazo (1).»

He aquí á qué altura de vista y de sentimiento de lo Bello ha elevado el Cristianismo al alma humana, santificada por su gracia. No es lo bello en el arte y para el arte, lo bello fruto y cautivo en la forma, y sirviéndose de ella para cautivar los

(1) Confesiones, cap. XXXIV.

corazones; es lo Bello emancipado, y cerniéndose sobre todas las obras que inspira; lo Bello por sí mismo; es mas que esto, lo Bello por el Bien, lo Bello en Dios y para Dios.

Esta elevacion del corazón, este *Sursum corda* que se opera por el Cristianismo en la humanidad, debió tener por efecto imprimir al arte una direccion celestial, colocando su objeto en lo Infinito divino. Y como este Infinito se habia hecho humano en Cristo, y por Cristo en María, y por su gracia en los Santos, hallaba el arte, en estos nuevos modelos, todo lo que necesitaba en cuanto á la forma para espresar ese Bello celestial y para elevarse á él.

Las condiciones del arte fueron desde entonces trastocadas, y trastornados, por decirlo así, sus polos. La forma que era la Señora, se convirtió en criada, y prevaleció la *espresion*. El arte pasó de lo exterior á lo interior; se hizo espiritual, animado, y animado con una vida superior, con un soplo sobrenatural. En lugar de atraernos á sus formas y por esta á la parte sensible de la naturaleza en que las toma, en lugar de retenernos en sus redes y enervarnos allí, tuvo por efecto recogerlos, desprendernos de este foco sensible por el espiritualismo de sus obras, desprendernos por estas mismas obras, por el sentimiento celestial que ellas respiran, y elevarnos de este foco divino de donde él emana y donde fraterniza con la ciencia y la santidad.

Tal es el arte cristiano comparado con el arte pagano en todas sus ramas; la arquitectura, la estatuaria, la pintura, la música. Tuvo sobre su antecesor la superioridad de la *espresion* sobre la forma, del espíritu sobre la materia, del alma sobre el cuerpo, de la gracia divina sobre la gracia humana. Agradó menos, porque nos privaba de la belleza creada, sin ponernos aun en posesion de la belleza increada; y porque nos provocaba á una ascension cuyo término no está en el mundo; pero por otra parte, encendió en nosotros tal sentimiento de esta belleza increada, que nos hizo perder el reposo en la belleza creada, ó que no nos lo dejó sino á costa de la disminucion de nosotros mismos y de la abyeccion.

Esto es lo que se ha visto en la desviacion y decadencia del arte, desde el Renacimiento. Intentóse volver á lo Antiguo,

pero en vano. De la altura á que lo habia elevado el Cristianismo, no podia caer el arte sino debajo del punto en que él lo habia tomado. En esta caida no pudo asirse, en cierto modo, y sostenerse en este bello antiguo, cuyo secreto se perdió desde el dia en que se reveló el de lo bello cristiano. El Renacimiento introdujo una falsa antigüedad, un arte *mestizo*, que no es mas que una apostasia y una corrupcion del arte cristiano, peor que el arte pagano. No insultemos á este, refiriendo á él estas producciones adúlteras. El arte que ha producido la Venus de Milo es santo, en comparacion del que ha producido la Diana de Poitiers. Aquella solo se halla desnuda; mas esta se halla descubierta. Puede aplicarse al arte esta frase divina del divino Maestro: *Si no hubiera venido yo al mundo, no tendrían el pecado que tienen* (1). El pecado puede sorprender al gusto, pero no tendrá nunca su homenaje y su adhesion. Rompiendo la relacion del alma con el bien, la rompe con lo Bello, y la caida del arte que se prostituye así, es infalible.

Hemos llegado al último fondo de esta caida. El arte no existe. El mismo ha formado su epitafio: *El Arte por el Arte*, epitafio todavía fastuoso, si se considera lo que encubre; el oficio por el vicio.

La divisa del arte antiguo era el Arte por lo Bello, á la cual vino á agregar el Cristianismo lo Bello por el Bien y por lo Verdadero, en la elevacion en que se identifican y en que son Dios.

Si el arte quiere levantarse de su caida, debe empaparse en la gracia de Dios hecho hombre para llegar á ser su *modelo* y nuestra *forma* en todas las cosas, en lo Bello, así como en lo Verdadero y en el Bien. Porque El ha dicho al arte, así como á la conciencia y á la ciencia, á todo hombre en sus aspiraciones:—«Mira y haz según el modelo que se te ha mostrado en la montaña.» *Inspice et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est* (2).

Mas para verlo, es necesario cerrar los ojos á todas estas

(1) Juan, XV, 22.

(2) Exodo, XXV, 40.

falsas bellezas que turban la mirada; es preciso tener el corazón puro, como él lo dijo muy bien: *Beati mundo corde, quoniam Deum videbunt* (1); es preciso *gustarlo*, como dijo también: *Gustate et videte, quoniam suavis est* (2). Entonces le vereis brillar sobre todo lo que es bello, *super omne quod visu pulchrum est* (3), como lo Bello mismo. Pondrá en vosotros un sentimiento exquisito de sí mismo, que escederá á todo sentimiento, y que será el manantial supereminente del arte en todas sus aplicaciones.

Mas para esto es necesario verle como El se ha hecho ver en María y por María. En ella ha puesto toda su gracia y su belleza; se ha puesto á sí mismo, y solo por ella ha querido mostrarse y darse á nosotros. En esto, como en todo, ha elevado y no deshecho su primera obra. Háse dado á la mujer la belleza con todas sus gracias, para que fuese su templo vivo, su tipo creado. Manchado y degenerado este templo, ha sido purificado, y este tipo ha sido repasado por el Dios mismo y el Arquetipo de la belleza. La mujer ha sido pues siempre quien ha tenido el tipo de la belleza, solamente que en María este cetro es Jesucristo, la Belleza misma, radiando en ella y por ella en la humanidad.

Dejemos hablar sobre este inefable asunto á dos maestros, á Lamennais y á de Maistre. Ambos han consagrado páginas que deseamos tanto mas citar, cuanto que son como inéditas, tan ocultas están en obras póstumas que no las anuncian.

«Investigando los diversos tipos que presenta el Arte antes del Cristianismo, dice el primero, se halla entre los antiguos el tipo de la mujer, bajo estas diferentes modificaciones de esposa, madre y soltera; pero el de la Virgen nacido del dogma cristiano, les es enteramente desconocido. Santa como Cristo, que tomó en ella nuestra naturaleza para regenerarla, es la mujer según el espíritu, así como la Venus antigua era la mujer según la carne. Así, en la Virgen todo está libre de este pensamiento de la carne. A la manera que una flor aérea

(1) Math., v. 8.

(2) Salmo XXXIII, 8.

(3) Isaías, II, 16.

flota en medio de una límpida luz que parece velarla mas al revelárnosla. De ella se exhala un perfume esquisito de inocencia, y vá á envolverla como una vestidura. En su frente serena, y donde, no obstante, aparece ya el gérmen de un inmenso dolor presentido y plenamente aceptado, en sus lábios que sonrien al Niño-Dios, en su mirada virginal y materna, en la pureza de sus facciones, llenas de una gracia celestial, se reconoce, á un tiempo mismo, la cándida sencillez de la hija de los hombres, y la angusta é inefable santidad de Aquella en quien se encarnó el Verbo eterno para la salvacion del mundo. He aquí la mujer segun el Cristianismo, la segunda Eva reparadora de la humanidad arruinada por la primera, y cuando despues de una vida oculta, se la vé, al pié de la cruz en que se consuma el sacrificio voluntario de su Hijo, cuando ella está allí, desfalleciendo al peso de sus inesplicables angustias, y recibiendo, no obstante, de manos del Padre el Cáliz de amargura, y apurándolo hasta las heces, sin proferir una queja, ¡qué distancia de la Madre de Cristo á la antigua Niobe (1)!

La obra de M. de Lamennais, de donde hemos extractado esta página admirable, es posterior á su caída, y en este sentido hemos podido decir que es *póstuma*. Pero en realidad, esta página, así como otras muchas, es anterior; pues sabido es que las partes mas bellas de esta obra remontan al tiempo en que él vivía.

Oigamos ahora á M. de Maistre:

«Los primeros ensayos y los primeros grandes esfuerzos de la pintura y de la escultura, representaron en otro tiempo los héroes y los dioses. Al renacimiento de las artes, Cristo y sus héroes se ofrecieron á la imaginacion de los artistas, y le pidieron obras maestras de un órden superior. El arte antiguo habia sentido y espresado el *bello ideal*; el Cristianismo exigió un *bello celestial*, y suministró de él modelos en todo género; sus ancianos, sus jóvenes, sus niños, sus mujeres, sus vírgenes, son seres nuevos que parecen desafiar al genio; San Pedro recibiendo las llaves, San Pablo hablando ante el Areópago, San Juan escuchando las trompetas, no dejan que

(1) *Bosquejo de una filosofía*, tomo III, pág. 223.

desear nada á la imaginacion mas brillante, al par que mas ilustrada. En las figuras de los Angeles respira la belleza varonil en su flor; en ellos se reúne la gracia sin molicie y el vigor sin rudeza. Ellos tienen la belleza de ambos sexos, y no obstante, no tienen sexo. El mismo gusto se creeria culpable si pensara en esto. Una eterna adolescencia brilla en estos semblantes celestiales; jamás han sido niños, jamás serán ancianos; al contemplarles, tenemos la idea de lo que veremos cuando se levanten nuestros cuerpos del polvo para no volver jamás á él.»

«La infancia sobrenatural se muestra en estos inimitables querubines colocados bajo la Reina de los Angeles en uno de los cuadros mas bellos de Rafael. Estas cabezas están llenas de inteligencia, de amor y de admiracion. Es la gracia de los amores fundida en la inocencia y en la castidad. Pero todos estos esfuerzos del arte no son mas que preparaciones, y como grados que deben elevar al artista hasta la figura del Niño-Dios. ¡Le veis en las rodillas de su Madre! Ella abraza á su Criador, que le pide el pecho. La *palabra eterna* balbucea; juega y se adormece, pero el Verbo que se achica por nosotros al velar su grandeza, no ha querido eclipsarla. La nube que cubre el astro, dulcifica la impresion de la vista sin fascinarla, y hasta en los menores rasgos de la infancia mortal, se siente á Dios....»

«Habiéndose dado á la mujer la belleza, debía ser la mujer el modelo elegido por las dos primeras artes de imitacion. La Antigüedad, en la cual era el vicio una religion, podia marchar libremente sobre este punto; pero el Cristianismo, que no admite nada de lo que puede alterar la moral, ha pronunciado sobre esto una ley muy sencilla. Esta ley proscribía toda representacion, cuyo original ofendiera en el mundo los ojos de la prudencia humana... No ha dejado de observarse que esta reserva perjudica al arte; pero este es un error que descansa en una idea falsa de lo bello que define el vicio á su manera, confundiendo lo que agrada con lo que es bello, ó en otros términos, lo que recrea á los sentidos y lo que complace á la inteligencia.—Lo bello en todos los géneros imaginables, es lo que agrada á la virtud ilustrada. Cualquier otra defini-

cion es falsa ó insuficiente.—Aquellas máximas perniciosas, solo se propagan por la medianía que se pone á sueldo del vicio para enriquecerse. Lo bello religioso está sobre lo bello ideal, puesto que es el ideal de lo ideal (1); pero pocas gentes pueden elevarse á esta altura; el artista vulgar deja lo que es bello por lo que agrada. Abrumado por el talento que produce la *Transfiguracion* y la *Virgen de la Silla*, se dirige á los sentidos para atraer á la multitud, á las turbas, porque sabe muy bien que el vicio se llama *legion*. Una ley severa, que se mezcla en todos los pensamientos del arte, le hace mayor servicio oponiéndose á la corrupcion, que destruye al fin lo bello de todas las clases, como una úlcera maligna que corroe la vida (2).

«La mujer cristiana es pues un modelo sobrenatural como el Angel. Ella es mas *bella aun que la belleza*, bien sea que para confesar su fé marche al suplicio con las gracias severas de su sexo y el valor del nuestro, bien sea que al lado de un lecho de dolor vaya á servir y consolar al pobre enfermo que sufre, ó bien al pié de un altar presente su mano al hombre á quien amará un dia hasta el sepulcro. En todas estas cabe-

(1) Estas hermosas verdades deberian grabarse en todas las salas de nuestras *Esposiciones*, y especialmente en las de los Jurados de examen.

M. Cousin, inspirándose en Platon y en el Cristianismo, se ha encontrado admirablemente con M. de Maistre en este pasaje de su Argumento del *Gorgias*: «Todo lo que no merece aceptacion sino es lisonjeando las pasiones inferiores de la naturaleza humana, no debe llamarse con el nombre de arte, cuyo carácter es dirigirse á lo mas noble que tenemos, y despertar las simpatías poderosas pero ocultas del alma con la verdad, por medio de la belleza empleada como una forma de la verdad misma. Lo bello es agradable, y el arte agrada sin duda alguna; pero el agrado no es la belleza, y el arte se propone otra cosa que causar placer. Lo que sustituye el agrado á la belleza y trata solamente de agradar, no es pues un arte, es una práctica servil, dice Platon, un oficio como el de cocina.» *Gorgias*, Argumento, pág. 140, tom. II de la Traducción de Platon.

(2) ¡No pudiera decirse que es su realidad!

zas de tan diverso carácter, hay no obstante un rasgo general que les hace remontar al mismo principio de la belleza.»

. Facies non omnibus una,
Nec diversa tamen, qualem decet esse sororem.

«Y así como de la reunion de una multitud de rasgos tomados de diferentes bellezas, se vió nacer en otro tiempo un modelo famoso de la antigüedad, así se reunen todos los rasgos de la belleza santa, como en su foco, para formar la belleza de *MARIA*, que es el objeto mas querido del arte moderno en todo su vigor, y cuya imposibilidad de reproducirla le desespera. Parece que el imperio del sexo penetra hasta en este círculo religioso, y que se apoderan los hombres con ansiedad de la idea de la mujer divinizada. La fabulosa *Isis*, teniendo tambien un hijo misterioso en sus rodillas, obtenia yo no sé qué preferencia de parte de las imáginaciones antiguas. Queriendo cada uno poseer su imágen, dijo un poeta:

¿Quién ignora que por *Isis*
Se alimentan los pintores?

«En el órden de la verdad y de la santidad, puede ofrecer *Maria* una observacion semejante. *Siempre la misma y siempre nueva*, ninguna figura ha ejercitado tanto el talento imitativo. El pincel de los grandes maestros parece haberse formado en ella un objeto de empeño y de emulacion. Sobre este asunto, repetido mil y mil veces, ya aventajan á sus rivales, ya se esceden á sí mismos. No hay un gabinete distinguido en Europa que no contenga alguna obra maestra de este género; y mientras que el aficionado se extasia ante ellos, el misionero, armado con la misma imágen, aunque toscamente ejecutada, comienza eficazmente la obra de la regeneracion humana.»

«Las precedentes consideraciones esplican por qué hemos sido, segun todas las apariencias, tan superiores á los antiguos en la pintura, como ellos nos han aventajado en la estatuaria, ó al menos, porque no hemos podido llegar á la misma perfeccion en ambos géneros; esto consiste en que no habiendo tenido modelo entre nosotros la pintura, ha nacido simple-

mente en la Iglesia, y siendo natural este nacimiento, ha producido libremente todo cuanto podia producir. En la escultura, al contrario, hemos copiado; y es una ley universal que toda copia es inferior al original. Inútil es por otra parte, que para las representaciones religiosas, se buscara un Angel en el Apolo de Bilvedere, una Virgen en la Venus de Médicis, un mártir en el Laocoon, un San Juan en Platon, etc., porque ya no existen.»

«Cuando en otro tiempo dijo alguno á Fidas, que meditaba su Júpiter: *¿Dónde buscarás tu modelo? ¿Subirás al Olimpo?* contestó Fidas: *Lo he encontrado en Homero.*»

«De la misma manera, si se hubiera dicho á Rafael: *¿Dónde has visto á María?* Hubiera podido contestar: *La he visto en San Lucas;* porque no habia en efecto, respecto de uno y otro, mas que un modelo intelectual.»

Reasumiremos este estudio con esta bella verdad que entrevió Platon, y que se dispó casi al mismo tiempo en la vaguedad del saber antiguo, como tantas otras verdades á las que ha venido á dar un sentido el Cristianismo:

«Hay una simpatía íntima entre la pureza, la verdad y la belleza; ¡lo que hay en ellas mas puro, es esencialmente lo que hay mas verdadero y mas bello (1)!»

La Religion del Hijo de Dios que nació de la Virgen-Madre, siendo la religion de la pureza, y de una pureza que en esta Virgen *Inmaculada* se eleva hasta el prodigio, es la religion de la verdad y de la belleza. De aquí esta alianza constante de pureza y de belleza, tanto como de verdad, en las expresiones del culto de María: *Columba mea, immaculata mea, formosa mea;* Paloma mia, *purísima mia, hermosa mia* (2)»

Tal es María, en quien el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, *lleno de gracia y de verdad* (3), y por quien se nos dió en el grado mas alto el *sentido de lo verdadero* en las ciencias, y el *sentido de lo bello* en la poesia y en las artes.

(1) . . . *Pictores quis nescit ab Iside pasci* (Juvent. XII, 28).

(2) *Philebo*, Argumento de M. Cousin, tomo II, pág. 259 de su traduccion de Platon.

(3) *Cántico de los Cánticos*, y oficio de la Virgen.

EPÍLOGO.

Refiérese de Adan de Saint Victor, este gran poeta latino de la edad media, cuyas composiciones realizaron durante tantos siglos el misal de la Iglesia de París, y fueron por tanto tiempo popularizadas en Alemania, Inglaterra, y generalmente en todas las Iglesias del Norte de Europa, que cuando componia sus glosas, gustaba de ir á buscar la inspiracion al pié de los altares, y bajo las mismas bóvedas que debian resonar con sus melodías, y que especialmente, cuando queria escribir en alabanza de la Virgen alguno de esos himnos en que realza la mas pura doctrina, la gracia de la poesia mas armoniosa, se retiraba á una crypta de la Iglesia abacial, consagrada por toda la antigüedad á la Madre de Dios, adornada con su imágen aplicada contra uno de sus pilares, y que debia hacer querida al poeta cristiano su semi-oscuridad, tanto como su consagracion particular (1).

Un dia que se habia retirado Adan á esta crypta, se sintió, dice el piadoso y sábio historiador de su vida, como arrojado por la inspiracion, y compuso con enagenamiento las primeras estrofas del *Salve, Mater Salvatoris*, su prosa mas célebre, la cual hemos admirado ya en nuestro *Exámen litúrgico* (2). Cuando llegó á estas magníficas estrofas, en que ostenta toda la dignidad de la Virgen, y la cual, segun hemos tratado de demostrar en nuestro *Plan divino*, completa la Trinidad en su obra, y hace depender de su casto consentimiento los destinos de la Encarnacion:

(1) Juan I, 14.

(2) *Obras poéticas de Saint Victor*, por L. GAUTIER, p. 78.

mente en la Iglesia, y siendo natural este nacimiento, ha producido libremente todo cuanto podia producir. En la escultura, al contrario, hemos copiado; y es una ley universal que toda copia es inferior al original. Inútil es por otra parte, que para las representaciones religiosas, se buscara un Angel en el Apolo de Bilvedere, una Virgen en la Vénus de Médicis, un mártir en el Laocoon, un San Juan en Platon, etc., porque ya no existen.»

«Cuando en otro tiempo dijo alguno á Fidas, que meditaba su Júpiter: *¿Dónde buscarás tu modelo? ¿Subirás al Olimpo?* contestó Fidas: *Lo he encontrado en Homero.*»

«De la misma manera, si se hubiera dicho á Rafael: *¿Dónde has visto á María?* Hubiera podido contestar: *La he visto en San Lucas;* porque no habia en efecto, respecto de uno y otro, mas que un modelo intelectual.»

Reasumiremos este estudio con esta bella verdad que entrevió Platon, y que se dispó casi al mismo tiempo en la vaguedad del saber antiguo, como tantas otras verdades á las que ha venido á dar un sentido el Cristianismo:

«Hay una simpatía íntima entre la pureza, la verdad y la belleza; ¡lo que hay en ellas mas puro, es esencialmente lo que hay mas verdadero y mas bello (1)!»

La Religion del Hijo de Dios que nació de la Virgen-Madre, siendo la religion de la pureza, y de una pureza que en esta Virgen *Inmaculada* se eleva hasta el prodigio, es la religion de la verdad y de la belleza. De aquí esta alianza constante de pureza y de belleza, tanto como de verdad, en las expresiones del culto de María: *Columba mea, immaculata mea, formosa mea;* Paloma mia, *purísima mia, hermosa mia* (2)»

Tal es María, en quien el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, *lleno de gracia y de verdad* (3), y por quien se nos dió en el grado mas alto el *sentido de lo verdadero* en las ciencias, y el *sentido de lo bello* en la poesia y en las artes.

(1) . . . *Pictores quis nescit ab Iside pasci* (Juvent. XII, 28).

(2) *Philebo*, Argumento de M. Cousin, tomo II, pág. 259 de su traduccion de Platon.

(3) *Cántico de los Cánticos*, y oficio de la Virgen.

EPÍLOGO.

Refiérese de Adan de Saint Victor, este gran poeta latino de la edad media, cuyas composiciones realizaron durante tantos siglos el misal de la Iglesia de París, y fueron por tanto tiempo popularizadas en Alemania, Inglaterra, y generalmente en todas las Iglesias del Norte de Europa, que cuando componia sus glosas, gustaba de ir á buscar la inspiracion al pié de los altares, y bajo las mismas bóvedas que debian resonar con sus melodías, y que especialmente, cuando queria escribir en alabanza de la Virgen alguno de esos himnos en que realza la mas pura doctrina, la gracia de la poesia mas armoniosa, se retiraba á una crypta de la Iglesia abacial, consagrada por toda la antigüedad á la Madre de Dios, adornada con su imágen aplicada contra uno de sus pilares, y que debia hacer querida al poeta cristiano su semi-oscuridad, tanto como su consagracion particular (1).

Un dia que se habia retirado Adan á esta crypta, se sintió, dice el piadoso y sábio historiador de su vida, como arrojado por la inspiracion, y compuso con enagenamiento las primeras estrofas del *Salve, Mater Salvatoris*, su prosa mas célebre, la cual hemos admirado ya en nuestro *Exámen litúrgico* (2). Cuando llegó á estas magníficas estrofas, en que ostenta toda la dignidad de la Virgen, y la cual, segun hemos tratado de demostrar en nuestro *Plan divino*, completa la Trinidad en su obra, y hace depender de su casto consentimiento los destinos de la Encarnacion:

(1) Juan I, 14.

(2) *Obras poéticas de Saint Victor*, por L. GAUTIER, p. 78.

Salve mater pietatis
Et totius Trinitatis,
Nobile tridinium;

Verbi tamen Incarnati
Speciale majestatis
Præparans hospitium!

entonces tuvo lugar uno de los milagros mas bellos de la Virgen María, cuyo acontecimiento, atestiguado por toda la abadia de Saint Victor, se representó en un monumento consagrado á perpetuar su recuerdo, en esta misma crypta que habia sido su teatro santificado. Cuando Adan concluyó de escribir esta estrofa, vió súbitamente inundada la crypta de luz, y á la Madre de Dios ante él, que le sonreia con expresion de gratitud: «*Gloriosa Virgo, apparens ei, cervicem inclinavit.*»

Al concluir esta obra, y al ponerla á los piés de esta misma Virgen que se apareció á su poeta, estamos lejos de aspirar á tal favor. No nos atrevemos á esperar de Maria una muestra de gratitud, sino solamente un perdon; su perdon por la temeridad y por la imperfeccion de nuestra obra. Y no obstante, si pueden hacernos hallar gracia nuestra intencion y nuestro trabajo para con la Madre de toda gracia, le suplicamos que se digne bendecir con su sonrisa estas páginas que tanto nos han costado; iluminarlas con la celestial claridad con que hizo resplandecer la crypta de su abadia, y aparecer en ella á la inteligencia y al alma de nuestros lectores, con ese encanto de persuasion que hacia decir á otro de los gratificados con su presencia: *No ha dicho nada, pero yo lo he comprendido todo.* Ella no ha dicho nada por la pluma de su apologista, pero yo lo he comprendido todo por la inspiracion de Maria.

FIN DE LA TERCERA Y ÚLTIMA PARTE.

TABLA

DE MATERIAS DE ESTE TOMO.

	Páginas.
LIBRO TERCERO. ESPOSICION HISTÓRICA DEL CULTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.— <i>Sus orígenes, su desarrollo, sus triunfos, sus instituciones y sus obras en el mundo. (Continuacion.).</i>	5
CAPITULO IV. Triunfos de María sobre las heregias.— Testimonios gloriosos que le han suministrado los tres primeros siglos cristianos.	id.
CAP. V. Desenvolvimiento del culto de María despues de la sumision del mundo á Jesucristo.	49
CAP. VI. El Concilio de Efeso.	86
CAP. VII. El culto de María desde el Concilio de Efeso.— Institucion de las festividades de la Santísima Virgen.	104
CAP. VIII. Estudio sobre la credibilidad en los milagros fuera del Evangelio.	117
CAP. IX. Cuadro histórico del culto de la Santísima Virgen desde el siglo sétimo hasta nuestros dias. (Conclusion.).	135
LIBRO CUARTO. ESPOSICION SOCIAL DEL CULTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.— <i>Su influencia en las costumbres, en la familia y en la sociedad.</i>	179
CAPITULO PRIMERO. Influencia de María en el estado de la mujer:	id.

	Páginas.
CAPITULO II. Influencia del culto de la Virgen en la vida individual.	242
CAP. III. Influencia del culto de la Santísima Virgen en la familia.	255
CAP. IV. Influencia del culto de María sobre la sociedad.	266
CAP. V. Armonía del culto de la Virgen en sus relaciones con las diversas condiciones de la vida humana.	286
CAP. VI. Influencia del culto de la Virgen sobre las instituciones cristianas.—Ordenes religiosas.—Institutos y congregaciones.—Obras de caridad y de beneficencia.	307
CAP. VII. María, objeto de la razón, de la imaginación y de la sensibilidad en las ciencias, la poesía y las artes.	329
§. I. María, objeto de la razón en las ciencias.	330
§. II. María, objeto de la imaginación y de la sensibilidad en la poesía.	337
§. III. María, objeto de la imaginación y de la sensibilidad en las artes.	358
Epilogo.	367

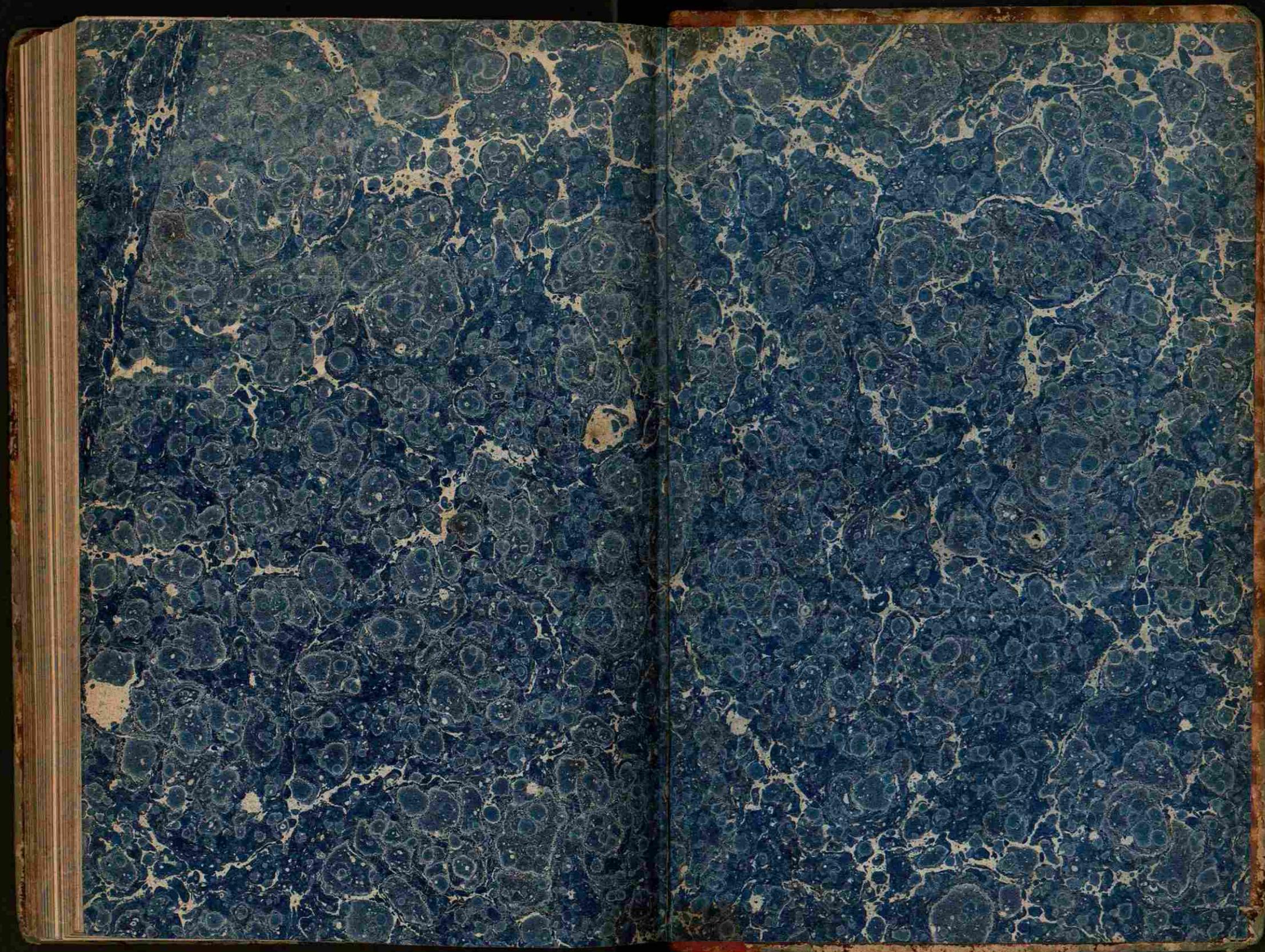
ERRATAS.

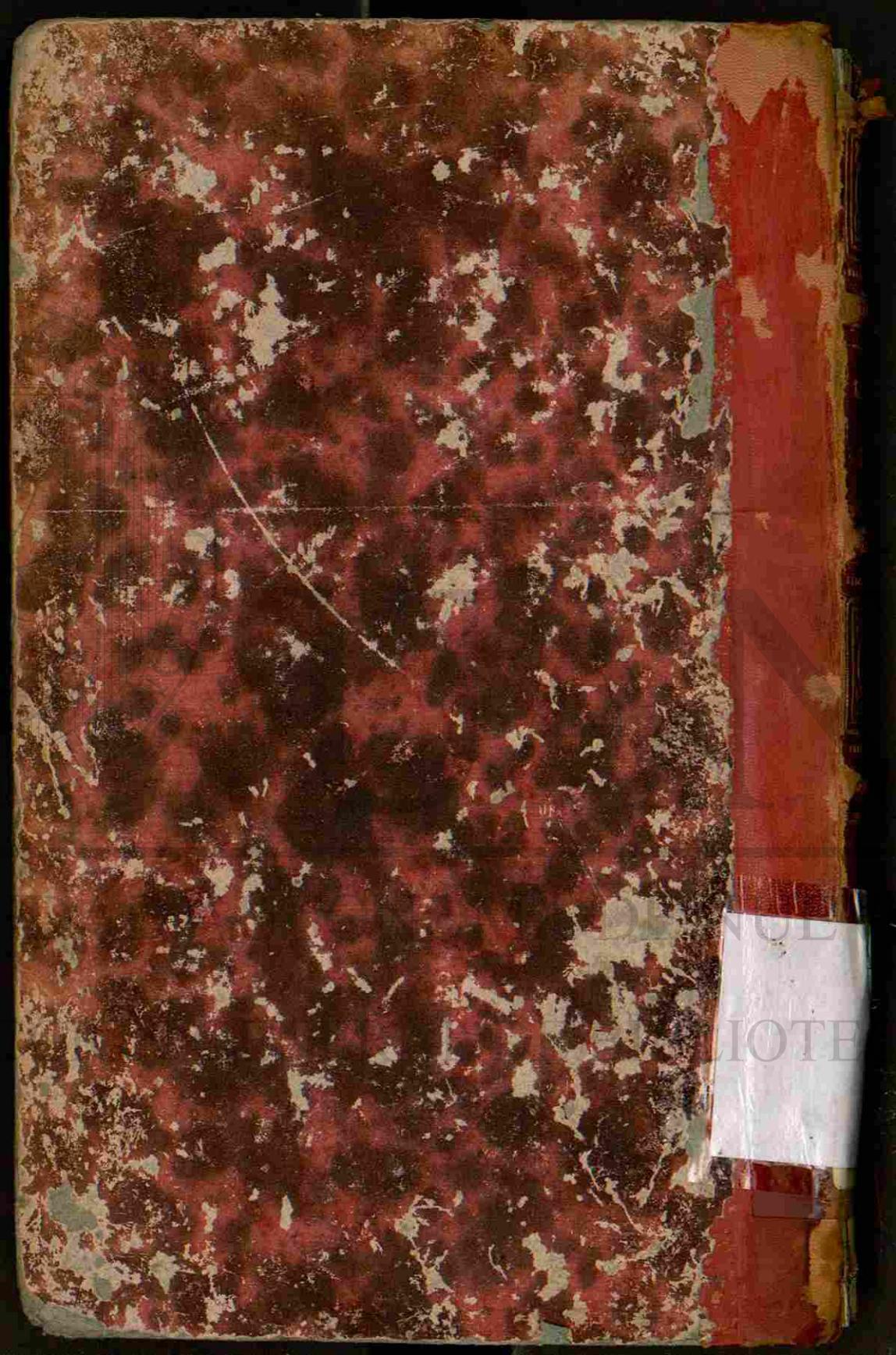
Pág.	Línea.	Dice.	Léase.	Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
30	30	á María	María	171	22	cuerpos	campos
39	33	cuyo	á cuyo	181	29	separacion	reparacion
53	9	tierras	fiestas	195	12	de aquella	de que aquella
75	8	completa	incompleta	id.	14	infecundo	infecunda
80	8	necesario	en vano	239	11	compasion	compañera
106	9	recibido	concebido	249	21	vicio	niño
id.	10	el Hijo	al Hijo	347	29	separan	reparan
139	35	consagrada	consagrado				

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







NU
LIOTE